

BERNARD CORNWELL



GUERREROS
DE LA
TORMENTA

SAJONES, VIKINGOS Y NORMANOS, IX

Lectulandia

LA PAZ ES FRÁGIL. LA RUPTURA SE ACERCA...

Eduardo y su hermana Etelfleda, hijos del rey Alfredo, dirigen ahora los destinos de Wessex, Mercia y Anglia Oriental. A su alrededor, los hombres del norte, siempre inquietos, siguen deseando las riquezas que contienen las iglesias y tierras inglesas, y ya preparan nuevas incursiones.

Uhtred de Bebbanburg, el mejor de los guerreros de todos los reinos, mantiene controlados a sus enemigos desde la fuertemente fortificada ciudad de Chester, pero la situación parece que se complica por momentos. Los hombres del norte, aliados ahora con los irlandeses, dirigidos por el feroz guerrero Ragnall Ivarson, se están reuniendo en Northumbria, y su fuerza podría resultar aplastante. Si bien la amenaza crece día a día, Eduardo y Etelfleda se mantienen reacios a salir de la seguridad de sus fortalezas.

Y, pese a que la propia hija de Uhtred está casada con el hermano de Ivarson, ¿realmente se puede confiar en ellos? En una lucha entre la familia y la lealtad, entre la ambición personal y el compromiso político, no existe un camino fácil. Pero, si hay alguna salida, un hombre recto con el coraje suficiente puede ser capaz de encontrarla. Así es Uhtred, y este puede ser su momento...

Lectulandia

Bernard Cornwell

Guerreros de la tormenta

Sajones, vikingos y normandos - 9

ePub r1.0

Titivillus 01.09.2017

Título original: *Warriors of the Storm*
Bernard Cornwell, 2015
Traducción: Gregorio Cantera Chamorro

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Phil y Robert



ΤΟΡΌΝΙΜΟΣ

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el *Oxford* o en el *Cambridge Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Hæglingaiggæ. Tampoco he sido coherente en este aspecto: me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

- **Æsc's Hill:** Ashdown, Berkshire
- **Alencestre:** Alcester, Warwickshire
- **Beamfleot:** Benfleet, Essex
- **Bebbanburg:** Castillo de Bamburgh, Northumbria
- **Brunanburh:** Bromborough, Cheshire
- **Cair Liguallid:** Carlisle, Cumbria
- **Ceaster:** Chester, Cheshire
- **Cent:** Kent
- **Contwaraburg:** Canterbury, Kent
- **Cumbraland:** Cumbria
- **Dunholm:** Durham, condado de Durham
- **Dyflin:** Dublín, Irlanda
- **Eads Byrig:** Eddisbury Hill, Cheshire
- **Eoferwic:** York, Yorkshire
- **Gleawecestre:** Gloucester, Gloucestershire
- **Hedene:** Río Eden, Cumbria
- **Horn:** Hofn, Islandia
- **Hrothwulf (granja de):** Rocester, Staffordshire
- **Jorvik:** York, Yorkshire

- **Ledecestre:** Leicester, Leicestershire
- **Liccelfeld:** Lichfield, Staffordshire
- **Lindcolne:** Lincoln, Lincolnshire
- **Loch Cuan:** Strangford Lough, Irlanda del Norte
- **Lundene:** Londres
- **Mærse:** Río Mersey
- **Mann:** Isla de Man
- **Sæfern:** Río Severn
- **Strath Clota:** Strathclyde, Escocia
- **Use:** Río Ouse
- **Wiltunscir:** Wiltshire
- **Wintanceaster:** Winchester, Hampshire
- **Wirhealum:** Península de Wirrall, Cheshire

PRIMERA PARTE

EL RÍO EN LLAMAS

CAPÍTULO I

Fuego en plena noche. Fuego que tiznaba el cielo y deslucía las estrellas. Fuego que, en forma de remolinos, dispersaba un humo espeso por aquel terreno entre dos ríos.

Finan me despertó.

—Qué raro —fue todo lo que dijo.

Eadith se arrebujó contra mí; la aparté de mi lado.

—No os mováis de aquí —le dije, al tiempo que me escabullía de debajo de las pieles y, a tientas, buscaba una capa de piel de oso para echármela por los hombros antes de salir a la calle tras los pasos de Finan. No había luna: tan solo el reflejo de las llamas en la aparatosa humareda que el viento nocturno arrastraba tierra adentro —. Más hombres en las murallas —reclamé.

—En sus puestos —dijo Finan.

No me quedaba otra que echar sapos y culebras. Y eso fue lo que hice.

—Brunanburh —dijo Finan abatido, y volví a soltar una sarta de improperios.

La gente se arremolinaba en la calle principal de Ceaster. Envuelta en una amplia capa, con aquellos cabellos rojos que resplandecían a la luz de los fanales que ardían a la puerta de la iglesia, también Eadith se había echado a la calle.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz de dormida.

—Brunanburh —dijo Finan, con cara de preocupación. Eadith se santiguó. Llegué a atisbar su cuerpo desnudo cuando sacó la mano de debajo de la capa y se la llevó a la frente; luego, recatada, se cubrió el vientre con la tosca prenda de lana.

—Loki —dije en voz alta. Por más que digan los cristianos, Loki es el dios del fuego. El más taimado de los dioses, maestro del engaño que nos confunde, nos hechiza, nos la juega y nos hace la pascua. De fuego es el arma de doble filo que empuña, de ese fuego que lo mismo nos ayuda entrar en calor, que adoba lo que comemos, que nos abrasa o que acaba con nosotros. Palpé el martillo de Thor que llevaba al cuello—. Allí dejamos a Etelstano —dije.

—Si aún sigue con vida —contestó Finan.

Nada podíamos hacer en aquella oscuridad. A caballo y en una noche tan cerrada, tardaríamos no menos de dos horas en llegar a Brunanburh, avanzando a trompicones por los bosques o, quién sabe, si cayendo en alguna emboscada que nos hubieran preparado los hombres que habían prendido fuego al lejano fortín. Lo único que podía hacer era permanecer vigilante en lo alto de las murallas de Ceaster por si se producía un ataque al amanecer.

Poco me importaba que nos atacasen. Levantada por los romanos, Ceaster era una de las fortalezas más inexpugnables de Britania. Aparte de lo poco que les atraía la

idea de atacar fortalezas, antes de hacerlo, aquellos hombres del norte tendrían que salvar un foso inundado y asentar escalas de madera contra las altas murallas de piedra. Pero el caso es que Brunanburh estaba en llamas. Así que nadie se hacía idea de con qué nos íbamos a encontrar al amanecer. Erigido por Etelfleda, al frente de los destinos de Mercia por entonces, con el propósito de defender el río Mærese, vía que utilizaban los barcos de los hombres del norte para llegar sin percances al corazón de Britania, Brunanburh era el último de los fortines que habíamos levantado. Durante años, en un trasiego incesante de remos que subían y bajaban, barcos con mascarones de dragón en la proa, atestados de nuevos guerreros dispuestos a participar en la interminable contienda que enfrentaba a los hombres del norte con los sajones, había enfilado el río; la del Mærese había sido una ruta muy frecuentada, que Brunanburh había cegado. Tras las anchas murallas de madera del fortín, recalaban las tripulaciones de una flota de doce barcos que allí habíamos dejado; los hombres del norte le habían visto las orejas al lobo. De manera que, desde entonces, si tocaban tierra en la costa occidental de Britania, ponían rumbo a Gales o a Cumbria, territorio salvaje e inexplorado al norte del Mærese.

Menos aquella noche. Aquella noche, el Mærese estaba en llamas.

—Vestíos —le dije a Eadith. Nos disponíamos a pasar el resto de la noche en vela.

Se llevó la mano a la cruz con esmeraldas incrustadas que lucía al cuello.

—Etelstano —dijo, con voz queda, como si rezase por él mientras toqueteaba la cruz. Había tomado cariño al muchacho.

—Si sigue con vida o ha muerto —comenté de mal humor—, no lo sabremos hasta que salga el sol.

A esa hora imprecisa que antecede al amanecer, camino del norte, siguiendo la calzada romana que discurría a través del espectral cementerio romano, nos pusimos en marcha. A lomos de monturas rápidas y ligeras, las más adecuadas para salir de estampida en caso de que nos encontrásemos con un ejército de vocingleros hombres del norte, sesenta hombres venían conmigo. Envié ojeadores por delante, pero, con las prisas del momento, no teníamos tiempo para adoptar las cautelas de siempre, a saber: esperar a ver qué noticias traían antes de seguir adelante. En aquella ocasión, no tendríamos otra advertencia que la de encontrarlos muertos. Dejamos atrás la calzada romana y nos adentramos por una senda que habíamos practicado a través de los bosques. Portadoras de una ligera llovizna, unas nubes habían entrado por el oeste, pero, más adelante, aún salía humo. La lluvia, que no aquella llovizna, podría dar al traste con el fuego de Loki, pero, con tentadores guiños, aquel humo parecía mofarse de nosotros.

Salimos del bosque y llegamos allí donde los campos daban paso a las marismas, unas marismas que llegaban hasta el río; una vez allí, por el oeste, lejos de donde estábamos, en la anchurosa y plateada lengua de agua, atisbamos una flota. Veinte, treinta barcos, quizá más; imposible decir cuántos de tan apretujados como

permanecían amarrados, pero, aun estando tan lejos, reparé en los animales con que los hombres del norte realizaban los mascarones de proa: águilas, dragones, serpientes y lobos.

—Santo Dios —exclamó Finan, impresionado.

A toda prisa, seguimos un camino de cabras que, serpenteando, llevaba a un terreno más elevado en la orilla sur del río. Un viento racheado nos daba de cara, tan fuerte que, a veces, rizaba hasta encrespar el río Mærse. No veíamos Brunanburh todavía, porque el fortín se alzaba más allá de un altozano arbolado, pero un inusitado movimiento en las lindes del bosque nos reveló la presencia de hombres por aquellos parajes; nuestros dos exploradores dieron media vuelta y volvieron a nuestro lado. Quienquiera que los hubiese puesto sobre aviso se había esfumado en el espeso follaje primaveral; al cabo de un momento, se oyó el bramido de una trompa, un mugido lastimero en aquel amanecer gris y húmedo.

—Al menos, el fortín no está en llamas —dijo Finan, sin tenerlas todas consigo.

En lugar de contestarle, me aparté del camino y me fui tierra adentro hasta unos frescos pastos. Entre los terrones de tierra húmeda que levantaban los cascos de sus caballerías, los ojeadores se llegaron a mi lado.

—¡Hombres entre los árboles, mi señor! —gritó uno de ellos—. ¡Al menos una veintena, seguramente más!

—Y listos para pelear —informó el otro.

—¿Pertrechos? —se interesó Finan.

—Escudos, yelmos, armas —añadió el segundo de los exploradores.

Con sesenta hombres, pues, me dirigí al sur. Como una cortina, el recién estrenado verdor de los árboles se interponía entre nosotros y Brunanburh, y si allí nos acechaba el enemigo, seguramente habrían copado el sendero. Si seguíamos adelante, podríamos darnos de bruces contra algún muro de escudos oculto entre los árboles; si acortábamos distancias por el interior, tendrían que dispersarse hasta dar con otro sitio donde formarlos, de modo que aceleré el paso espoleando el caballo hasta ponerlo a medio galope. Sin alejarse de mí, mi hijo cabalgaba a mi izquierda.

—¡No es el fortín lo que está en llamas! —gritó.

La humareda iba a menos. Más allá de los árboles, aún se alzaba aquella mancha gris que se confundía con las nubes bajas. Daba la impresión de que salía del río, y deduje que Finan y mi hijo estaban en lo cierto: que no era el fortín lo que estaba en llamas, sino los barcos. Nuestros barcos. Pero ¿cómo podían haber llegado allí? Si de día, tras haberlos avistado, los defensores del fortín se habrían puesto a los remos y plantado cara al enemigo; no me entraba en la cabeza cómo habían podido hacerlo en plena noche. El Mærse era un río poco profundo, con bancos de arena a cada paso: ningún marino avezado se habría aventurado a adentrarse tanto en la oscuridad de una noche sin luna.

—¡No es el fortín! —volvió a gritar Uhtred. Como si fuera una buena noticia, cuando lo que yo me temía era que lo hubiesen tomado y que una horda de hombres

del norte se hubiera atrincherado tras las recias murallas de madera. ¿Qué sentido tenía quemar algo que podían defender sin apenas mover un dedo?

El terreno se elevaba. No atisbaba enemigo alguno entre los árboles, lo que no quería decir que no anduviesen cerca. Pero ¿cuántos? ¿Treinta tripulaciones? A ojo de buen cubero, cerca de mil hombres, que debían de estar al tanto de que, a caballo, no tardaríamos en llegar desde Ceaster. Si yo hubiera estado al frente de aquellos hombres, me habría mantenido a la espera al otro lado de los árboles, lo que me habría llevado a entender que debía refrenar nuestro avance y enviar de nuevo ojeadores por delante; en vez de eso, espoleé mi montura. Llevaba el escudo a la espalda, y allí siguió; me limité a retirar la aldabilla de *Hálito-de-serpiente*, sin sacarla de la vaina. Estaba tan rabioso que todo me daba igual, pero mi instinto me decía que, más allá del bosque, no había nadie. El enemigo podría estar esperándonos en el sendero, pero, si me desviaba tierra adentro, de poco tiempo dispondrían para volver a formar un muro de escudos en un terreno más elevado. La cortina de árboles aún nos ocultaba lo que había más allá; obligué a virar al caballo y nos dirigimos de nuevo hacia el oeste. Me interné entre el follaje, me agaché para evitar una rama, dejé que mi montura siguiera adelante a su aire y, de pronto, atrás quedaron los árboles. Me hice con las riendas para aminorar el paso, eché un vistazo en derredor y me detuve.

Ni un solo enemigo a la vista.

Mis hombres irrumpieron en la maleza y se detuvieron a mis espaldas.

—Gracias a Dios —exclamó Finan.

No habían tomado el fortín. Junto al de Etelfleda, el del ganso, allí seguía el estandarte del caballo blanco de Mercia, ondeando ambos en lo alto de las murallas. De las que colgaba un tercer pendón, una nueva enseña cuya factura había encargado a las mujeres de Ceaster: el dragón de Wessex, un dragón que, enhiesta una de las zarpas, sostenía un rayo. El estandarte del príncipe Etelstano. Al muchacho le habría gustado que hubiese una cruz cristiana, pero les ordene que bordasen aquel rayo en su lugar.

Acabo de decir que Etelstano era un muchacho, pero, a sus catorce o quince años, ya era todo un hombre. Había dado un buen estirón, y la experiencia se había encargado de atemperar el carácter de aquel diablillo revoltoso. Había gente que quería verlo muerto, y él lo sabía, de modo que se andaba con cien ojos. Guapo mozo también, o eso me decía Eadith, con aquellos ojos grises y despiertos que culminaban un rostro anguloso bajo unos cabellos tan negros como el ala de un cuervo. Al contrario que aquellos que querían verlo muerto, y lo llamaban bastardo, yo siempre me dirigía a él como príncipe Etelstano.

Eran muchos los que daban por buena semejante patraña. Etelstano era el hijo que había dado a luz una preciosa muchacha de Cent que había fallecido durante el parto, y su padre no era otro que Eduardo, hijo del rey Alfredo, y rey de Wessex a la sazón. Andando el tiempo, Eduardo acabó por casarse con una muchacha sajona que le

había dado otro hijo, lo que dejaba a Etelstano en una situación incómoda, más si se tiene en cuenta que corrían rumores de que, en realidad, no era bastardo, ya que, en secreto, Eduardo había contraído matrimonio con aquella muchacha de Cent. Cierto o no, y mis razones tenía para saber de buena tinta que aquel primer matrimonio se había celebrado, eso era lo de menos, porque, para muchos de los súbditos de Eduardo, Etelstano era el hijo no deseado. No se había criado en Wintanceaster, como los otros hijos de Eduardo, sino que lo habían dejado en manos de Mercia. Eduardo tenía cariño a aquel chico, pero lo ignoraba, y lo cierto es que Etelstano era un incordio. Era el primogénito del rey, el *ætheling*, el heredero, pero también tenía un hermanastro más joven, cuya vengativa madre deseaba verlo muerto puesto que se interponía entre su hijo y el trono de Wessex. A mí me caía bien Etelstano. Tanto que me gustaría verlo ocupando el trono que por derecho le pertenecía, pero antes que el oficio de rey, tenía que aprender a asumir sus responsabilidades como hombre, por eso lo había puesto al mando del fortín y de la flota de Brunanburh.

Y ya no existía tal flota. Había ardidido. Tan solo unos cascotes humeantes junto a los restos chamuscados de aquel embarcadero que nos había mantenido ocupados todo un año. Tras asentar en condiciones unas pilastras de olmo en las marismas, tendimos una pasarela hasta más allá de la orilla del río y levantamos un muelle capaz de albergar una flota de guerra, lista para intervenir en cualquier momento. Nada quedaba del muelle ni de los briosos barcos de altiva proa. Eso sí, aún se veían rescoldos de las cuatro naves varadas en tierra; del resto, tan solo unas cuadernas ennegrecidas que a duras penas se mantenían a flote en aquellas aguas poco profundas; al final del muelle, tres barcos con cabezas de dragón como mascarones de proa, amarrados a unos pilares medio carbonizados. Más allá, otras cinco embarcaciones que, subiera o bajara la marea, con ayuda de los remos, resistían los envites de la corriente. Una media milla río arriba, el resto de la flota enemiga.

En tierra, entre aquel muelle quemado y nosotros, hombres. Hombres provistos de cotas de malla, escudos y yelmos, hombres con lanzas y espadas. Doscientos quizá, que hasta allí habían llevado las pocas cabezas de ganado que habían podido reunir y las azuzaban dirigiéndolas a la orilla del río, donde las sacrificaban para llevarse la carne. Eché un vistazo al fortín. Allí estaba Etelstano, al frente de ciento cincuenta hombres apretujados en lo alto de las murallas, sin hacer nada que pudiera entorpecer la retirada del enemigo.

—Vamos a acabar con unos cuantos de esos cabrones —dije.

—Mi señor... —se inquietó Finan, intranquilo al ver que nos superaban en número.

—Saldrán por piernas —repuse—. Solo quieren verse a salvo en sus barcos, no buscan pelea en tierra firme.

Me hice con *Hálito-de-serpiente*. A pie y desperdigados, los hombres del norte que habían bajado a tierra. La mayoría andaba cerca de la parte del muelle quemado que se asentaba en tierra, donde poco tardarían en formar un muro de escudos; por

docenas, sin embargo, se contaban los que trataban de hacerse con el ganado. A por ellos me fui.

Estaba rabioso. Era yo quien estaba al frente de la guarnición de Ceaster, y los hombres que defendían Brunanburh formaban parte de ella. Era un puesto avanzado, que había sufrido un ataque por sorpresa y cuyos barcos habían sido pasto de las llamas, y sí, estaba rabioso. Quería sangre al amanecer. Besé la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, clavé espuelas y, al galope, espada en mano y lanza en ristre, enfilamos la suave pendiente. Lamenté no disponer de una lanza; demasiado tarde. Los que pastoreaban el ganado nos vieron venir y trataron de echar a correr, pero estaban en las marismas y el ganado se espantó, en tanto los cascos de nuestras monturas retumbaban en la hierba húmeda por el relente. El grupo más nutrido de nuestros adversarios trató de formar un muro de escudos junto a lo poco del muelle quemado que se adentraba en tierra firme, pero no tenía intención de enfrentarme con ellos.

—¡Prisioneros! —grité a los míos—. ¡Quiero prisioneros!

Bien para echar una mano a los que estaban en tierra o para facilitarles la huida, uno de los barcos de los hombres del norte comenzó a acercarse a la orilla. Armandos un colosal estrépito, piando y graznando, miles de pájaros levantaron el vuelo de aquellas aguas grises y, en círculos, volaron hasta el pastizal donde, a medias, habían formado un muro de escudos. Un estandarte sobresalía por encima de los escudos solapados; no tuve tiempo de fijarme en él, porque ya mi caballo se abalanzaba ribera abajo y casi alcanzábamos la orilla.

—¡Prisioneros! —les advertí a gritos una vez más.

Atrás dejé un buey degollado, cuya sangre espesa y negra se extendía por el cieno. Acababan de empezar la sangrienta labor, pero habían echado a correr y, sin darme cuenta, me vi entre ellos; de un golpe con la parte plana de la hoja de *Hálito-de-serpiente*, uno se fue al suelo. Di media vuelta. El caballo resbaló en el fango, se puso de manos y, en cuanto recuperó el equilibrio, aproveché el impulso que llevaba para hundir la espada en el pecho de un segundo hombre. La hoja le perforó el hombro, un tajo profundo; comenzó a echar espumarajos de sangre por la boca, y piqué espuelas para, gracias al empuje del corcel, liberar la pesada hoja del cuerpo del moribundo. Finan pasó a mi lado como una exhalación; tras él, mi hijo, al galope y baja la espada, *Pico-de-cuervo*; se ladeó en la silla de montar y se la hundió en la espalda a un hombre que corría como alma en pena. Con la mirada desencajada, un hombre del norte me lanzó un hacha que esquivé con facilidad, en el preciso instante en que la punta de la lanza que empuñaba Berg Skallagrimmrson se le clavaba en el espinazo, se le hundía en las tripas y, brillante y ensangrentada, le asomaba por la barriga. Berg cabalgaba sin yelmo, recogiendo los cabellos rubios, largos como los de una mujer, con unas tabas y unas cintas. Cuando se deshizo del asta de fresno y empuñó la espada, me dirigió una sonrisa feroz.

—¡He echado a perder una cota de malla, mi señor!

—¡Quiero prisioneros, Berg!

—Antes, si no os importa, voy a acabar con unos cuantos de esos malnacidos —y picó espuelas, sin perder la sonrisa. Era un hombre del norte, un guerrero, de dieciocho o diecinueve veranos como mucho, pero que ya había estado a los remos de un barco que lo había llevado a Horn, esa isla de hielo y fuego en los confines del Atlántico; que había peleado en Irlanda, Escocia y Gales, y que aseguraba que, a golpe de remo, se había adentrado en los bosques de abedules que, según él, se extendían al este del territorio de los hombres del norte. Tierras pobladas por gigantes helados y lobos del tamaño de corceles, según contaba—. Mil veces debería haber muerto, mi señor —me decía, pero el caso es que, si aún seguía con vida, a mí me lo debía. Y, tras haberme prestado juramento de fidelidad, pasó a ser uno de los míos, y estando ya a mi servicio, de un mandoble, le segó la cabeza a un hombre que huía—. Me parece que he afilado la espada como es debido —me dijo a voces.

Finan andaba cerca de la orilla, lo suficiente para que uno de los hombres que iban a bordo del barco que se acercaba le arrojase una lanza, que acabó en el cieno. De mala gana, Finan se ladeó en la silla de montar, se hizo con el asta y se llegó a un hombre que, sangrando, estaba en el suelo. Con desdén, miró al barco para cerciorarse de que veían lo que iba a hacer y enarboló la lanza, dispuesto a hundirla en la barriga de aquel hombre malherido. Con no poca sorpresa por mi parte, mantuvo el brazo en alto y la arrojó lejos. Desmontó y se arrodilló junto al herido; habló con él un momento, y se puso en pie.

—¡Prisioneros! —gritó—. ¡Se trata de hacer prisioneros!

Del fortín nos llegó el bramido de una trompa; volví la vista y reparé en los hombres que, en tromba, salían por la puerta de Brunanburh. Venían con escudos, lanzas y espadas, dispuestos a formar un muro de escudos capaz de plantar cara al que formaban nuestros enemigos y obligarlos a retroceder hasta el río, pero los protagonistas de la incursión ya abandonaban el lugar sin necesidad de ayuda por nuestra parte. Más allá de las pilastras carbonizadas, vadeaban el río y, bordeando los rescoldos aún humeantes de nuestras naves, trepaban a bordo de los barcos que les quedaban más cerca. Salvando las marismas con los remos, sin ganas de vérselas con los míos, que, con espadas y lanzas ensangrentadas, profiriendo amenazas y cubriéndolos de insultos, los esperaban a la orilla del río, a la espera se mantenía el barco que se acercaba. Más enemigos saltaron al río, tratando de llegar a los barcos con cabeza de dragón en la proa.

—¡Dejad que se vayan! —grité. Había llegado con intención de hacer sangre al amanecer, pero, aparte de perder posiblemente a una docena de los míos, no merecía la pena acabar con tan solo un puñado de hombres en las marismas del Mærse, cuando el grueso de la flota enemiga, con centenares de hombres a bordo, ya iba río arriba. Si quería desbaratar aquella amenaza, tendría que matar a centenares de hombres, no a un puñado tan solo.

Las tripulaciones de los barcos que andaban más cerca se mofaban de nosotros.

Me los quedé mirando mientras ayudaban a subir a bordo a los hombres, y me pregunté de dónde procedía aquella flota. Hacía mucho que no había visto tantos barcos de hombres del norte. Espoleé mi montura y me llegué a la orilla. Uno de ellos me arrojó una lanza, pero se quedó corto; con un gesto cargado de intención, devolví a *Hálito-de-serpiente* a la vaina, haciéndoles ver que daba por finalizada la refriega, cuando reparé en un hombre de barba gris que propinaba un codazo a un joven que pretendía arrojar otra lanza. Con la cabeza, dirigí un saludo al hombre de barba gris, quien me lo devolvió alzando una mano.

¿Quiénes eran, pues? Pronto nos lo aclararían los prisioneros, una veintena casi, a quienes en aquel momento despojaban de sus cotas de malla, yelmos y objetos de valor. Finan se había vuelto a poner de rodillas junto al hombre herido y hablaba con él. Espoleé mi caballo y me acerqué hasta que, extrañado, me detuve al ver que Finan, puesto en pie, le meaba encima, mientras el otro, casi desfallecido, agitaba una mano enguantada tratando de librarse de su torturador.

—¡Finan! —grité.

No me hizo caso. Hablaba con el prisionero en su propia lengua, el irlandés, en tanto que el otro le respondía de malos modos en la misma lengua. Finan se echó a reír; luego, me dio la impresión de que lo maldecía mientras, con la palma de la mano vuelta a la cara meada de aquel hombre, desgranaba con toda claridad una retahíla inmisericorde, como si recitara un conjuro. Pensé que, pasara lo que pasara, no era asunto mío, y volví la vista a los barcos que se encontraban al extremo del muelle echado a perder en el momento en que el portaestandarte del enemigo subía a bordo del último de aquellos barcos de altiva proa. El hombre llevaba cota de malla y le costaba lo suyo trepar por el costado de la nave, hasta que, sujetando en alto el estandarte con ambos brazos, dos guerreros lo ayudaron a subir a bordo. Reconocí el estandarte, y casi no pude creerme lo que veía.

Haesten.

Haesten.

Si alguna vez hubo un infame, traicionero y repugnante desecho humano, ese era Haesten. Lo conocía desde siempre y, cómo no, también le había salvado su miserable vida y él me había prestado juramento de fidelidad, poniendo sus manos sobre las mías, que apretaban la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, y había derramado lágrimas mientras juraba que sería uno de los míos, que siempre me defendería y estaría a mi servicio a cambio de mi oro y de mi lealtad, cuando, al cabo de unos pocos meses, ya había quebrantado el juramento y se enfrentaba conmigo. Había jurado que mantendría la paz con Alfredo, y también había quebrantado ese juramento. Al frente de ejércitos, había saqueado Wessex y Mercia, hasta que, en Beamfleot, acorralé a sus hombres, y arroyos y marismas se tiñeron con su sangre. Aquel día, con sus muertos, cegamos los canales, y los cuervos se dieron un gran

festín, pero Haesten consiguió escapar. Había perdido su ejército, pero no sus arteras veleidades, y había vuelto a las andadas, como vasallo de Sigurd Thorrson y Cnut Ranulfson; ambos habían perdido la vida en otra carnicería, pero Haesten había conseguido escapar de nuevo.

Y allí estaba de vuelta; una calavera blanquecina clavada en un palo era el motivo que ondeaba en su estandarte, que parecía mofarse de mí desde el barco que estaba más cerca y que ya se alejaba por el río. Los hombres que iban a bordo nos insultaban, mientras el portaestandarte agitaba la calavera de un lado a otro. Más allá, otro barco de grandes dimensiones que, en la proa, exhibía un gran dragón con las fauces abiertas y mirando a lo alto; en la popa, un hombre con capa y un yelmo de plata rematado con unas negras alas de cuervo. Se quitó el yelmo y, con guasa, me dedicó una reverencia; en ese momento, caí en la cuenta de que era Haesten. Se estaba riendo. Había quemado nuestros barcos y nos había arrebatado algo de ganado; toda una victoria, en su caso. Pero no una forma de sacarse la espina de Beamfleot; para llevar a cabo una carnicería semejante, tendría que acabar conmigo y con todos mis hombres, pero nos había hecho quedar como necios y había abierto el Mærse a una colosal flota de hombres del norte que ya iban río arriba. Una tropa enemiga que, a las órdenes de Haesten, venía dispuesta a hacerse con nuestra tierra.

—¿Cómo un cabrón como Haesten puede estar al frente de tantos hombres? —me pregunté en voz alta.

—No lo está. —Mi hijo se había acercado a la orilla y refrenó su montura.

—¿Ah, no?

—Ragnall Ivarson es quien está al frente.

Me quedé callado, pero sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Ragnall Ivarson era un nombre que me sonaba, que a todos nos sonaba, un nombre que infundía temor a lo largo y ancho del mar de Irlanda. Un hombre del norte que se autoproclamaba Rey del Mar, porque sus dominios se extendían por todas las costas que, ya fueran de roca o de arena, batían las olas. Sus dominios se extendían hasta aquellos confines donde retozaban las focas y los frailecillos surcaban el aire, donde aullaban los vientos y los barcos se iban a pique, donde el frío lacerante se dejaba sentir como un cuchillo y, lastimeras, las almas de los ahogados gemían en la oscuridad. Sus hombres se habían apoderado de las inhóspitas islas de Escocia, adueñado de territorios en la costa de Irlanda y reducido a la esclavitud a gentes de Gales y de la Isla de Mann. Un reino, pues, carente de fronteras, porque, allí donde un enemigo se volvía lo bastante fuerte, los hombres de Ragnall se hacían a la mar en sus barcos alargados y ponían rumbo a otra costa inexplorada. Habían saqueado las costas de Wessex, tomado esclavos y robado ganado; incluso habían ido río Sæfern arriba y amenazado Gleawecestre, aunque las murallas de la ciudadela los habían desalentado. Ese era Ragnall Ivarson. Nunca lo había visto cara a cara, pero sabía quién era. Y la fama que tenía. Nadie mejor que él al frente de un barco, nadie que riera de forma más estruendosa, nadie tan temido como él. Era un salvaje, un pirata, un quimérico rey de ninguna parte, y

mi hija Stiorra se había casado con su hermano.

—Y Haesten ha prestado juramento de fidelidad a Ragnall —continuaba mi hijo, mientras observaba los barcos que se alejaban—. Ragnall Ivarson —sin perder de vista la flota mientras hablaba— se ha desentendido de sus territorios en Irlanda. A sus hombres les ha dicho que Britania era la tierra que el destino le había deparado.

Haesten era lo de menos, pensé. Una rata aliada a un lobo, un miserable gorrión encaramado a la testuz de un águila.

—¿Así que Ragnall ha abandonado sus territorios en Irlanda? —me interesé.

—Eso ha dicho ese hombre —señalando al lugar donde se hacinaban los prisioneros.

Refunfuñé. No estaba muy al tanto de lo que pasaba en Irlanda, pero, a lo largo de los últimos años, nos habían ido llegando noticias del acoso al que se veían sometidos los hombres del norte en aquellas latitudes. Barcos cargados de supervivientes de luchas despiadadas habían cruzado el mar, y aquellos que, en su día, pensarán en establecerse en Irlanda buscaban nuevas tierras en Cumbria o en la costa de Gales; los había incluso que ponían rumbo a lugares mucho más lejanos, como Neustria o Frankia.

—Ragnall es poderoso —comenté—. ¿Por qué habría de abandonar Irlanda?

—Porque los irlandeses le han convencido de que lo haga.

—¿Convencido?

Mi hijo se encogió de hombros.

—Disponen de hechiceros, hechiceros cristianos que vaticinan el futuro. Ellos fueron quienes le aseguraron que, si abandona Irlanda, será rey de toda Britania; hasta le han proporcionado guerreros como refuerzo —volviendo la cabeza hacia la flota—. Un centenar de guerreros irlandeses van en esos barcos.

—¿Rey de toda Britania?

—Eso fue lo que dijo el prisionero.

Lancé un escupitajo. Ragnall no era el primero en soñar con dominar toda la isla.

—¿Con cuántos hombres cuenta?

—Mil doscientos.

—¿Estáis seguro?

—Me habéis educado en condiciones, padre —repuso mi hijo, sonriendo.

—¿Qué os he enseñado?

—Que la punta de una lanza en el hígado de un prisionero es un argumento más que convincente.

Me fijé en los últimos barcos que se perdían por el este.

—¡Beadwulf! —llamé a voces. Era un hombre menudo y enjuto que, si bien sajón de pura cepa, llevaba la cara pintada con trazos de tinta a la manera de los daneses. Y también uno de mis mejores ojeadores, un hombre capaz de cruzar una pradera a campo abierto como un espectro. Con la cabeza, hice un gesto indicándole los barcos que se perdían a lo lejos—. Llevaos una docena de hombres —le dije—, y seguid a

esos cabrones. Quiero saber dónde desembarcan.

—Al instante, mi señor —repuso, pronto a darse media vuelta.

—¡Y Beadwulf! —añadí, mientras se me quedaba mirando—. Fijaos bien en los estandartes que ondean en esos barcos, ¡y tratad de ver si alguno exhibe un hacha roja! Si la distinguís, ¡quiero que me aviséis de inmediato!

—Un hacha roja —repitió—. Muy bien, mi señor —y se alejó a toda prisa.

El hacha roja era la enseña de Sigtryggr Ivarson, el marido de mi hija. Sus hombres ahora lo llamaban Sigtryggr el Tuerto, porque, con la punta de *Hálito-de-serpiente*, le había privado del ojo derecho. Había atacado Ceaster y lo habíamos derrotado; aun así, se las compuso para llevarse con él a Stiorra, mi hija, no como cautiva, sino como amante; y, desde entonces, solo de vez en cuando había sabido de ella. Sigtryggr y ella vivían como terratenientes en Irlanda; me escribía porque yo me había empeñado en que aprendiera a leer y a escribir. «Damos largos paseos a caballo por la playa y las colinas —me había contado—. Es todo tan bonito... No pueden ni vernos». Había tenido una hija, mi primer nieto, y le había puesto Gisela, como su madre. «Gisela es una monada —me contaba—; los curas irlandeses no dejan de echar pestes de nosotros. Por las noches, con dejes que me recuerdan los de aves salvajes medio moribundas, a voces nos lanzan sus maldiciones. Me encanta este sitio. Mi esposo os envía recuerdos».

Los hombres siempre habían pensado que Sigtryggr era el más temible de los dos hermanos. Decían que era más despierto que Ragnall, su habilidad con la espada era legendaria, pero la pérdida de aquel ojo y, quizá, el matrimonio con Stiorra lo habían sosegado un tanto. Corrían rumores de que estaba encantado de cultivar sus tierras, pescar en sus aguas y defender sus propiedades, pero ¿seguiría tan encantado ahora que su hermano mayor se disponía a invadir Britania? Por eso le había dicho a Beadwulf que pusiese especial cuidado en buscar un estandarte en el que ondease un hacha roja: quería saber si el marido de mi hija se había vuelto en mi contra.

Cuando perdíamos de vista el último de los barcos del enemigo, acompañado por media docena de hombres a lomos de grandes corceles, el príncipe Etelstano se llegó a mi lado.

—Mi señor —dijo—, ¡no sabéis cuánto lo siento!

Le hice una seña para que guardara silencio, y volví a mirar a Finan, que, como un poseso, seguía gritando al hombre que yacía a sus pies; el herido no se quedaba atrás, y no me hizo falta saber irlandés para darme cuenta de que ambos se maldecían. Rara vez había visto a Finan tan fuera de sí. Sin dejar de despotricar, escupía y remachaba las palabras que, desgranadas como una cadencia, resonaban como otros tantos martillazos. Palabras que recaían sobre su adversario, quien, aun malherido como estaba, parecía acusar el efecto de tamaños insultos. Horrorizados al ver tanta ira, los hombres no dejaban de mirarlos, hasta que Finan se dio media vuelta y se hizo con la lanza que antes había desechado. Con parsimonia, volvió junto a su víctima, dijo algo más y se palpó el crucifijo que llevaba al cuello. Luego, como un cura en el

momento de alzar la hostia, con la punta dirigida al suelo, enarboló la lanza con ambas manos y la mantuvo en alto. Se detuvo un momento y, hablando en inglés, dijo:

—Que Dios me perdone.

Luego, hundió la lanza con todas sus fuerzas sin dejar de dar voces, hasta que la hoja atravesó la cota de malla y el hueso y se hundió en el corazón del otro, mientras el herido se revolvía bajo la presión de la lanza, echando sangre por la boca y agitando los brazos y las piernas durante unos segundos antes de exhalar un último suspiro y, con gesto demudado, caer muerto, ensartado a la orilla del río con una lanza que, limpiamente, le había atravesado el corazón antes de dejarlo clavado en el suelo.

Finan lloraba a lágrima viva.

Espoleé mi montura y me llegué a su lado; me incliné y le puse una mano encima del hombro. Era mi amigo, mi amigo de toda la vida, mi compañero en no menos de cien muros de escudos.

—¿Finan? —le urgí; ni siquiera me devolvió la mirada—. ¿Finan? —insistí; entonces alzó los ojos y me miró. Reparé en las lágrimas que le corrían por las mejillas, en aquellos ojos desencajados.

—Creo que era mi hijo —dijo.

—¿Que era quién? —pregunté horrorizado.

—Hijo o sobrino; no estoy seguro. Que Dios me ayude. No lo sé. El caso es que lo he matado —y se apartó de mi lado.



—Lo siento mucho —insistía Etelstano, con una voz que daba a entender que estaba no menos abatido que Finan. Contemplaba el humo que seguía saliendo de la orilla del río—. Aparecieron en plena noche —dijo—, y no nos dimos cuenta hasta que vimos las llamas. Lo siento de veras. Os he fallado.

—Dejaos de necedades —bramé—. ¡Nada podíais contra esa flota! —señalando el recodo del río por donde, más allá de un soto, acabábamos de perder de vista al último de los barcos del Rey del Mar. Uno de los doce barcos que nos habían quemado se ladeó, y se oyó el siseo de una vaharada de vapor que enrareció el humo.

—Quería plantarles cara —volvió a la carga Etelstano.

—En tal caso, sois un maldito necio —repliqué.

Frunció el ceño, y me señaló los barcos que aún ardían y los restos descuartizados de un buey.

—¡Quería poner fin a todo eso!

—Sois muy libre de elegir las batallas que queráis librar —repose con aspereza—. Estabais a buen seguro tras las murallas. ¿Por qué perder hombres? Nada podíais hacer para detener esa flota. Además, eso es lo que querían, que salierais y os

enfrentarais con ellos; no es sensato darle al enemigo lo que va buscando.

—Lo mismo le dije yo —intervino Rædwald, un hombre de Mercia entrado en años, un hombre prudente que había dejado en Brunanburh para aconsejar a Etelstano. El príncipe estaba al mando, pero era joven; por eso había dejado allí a media docena de hombres de más edad y mayor capacidad de juicio, para evitar que cometiera los errores propios de sus pocos años.

—¿Querían que saliéramos? —se interesó Etelstano, hecho un lío.

—¿Qué mejor sitio para enfrentarse con los vuestros? —le pregunté, a mi vez—. ¿Detrás de las murallas, o a campo abierto, muro de escudos contra muro de escudos?

—Lo mismo le dije yo —insistió Rædwald. Pasé por alto el comentario.

—Sois muy libre de elegir las batallas que os disponéis a librar —le reproché—. ¡Para eso se os ha dado eso que tenéis entre las orejas, para pensar! Si os dedicáis a atacar a todo enemigo que se cruce en vuestro camino, solo conseguiréis cavaros una tumba antes de tiempo.

—Lo mismo... —empezó a decir Rædwald.

—Le dijisteis vos. ¡Ya lo sé! ¡Callad la boca! —mientras volvía la vista río arriba, donde ya no quedaba nada. Ragnall había llevado un ejército a Britania, pero ¿qué pensaba hacer con aquellos hombres? Necesitaba tierras para alimentarlos y fortalezas donde guarecerlos. Atrás, había dejado Brunanburh, pero ¿no estaría pensando en dar media vuelta y atacar Ceaster? Las murallas romanas, las mismas que se alzaban como un obstáculo formidable, convertían la ciudadela en una excelente base de operaciones. ¿A dónde se dirigía, pues?

—¡Es lo que acabáis de hacer vos! —apuntó Etelstano, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿Que he hecho qué?

—¡Atacar al enemigo! —parecía indignado—. ¡Hace un momento! ¡Cargasteis contra ellos colina abajo, y eso que os superaban en número!

—Porque necesitaba hacer prisioneros, despreciable remedo de hombre.

Quería saber cómo, en plena noche, Ragnall se había aventurado río arriba. O la fortuna le había sonreído hasta el punto de que su enorme flota hubiera sorteado los bancos de arena del Mærese sin que ninguno de sus barcos encallase, o era un navegante mucho más consumado que lo que de él se decía. Aunque innecesaria, habida cuenta de las dimensiones de aquella flota frente a los doce barcos que allí habíamos dejado, había sido una auténtica gesta marinera. Podía haber pasado de largo sin haberse desviado siquiera; sin embargo, había decidido atacar en mitad de la noche. ¿Por qué?

—No quería que cegásemos el canal —dejó caer mi hijo y, casi con toda seguridad, no otra era la razón. Si tan solo unas horas antes hubiéramos recibido algún aviso de lo que se nos venía encima, habríamos hundido nuestros barcos en el canal principal del río. Ragnar habría conseguido pasar de todas formas, pero habría tenido que esperar a que subiese la marea y sus enormes barcos lo habrían tenido más

difícil, mientras nosotros enviábamos emisarios río arriba que se encargasen de bloquear el Mærse y dispondríamos de más hombres para recibirlos como se merecían. En cambio, nos había dejado atrás, no sin armarnos un buen estropicio, y se dirigía tierra adentro.

—Seguro que fueron esos frisios —dijo Etelstano, alicaído.

—¿Frisios?

—Tres barcos mercantes que arribaron anoche, mi señor. Atracaron en el río. Traían un cargamento de pieles de Dyflin.

—¿Subisteis a bordo para inspeccionarlos?

Negó con la cabeza.

—Dijeron que eran portadores de la peste, mi señor.

—¿Así que decidisteis no subir a bordo?

—No, si eso pasaba, mi señor, no.

La guarnición de Brunanburh tenía la obligación de inspeccionar todo barco que se adentrase en el río y reclamar un derecho de paso por la carga que llevasen, pero nadie se habría atrevido a inspeccionar un barco en el que se hubiera declarado la enfermedad.

—Nos dijeron que solo llevaban pieles, mi señor —añadió Etelstano—, y nos pagaron las cantidades que les reclamamos.

—¿Y ni siquiera os molestasteis en vigilarlos?

Cabizbajo, asintió. Los prisioneros me contaron el resto. Los tres barcos mercantes habían atracado donde el canal se estrechaba, el lugar preciso donde una gran flota corría mayor peligro de encallar, y encendieron unos fanales para facilitar el paso de los barcos hasta dejar atrás el peligro. La marea se había encargado del resto. Todo barco a la deriva sigue el flujo de la corriente más rápida del canal, y, una vez que dejaron atrás los tres barcos mercantes, Ragnall se limitó a dejar que la corriente los llevase a nuestro embarcadero. Una vez allí, había quemado tanto nuestros barcos como el embarcadero, de modo que sus bajeles dispusieran de todo el río para ellos. Así le sería más fácil recibir refuerzos de sus dominios marinos. Había desbaratado nuestras defensas en el Mærse, y disponía de todo un ejército para invadir Britania.

Dejé que Etelstano decidiera la suerte de los prisioneros. Eran catorce; Etelstano optó por ejecutarlos.

—Esperad a que baje la marea —le ordenó a Rædwald—; después, atadlos a esas estacas —señalando las pilastras carbonizadas que, siguiendo extrañas formas, sobresalían entre los remolinos que formaba el río—. Que se ahoguen cuando suba la marea.

Había enviado a Beadwulf al este, pero no esperaba recibir noticias suyas hasta pasado un día. Ordené a Sihtric que enviara hombres al sur.

—Que cabalguen tan rápido como les sea posible —le dije—, y que informen a la Dama Etelfleda de lo que está pasando. ¡Decidle que necesito hombres, un montón de

hombres, todos sus hombres!

—¿A Ceaster, pues? —me preguntó Sihtric.

Asentí con la cabeza, sin dejar de darle vueltas al asunto.

—Decidle que vayan a Liccelfeld, que allí estaré —al tiempo que me volvía y le decía a Etelstano—, y vos, mi príncipe, vendréis conmigo. Os pondréis al frente de la mayor parte de la guarnición de Brunanburh. En cuanto a vos —mirando a Rædwald—, os quedaréis aquí y defenderéis lo poco que queda. Dispondréis de cincuenta hombres.

—¡Cincuenta! No son suficientes...

—Que sean cuarenta —bramé—, y si perdéis el fortín, os arrancaré los riñones y me los comeré.

Estábamos en guerra.



Finan estaba sentado en un gran tronco de madera de deriva a la orilla del río; me acomodé a su lado.

—Ponedme al tanto de lo que ha pasado —le dije, señalando el cadáver que aún permanecía clavado al suelo con aquella lanza.

—¿Qué queréis saber?

—Lo que tengáis a bien contarme.

Nos quedamos callados. Rompiendo la quietud de la mañana con un batir de alas, unos gansos nos pasaron por encima. Cayó un chaparrón que se fue como había venido. Uno de los cadáveres soltó un pedo.

—Nos vamos a Liccelfeld —dije.

Finan se dio por enterado.

—¿Por qué a Liccelfeld? —se interesó al cabo de un momento. Pregunta más bien retórica. No estaba pensando en Ragnall ni en los hombres del norte ni en nada que no fuera aquel cuerpo alanceado a un paso de la orilla.

—Porque no sé a dónde tiene pensado ir Ragnall —repuse—, y, desde Liccelfeld, lo mismo podemos ir al norte que al sur.

—Al norte o al sur —repitió, como ido.

—Ese cabrón va en busca de tierras —añadí—, y lo mismo puede hacerse con ellas al norte de Mercia que al sur de Northumbria. Tenemos que pararle los pies cuanto antes.

—Se dirigirá al norte —apuntó Finan, como si aquello no fuera con él. Se encogió de hombros—. ¿Por qué buscar un enfrentamiento con Mercia?

Supuse que estaba en lo cierto. Con fronteras defendidas por fortines y ciudadelas fortificadas, Mercia se había hecho fuerte, en tanto que, al norte, se extendían los azarosos parajes de Northumbria. Territorio danés, sí, pero cuyos señores no dejaban de guerrear y pelearse entre ellos. Un hombre fuerte, y Ragnall lo era, bien podría

unirlos. Muchas veces le había dicho a Etelfleda que debería marchar al norte y arrebañarles tierras a aquellos daneses levantiscos, pero, a menos que contase con el apoyo del ejército de sajones del oeste de su hermano, jamás invadiría Northumbria.

—Vaya al sur o al norte —dije—, es el momento de plantarle cara. Acaba de llegar. No conoce el terreno. Haesten, sí, claro está; pero ¿hasta qué punto se fía Ragnall de esa cagarruta de comadreja? Por lo que nos han contado los prisioneros, los hombres de su ejército jamás han luchado juntos, así que debemos atacar ahora, antes de que encuentre un lugar donde cobijarse y se sienta a salvo. Haremos con él lo mismo que le hicieran los irlandeses: le haremos ver que no lo queremos por aquí.

Silencio de nuevo. Tratando de contarlos, me quedé mirando los gansos por Ver si su número me proporcionaba algún presagio, pero eran demasiados. Además, un ganso ondeaba en el estandarte de Etelfleda, de modo que me dio por pensar que su presencia era un buen augurio. Me palpé el martillo que llevaba colgado al cuello. Finan reparó en el gesto y frunció el ceño. Luego, echó mano del crucifijo que llevaba al cuello, esbozó una mueca, y se lo arrancó con tanta fuerza que rompió el cordón de cuero del que colgaba. Se quedó mirando un momento aquella baratija y la arrojó al agua.

—Iré al infierno de cabeza —dijo.

Por un momento, no supe qué contestar.

—Al menos estaremos juntos —repuse.

—Pues sí —dijo muy serio—. Un hombre que mata a alguien de su propia sangre está condenado.

—¿Es eso lo que os enseñan los curas cristianos?

—No.

—Entonces, ¿cómo estáis tan seguro?

—Lo sé, y basta. De ahí que mi hermano no acabase conmigo hace muchos años. En vez de eso, me vendió a aquel cabrón de mercader de esclavos.

Así fue cómo nos conocimos Finan y yo, encadenados como esclavos a una bancada y empuñando largos remos. Aunque llevaba mucho tiempo muerto, degollado por Finan en un arranque de venganza, aún llevábamos la marca de aquel malnacido en la piel.

—¿Por qué querría acabar con vos vuestro hermano? —le pregunté, a sabiendas de que me adentraba en terreno resbaladizo. A pesar de los muchos años que llevábamos siendo amigos, nunca había sabido por qué Finan había abandonado su Irlanda natal.

—Una mujer —haciendo una mueca.

—Sorprendedme —dije, no sin ironía.

—Estuve casado —continuó, como si no me hubiera oído—. Una buena mujer, ya lo creo, una hija de la sangre del clan de los Uí Néill, en tanto que, para mi pueblo, yo era un príncipe. Al igual que mi hermano, el príncipe Conall.

—Conall —dije al cabo de unos segundos de silencio.

—Irlanda es un mosaico de pequeños reinos —continuó, sin apartar la mirada perdida del agua—. Pequeños reinos y grandes reyes, y vaya si guerreamos. ¡Dios, nos encanta pelear! El clan de los Uí Néill es uno de los más importantes, al menos entre los del norte del país. Ellos nos dispensaban protección y nosotros les rendíamos tributo. Cuando nos lo pedían, siempre peleábamos de su lado, bebíamos con ellos y nos casábamos con sus mujeres de más alto rango.

—¿Así que os casasteis con una del clan de los Uí Néill? —apremiándole.

—Conall es más joven que yo —repuso, pasando por alto la pregunta—; yo debería haber sido el siguiente rey, pero Conall conoció a una muchacha del clan de los Ó Domhnaill. ¡Dios, qué hermosa era, y eso que no era de alta cuna! No era la hija de ningún jefe de clan; era tan solo una lechera. Tan bonita... —se le humedecían los ojos mientras hablaba con un deje de melancolía—. De cabellos negros como la noche y ojos como dos estrellas, con un cuerpo tan grácil como el de un ángel en pleno vuelo.

—¿Que se llamaba? —le pregunté.

Negó rotundamente con la cabeza y no respondió a mi pregunta.

—Y Dios sabe que nos enamoramos. Y nos fugamos. Nos hicimos con unos caballos y nos dirigimos al sur. La mujer de Conall y yo, los dos solos. Pensábamos que si nos íbamos muy lejos y nos escondíamos, nadie nos encontraría nunca.

—Pero a Conall le dio por perseguiros —dejé caer.

—Todo el clan de los Uí Néill se propuso darnos caza. Porque bien sabe Dios que eso fue lo que pasó. Todos los cristianos de Irlanda sabían quiénes éramos y el oro que recibirían si daban con nosotros, y sí, Conall se sumó a los hombres del clan de los Uí Néill.

En silencio, esperé a que continuase.

—En Irlanda, es imposible esconderse —prosiguió Finan—. Nadie está a salvo, a salvo de la gente humilde, de la gente en una palabra. Ya podéis retiraros a una isla en mitad de un lago, que sabrán que estáis ahí. Instalaros en lo alto de una montaña, que darán con vos; esconderos en una cueva, que os atraparán. Deberíamos habernos hecho a la mar, pero éramos jóvenes y no lo sabíamos.

—Hasta que dieron con vosotros.

—En efecto, y Conall prometió que más desearía haber muerto que seguir con vida.

—¿Y os vendió a Sverri? —el mercader de esclavos que nos había comprado.

Asintió.

—Me arrebató todo el oro que tenía y ordenó que me azotaran, me arrastrasen por el lodazal donde iban a parar todas las inmundicias del clan de los Uí Néill y me vendió a Sverri. Soy el rey que nunca lo fue.

—¿Qué fue de la muchacha?

—Conall tomó a la mía, aquella joven del clan de los Uí Néill, por esposa. Los curas le dieron el visto bueno y le animaron a hacerlo, así que crío a mis hijos como

si fueran suyos. Y renegaron de mí, mi señor. Mis propios hijos me maldecían. Ese — señalando el cadáver— acaba de hacerlo. Soy el traidor, el maldito.

—¿Es hijo vuestro? —le pregunté con delicadeza.

—No me lo dijo. Podría serlo. O hijo de Conall. De mi sangre, en cualquier caso.

Me acerqué al muerto, le planté el pie derecho en la barriga y tiré con fuerza para sacar la lanza. Se produjo un pequeño forcejeo, hasta que el cadáver hizo un ruido parecido a un poco decoroso chupeteo cuando, por fin, saqué la hoja. En el pecho del muerto, una cruz ensangrentada.

—Los curas se encargarán de enterrarlo y rezarán por él —arrojé la lanza a la orilla del río, y me volví para preguntarle a Finan—: ¿Qué fue de la chica?

Dirigió la misma mirada perdida al río, que bajaba más turbio, cubierto como estaba con las cenizas de nuestros barcos.

—Dejaron que, durante todo un día, los guerreros del clan de los Uí Néill hicieran con ella lo que les viniera en gana, y me obligaron a verlo. Luego, se apiadaron de ella, mi señor, y la mataron.

—¿Y vuestro hermano ha enviado hombres para echar una mano a Ragnall? —me interesé.

—El clan de los Uí Néill ha prestado hombres a Ragnall. Y sí, mi hermano va al frente de ellos.

—¿Y por qué, según vos, lo habrán hecho? —le pregunté.

—Porque al clan de los Uí Néill les gustaría ser reyes de todo el norte de Irlanda, y de Escocia también. Reyes de todo el norte. Ragnall puede quedarse con los territorios sajones. Ese es el pacto. Él los ayuda, y ellos le ayudan a su vez.

—¿Y piensa comenzar por Northumbria?

—O por Mercia, quién sabe —dijo Finan, encogiéndose de hombros—. Pero no se quedarán ahí —continuó—: lo quieren todo.

La misma pesadilla de siempre, la que me había mantenido en vilo toda la vida, la pesadilla de que los hombres del norte se hacían con toda Britania. Muchas veces lo habían intentado y habían estado en un tris de conseguirlo, pero los sajones siempre supimos cómo salir adelante y plantarles cara, hasta el punto de que, para entonces, habíamos recuperado la mitad de la isla. ¡Y eso que podríamos haberla perdido! Los hombres del norte nada sabían de piedad; ahítos de rabia y de ira, sus ejércitos oscurecían la tierra, pero tenían un punto flaco, tan vulnerable como letal: eran como perros que no dejaban de pelearse entre ellos. Sus incursiones solo llegaban a ser peligrosas cuando, por su fortaleza, uno de esos perros sobresalía de entre la jauría hasta el punto de gruñir, morder y obligar a los otros perros a amoldarse a sus deseos. Una derrota y adiós a sus ejércitos. Si las cosas iban bien, seguían a un caudillo, pero si daba muestras de debilidad, sus mesnadas lo abandonaban en busca de una presa más fácil.

Y Ragnall había venido con todo un ejército. Un ejército de hombres del norte, al que se habían sumado daneses e irlandeses, lo que quería decir que había sabido unir

a nuestros enemigos. Por eso era peligroso.

Solo que no había conseguido que todos los perros se sometiesen a su voluntad.

Por los prisioneros me enteré de otra cosa: que Sigtryggr, el marido de mi hija, no había querido hacerse a la mar con su hermano. No se había movido de Irlanda. Beadwulf habría visto el estandarte del hacha roja y me diría lo contrario, pero dos de los prisioneros me aseguraron que ese era el emblema de los dos hermanos, la bandera de su difunto padre, el hacha ensangrentada de Ivar, pero el hacha de Sigtryggr, al menos de momento, se había tomado un respiro. El hacha de Ragnall había infligido una herida profunda en nuestras defensas, pero mi yerno no se había movido de Irlanda. Me llevé la mano al martillo y recé para que no lo hiciera.

—Tenemos que irnos —le dije a Finan.

Teníamos que hostigar a Ragnall hasta derrotarlo.

Y tomé la decisión de dirigirnos al este.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, muy temprano, encabezados por Ceolnoth y Ceolberht, aquel par de gemelos de Mercia que no podían ni verme, cuatro curas solicitaron hablar conmigo. Nos conocíamos desde chicos, y los tenía en tan baja estima, como ellos a mí. Al menos por aquel entonces podía distinguirlos, y eso que eran gemelos idénticos, como dos gotas de agua. Durante años, nunca estuve seguro de con quién de los dos hablaba, hasta que, tras mantener uno de nuestros frecuentes encontronazos, de una patada, le salté los dientes a Ceolberht, de modo que, para entonces, ya sabía quién era aquel de los dos que, aparte de babear, siseaba cuando hablaba.

—¿Estaréis de vuelta para Pascua florida, mi señor? —me preguntó muy comedido, quizá porque aún le quedaban un par de dientes que prefería que siguiesen en su sitio.

—No —al tiempo que espoleaba mi caballo y daba un paso adelante—. ¡Godwin! ¡Ese pescado, en los costales!

—Sin falta, mi señor —repuso a voces Godwin, mi mozo. Con ayuda de otros tres hombres, entre los cuatro y rodando, habían conseguido sacar unas barricas llenas de pescado ahumado de uno de los graneros de Ceaster y, de dos en dos, trataban de amarrarlas de forma que cada caballo de carga portase un par—. ¿Disponemos de costales, mi señor? —frunciendo el ceño.

—Hay veintidós costales repletos de lana en mis dependencias —repliqué—. ¡Decidle al intendente que los vacíe! —antes de volverme al padre Ceolberht—. No creo que consigamos sacar toda la lana de los sacos —le dije—. En parte se quedará adherida al pescado y se nos meterá entre los dientes —con una sonrisa—, si es que aún nos queda alguno para entonces.

—¿Cuántos hombres pensáis dejarnos para defender Ceaster? —se interesó su hermano con gesto adusto.

—Ochenta —repuse.

—¡Ochenta!

—Y la mitad de ellos, enfermos —añadí—; así que dispondréis de cuarenta hombres en condiciones y de cuarenta lisiados.

—¡No son suficientes! —protestó.

—Por supuesto que no —me revolví—, pero, si quiero acabar con Ragnall, tengo que disponer de un ejército. Así que Ceaster tendrá que arreglárselas como pueda.

—Y si a los paganos les da por presentarse aquí... —dejó caer el padre Wissian, hecho un manojo de nervios.

—No tendrán ni la menor idea de cuántos hombres forman la guarnición —

repliqué—, pero no tardarán en darse cuenta de lo sólidas que son las murallas. Sé a lo que me expongo al dejar tan pocos hombres aquí; con eso cuento. Por no hablar de que siempre podéis contar con los hombres del *fyrð*, el ejército de la comarca. ¡Godwin! ¡El pan, en los costales!

Pensaba llevar conmigo a más de trescientos hombres, dejando apenas las tropas suficientes para defender las murallas de Ceaster y Brunanburh. Me disponía a marchar al frente de trescientos hombres, que, dicho así, como si lo único que hubiera que hacer fuera montar a lomos de nuestras monturas, salir de Ceaster y dirigirnos al este, parece fácil, pero organizar un ejército lleva tiempo. Teníamos que llevar comida. Íbamos a adentrarnos por parajes donde, si bien nunca suficiente para todos, podríamos adquirirla. Los hombres del norte podían hacer acopio de lo que les viniera en gana, pero nosotros estábamos en nuestro territorio y teníamos que pagar por las provisiones. Por eso, llevaba una montura cargada de monedas de plata que custodiaban dos de los míos. Y, bien pensado, seríamos más de trescientos, eso sin duda, porque muchos llevarían a sus criados y algunos, también a sus mujeres, a las que no estaban dispuestos a renunciar; por no hablar de los mozos que se ocuparan de los caballos de refresco y del montón de caballos de carga que habrían de llevar armaduras y armas, costales de carne en salazón y de pescado ahumado, de pan duro y de queso de corteza reseca.

—¡Ya sabéis lo importante que es para nosotros la Pascua florida! —insistió Ceolnoth, poco dispuesto a dar su brazo a torcer.

—Pues claro que sí —repuse—. Es cuando hacemos pequeñines.

—En mi vida había oído semejante barbaridad... —se arrancó Ceolberht, antes de quedarse callado al reparar en la mirada que le dirigía su hermano.

—Es la festividad que más me gusta —añadí, encantado—. ¡El día de Pascua es el más indicado para hacer niños!

—Y también el más jubiloso y solemne del año cristiano —me sermoneó Ceolnoth—. Solemne, porque recordamos la agonía y muerte de nuestro Salvador; jubiloso, porque celebramos su resurrección.

—Amén —dijo el padre Wissian. Otro cura de Mercia, un hombre joven, con un prematuro mechón de pelo blanco. Me caía bastante bien, pero, en presencia de los gemelos, parecía acobardado. Aunque ciego, sin perder la sonrisa, el padre Cuthberto no se apartaba de su lado. Había estado pendiente de la discusión que manteníamos y se lo estaba pasando en grande.

—¿Por qué habláis de la Pascua florida? —me interese.

—Porque Nuestro Señor murió y resucitó, como si renaciese de nuevo —repuso Ceolnoth.

—Y una mierda —dije yo—. Decís eso por Eostre, porque es el día que dedicamos a Eostre, y lo sabéis.

—No tiene nada que ver... —empezó a decir Ceolberht, indignado.

—Eostre —repetí, haciendo oídos sordos—. ¡La diosa de la primavera y del

retozo! ¡Vosotros los cristianos nos arrebatasteis el nombre y la celebración!

—No le hagáis caso —dijo Ceolnoth, pero sabía que tenía razón. Eostre es la diosa de la primavera, una diosa retozona, la protectora de tantos y tantos niños como nacen en enero. Los cristianos, quiénes, si no, tratan de arrebatarnos esa festividad, asegurando que solo tiene que ver con el renacer de la naturaleza, pero, como siempre, los cristianos no dicen sino insensateces. A pesar de tantos y tan solemnes sermones que dan por sentado que la Pascua florida es una festividad solemne y sagrada, la mayoría de la gente aún conserva un vago recuerdo de los ritos con que celebramos la festividad de Eostre y, puntuales, nuestros pequeños siguen viniendo al mundo en invierno. En los tres años que había pasado en Ceaster, siempre había insistido en celebrar aquel día con malabaristas y gente que caminaba sobre brasas, músicos y acróbatas, con peleas de lucha libre y carreras de caballos. Con puestos donde se vendía de todo, desde piezas de loza hasta joyas, y, por supuesto, había bailes. Los curas no los veían con buenos ojos, pero la gente seguía bailando y, gracias a eso, los niños nacían a su debido tiempo.

Pero aquel año todo iba a ser diferente. Los cristianos habían decidido que Ceaster fuera sede episcopal y habían elegido esa fecha como el día de la consagración del nuevo obispo. El recién nombrado obispo se llamaba Leofstan y, aparte de ser de Wessex y de que todo el mundo se hacía lenguas en cuanto a lo piadoso que era, nunca había coincidido con él. Por lo que tenía entendido, se trataba de un erudito que estaba casado, aunque, tras haberse enterado de que lo iban a nombrar obispo, había jurado en público que, tres días por semana, se abstendría de usar del matrimonio. El pobre y ciego padre Cuthberto, a quien tanta gracia le hacían semejantes necedades, me había contado lo del juramento en cuestión para que me riera un rato.

—¿Que ha prometido qué? —me sorprendí.

—Que no complacerá a su esposa, mi señor.

—A lo mejor es que es vieja y fea.

—Los hombres aseguran que es hermosa —añadió el cura, que no podía tener opinión al respecto—, pero nuestro futuro obispo sostiene que si Nuestro Señor dio su vida por nosotros, lo menos que podemos hacer es renunciar a los placeres carnales por Él.

—Ese tío está mal de la cabeza —comenté.

—Ya sabéis que no puedo daros la razón, mi señor —replicó, taimadamente—, pero debo deciros que sí, que Leofstan es un necio.

La consagración de aquel idiota, tal era la razón de la presencia de Ceolnoth y Ceolberht en Ceaster. Estaban allí para preparar los fastos de aquel día tan especial, y habían invitado a la ceremonia a abades, obispos y curas de toda Mercia y también de Wessex, incluso de Frankia.

—Queremos estar seguros de que no correrán ningún peligro —me insistía Ceolnoth—; les hemos prometido que la ciudad estará preparada para hacer frente a

cualquier ataque. ¡Ochenta hombres no son suficientes! —me dijo, quejoso.

Fingí estar preocupado.

—¿Por si se presentan los daneses y les da por hacer trizas a todos esos curas?

—¡Pues claro! —hasta que reparó en la forma en que sonreía y se puso más furioso—. Necesitamos quinientos hombres. ¿Quién sabe si no vendrá el rey Eduardo? Porque la Dama Etelfleda estará aquí, ¡eso seguro!

—No creo —repuse—. Estará a mi lado, plantando cara a Ragnall. Si aparecen los hombres del norte, más os vale rezar. Además, ¿no quedamos en que vuestro dios es capaz es de obrar milagros?

Sabía que, tan pronto como mis emisarios llegasen a Gleawecestre, Etelfleda se dirigiría al norte. Esos mismos emisarios llevaban un encargo para los astilleros que se alzaban a orillas del Sæfern: que se pusieran manos a la obra y nos proporcionasen nuevos barcos. Habría preferido que hubieran salido de las gradas de Lundene, donde había buenos armadores frisos, pero, por el momento, solo estábamos en condiciones de comprar tres de aquellos que salían de manos de los carpinteros de navío que trabajaban a orillas del Sæfern.

—Decidles que quiero los barcos más pequeños que tengan —les dije a los emisarios—. ¡No más de treinta remos por banda! —Aquellos hombres se dedicaban a construir enormes barcos de gran calado, capaces de hacer frente a las encrespadas aguas que nos separaban de Irlanda, pero difíciles de manejar en ríos poco profundos. No había prisa. A lomos de sus monturas, los hombres que habrían de hacerse cargo de tales barcos cabalgaban conmigo hacia el este, y había dado órdenes a Rædwald de que, mientras estábamos fuera, volvieran a poner el embarcadero en condiciones. Aunque sin prisa, lo haría bien, sin duda.

Con cincuenta hombres a lomos de veloces corceles, había enviado a mi hijo por delante. Se habían puesto en marcha un día antes con el encargo de perseguir al enemigo, atacar a sus partidas de avituallamiento y tender celadas a sus ojeadores. Por supuesto, Beadwulf seguía muy de cerca a los hombres de Ragnall, pero sus órdenes consistían en informarme del lugar donde desembarcaban, algo que habría de pasar a no mucho tardar, porque, al cabo de unas cuantas millas, el río dejaba de ser navegable. Una vez en tierra, el ejército de Ragnall se dispersaría en busca de caballos, víveres y esclavos; para eso estaba mi hijo allí, para entorpecer sus movimientos, traerlos de cabeza y, si tenía dos dedos de frente, evitar cualquier enfrentamiento serio con ellos.

—¿Y si a Ragnall le da por dirigirse al norte? —se interesó Finan.

—Le advertí a Uhtred que no abandonara territorio sajón —repuse. Sabía a cuento de qué venía la pregunta de Finan. Si Ragnall se inclinaba por llevar a sus hombres al norte, se adentraría en Northumbria, un territorio en manos de los daneses, y si mi hijo y sus hombres iban tras ellos, incluso sin quererlo, se encontrarían en territorio enemigo, rodeados y en inferioridad de condiciones.

—¿Y pensáis que acatará vuestras órdenes? —insistió Finan.

—Necio no es.

Finan esbozó una media sonrisa.

—No; es como vos.

—¿Qué queréis decir?

—Pues eso; que es como vos, que es capaz de perseguir a Ragnall antes de darse cuenta de que no anda muy lejos de Escocia —al tiempo que se inclinaba para asegurar la cincha de la silla de montar—. Además, ¿quién sabe dónde acaba Mercia y dónde empieza Nortumbria?

—Se andará con cien ojos —contesté.

—Más le vale, mi señor —apoyó un pie en el estribo y tiró con fuerza hacia la silla en la que montaba; se hizo con las riendas de nuevo y se volvió a mirar a los cuatro curas que, con la cabeza inclinada y sin dejar de gesticular con las manos, cuchicheaban entre sí—. ¿Qué querían esos?

—Que dejase un ejército aquí para proteger a sus malditos obispos.

Finan no ocultó su desdén; luego, se volvió y se quedó mirando al norte.

—Qué porquería de vida esta, ¿no os parece? —exclamó con un deje de amargura. No dije nada; solo me quedé mirándolo mientras aflojaba su espada, *Ladrona-de-almas*, en la vaina. Había enterrado a su hijo o a su sobrino junto al río, había cavado la tumba y había colocado una piedra a modo de lápida—. Familia —dijo con amargura—; acabemos de una vez con unos cuantos de esos cabrones.

Me erguí en la silla. Aunque todavía bajo por el este permanecía envuelto en unas nubes grises, el sol ya había salido. Del mar de Irlanda, nos llegaba un viento frío. Mientras aseguraban las últimas lanzas en los caballos de carga, los hombres ya se disponían a montar cuando, de la puerta norte, nos llegó el bramido de una trompa. Una trompa que solo se utilizaba en caso de que los centinelas hubieran visto algo que reclamase mi atención, de modo que espoleé mi montura y me adentré en la calle principal; los hombres, pensando que nos poníamos en marcha, siguieron mis pasos. Cuando, a medio galope, dejaba atrás el edificio principal de Ceaster, volvimos a oír el bramido de la trompa; luego, retumbó por tercera vez cuando, de un salto, bajé de la silla y, a toda prisa, subí los escalones de piedra que llevaban al adarve que culminaba el arco de la puerta.

Espoleando sus corceles por la calzada que cruzaba el cementerio romano, cabalgando a toda velocidad, una docena de jinetes se acercaba. Reconocí el caballo gris de mi hijo, y reparé en que Beadwulf venía con él. Viraron hasta detenerse a un paso del foso, y mi hijo miró a lo alto.

—Están en Eads Byrig —gritó.

—Un millar, más o menos —añadió Beadwulf.

Aunque de sobra sabía que, desde allí, no podía ver esa localidad, sin querer volví la vista al este. No estaba más lejos de lo que, al oeste, quedaba Brunanburh.

—¡Y están cavando zanjas! —gritó mi hijo.

—¿Qué pasa? —se interesó Finan, tras llegarse a mi lado en lo alto de la muralla.

—Que Ragnall no tiene intención de ir al norte ni al sur —contesté.

—¿A dónde entonces?

—Aquí —dije, sin apartar la vista del este—. Piensa venir aquí.

A Ceaster.



Eads Byrig, un otero en lo alto de una achaparrada serranía que se alargaba de norte a sur. La colina donde se asentaba no era sino un montículo un poco más elevado en mitad de aquellos montes, una especie de corcova de verdor que, como una isla, se alzaba por encima de una tupida arboleda de robles y sicomoros que se extendía a sus pies. Un apacible paseo por laderas suaves de no ser por los antiguos britones que, allí asentados desde antes de que mis antepasados cruzasen el mar y, por supuesto, desde mucho antes de que apareciesen los romanos, habían rodeado aquel collado de murallas y zanjas. No se trataba de murallas de piedra, como las que los romanos erigieran en Lundene o en Ceaster, ni siquiera de empalizadas de madera como las que levantábamos nosotros, sino de muros de adobe. Habían excavado una zanja profunda alrededor de la cima de la colina y apilado la tierra que iban sacando hasta formar un empinado terraplén que arrancaba en la propia zanja. A continuación, una segunda zanja, con un terraplén de similares características, y aunque de eso hacía ya muchos años y las fuertes lluvias habían erosionado el doble muro y rellenado en parte ambas zanjas, aquellas defensas seguían siendo poco menos que insalvables. El nombre de la colina daba a entender que, en tiempos, aquel lugar había sido la plaza fuerte de alguien que se llamaba Ead, y seguro que algún sajón de ese nombre se había instalado allí y levantado aquellas defensas para proteger sus rebaños y su hogar, pero aquel baluarte se remontaba a una época muy anterior a lo que su nombre invitaba a pensar. Parecidas fortalezas de verdor coronaban las colinas más altas de toda Britania, lo que me llevaba a pensar que, desde que allí se asentasen, había habido hombres que habían peleado para defender aquellas tierras. A veces, me pregunto si, dentro de mil años, los hombres seguirán levantando murallas en esta tierra y apostando centinelas al caer la noche para que den la voz de alarma si ven que el enemigo se acerca al amanecer.

No era fácil acercarse a la plaza fuerte que había erigido el tal Ead. Rodeada de frondosos bosques, ningún sitio más apropiado para caer en una emboscada. Los hombres de mi hijo habían conseguido acercarse al promontorio antes de que las más numerosas tropas de Ragnall los hubieran obligado a retirarse, cosa que hicieron, hasta unos pastos que, a campo abierto, se extendían al oeste de aquellos bosques. Allí los encontré, sin perder de vista aquella tupida arboleda.

—Hacen más hondas las zanjas —tal fue el saludo con que me recibió uno de los hombres de Beadwulf nada más verme—; vimos cómo cavaban esos cabrones, mi señor.

—También están talando árboles —añadió el propio Beadwulf.

Llegaba a oír los hachazos que, amortiguados por el frondoso follaje, sonaban lejos.

—Están construyendo un fortín —comenté. Las tropas de Ragnall adecentaban y ahondaban las antiguas zanjas y reforzaban los muros de adobe; más arriba, pensaban levantar una empalizada—. ¿Dónde han atracado los barcos? —le pregunté a Beadwulf.

—Junto a las nasas, mi señor —señalando al norte para indicarme el lugar al que se refería, antes de volverse al oír el estruendo lejano que anunciaba la caída de un árbol—. Desembarcaron mucho antes, pero tardaron lo suyo en sacar los barcos del cieno.

—¿Siguen allí los barcos?

—Allí estaban al amanecer —repuso, encogiéndose de hombros.

—Estarán vigilados —me advirtió Finan, que se imaginaba que pensaba atacar los barcos de Ragnall y quemarlos; nada más lejos de mi intención.

—Preferiría que se volviese a Irlanda —dejé caer—. Olvidémonos, pues, de los barcos. No tengo intención de atrapar aquí a semejante cabrón —al tiempo que esbozaba una mueca de fastidio—: Me temo que esos curas acabarán por salirse con la suya.

—¿Cómo, si puede saberse? —se interesó mi hijo.

—Si Ragnall se queda aquí, no nos moveremos de donde estamos —repuse. Había pensado llevar los trescientos hombres que venían conmigo al este, a Liccelfeld, donde nos uniríamos a las tropas que Etefleda enviaría desde Gleawecestre, pero si Ragnall se quedaba en Eads Byrig, no me movería de donde estaba con tal de defender Ceaster. Envié los caballos de carga de vuelta a la ciudad, y nuevos mensajeros al sur con el aviso de que las tropas no se dirigieran a Liccelfeld, sino a Ceaster. Luego, esperé.

Esperaba la llegada de Etefleda al frente del ejército de Mercia. Disponía de trescientos hombres; Ragnar tenía más de mil a sus órdenes, y cada día se le unían más y más hombres. Me sentía atado de pies y manos. Para volverse loco. La guarnición de Brunanburh solo podía ver cómo, río arriba, iban pasando barcos con cabezas de animales en la proa. Dos, el primer día; tres, el segundo, y cada vez más barcos a lo largo de los siguientes días, barcos repletos de hombres que, respondiendo a la llamada de Ragnall, llegaban de las islas más remotas que imaginarse pueda. Atraídos por la promesa que representaba Eads Byrig, a saber, plata sajona, territorios sajones y esclavos sajones, procedentes de los caseríos daneses de Northumbria otros llegaban por tierra. El ejército de Ragnall era cada vez más numeroso, y no podía hacer nada.

Tres contra uno superiores a nosotros en número, si quería atacarlo, tendría que llevar a mis hombres por el bosque que rodeaba Eads Byrig, un bosque que era una trampa mortal. Una vieja calzada romana discurría al sur de la colina, pero invadida

como estaba por los árboles, una vez nos adentrásemos en ella, el espeso follaje no nos dejaría ver lo que había a más de treinta o cuarenta pasos. Envié una partida de ojeadores a aquellos parajes; de los cuatro que partieran, solo tres volvieron. Encontramos el cuerpo desnudo del cuarto en aquellos pastos: le habían cortado la cabeza. Mi hijo ardía en deseos de llevar a sus hombres al bosque y enfrentarse con ellos.

—¿De qué servirá? —le pregunté.

—Tendrán hombres custodiando los barcos —repuso—; otros levantando la nueva muralla.

—¿Y?

—Que no tendremos que enfrentarnos con todos sus hombres. Quizá solo con la mitad.

—Sois un insensato —dije—, porque eso es exactamente lo que quiere que hagamos.

—Piensa atacar Ceaster —insistió mi hijo.

—No; eso es lo que pretendo que haga.

¡Y esa era la celada que, de consuno, Ragnall y yo nos habíamos tendido! Podían ser muy superiores a nosotros en número; aun así, se mostraría reticente a la hora de atacar Ceaster. Su hermano pequeño había intentado apoderarse de la ciudadela y había salido perdiendo, no solo el ojo derecho, sino a los mejores de sus hombres en el intento. Las murallas de la ciudad eran inexpugnables. Antes, los hombres de Ragnall tendrían que vadear un profundo foso lleno de agua y erizado de estacas de olmo; luego, trepar a lo alto de una muralla el doble de alta que la estatura media de un hombre, y eso bajo la lluvia de lanzas, hachas, piedras de mampostería y cedazos llenos de excrementos que les lanzaríamos. No lo conseguiría. Sus hombres perderían la vida al pie de esas murallas. Por eso quería que tratara de apoderarse de la ciudad. Que atacase las murallas. Quería acabar con sus hombres ante las defensas de Ceaster; pero él sabía que eso era lo que yo quería; por eso no pensaba hacerlo.

Tampoco estaba en condiciones de atacarlo. Aunque, a pie, me pusiese al frente de todos los hombres en condiciones de que disponía, tendría que trepar hasta Eads Byrig, sortear la profunda zanja y gatear por el terraplén de tierra donde levantaban una nueva defensa, y los hombres del norte y los irlandeses que iban con Ragnall, muy superiores en número, llevarían a cabo una gran matanza, que sus bardos recordarían como una victoriosa gesta. ¿Cómo la llamarían? ¿La Canción de Ragnall el Fuerte? Hablaría de hombres desarmados y enemigos moribundos, de zanjas rebosantes de sangre y, cómo no, de Uhtred, del gran Uhtred, hecho pedazos en el esplendor de su gloria guerrera. Ragnall soñaba con esa canción, y quería que lo atacase, igual que yo sabía que eso era lo que buscaba; por eso, en lugar de darle satisfacción, me limitaba a esperar.

Empero, no nos quedamos mano sobre mano. Ordené que mis hombres clavasen más estacas afiladas en el foso que rodeaba Ceaster, en tanto que otros se dirigían al

sur y al este para convocar al *fyrd*, el ejército de aparceros y terratenientes que, si bien no podían hacer frente a un muro de escudos de los hombres del norte en campo abierto, bien podían defender los muros de un fortín. Todos los días, con instrucciones de dirigirse lo más al sur de aquel bosque que pudieran antes de volver al norte, enviaba centenares de jinetes por los alrededores de Eads Byrig. Al tercer día, yo mismo me puse al frente de una de esas partidas, el mismo día en que cuatro barcos más, con no menos de cuarenta guerreros a bordo cada uno, se adentraba río Mærse arriba.

Aunque prescindimos de nuestros pesados escudos, íbamos armados y embutidos en cotas de malla. Aquel día llevaba una cota de malla herrumbrosa y un viejo yelmo carente de distintivos; *Hálito-de-serpiente*, ceñida a la cintura. Ordené al portaestandarte que se quedase en Ceaster. No iba, pues, revestido de todo mi esplendor guerrero porque no iba en busca de pelea. Realizábamos tareas de reconocimiento, en busca de partidas de aprovisionamiento y cuadrillas de ojeadores que hubiera podido enviar Ragnall. No habíamos visto a ninguno de sus hombres merodeando por Ceaster, y eso me tenía intrigado. ¿Qué estaba tramando?

Unas cuatro o cinco millas al sur de la colina que ocupaban los hombres de Ragnall, pasamos al otro lado de la serranía. Una vez que dejamos atrás la más baja de aquellas colinas, espoleé mi montura hasta lo alto de una loma y oteé el horizonte hacia el norte, aunque no alcancé a ver casi nada de lo que anduvieran haciendo en lo alto de aquella lejana colina. Sabía que allí levantaban la empalizada, que sus hombres hundían troncos de roble en lo alto del terraplén, y que, como Ragnall ya se habría imaginado, no tenía intención de poner en peligro las vidas de mis hombres atacando aquellas defensas. De modo que, ¿a qué estaba esperando? ¿A que cometiera una torpeza, se me agotase la paciencia y atacase de todos modos?

—Mi señor —la voz de Sihtric vino a sacarme de mis pensamientos. Señalaba al norte; a eso de una milla de distancia, distinguí a una docena de jinetes. Un poco más allá, más hombres a caballo, veinte tal vez, todos cabalgando en dirección este.

—Así que han encontrado caballos —comenté.

Por lo que había visto y por lo que les habíamos sonsacado a los prisioneros que habíamos hecho, el enemigo había venido con muy pocos caballos, pero aquellas partidas de avituallamiento —y todo me llevaba a pensar que eso eran aquellos jinetes— me daban a entender que se las habían arreglado para hacerse con unos cuantos caballos, y que, a su vez, esos cuantos podrían ir más lejos en busca de más, y eso que todas las tierras de los alrededores estaban alertadas en cuanto a su presencia. Contados eran los caseríos que por allí había, tierras de nadie, que no pertenecían ni a los daneses de Northumbria ni a los sajones de Mercia; las gentes que allí se habían asentado habían abandonado sus hogares, llevándose el ganado al fortín más cercano hacia el sur. El miedo imperaba en aquellos parajes.

Seguimos cabalgando hacia el este, dejamos atrás las colinas y, siguiendo un recóndito sendero de boyeros, nos adentramos en un terreno arbolado. Pensando que

los hombres de Ragnall no dispondrían de suficientes caballos para enviar una partida de guerreros lo bastante numerosa como para enfrentarse con nosotros, no envié ojeadores por delante, ni siquiera cuando viramos al norte y nos dirigimos a aquellos pastos donde los habíamos visto hacía un momento.

—Procuran mantenerse alejados de nosotros —comentó Sihtric, desilusionado.

—¿Acaso no es lo que haríais vos?

—Cuanto más matase de los nuestros, mi señor, menos hombres para defender las murallas de Ceaster.

Pasé por alto tamaña insensatez. De momento, Ragnall no tenía intención de sacrificar a sus hombres a los pies de las murallas de Ceaster. Así que, ¿qué tenía en mente? Intrigado, volví la vista atrás. Aunque el aire estaba cargado de humedad y soplaban un viento frío, era una mañana seca, o por lo menos no llovía, y eso que había llovido con fuerza toda la noche y la tierra estaba empapada; con todo, no vi huellas de cascos de caballerías por aquel sendero de boyeros. Si Ragnall iba en busca de caballos y víveres, solo los encontraría en los caseríos que se encontraban más al sur, en pleno territorio de Mercia, pero todo parecía indicar que no había enviado hombres hacia aquellas tierras. Quizás había pasado por alto las huellas que, por fuerza, habrían tenido que dejar, pero no creía que no me hubiera dado cuenta de algo tan evidente. El caso es que Ragnall no era un necio. Sabía que habrían de llegarnos refuerzos por el sur; sin embargo, no daba la impresión de que hubiera enviado partidas en busca de aquellos nuevos enemigos.

—¿Por qué?

Porque para él, me dio por pensar, los refuerzos eran lo de menos. Me quedé mirando al norte sin que, aparte de espesos bosques y campos anegados, atisbase nada, y sin dejar de dar vueltas a todo lo que Ragnall había conseguido hasta entonces. Había desbaratado nuestra pequeña flota, lo que quería decir que, a no ser que nos adentrásemos mucho más hacia el este hasta dar con un vado que no estuviese vigilado por los suyos, no podríamos pasar al otro lado del Mærse. Estaba levantando una plaza fuerte en Eads Byrig, un bastión realmente inexpugnable, a menos que contásemos con tropas suficientes para doblegar a su ejército. Solo veía una razón para que se dedicase a fortificar Eads Byrig, y no podía ser otra que amenazar Ceaster; sin embargo, no había enviado partidas que anduviesen merodeando por los alrededores de la ciudadela, ni hacía nada por detener los refuerzos que pudiera recibir la guarnición.

—¿Disponen de agua en Eads Byrig? —le pregunté a Sihtric.

—Hay un manantial en la ladera este de la colina —repuso; no parecía muy seguro—. No es más que una fuentecilla, mi señor. No da para saciar la sed de todo un ejército.

—No se siente lo bastante fuerte para atacar Ceaster —dije, pensando en voz alta—, y sabe que no nos exponemos a que nuestros hombres pierdan la vida en los muros de Eads Byrig.

—¡Solo quiere guerrear! —repuso Sihtric, sin tener en cuenta mis palabras.

—No —repuse—, no con nosotros. —Una idea me rondaba por la cabeza. No podía expresarla en voz alta porque no la tenía muy aquilatada, pero tuve la sensación de que había dado con lo que iba buscando Ragnall. Eads Byrig solo era un señuelo, pensé; no nos tomaba por el enemigo, no de momento al menos. Lo seríamos, pero a su debido tiempo. Me volví y le dije a Sihtric—: Volved por el mismo sendero que hemos venido. Que esos cabrones os vean. Y decidle a Finan que, mañana, se llegue con una partida hasta las lindes del bosque.

—¿Mi señor? —me preguntó, confuso.

—¡Una partida de las que llaman la atención, no menos de ciento cincuenta hombres! ¡Y que procuren que los hombres de Ragnall los vean! Que vayan de la calzada hasta el río, que piense que estamos planeando un ataque por el oeste.

—Un ataque por... —comenzó a decir Sihtric.

—Haced lo que os digo —bramé—. ¡Berg, venid conmigo!

Ragnall no solo nos había impedido cruzar el río, sino que estaba empeñado en que viéramos lo que hacía en Eads Byrig. Parecía actuar con cautela, levantando un colosal bastión y enviando partidas al sur para evitar toda confrontación con nosotros. Sin embargo, todo lo que sabía de Ragnall me llevaba a pensar que, menos cauteloso, podía ser cualquier cosa. Se movía rápido, atacaba sin piedad y se autodenominaba rey. Era un dispensador de oro, un señor, un caudillo que, con gusto, acogía a guerreros. Si los hombres lo seguían era porque sus espadas y sus lanzas hacían prisioneros y se apoderaban de buenas tierras; nadie se hacía rico por construir un baluarte en mitad de un bosque para que lo atacasen.

—Decidle a Finan que estaré de vuelta mañana o pasado mañana —le dije a Sihtric, antes de hacerle una seña a Berg para que se viniera conmigo hacia el este—. ¡Mañana o pasado mañana! —me volví y le grité a Sihtric.

Berg Skallagrimmson, un hombre del norte que me había prestado juramento de fidelidad, lealtad de la que había dado cumplidas muestras desde que, tres años antes, le hubiera salvado la vida en una playa de Gales. Podría haberse ido al norte, al reino de Northumbria en cualquier momento, donde sin duda habría dado con algún danés o con algún otro hombre del norte que hubiera acogido con los brazos abiertos a un fuerte y joven guerrero como él, pero Berg se había mantenido fiel a su palabra. Era un joven de cara enjuta y ojos azules, serio y de pocas palabras. Llevaba el pelo largo, como los hombres del norte, y había convencido a la hija de Sihtric para que, con una aguja y tinta de agalla de roble, le pintase un garabato en la mejilla izquierda.

—¿Qué es eso? —le pregunté, al observar aquellas mataduras que aún no habían cicatrizado.

—¡Una cabeza de lobo, mi señor! —repuso indignado. La cabeza de lobo era mi divisa, y aquellos trazos confusos eran la mejor forma que se le había ocurrido de demostrarme su lealtad; incluso cicatrizados, solo guardarían algún parecido con una cabeza de cerdo.

A caballo, los dos nos dirigimos al este. No me preocupaba que una partida enemiga nos saliera al paso, porque, para entonces, ya me maliciaba cuáles eran las verdaderas intenciones de Ragnall; por eso, nos pusimos en marcha aquella tarde. Después, tras virar al norte, enfilamos una calzada romana que llevaba a Northumbria. Nos manteníamos muy al este de Eads Byrig. Al caer la tarde, subimos a lo alto de una colina achaparrada; al llegar arriba, vi un puente que continuaba la calzada al otro lado del río; y allí, apiñados cerca de dos caseríos que se alzaban en la orilla norte del Mærse, unos hombres con cotas de malla y lanzas.

—¿Cuántos son? —le pregunté a Berg, cuyos ojos eran más jóvenes que los míos.

—Al menos cuarenta, mi señor.

—Está claro que no quiere que crucemos el río, ¿no os parece? —dejé caer—. O sea, que tendremos que cruzarlo más adelante.

Seguimos cabalgando durante una hora, siempre hacia el este, sin perder de vista a nuestros enemigos; al anochecer, viramos hacia el norte y llegamos a un punto donde, lento, discurría el Mærse por entre unos pastos.

—¿Sabrá nadar vuestro caballo? —le pregunté a Berg.

—Pronto lo sabremos, mi señor.

El río alcanzaba una anchura de no menos de cincuenta pasos en aquel lugar; las orillas parecían escarpados terraplenes. Aunque el agua bajaba turbia, tuve el palpito de que el río era profundo, así que, en lugar de correr el riesgo de comprobar si nuestras monturas sabían nadar, dimos media vuelta y continuamos río arriba hasta que, en la orilla sur, descubrimos un sitio del que salía un camino de lodo que, tras hundirse en el río, continuaba por la orilla norte, lo que nos llevó a pensar en un vado. No un vado al uso, desde luego, sino un sitio que habría descubierto algún aparcero para cruzar el río con su ganado. Aunque bajaba crecido por la lluvia que había caído, me imaginé que el río no sería muy profundo.

—Tenemos que cruzarlo —dije, espoleando mi caballo y llevándolo al río. El agua me llegó hasta las botas; luego, más arriba, y noté cómo mi montura se las veía y se las deseaba luchando contra la corriente. Dio un resbalón, y me fui de lado; pensé que acabaría en el agua, pero el caballo se las compuso para recuperar el equilibrio y, más por miedo que porque yo lo azuzase, siguió adelante. Berg, que venía detrás de mí, espoleó al suyo, me dejó atrás y, en medio del remolino de cieno y agua que levantó al hollar la orilla, salió del río antes que yo.

—No me gusta nada cruzar ríos —rezongué cuando me llegué a su lado.

A una milla del río más o menos, encontramos un bosquecillo de fresnos donde pasar la noche; amarramos los caballos y tratamos de dormir un poco. Joven como era, Berg durmió como un bendito; atento al susurro del viento entre las hojas, pasé en vela gran parte de la noche. No me había atrevido a encender una hoguera. Al igual que el territorio que se extendía al sur del Mærse, aquel paraje parecía desierto, lo que no quería decir que el enemigo no anduviese cerca, y me pasé la noche tiritando. Al filo del amanecer, me quedé dormido; cuando me desperté, vi que Berg

estaba cortando una rebanada de pan en dos mitades.

—Aquí tenéis, mi señor —dijo, tendiéndome la más grande. Me hice con la más pequeña, y me puse en pie. Me dolían todos los huesos. Me fui andando hasta el lindero de los árboles y me quedé mirando la luz gris del amanecer. Un cielo gris, una tierra gris, una bruma gris. Esa hora incierta que precede al amanecer. Oí cómo Berg se afanaba a mis espaldas.

—¿Ensillo los caballos, mi señor? —me preguntó.

—Todavía no. Se acercó y se quedó de pie a mi lado.

—¿Dónde estamos, mi señor?

—En Northumbria —dije—. Todo lo que se extiende al norte del río Mæse es Northumbria.

—Vuestro terruño, mi señor.

—En efecto —asentí.

Había nacido en Northumbria, donde confío acabar mis días; había venido al mundo en la costa este de aquel territorio, lejos de aquellos campos que el Mæse envolvía en bruma. Mi patria chica es Bebbanburg, una fortaleza a orillas del mar que, con malas artes, mi tío me había arrebatado y, aunque hacía bastante que había muerto, la fortaleza seguía estando en manos de su hijo. Me prometí a mí mismo que llegaría el día en que acabaría con mi primo y recuperaría lo que, por derecho de cuna, me pertenecía. Era una promesa que me repetía todos los días.

Berg no apartaba los ojos de aquella humedad gris.

—¿Quién manda aquí? —me preguntó.

Esbocé una sonrisa al oír aquella pregunta.

—Decidme —le pregunté a mi vez—, ¿habéis oído hablar de Sygfrothyr?

—No, mi señor.

—¿Y de Knut el Manco?

—Tampoco, mi señor.

—¿De Halfdan Othirson quizá?

—Nunca, mi señor.

—¿De Eowels el Fuerte?

—En mi vida, señor.

—Eowels tampoco era para tanto —dejé caer con aspereza—; acabó a manos de Ingver Espada Reluciente. ¿Os suena de algo el tal Ingver?

—No, mi señor.

—Sygfrothyr, Knut, Halfdan, Eowels, Ingver —repetí aquellos nombres—. En los últimos diez años, todos y cada uno de esos hombres se autoproclamaron reyes de Jorvik. Solo uno de ellos sigue con vida, Ingver. ¿Sabéis dónde está Jorvik?

—Solo sé que es una ciudad que queda por el norte, mi señor.

—Una gran ciudad en la antigüedad —comenté con la mirada perdida—. Fundada por los romanos.

—¿Como Ceaster, mi señor? —se interesó, con ganas de hacerme ver todo lo que

había aprendido. Berg no conocía muy bien Britania. Había estado a las órdenes de Rongvald, un hombre del norte muerto durante una carnicería en una playa de Gales. Desde entonces, Berg había estado a las mías. Me lo había llevado conmigo a Ceaster. Allí se había dedicado a perseguir a los ladrones que, llegados de Northumbria o de Gales, se dedicaban a levantarnos el ganado. Un joven despierto y con ganas de aprender.

—En efecto, Jorvik es como Ceaster —repuse— y, como en el caso de Ceaster, su fortaleza reside en las murallas que la defienden. Se erigió para vigilar un río en realidad, pero quien manda en Jorvik puede decir, y con razón, que manda en toda Northumbria. Ingver Espada Reluciente es el rey de Jorvik, pero se autoproclama rey de Northumbria.

—¿Y lo es?

—Eso se cree él —contesté—; en realidad, solo es un caudillo que manda en Jorvik. Claro que, a menos que alguien se haga con Jorvik, nadie puede proclamarse rey de Northumbria.

—Pero ¿no quedamos en que era una ciudad inexpugnable? —se sorprendió Berg.

—Las murallas de Eoferwic —repuse utilizando el nombre que los sajones daban a Jorvik— lo son, ¡inexpugnables, imponentes! Mi padre murió durante un ataque contra esas murallas. Una ciudad rodeada de buenas tierras. El hombre que ostente el poder en Eoferwic estará en condiciones de dispensar el oro a su antojo, comprar hombres, ceder propiedades, criar caballos, incluso de ponerse al frente de un ejército.

—¿Y eso es lo que hace el rey Ingver?

—Ingver no amedrentaría ni a un perro —rezongué—. En el mejor de los casos, dispondrá de doscientos guerreros. Pero ¿más allá de esas murallas? Nada. Otros son los que imponen las reglas más allá de esas murallas. Hasta que llegue el día en que uno de ellos acabe con Ingver, igual que Ingver acabó con Eowels, y el recién llegado se autoproclame rey. Sygfrothyr, Knut, Halfdan y Eowels, todos se decían reyes de Northumbria, y todos acabaron a manos de un rival. Porque Northumbria no es un reino; es solo una madriguera de ratas y de *terriers*.

—Como Irlanda —dijo Berg.

—¿Como Irlanda?

—Un mosaico de pequeños reinos —dijo, frunciendo el ceño un instante—. A veces, sale alguno diciendo que él es el rey de reyes, y quizá lo sea, pero sigue habiendo un montón de reyezuelos, que no dejan de pelearse entre sí como perros; por eso, parece fácil acabar con ellos; pero, si alguien los ataca, no dudan en unirse contra el agresor.

—No se sabe de ningún rey de reyes en Northumbria —dije—; no por ahora.

—Pero ¿lo habrá?

—Ragnall —repuse.

—¡Vaya! —cayéndose del guindo—. ¿Así que llegará el día en que no nos quede otra que apoderarnos de este territorio?

—Llegará, llegará —le dije, soñando con que no tardase, pero Etelfleda, señora de Mercia a la sazón, insistía en que antes había que expulsar a los daneses de sus dominios. Soñaba con reinstaurar la antigua frontera de Mercia; solo entonces, y siempre y cuando contase con la bendición de su hermano, estaría dispuesta a ponerse al frente de un ejército y marchar sobre Northumbria. El caso es que la llegada de Ragnall hacía que la conquista del norte se antojase más lejana que nunca.

Ensillamos los caballos y, a paso lento, nos dirigimos hacia el oeste. A nuestra izquierda, el Mæse describía amplios y perezosos recodos que serpenteaban por prados anegados. Nadie se ocupaba de aquellas tierras. En tiempos, daneses y hombres del norte sacaron adelante prósperos caseríos en aquellas tierras agradecidas, pero nosotros los obligamos a irse más al norte, lejos de Ceaster, de forma que, donde antaño pastara el ganado, solo se veían cardos por entonces. Dos garzas reales se fueron volando río abajo. Una ligera llovizna nos llegaba del mar lejano.

—¿Vendrá la Dama Etelfleda, mi señor? —me preguntó Berg, mientras espoleábamos nuestros caballos para, por una brecha, pasar al otro lado de una cerca medio derruida, antes de cruzar una acequia desbordada. Aún quedaban jirones en los amplios recodos del río, pero la bruma ya se había levantado.

—¡Por supuesto que sí! —repuse, sorprendido de experimentar un estremecimiento de placer solo de pensar en que iba a volver a ver a Etelfleda—. Tenía pensado acercarse de todas formas, para asistir a esa insensatez de consagración del nuevo obispo. —Una de esas ceremonias que tanto le gustaban. Jamás entendería que hubiera alguien capaz de soportar las tres o cuatro horas de curas vociferantes y monjes canturreando salmos que duraba, como tampoco entendía por qué un obispo había de disponer de una sede propia. El día menos pensado se les ocurrirá que les permitamos ceñirse una corona—. Y con todo su ejército —añadí.

—¿Y nos enfrentaremos con Ragnall?

—Querrá expulsarlo de Mercia —repuse—, aunque si Ragnall decide quedarse tras las nuevas murallas que está levantando, las cosas se pondrán muy feas —me había vuelto para mirar al norte hacia un collado que recordaba de algunas incursiones que, en su día, habíamos llevado a cabo tras cruzar el río. En lo alto de aquel otero había un pinar desde donde, si el día estaba claro, era posible atisbar Ceaster. El día estaba tan gris que hacía imposible distinguir la ciudad, aunque sí llegué a ver Eads Byrig, sobresaliendo en todo su verdor por encima de los árboles que crecían en la orilla más alejada del río; incluso llegué a ver la madera recién talada de la nueva muralla que erigían en lo alto de aquel terraplén fortificado; mucho más cerca, reparé en la flota de Ragnall, bien apiñada en un amplio recodo del Mæse.

Y también vi un puente.

Al principio, no acababa de creerlo que estaba viendo, así que se lo pregunté a

Berg, cuyos ojos eran más jóvenes que los míos. Con el ceño fruncido, no apartó la vista durante un buen rato y, por fin, asintió.

—Utilizan los barcos a modo de puente, mi señor.

Un puente rudimentario, uniendo casco con casco, de forma que, al llegar a la orilla opuesta del río, sus cubiertas les facilitaban un tosco camino de madera. Tantos eran los caballos y los hombres que habían utilizado aquel puente improvisado que ya habían abierto un nuevo sendero de este lado del río, una lengua de lodo que, más oscura, destacaba entre los pastos apagados, y que, al cabo, se ramificaba en senderos más estrechos, todos en busca del norte. Vi hombres que cabalgaban por aquellos senderos: tres pequeños grupos de jinetes se alejaban del Mærse, adentrándose en Northumbria; una partida mucho más numerosa de jinetes se dirigía al sur, hacia el río.

Y en la orilla sur del río, allí donde la arboleda se tornaba más espesa, salía humo. Al principio, pensé que solo eran jirones de bruma que subían del río, pero cuanto más miraba hacia allí, más convencido estaba que se trataba de fuegos de acampada en pleno bosque. Un montón de hogueras, cuyo humo ascendía por encima de las hojas, unas humaredas que me daban a entender que el grueso de las tropas de que disponía Ragnall permanecía a orillas del Mærse. Había una guarnición en Eads Byrig, una guarnición que se afanaba en levantar una empalizada, pero no había agua suficiente para todo un ejército. Y ese ejército, en lugar de buscar sendas que los llevaran al sur, a Mercia, abría nuevos caminos hacia el norte.

—Ya podemos volver —dije.

—¿Ya? —se sorprendió Berg.

Regresamos por el mismo camino que habíamos llegado. Cabalgábamos despacio, para no cansar a los caballos. En alas del viento frío que, aquella mañana, nos llegaba del mar de Irlanda, una ligera llovizna nos daba de espaldas, lo que me llevó a recordar lo que me había dicho Finan: que Ragnall había sellado un pacto con el clan de los Uí Néill. De no haber por medio intereses comerciales o, solo muy de vez en cuando, en busca de esclavos en la costa occidental de Britania, rara vez los irlandeses cruzaban el mar. Sabía de asentamientos irlandeses en Escocia, incluso en la costa más occidental y poco conocida de Northumbria, pero nunca había visto guerreros irlandeses por Mercia o por Wessex. Bastante teníamos con los daneses y los hombres del norte como para tener que vérnoslas también con ellos. Ciertamente Ragnall solo disponía de una dotación de irlandeses, pero si hacía caso de lo que me había dicho Finan, una tripulación de los de su raza era como tres de cualquier otro pueblo. «Peleamos como perros rabiosos —me había dicho con orgullo—. Si llegamos a entablar batalla, Ragnall pondrá a sus irlandeses en primera fila y los soltará para que nos despedacen». Bastantes veces había visto luchar a Finan como para pensar que no estaba exagerando.

—¡Mi señor! —me advirtió Berg—. ¡A nuestra espalda, mi señor!

Me volví y reparé en los tres jinetes que venían pisándonos los talones.

Estábamos en campo abierto, no había sitio donde escondernos, y me maldije por no haber sido más precavido. Metido en mis cosas, tratando de adivinar qué se proponía Ragnall, ni siquiera había vuelto la vista atrás. Si antes los hubiéramos visto, podríamos haberlos despistado tras un soto o entre unos matorrales, pero ya no había forma de esquivar a aquellos jinetes que se aproximaban al galope.

—Hablaré con ellos —le dije a Berg; obligué al caballo a dar media vuelta, y los esperé.

Eran tres jóvenes, ninguno más de veinte años, a lomos de buenos corceles, fogosos y briosos. Aunque sin escudo ni yelmo, los tres llevaban cota de malla. Se separaron a medida que se iban acercando, hasta obligar a sus monturas a detenerse a unos diez pasos de donde estábamos. Llevaban el pelo largo y unos garabatos pintarrajeados en la cara, lo que me dio a entender que eran hombres del norte. ¿Acaso podía esperar otra cosa en aquella orilla del río?

—Os deseo los buenos días —dije, cortésmente.

El joven que iba en el centro espoleó su caballo. Embutido en una espléndida cota de malla y con una vaina con incrustaciones de plata a la cintura, el martillo que llevaba al cuello refulgía como si fuera de oro. Los cabellos largos y aceitados, estirados y recogidos en el cogote con una cinta negra. Se quedó mirando mi caballo; luego, alzó la vista hacia mí; por fin, reparó en *Hálito-de-serpiente*.

—Magnífica espada, abuelo.

—Lo es —repuse, con voz pausada.

—Viejos y espadas casan mal —dijo; sus dos acompañantes se echaron a reír.

—Me llamo Hefring Fenirson —sin alzar la voz—, y este es mi hijo, Berg Hefringson.

—Decidme, pues, Hefring Fenirson —continuó el joven—, ¿por qué os dirigís al este?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque el *jarl* Ragnall está reclutando hombres, y vos cabalgáis como si no quisierais saber nada de él.

—El *jarl* Ragnall no anda buscando viejos —repliqué.

—Cierto. Pero sí hombres jóvenes —volviendo la vista a Berg.

—Mi hijo no sabe desenvolverse con la espada —dije. En realidad, Berg era letal con una espada en la mano, pero con aquella carita de inocente que ponía parecía que no estaba hecho para pelear—. ¿Se puede saber quién sois vos? —pregunté, con todo respeto.

Dudó como si no pareciera muy dispuesto a darme a conocer su nombre, hasta que, al cabo, se encogió de hombros como si poco le importara.

—Othere Hardgerson.

—¿Vinisteis con los barcos que zarparon de Irlanda? —le pregunté.

—De dónde vengamos no es asunto vuestro —repuso—. ¿Habéis prestado juramento de fidelidad al *jarl* Ragnall?

—Tengo por costumbre no prestar juramento de fidelidad a nadie —dije, lo cual era cierto. Solo a Etefleda le había prestado tal juramento.

Othere torció el gesto.

—¿Acaso sois un *jarl*?

—Soy un terrateniente.

—Un granjero —dijo con soma—; no necesitáis un buen caballo. Tampoco una espada, ni una cota de malla, ni aun herrumbrosa como esa. En cuanto a vuestro hijo —espoleó su caballo y se fijó mejor en Berg—, si no vale para luchar, tampoco necesita cota de malla, ni espada ni caballo.

—¿Estaríais dispuesto a comprárnoslos? —le pregunté.

—¿Comprárnoslos? —dijo Othere, echándose a reír—. Os propongo una alternativa, viejo —volviéndose a mí—. O venís con nosotros y prestáis juramento de fidelidad al *jarl* Ragnall, o nos entregáis vuestras armas, caballos y cotas de malla y os largáis con viento fresco. ¿Cuál de las dos es más de vuestro agrado?

Conocía bien a Othere y a todos los de su ralea. Un joven guerrero, entrenado para guerrear y enseñado a mirar por encima del hombro a todo aquel que no se ganara la vida con una espada en la mano. Estaba harto de no hacer nada. Había cruzado el mar soñando con tierras y saqueos, como le habían prometido, y, aunque la cautela de Ragnall estaba más que justificada, Othere se sentía decepcionado. Le habían dicho que esperase en tanto Ragnall reunía más hombres, hombres que trataba de reclutar entre los daneses y los hombres del norte que se habían asentado en aquel lado del río, en Northumbria. Othere, condenado a llevar a cabo la anodina misión de vigilar la orilla del norte del río para evitar cualquier incursión sajona que pudiera llegar del otro lado del Mærse, ardía en deseos de partir a la conquista de Britania, y, si Ragnall no le dejaba guerrear, se buscaría pendencias por su cuenta. Por si fuera poco, era un joven y creído bravucón, que pensaba que nada podía temer de un viejo.

Porque, con barba gris y un rostro que acusaba el paso del tiempo, yo ya tenía mis años; con todo, Othere y sus dos acompañantes deberían haberse andado con más ojo. ¿Qué hombre de campo iría a lomos de un brioso corcel, portando una gran espada y embutido en una cota de malla?

—Dos son las alternativas que os propongo yo, Othere Hardgerson —repuse—. Podéis iros y dar gracias a los dioses que tengáis a bien venerar por que os haya dejado salir con vida, o venir y tratar de arrebatarme esta espada. Hora es de elegir, muchacho.

Se me quedó mirando cosa de un segundo, como si no acabara de creerse lo que acababa de oír, y se echó a reír.

—¿A pie o a caballo, viejo?

—Como gustéis, muchacho —repetí, insistiendo con sorna en lo de «muchacho».

—Sois hombre muerto, viejo —replicó—. A pie, viejo cabrón —saltando con presteza de la silla y dejándose caer con ligereza en la hierba húmeda. Supuse que prefería luchar a pie porque su caballo no estaba adiestrado para el combate, una

decisión que jugaba a mi favor. Desmonté también, pero lo hice lentamente, como si todos los huesos, ya viejos, y los músculos, entumecidos, se me rebelasen—. Mi espada es conocida como *Chupasangre* —dijo Othere—. Un hombre ha de saber cómo se llama el arma que ha de llevarlo a la tumba.

—La mía...

—¿Creéis que me importa? —me interrumpió, antes de echarse a reír mientras echaba mano de *Chupasangre*, sacándola de la vaina. Reparé en que era diestro—. Acabará con vos en un abrir y cerrar de ojos, viejo. ¿Preparado? —me preguntó con sorna. Lo que menos le preocupaba era si estaba preparado o no, porque había desenvainado a *Hálito-de-serpiente*, y, con gesto desmayado, como si no estuviera acostumbrado a empuñarla, la sostenía en la mano. Fingí incluso intentarlo con la mano izquierda antes de volver a hacerme con ella con la derecha, como si careciera de práctica. Tan convincentes debieron de resultar tales gestos que bajó el arma y, meneando la cabeza, dijo—: Sois un necio, viejo. No quiero mataros; solo quiero que me entreguéis vuestra espada.

—Con gusto —dije, y se la tendí. Adelantó la mano izquierda y, con un giro de muñeca, dejó caer a *Hálito-de-serpiente* y le acerté en la mano, retirando la hoja con rapidez para alejar de mí a *Chupasangre*; luego, le asesté un tajo en el pecho. *Hálito-de-serpiente* le rasgó la cota de malla por encima del esternón. Medio tambaleándose y ciego de ira, ensayó un molinete con la espada que bien pudo haberme segado la cabeza, pero, para entonces, ya había enderezado a *Hálito-de-serpiente* y lo esquivé. En medio de un entrechocar de hojas, di un paso adelante y le estampé la empuñadura en la cara, pero se las compuso para volverse a medias, de forma que, más que en la nariz, recibió el testarazo en la mandíbula.

Trató de rebanarme el cuello, pero no veía la forma de asestarme un tajo en condiciones; así que, blandiendo a *Hálito-de-serpiente*, di un paso atrás, de forma que, si bien no muy profundo, la punta de mi espada le hizo un corte en la barbilla. Empezó a sangrar; al ver la sangre, uno de sus compañeros debió de tratar de desenvainar la espada y, aunque no llegué a verlo, oí un entrechocar de aceros, y caí en la cuenta de que Berg había entrado en liza. Al poco, un grito entrecortado a mis espaldas, seguido del estruendo de dos hojas de acero que chocaban, y reparé en los ojos que, como platos, ponía Othere al ver lo que pasaba.

—Vamos, muchacho —le dije—. Estáis peleando conmigo, no con Berg.

—Estáis muerto, viejo —bramó, y dio un paso adelante blandiendo la espada; no me costó nada esquivarlo. No era un buen espadachín. Mucho más rápido que yo, sin duda, pero también con muchos menos años que alguien que se había pasado la vida con una espada en la mano. Vino a por mí una y otra vez, lanzando tajos a diestro y siniestro; conseguí esquivarlos todos, hasta que, al cabo de seis o siete lances, bajé la espada y di un paso atrás. Su hoja me pasó rozando, perdió el equilibrio y arremetió con *Hálito-de-serpiente* hasta ensartársela en el hombro del brazo con el que sostenía la espada. Mi hoja le rasgó la cota de malla y, tras hundirse en la carne, vi cómo el

brazo se le quedaba sin fuerza; retiré la hoja y se la hundí en el cuello, y así la mantuve, viendo cómo la sangre serpenteaba por el filo de *Hálito-de-serpiente*.

—Mi nombre, muchacho, es Uhtred de Bebbanburg, y esta espada es conocida como *Hálito-de-serpiente*.

—¡Mi señor! —exclamó, postrado de rodillas, incapaz de levantar el brazo—. ¡Mi señor! —repitió—. ¡No tenía ni idea!

—¿Disfrutáis desafiando a los viejos?

—¡No tenía ni idea! —se disculpó.

—Empuñad la espada con fuerza, muchacho, y guardadme un sitio en el Valhalla —y haciendo un esfuerzo, retiré un poco la espada, le rebané el cuello y se la clavé de nuevo para rematarlo, mientras emitía un gáñido y, a borbotones, la sangre empapaba la hierba húmeda. Profirió un grito sofocado—. ¡Sujetad con fuerza a *Chupasangre*! —bramé. Me pareció que asentía; luego, la luz de sus ojos se apagó, y se fue de bruces al suelo. Aún llevaba la espada en la mano, de modo que confié en volver a verlo en el festín de los dioses.

Berg ya había desarmado a otro de los tres jinetes, en tanto que el tercero ya estaba a doscientos pasos de distancia y, fuera de sí, seguía espoleando su montura.

—¿Queréis que acabe también con este, mi señor? —me preguntó Berg.

Le dije que no con la cabeza.

—Puede ser portador de un mensaje —me acerqué al caballo que aún montaba y le di un empujón. Se desplomó de la silla y cayó tendido en la hierba—. ¿Quién sois? —le pregunté. Me dijo un nombre que ni recuerdo a estas alturas. Era un muchacho, más joven que Berg, y respondió sin pestañear a todas nuestras preguntas. Ragnall estaba levantando una colosal empalizada en Eads Byrig, y disponía también de un campamento a orillas del río, allí donde los barcos hacían las veces de puente. Estaba reclutando hombres para un nuevo ejército—. ¿Y dónde piensa llevar esas tropas? —le pregunté.

—A la ciudad sajona —contestó.

—¿A Ceaster?

Se encogió de hombros. No sabía el nombre de la ciudad.

—Una ciudad que no queda lejos de aquí, mi señor.

—¿Estáis preparando escalas?

—¿Escalas? No, mi señor.

Despojamos el cadáver de Othere de la cota de malla, y nos quedamos con la espada y el caballo; lo mismo hicimos con el muchacho al que Berg había desarmado. No estaba malherido, solo que, más asustado que herido, no dejó de temblar mientras montábamos de nuevo.

—Decidle a Ragnall que los sajones de Mercia están al caer. Decidle que habrá de contar sus muertos por millares. Decidle que le quedan pocos días de vida. Decidle que tal es la promesa que quiere hacerle llegar Uhtred de Bebbanburg.

Se limitó a asentir; estaba tan asustado que no podía ni hablar.

—Repetid mi nombre en voz alta —le ordené—, que vea que sabéis decírselo a Ragnall.

—Uhtred de Bebbanburg —balbució.

—Buen chico —dije, y volvimos grupas.

CAPÍTULO III

El obispo Leofstan llegó al día siguiente. No era obispo todavía, claro; para entonces, solo era el padre Leofstan, pero todo el mundo andaba muy alborotado y no dejaban de hablar del obispo, cuchicheando entre ellos que si llevaba una vida de santo, que si era todo un erudito. Uno de mis hombres, Eadger, fue quien me puso al día de la llegada del santo varón; formaba parte de una cuadrilla que estaba trabajando en una cantera al sur del río Dee, cargando trozos de roca en un carro que acabarían apiladas en lo alto de las murallas de Ceaster para dar la bienvenida a cualquier hombre del norte que tratara de trepar por ellas. Estaba bastante seguro de que Ragnall no tenía en mente tal asalto, pero, por si perdía la cabeza y lo intentaba, todo me parecía poco para recibirlo como se merecía.

—Viene con un séquito de no menos de ochenta de esos muertos de hambre —me dijo.

—¿Curas todos?

—Un montón de curas, eso sí, desde luego —dijo muy serio—. Pero ¿y todos los demás? —se santiguó—. Solo Dios sabe quiénes puedan ser, mi señor; pero hacedme caso: son cuando menos ochenta y todos vienen hacia aquí.

Me subí a lo alto de las murallas que daban al sur y volví la vista a la calzada que discurría más allá del puente; no acerté a distinguir nada. Acababan de cerrar aquella puerta de la ciudad. Todas las puertas de Ceaster permanecerían cerradas hasta que los hombres de Ragnall abandonasen aquellos parajes, pero la noticia de que el obispo ya estaba cerca se había extendido por la ciudad, y el padre Ceolnoth, con la larga falda de la sotana arremangada hasta la cintura, apareció corriendo calle principal abajo.

—¡Abrid las puertas! —gritaba—. ¡Pues ha tocado hasta la puerta de mi pueblo, hasta Jerusalén!, como dice Miqueas.

Me quedé mirando a Eadger, que se limitó a encogerse de hombros.

—Debe de ser algo de las sagradas escrituras, mi señor —dijo.

—¡Abrid las puertas! —gritaba Ceolnoth, a voz en cuello.

—¿Por qué? —le pregunté a voces desde el adarve que coronaba el arco de la entrada.

Ceolnoth se detuvo de inmediato. No se había dado cuenta de que andaba por allí arriba. Se me quedó mirando y frunció el ceño.

—¡Porque se acerca el obispo Leofstan!

—Las puertas están cerradas —repuse, y me di media vuelta tratando de atisbar algo al otro lado del río. Me pareció oír unos cánticos.

Finan y mi hijo se llegaron a mi lado. Con gesto ceñudo, el irlandés dirigió la vista al sur.

—Por lo visto se acerca el padre Leofstan —dije, tratando de explicar el motivo de tanto alboroto. La gente se agolpaba en la calle, sin dejar de mirar a las puertas que seguían cerradas.

—Eso tengo entendido —zanjó Finan. Me quedé callado. Me hubiera gustado decir algo amable, pero ¿qué decir a un hombre que acaba de matar a alguien de su propia sangre? Debió de darse cuenta porque rezongó—: No estéis preocupado por mí, señor.

—¿Quién ha dicho que lo estuviera?

Esbozó una media sonrisa.

—Acabará con unos cuantos de los hombres de Ragnall. Luego, mataré a Conall. Eso me curará de todos mis males. ¡Por Cristo bendito! ¿Qué es eso?

La pregunta venía a cuento de la aparición de unos niños. Aparecieron por la parte sur de la calzada que llegaba al puente y, por lo que acerté a ver, todos vestían túnicas blancas. Serían no menos de veinte, y entonaban cánticos al tiempo que se acercaban. Algunos agitaban unas ramitas al compás de las notas. Tras ellos, un grupo de curas con sotanas oscuras; cerrando el cortejo, una multitud abigarrada.

Al padre Ceolnoth no tardó en unírsele su hermano gemelo, los dos subieron a lo alto de las murallas desde donde, más feos que Picio, miraban extasiados al sur.

—¡Todo un santo! —dijo Ceolnoth.

—¡Hay que abrir las puertas! —remachó Ceolberht—. ¿Por qué no están abiertas?

—Porque no he dado orden de que se abran —rezongué—; por eso. Las puertas se quedarán como están.

El pintoresco cortejo cruzó el río y se acercó a las murallas. Al compás de la melodía, los niños agitaban unas ramas de sauce amustiadas, que dejaron caer al tiempo que cesaron los cánticos, cuando, al llegar al foso inundado, se dieron cuenta de que no podían seguir adelante. Sus voces se apagaron por completo, cuando un cura joven se abrió paso entre aquel coro de túnicas blancas y, a voces, exigió:

—¡Las puertas! ¡Abrid las puertas!

—¿Quiénes sois? —le pregunté a gritos.

El cura se mostró ofendido.

—¡Ha llegado el padre Leofstan!

—¡Gracias a Dios! —dijo el padre Ceolberht—. ¡Ya está aquí!

—¿Quién, decís? —insistí.

—¡Por todos los santos! —gritó Ceolberht a mis espaldas sin poder contenerse.

—¡El padre Leofstan! —repitió el cura a voces—. El padre Leofstan es vuestro...

—¡Silencio! ¡Callad la boca! —puso orden un cura chupado que venía en burro. Era tan larguirucho y el asno tan pequeño que poco faltaba para que diese con los pies en la calzada—. Las puertas han de permanecer cerradas —le gritó al exaltado

cura joven—. ¡Hay paganos por los alrededores! —se dejó medio caer del burro y, cojeando, cruzó el puente de madera que salvaba el foso. Miró a lo alto y nos dirigió una sonrisa—. ¡En nombre del Dios vivo, os presento mis saludos!

—¡Padre Leofstan! —exclamó Ceolnoth, agitando los brazos.

—¿Quién sois? —me interesé.

—Soy Leofstan, un humilde siervo de Dios —repuso el cura chupado—; me imagino que Vos debéis de ser lord Uhtred —asentí con la cabeza—. Con toda humildad, solicito vuestro permiso, lord Uhtred, para entrar en la ciudad —añadió el cura.

Me quedé mirando aquel coro de túnicas desastradas; luego, volví la vista a aquella multitud abigarrada, y sentí un estremecimiento. Armándose de paciencia, Leofstan esperaba. Era más joven de lo que me había imaginado, cara ancha y pálida, labios carnosos y ojos oscuros. Sonreía. Me dio la impresión de que nunca dejaba de sonreír. Sin bajar la vista y sin perder la sonrisa, se limitó a seguir esperando pacientemente.

—¿Quiénes son esos? —le pregunté, señalando a la muchedumbre que venía tras él. Porque era una multitud. Nunca había visto tantos desharrapados. Entre lisiados, jorobados, ciegos y un grupo de lunáticos, mujeres y hombres, que no dejaban de gesticular, farfullar y babear, debían de ser casi un centenar.

—Estas pobres criaturas, lord Uhtred —dijo Leofstan acariciando las cabezas de dos de los niños—, son huérfanos que han venido a parar a mis humildes manos.

—¿Y esos otros? —le pregunté, señalando con la cabeza a la multitud que balbucía sin parar.

—¡Hijos de Dios también! —contestó Leofstan, que no cabía en sí—. ¡Cojos, lisiados y ciegos! ¡Mendigos y desamparados! ¡Están hambrientos, desnudos y no tienen a nadie! ¡Pero también son hijos de Dios!

—¿Y qué han venido a hacer aquí, si puede saberse?

Leofstan se echó a reír con disimulo como si nada hubiera tan fácil como dar cumplida respuesta a mi pregunta.

—Nuestro Señor nos ordena que miremos por los desamparados, lord Uhtred. ¿Qué nos dejó dicho el bienaventurado Mateo? ¡Tuve hambre y me disteis de comer! ¡Tuve sed y me disteis de beber! ¡Forastero, me acogisteis; desnudo, me vestisteis; enfermo, me visitasteis! ¡Vestir al desnudo y socorrer a los desamparados, lord Uhtred, tal es la voluntad de Dios! Esta pobre gente —extendiendo un brazo por encima de aquella multitud miserable—, ¡son mi familia!

—¡Por Cristo bendito! —musitó Finan; parecía estar pasándoselo en grande por primera vez en muchos días.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Ceolnoth, aunque con mermado entusiasmo.

—¿Sabéis —le dije a voces a Leofstan— que hay un ejército de hombres del norte a menos de medio día de marcha?

—Los paganos nos persiguen —contestó—, ¡abominan de nosotros! ¡Dios

acudirá en nuestra ayuda!

—¿Y que esta ciudad puede verse asediada dentro de poco? —insistí.

—¡El Señor es mi fuerza!

—Y si eso ocurre —le pregunté irritado—, ¿cómo voy a alimentar a vuestra familia?

—¡El Señor proveerá!

—No os empeñéis, no os saldréis con la vuestra —me comentó Finan en voz baja.

—¿Dónde van a vivir? —le pregunté con aspereza.

—Tengo entendido que la Iglesia posee algunas propiedades —repuso Leofstan, bajando la voz—; la Iglesia los acogerá. ¡No habréis de correr con gasto alguno!

Rezongué, Finan esbozó una sonrisa maliciosa, mientras Leofstan, quién, si no, no dejaba de sonreír.

—Abrid las malditas puertas —ordené, y bajé los escalones de piedra. Pisé la calle en el preciso instante en que, cojeando, el nuevo obispo cruzaba el alargado arco de la puerta; al pisar la ciudad, se puso de rodillas y besó la calzada.

—Bendito sea este lugar —exclamó— y benditos sean sus moradores —haciendo un esfuerzo se puso en pie y me dirigió una sonrisa—. Me complace saludaros, lord Uhtred.

Acaricié el martillo que llevaba al cuello, pero ni siquiera aquel símbolo pagano consiguió borrarle la sonrisa de la cara.

—Uno de estos curas —señalando a los gemelos— os acompañará a vuestra residencia.

—Dispondréis de una preciosa casa, padre —dijo Ceolnoth.

—¡No es esa la casa que necesito! —exclamó Leofstan—. ¡Nuestro Señor no vivió en una mansión! Los zorros tienen sus madrigueras, como de nidos disponen los pájaros que surcan el cielo. Una humilde casa nos bastará.

—¿Nos? —me extrañé—. ¿Pensáis vivir con toda esta gente, con los lisiados también?

—A mi esposa y a mí —contestó Leofstan, señalando a una mujer que dio un paso adelante, apartándose de los otros curas. Eso pensé al menos, porque, embozada en túnicas y capas, no resultaba fácil adivinar qué fuera aquello. Cubierta con una enorme capucha, no llegué a verle la cara—. Esta es mi querida esposa Gómer —haciendo las presentaciones, y aquel fardo de túnicas se inclinó ante mí.

—¿Gómer? —pensé que no había entendido bien; jamás había escuchado ese nombre.

—¡Un nombre bíblico! —exclamó un Leofstan radiante—. Debéis saber, mi señor, que mi esposa y yo hemos hecho votos de pobreza y castidad. Nos apañaremos con una choza, ¿verdad que sí, querida?

La así aludida asintió, y se oyó algo parecido a un recrujir de aquel fardo de capuchas, túnicas y capa.

—Pues yo no he hecho ninguno de los dos —dije, sin poder contenerme—. Sed

bienvenidos —añadí, a regañadientes porque no era cierto—, pero procurad que vuestra malhadada familia no estorbe a mis soldados. Tenemos mucho que hacer.

—¡Rezaremos por vos! —al tiempo que se volvía—. ¡Cantad, niños, cantad! ¡Jubilosos, agitada vuestras ramas! ¡Que el señor escuche un ruido agradable cuando entremos en la ciudad!

Así discurrió la entrada del obispo Leofstan en Ceaster.



—No soporto a ese cabrón —dije.

—No es eso, no —dijo Finan—; lo que pasa es que no queréis reconocer que os cae bien.

—Es un cabrón empalagoso y sonriente —dije.

—Es un erudito reconocido, un santo varón y un magnífico cura.

—Ojalá atrape unas lombrices que lo lleven a la tumba.

—¡Dicen que sabe latín y griego!

—¿Os habéis topado alguna vez con un romano, con un griego quizá? Pues ¿de qué vale hablar esas malditas lenguas?

Finan se echó a reír. Como si la llegada de Leofstan y el espantoso mal humor que me aquejaba lo hubieran devuelto a la vida precisamente cuando, a lomos de raudos corceles, los dos cabalgábamos al frente de una partida de ciento treinta hombres por los linderos del bosque que rodeaba y defendía el altozano de Eads Byrig. Hasta entonces nos habíamos dedicado a inspeccionar los límites arbolados que daban al sur y al este. Tales eran las rutas que, por fuerza, habrían de seguir los hombres de Ragnall si decidían adentrarse en Mercia, pero ninguno de los ojeadores que enviamos por delante había observado indicio alguno de tales incursiones. Aquel día, la mañana siguiente a la llegada de Leofstan, recorríamos el lindero oeste del bosque antes de dirigirnos al norte, al río Mærse. Ningún enemigo a la vista, pero estaba seguro de que nos observaban, de que disponían en los márgenes de aquella espesura arbolada.

—¿Creéis que es cierto eso de que ha hecho voto de castidad? —me preguntó Finan.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Seguro que su mujer está tan arrugada como una pasa, pobre hombre —aplastando un tábano en el pescuezo de su corcel—. ¿Cómo se llama?

—Gómer.

—Espantoso nombre, propio de un adefesio —dijo con una sonrisa maliciosa.

Hacía viento aquel día; raudas, unas nubes altas corrían tierra adentro, en tanto que, a lo lejos y más amenazantes, otras se apelotonaban por el lado del mar. A aquella hora de la mañana, sin embargo, un madrugador rayo de sol bailoteaba en las aguas del Mærse, una milla más allá de donde nos encontrábamos. Otros dos barcos

con dragones en la proa habían arribado el día anterior; uno, con más de cuarenta hombres; aunque más pequeño, el otro también estaba atestado. El mal tiempo que amenazaba por el oeste me llevó a pensar que no arribarían más barcos aquel día. El caso es que más y más hombres se unían a las tropas de Ragnall. ¿Qué pensaba hacer con tamaño ejército?

Tratando de encontrar respuesta a esa pregunta, habíamos llevado con nosotros una veintena de caballos ensillados, pero sin jinete. Quienquiera que nos espicara desde el bosque pensaría que se trataba de caballos de refresco, pero muy otro era el propósito de su presencia. Puse mi caballo al paso para que Beadwulf pudiera llegarse a mi lado.

—No tenéis por qué hacerlo —le dije.

—Será cosa de nada, mi señor.

—¿Estáis seguro? —le pregunté.

—Cosa de nada, señor —repitió.

—Estaremos aquí mañana, a la misma hora —le prometí.

—¿En este sitio?

—En este sitio.

—En ese caso, dejad que lo intente, mi señor —añadió con una sonrisa aviesa.

Quería saber qué estaba pasando tanto en Eads Byrig como en el río que discurría al norte de aquella colina. Había visto el puente que, con barcos, se habían procurado en el Mærse, y la densidad del humo que salía de aquellos bosques en la orilla sur del río me había dado a entender que allí se alzaba el campamento principal de Ragnall. De ser así, ¿cómo lo guardaban? ¿Cómo iban con la nueva empalizada que levantaban en Eads Byrig? Podríamos haber reunido una partida y, tras habernos adentrado por la calzada romana que discurría por mitad del bosque, haber virado hacia el norte por las estribaciones de aquella sierra. Seguro que habríamos llegado a los pies del altozano de Eads Byrig, pero Ragnall estaría preparado para repeler tal incursión. Al ver que nos acercábamos, sus ojeadores habrían dado la voz de alarma, sus hombres habrían invadido el bosque y, en aquella espesura, a la desesperada, habríamos tenido que batirnos en retirada contra un enemigo muy superior en número. Como un fantasma, en cambio, y sin que el enemigo se percatase de nada, Beadwulf podría echar un vistazo por la colina y por el campamento a orillas del río.

El asunto pasaba por introducir a Beadwulf en el bosque sin que el enemigo se diera cuenta; de ahí los caballos ensillados.

—¡Espadas en mano! —grité a mis hombres, al tiempo que desenvainaba a *Hálito-de-serpiente*—. ¡Adelante! —ordené.

Espoleamos nuestras monturas y, sin dudar, nos dirigimos hacia el este como si fuéramos a cruzar el bosque y llegarnos a la lejana colina. Nos adentramos entre los árboles, pero, en vez de dirigirnos a Eads Byrig, llevamos los caballos hacia el sur, de forma que, al cabo, salimos al lindero de nuevo. Oímos una trompa a nuestras espaldas. Hasta tres veces bramó; seguro que tal era la señal que le enviaba a Ragnall

uno de los muchos centinelas que tendría allí apostados para advertirle de nuestra presencia en el frondoso bosque, cuando, en realidad, nos limitábamos a galopar a un paso de sus límites. A nuestra izquierda, un hombre salió corriendo de la espesura; Finan hizo un quiebro y lo dejó en el sitio, al tiempo que una sustancia roja y brillante salpicaba las hojas verdes recién retoñadas. Nuestros caballos siguieron galopando a la luz del sol cuando cruzamos un claro del bosque tapizado de helechos. Luego, cuando rodeados de nuevo por gruesos troncos, agachábamos la cabeza para esquivar las ramas más bajas, otro de los ojeadores de Ragnall salió de su escondite; mi hijo le hundi6 la espada en la espalda y se lo llev6 por delante.

Me interné en una espesura de avellanos y saúcos.

—¡Se ha ido! —gritó Sihtric a mis espaldas, y vi el caballo sin jinete de Beadwulf a mi derecha. Seguimos adelante cosa de media milla, pero no más centinelas nos salieron al paso. Respondido por otro que debía de estar en lo alto de la colina, no cesaba el bramido de aquella trompa; los hombres de Ragnall debían de estar poniéndose las cotas de malla y ciñéndose los tahalíes; mucho antes de que llegaran, ya nos habríamos desviado por los pastos a campo abierto y adentrado en los senderos del ganado que nos llevarían de vuelta a Ceaster. Nos detuvimos un momento en un solar, donde, a su capricho, brillaba el sol. Recogimos los caballos que cabalgaban sin jinete y esperamos, pero no vimos enemigo alguno en las lindes del bosque. Los pájaros que, asustados, habían levantado el vuelo cuando nos adentramos entre los árboles, volvieron a posarse. Cesó el bramido de las trompas y en el bosque se hizo el silencio de nuevo.

Los ojeadores de Ragnall solo habrían visto cómo una partida se adentraba en el bosque para, al cabo, abandonarlo. Si Beadwulf se hubiera limitado a dejarse caer de la silla para buscar un sitio donde esconderse, el enemigo podría haberse dado cuenta de que uno de los caballos había perdido al jinete entre los árboles, pero estaba seguro de que ninguno de los centinelas se habría tomado la molestia de contar los caballos que, sin jinete, habíamos llevado. Nadie se daría cuenta de que había uno más. Supuse que Beadwulf estaba sano y salvo, oculto tras las filas enemigas. La sombra de una nube se nos vino encima y noté cómo, con fuerza, la lluvia golpeaba el yelmo que llevaba.

—Hora de volver —dije, y regresamos a Ceaster.



Al frente de más de ochocientos jinetes, Eteflada llegó aquella misma tarde. Estaba de un humor de perros, que poco mejoró cuando se percató de la presencia de Eadith. El día se había puesto de tormenta y soplaba un viento racheado que lo mismo alborotaba la larga cola y las crines de *Trasgo*, la yegua de Eteflada, que los largos y rojos cabellos de Eadith.

—¿Se puede saber por qué —encarándose conmigo, sin que ni siquiera mediase

un saludo por su parte— no lleva el pelo recogido?

—Porque es virgen —repuse, al tiempo que veía cómo Eadith, a pesar del aguacero que caía, echaba a correr hacia la casa donde vivíamos en la calle principal de Ceaster.

Etelfleda frunció el ceño.

—No es doncella. Es una... —mordiéndose la lengua por no decir más.

—¿Putas quizá? —me interese.

—Decidle que se recoja el pelo como es debido.

—¿Acaso las putas han de recogerse de un modo particular? —me interesé—. La mayoría de aquellas con las que he retozado preferían llevarlo suelto. Aunque bien es verdad que, en Gleawecestre, había una muchacha de cabellos negros, esa que tanto frecuentaba el obispo Wulfheard siempre que su mujer estaba fuera de la ciudad: le gustaba que se lo enroscase en la cabeza a modo de cordón. Eso sí; antes, le decía que se hiciese una trenza, y luego, que...

—¡Basta! —se revolvió—. Decidle a vuestra compañera que, al menos, trate de guardar el recato.

—Decídselo vos misma, mi señora, y bienvenida a Ceaster.

Frunció el ceño de nuevo, y echó el pie a tierra. No soportaba a Eadith; su hermano había tratado de arrebatarse la vida, sin duda una buena razón para que no pudiese ni verla, pero el motivo principal de tanta aversión más tenía que ver con que la pobre compartiera mi lecho. Tampoco le había caído bien Sigunn, aquella que fuera mi amante durante tantos años, fallecida a causa de unas fiebres hacía dos inviernos. Había llorado su ausencia. Etelfleda también había sido amante mía, y quizás aún lo fuera, pero, a la vista del mal humor que se había apoderado de ella nada más llegar, más me parecía que venía con ganas de plantarme cara.

—¡Adiós a todos nuestros barcos! —exclamó—. ¡Un millar de hombres del norte a menos de medio día de aquí!

—Unos dos mil a estas alturas —repuse—, y no menos de un centenar de despiadados guerreros irlandeses con ellos.

—¡Para eso está esta guarnición, para evitar una cosa así! —me espetó. Los curas que la acompañaban no dejaban de lanzarme miradas recriminatorias. Etelfleda estaba casi siempre rodeada de curas, pero me dio la sensación de que, en aquella ocasión, había más de la cuenta; de pronto, me acordé de que faltaban pocos días para la fiesta de Eostre y que íbamos a disfrutar de la singular ceremonia de la consagración del humilde y siempre risueño Leofstan—. ¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Etelfleda.

—No tengo ni idea —contesté—. No soy cristiano. Me imagino que acompañaréis a ese pobre hombre a la iglesia, que lo sentaréis en un sillón conforme a su rango y que celebraréis uno de vuestros bodrios habituales.

—¿De qué estáis hablando?

—La verdad es que no acabo de entender para qué queremos un obispo. ¿Acaso

no tenemos ya bastantes bocas desocupadas que alimentar como para que este miserable de Leofstan se presente aquí con la mitad de los lisiados que hay en Mercia?

—¿Que qué vamos a hacer con Ragnall? —bramó.

—¡Ah, eso! —dije, fingiendo extrañeza—. Pues nada, claro.

Se me quedó mirando.

—¿Nada?

—A no ser que a vos se os ocurra algo —dejé caer—, porque a mí no se me ocurre nada.

—¡Dios mío! —se encaró conmigo antes de sentir un escalofrío cuando una ventolera dejó un manto de lluvia helada a lo largo de la calle—. Tiempo habrá de hablar en la gran mansión —dijo—. ¡Y que Finan esté presente!

—Está al frente de una partida —le dije.

—Gracias a Dios que alguien hace algo por aquí —bramó, antes de echar a correr hacia la gran mansión, un imponente edificio en el centro de la ciudad. Los curas echaron a correr tras ella, dejándome a solas con dos de mis buenos amigos que habían preferido acompañarla durante aquel viaje al norte. Uno era Osferth, hijo natural del rey Alfredo, y hermanastro, por tanto, de Etelfleda. Había estado a mis órdenes durante unos cuantos años; uno de mis mejores hombres, pero había optado por quedarse al lado de Etelfleda como consejero.

—No deberíais incomodarla —me echó en cara, con gesto agrio.

—¿Por qué no? —me interesé.

—Porque está de mal humor —dijo Merewalh, saltando del caballo y dirigiéndome una sonrisa maliciosa. Era el jefe de la guardia personal de Etelfleda, un hombre que gozaba de toda mi confianza. Puso los pies en el suelo, estiró los brazos y dio unas palmadas al caballo en el pescuezo—. Es más: de un humor de perros, diría yo —añadió.

—¿Por qué? ¿Por culpa de Ragnall?

—Porque no menos de la mitad de los invitados a la consagración han declinado venir —dijo Osferth, alicaído.

—¿Acaso tienen miedo esos idiotas?

—No son idiotas —repuso, armándose de paciencia—, sino clérigos muy respetados. Les prometimos una celebración sagrada por Pascua, una gozosa ocasión de estrechar lazos de hermandad, y resulta que estamos en guerra. ¡No pensaréis que los pares del obispo Wulfheard quieran caer en un avispero así como así! Todo el mundo está al tanto de la despiadada crueldad de Ragnall Ivarson.

—Las muchachas de La gavilla de trigo estarán encantadas con que Wulfheard se haya quedado en Gleawecestre —comenté.

Osferth emitió un suspiro hondo y se fue en busca de Etelfleda. La gavilla de trigo, una agradable taberna de Gleawecestre, donde ejercían su oficio unas putas no menos acogedoras; la mayoría de ellas se habían acostado con el obispo cuando su

mujer se ausentaba de la ciudad. Dirigiéndome una sonrisa aviesa, Merewalh me llamó la atención de nuevo.

—Tampoco deberíais incomodar a Osferth.

—Cada día se parece más a su padre —dije.

—Es un hombre de bien.

—Lo es —convine. A pesar de lo serio y estricto que era. Osferth me caía bien. Creía que, por ser bastardo, pesaba sobre él una maldición, algo que había tratado de superar llevando una vida intachable. Había sido un buen soldado, arrojado y prudente, y no me cabía duda de que sería un excelente consejero para su hermanastra, unidos como estaban no solo por ser hijos del mismo padre, sino por la honda devoción que ambos sentían—. ¿Así que Etelfleda está molesta —dije, al tiempo que echaba a andar con Merewalh hacia la gran mansión— porque un puñado de obispos y monjes no piensan asistir a la consagración de Leofstan como obispo?

—Está molesta —dijo Merewalh— porque Ceaster y Brunanburh son dos plazas que la tocan muy de cerca. Las considera algo muy suyo, y no le hace ninguna gracia que unos paganos vengan a amenazarlas —hizo un alto de repente y torció el gesto, no por mí, sino al ver cómo, al galope, atrás nos dejaba un joven de cabellos oscuros, sin cuidarse del barro y el agua que levantaban los cascos de su corcel. Tras un extraño quiebro, el joven obligó a detenerse al caballo y, de un salto, echó el pie a tierra, dejando el sudoroso corcel en manos de un criado. Con remango, se recogió la capa negra; al desgaire, esbozó un saludo de pasada a Merewalh y, a grandes zancadas, se dirigió al interior de la gran mansión.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Cynlæf Haraldson —repuso Merewahl, sin añadir nada más.

—¿Uno de los vuestros?

—De los de ella, más bien.

—¿Amante de Etelfleda? —me extrañé.

—No, por Cristo. Aunque dice no estar al tanto, no me extrañaría que fuera el amante de su hija.

—¿Amante de Ælfwynn! —No acababa de salir de mi asombro, aunque, bien pensado, más me extrañaría que la joven no se hubiera echado un amante. Era una joven hermosa y frívola que ya tendría que estar casada desde hacía tres o cuatro años, pero para la que su madre, por la razón que fuera, aún no había encontrado marido de su agrado. Hubo un tiempo en que todo el mundo daba por hecho que Ælfwynn acabaría por casarse con mi hijo, pero a Etelfleda tampoco le había entusiasmado la idea de aquel matrimonio; lo que me dijo Merewahl a continuación vino a darme la razón.

—No os extrañéis si, a no mucho tardar, veis que esos dos acaban casados —dijo con pesar.

El corcel de Cynlæf soltó un bufido al pasar por mi lado, y reparé en la C y en la H que, con un hierro candente, llevaba marcadas en la grupa.

—¿Todos los caballos que tiene llevan marcadas esas iniciales?

—Hasta los perros de su jauría. No quiero ni pensar en la pobre Ælfwynn: terminará marcada del mismo modo, pero en las nalgas.

Me fijé en Cynlæf, que se había detenido al pie de las enormes columnas que engalanaban la fachada de la gran mansión, dando órdenes a dos criados. Era un joven apuesto, de cara alargada y ojos oscuros, embutido en una preciosa cota de malla, que se ceñía con un vistoso tahalí del que colgaba una vaina de cuero rojo con tachones de oro. Reconocí aquella vaina al instante: era la misma que, en su día, luciera lord Etelredo, el esposo de Etelfleda. Espléndido regalo, pensé. El joven reparó en cómo lo miraba y me dedicó una reverencia antes de darse media vuelta y desaparecer tras cruzar las enormes hojas del portón romano.

—¿De dónde ha salido? —le pregunté a Merewalh.

—Es un sajón del oeste. Uno de los guerreros del rey Eduardo; en cuanto conoció a Ælfwynn, consiguió que lo destinasen a Gleawecestre —se tomó un respiro y esbozó una sonrisa desmayada—. Por lo visto, a Eduardo no le costó mucho desprenderse de él.

—¿Noble?

—Hijo de un gran terrateniente, un *thegn* por más señas —quitándole importancia—; al parecer, la joven piensa que ha nacido con una flor en el culo.

—Vamos, que no os cae bien —dije, echándome a reír.

—Es un zoquete inútil y difícil de soportar —dijo Merewalh—, pero la dama Etelfleda no piensa del mismo modo.

—¿Sabe pelear?

—Y bastante bien —hubo de reconocer, aunque a regañadientes—. No es de los que se echan para atrás y es ambicioso.

—No está mal —comenté.

—O sí, en cuanto que aspira a ocupar mi puesto.

—Sabéis que ella nunca lo permitiría —dije muy convencido.

—Yo no estaría tan seguro —repuso, sin tenerlas todas consigo.

Fuimos detrás de Cynlæf y entramos en la sala. Etelfleda ocupaba una silla detrás de una mesa en alto; el joven se había acomodado en un taburete que quedaba a la derecha de la dama; Osferth estaba sentado a su izquierda; nos hizo un gesto para que Merewalh y yo los acompañásemos en el estrado. Las rachas de viento que se colaban por un agujero abierto en la cubierta romana esparcían el humo denso de la fogata que ardía en el hogar que había en medio de la amplia estancia, que, poco a poco, se fue llenando. Muchos de mis hombres, es decir, aquellos que no habían salido con Finan o montaban guardia en lo alto de las murallas de piedra, se dejaron caer por allí para oír las nuevas que pudiera traer Etelfleda. Di órdenes de que alguien fuera a avisar a Etelstano con instrucciones precisas de que se sentara con nosotros en aquella mesa elevada, en la que ya ocupaban lugares preferentes los curas gemelos, Ceolnoth y Ceolberht. Los guerreros que había traído Etelfleda fueron ocupando el

resto de la sala, y, mientras unos criados acercaban paños y agua a la mesa principal para que los recién llegados se lavaran las manos, otros se encargaban de traernos cerveza, pan y queso.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —se interesó Eteflada, cuando escanciaban la cerveza.

Dejé que Eteflada diese cuenta de cómo se había desarrollado la quema de los barcos de Brunanburh. El muchacho pasó un mal rato: hubo de reconocer que su descuido a la hora de permanecer vigilante había dejado en mal lugar a su tía, pero no omitió nada ni trató de escurrir el bulto. Me sentí orgulloso de él; Eteflada lo trató con cariño, diciéndole que nadie se habría esperado que, en plena noche, unos cuantos barcos fueran a adentrarse Mæsse arriba.

—Pero ¿por qué no sabíamos nada de que Ragnall fuera a presentarse aquí? —preguntó con aspereza.

Nadie dijo nada. Sin apartar la vista de mí, el padre Ceolnoth empezó a decir algo, aunque acabó por guardar silencio. Eteflada entendió a la primera lo que había querido decir y se me quedó mirando.

—Vuestra hija está casada con un hermano de Ragnall —me interpeló en un tono cargado de reproches.

—Sigtryggr no está en esto con su hermano —repuse—, y entiendo que no aprueba la decisión de Ragnall.

—Pero ¿quién, si no, podría haber estado al tanto de lo que pensaba hacer?

No supe qué decir.

—Cierto —acabé por reconocer. Aunque me imaginaba que habían preferido no decirme nada, nadie en su sano juicio habría pensado que Sigtryggr y Stiorra no hubieran estado al tanto. Quién sabe si mi hija no habría cambiado de parecer y soñaba con una Britania pagana; si así fuera, ¿por qué Sigtryggr no habría querido sumarse a la invasión?

—Y vuestro yerno, ¿tampoco os comentó nada? —se interesó Eteflada.

—A lo mejor lo hizo —dije—, pero ya sabéis: el de Irlanda es un mar traicionero. A lo peor, el mensajero pereció ahogado —explicación más que endeble, que se ganó unas que merecidas y sonoras risotadas por parte del padre Ceolnoth.

—A lo mejor vuestra hija prefirió... —empezó a decir, pero Eteflada le interrumpió antes de que pudiera seguir adelante.

—En cuanto a Irlanda, nos fiamos por completo de lo que nos cuentan los clérigos de por allá —añadió con aspereza—. ¿Habéis perdido el contacto epistolar con los curas y monasterios de esas tierras?

Me la quedé mirando mientras escuchaba las no menos endebles explicaciones que le ofrecían sus eclesiásticos. Era la hija mayor del rey Alfredo, la más inteligente de todos sus hijos; la que fuera una niña despierta y alegre, que nunca dejaba de reír, con el paso de los años, se convirtió en una preciosidad de cenizos cabellos rubios y ojos vivarachos, pero, desde su matrimonio con Eteflredo, señor de Mercia, unas

profundas arrugas le ensombrecían el rostro. Su fallecimiento le había quitado un gran peso de encima, pero, en aquellos años, ella era quien llevaba las riendas de Mercia, y los desvelos que le exigían las tareas de gobierno eran la causa de aquellos mechones de canas que ya le menudeaban. En aquel momento, con aquel rostro severo y enjuto, era más distinguida que hermosa. Aunque la mayoría de sus paisanos la tenían en muy alta estima y la seguían a ciegas, siempre estaba pendiente de todo, porque aún había hombres que no aceptaban que una mujer estuviese al frente de los destinos de Mercia. Tan inteligente y devota como su padre, de sobra sabía yo lo apasionada que podía ser; con el paso de los años, sin embargo, y con tal de asegurarse de que el dios crucificado de los cristianos estaba de su lado, todo lo había ido fiando más y más a los curas. Y quizá no le faltara razón, porque su reinado había sido fructífero. Habíamos obligado a retroceder a los daneses y recuperado las tierras que, antaño, pertenecieran a Mercia y que ellos nos habían arrebatado. Pero allí estaba Ragnall, dispuesto a poner patas arriba todo lo que había conseguido.

—¡No es casualidad que se le haya ocurrido venir en Pascua! —insistía el padre Ceolnoth.

Yo no acababa de ver a dónde quería llegar; Etelfleda, tampoco.

—¿Qué tiene que ver la Pascua, padre? —se interesó.

—Recuperamos nuestras tierras, erigimos fortines para defenderlas y destacamos guerreros para sentirnos a salvo —se explayó Ceolnoth, al tiempo que me dirigía una furtiva y fugaz mirada de desdén—. ¡Pero estas tierras nunca estarán del todo a salvo hasta que la Iglesia no haya nombrado un nuevo pastor que nos guíe por estos nuevos pastos! ¡Bien claro lo dijo el salmista! El Señor es mi pastor y nada me faltará.

—¡Anda ya! —dije, lo que me valió una mirada asesina por parte de Etelfleda.

—¿De modo que sois de la opinión —continuó, haciendo caso omiso de mi comentario— de que Ragnall quiere impedir la consagración?

—Para eso ha venido —remachó Ceolnoth—. Por eso hemos de seguir adelante con la consagración de Leofstan, ¡para desbaratar sus diabólicas maniobras!

—¿Creéis que se atreverá a atacar Ceaster? —le preguntó Etelfleda.

—¿Para qué, si no, ha venido? —repuso Ceolnoth, exaltado—. Si ha traído a más de mil paganos con él, solo tiene un propósito: acabar con nosotros.

—Dos mil a estas alturas —le corregí—; algunos son cristianos.

—¿Cristianos? —se revolvió Etelfleda.

—Cuenta con irlandeses en sus filas —le recordé.

—¿Dos mil paganos? —era la primera vez que Cynlæf abría la boca.

Hice como que no le había oído. Si pretendía que yo le diera una respuesta, debería haber formulado la pregunta de forma más respetuosa. Con todo, la pregunta no dejaba de ser interesante, y Etelfleda esperaba una respuesta por mi parte.

—¿Dos mil? ¿Estáis seguro de que son tantos como decís? —me preguntó.

Me puse en pie, rodeé la mesa y me llegué al borde del estrado.

—Ragnall se presentó aquí con más de mil guerreros —dije—, los mismos que

ahora ocupan Eads Byrig. Desde entonces, llegados por mar, o por tierra desde Northumbria, otros tantos se han unido a sus filas. ¡Es cada vez más fuerte! A pesar de disponer de semejante ejército, no ha enviado ni un solo hombre al sur. Ninguno de los hombres de Mercia podrá decir que le han robado una vaca o que se hayan llevado como esclavo a alguno de sus hijos. ¡No ha quemado ni una sola iglesia de ninguna localidad! Tampoco ha enviado ojeadores a merodear por Ceaster. Nos ha ignorado.

—¿Dos mil? —Etel fleda repitió la pregunta que había dejado en el aire Cynlæf.

—En vez de eso, ha erigido un puente sobre el Mæse y sus hombres han estado yendo y viniendo al norte sin cesar. ¿Qué hay en el norte? —me pregunté, dejando que la respuesta flotase en el humo que inundaba la sala.

—¿Northumbria? —aventuró alguien de los presentes.

—¡Hombres! —repuse—. ¡Daneses! ¡Hombres del norte! Hombres que poseen tierras y temen que se las arrebateemos. Hombres que carecen de rey, a menos que consideréis como tal a ese despojo que reside en Eoferwic. Hombres, mi señora, que buscan un caudillo que les permita sentirse a salvo. Y sí, allí encuentra a esos hombres, en Northumbria, por eso su ejército es más fuerte con cada día que pasa.

—¿Y todos esos hombres están concentrados en Eads Byrig? —se interesó Etel fleda.

—Trescientos, cuatrocientos quizá —repuse—. ¡No disponen de agua para más! El resto permanece acampado a orillas del Mæse, cerca del lugar donde Ragnall erigió esa especie de puente con unos cuantos barcos. Creo que es en ese lugar donde está reuniendo su ejército; para la semana próxima, dispondrá de tres mil hombres.

Los curas se santiguaron.

—¡Santo Dios! —exclamó Ceolberht con voz pausada—. ¿Cómo vamos a hacer frente a semejante horda?

—Ragnall —proseguí, implacable, dirigiéndome directamente a Etel fleda— está al frente del mayor ejército que haya pisado Britania desde los tiempos de vuestro padre. Un ejército que va a más con cada día que pasa.

—¡Pongámonos en manos del Señor! —abrió la boca el padre Leofstan por primera vez—. ¡Y también en las de lord Uhtred! —dejó caer de forma artera. Etel fleda había invitado al obispo *in pectore* a la mesa que presidía la reunión, pero él había preferido sentarse en una de las mesas de más abajo. Me dedicó una ancha sonrisa y, luego, me recriminó con el dedo—: Tratáis de meternos el miedo en el cuerpo, lord Uhtred.

—El *jarl* Ragnall —repuse— es un hombre que da miedo.

—¡Pero contamos con vos, martillo de paganos!

—¡Y que soy uno de ellos!

—¡Dios proveerá! —y esbozó una risita sofocada.

—En ese caso —volviéndome a la mesa elevada—, a lo mejor alguien sabe decirme cómo Dios proveerá y me explica cómo vamos a derrotar a Ragnall.

—¿Qué hemos hecho hasta ahora? —se interesó Eteflada.

—He convocado al *fyrð* —contesté—, y he repartido por los fortines a todos los que han acudido solicitando ayuda. Hemos hecho más profundo el foso de la fortaleza y puesto a punto las erizadas estacas que lo defienden; hemos amontonado proyectiles en lo alto de las murallas, y nuestros graneros están a rebosar. Y hemos enviado un ojeador por los bosques para que nos cuente cómo andan las cosas tanto en el nuevo campamento como en Eads Byrig.

—Entonces, ¡hora es de acabar con Ragnall! —dijo el padre Ceolnoth, alborozado.

Le lancé un escupitajo a los pies.

—¿Tendría alguien la gentileza de explicarle a este baboso demente por qué no podemos plantar cara a Ragnall?

Se hizo un silencio que, por fin, rompió Sihtric.

—Porque se encuentra a salvo tras las defensas de Eads Byrig.

—¡No así los hombres que acampan junto al río! —apuntó Ceolnoth—. ¡Carecen de protección!

—No lo sabemos —repuse—; de ahí que haya enviado un ojeador a los bosques. Pero, aunque no hayan levantado una empalizada, el bosque los protege. Llevad un ejército a un bosque: os lloverán emboscadas por doquier.

—Podéis cruzar el río más al este —señaló el padre Ceonoth, muy en su papel de estrategia militar— y atacar el puente desde el norte.

—¿Y qué sacaríamos en limpio con eso, esparaván atolondrado? —le pregunté—. ¡Quiero que ese puente se quede donde está! Si lo destruyo, habré dejado atrapados a tres mil hombres del norte en territorio de Mercia, cuando lo que busco es cómo echarlos de Mercia. Quiero a esos cabrones al otro lado del río —guardé silencio un momento y, con la esperanza de estar en lo cierto y a la espera de que Beadwulf me lo confirmara, decidí contar lo que me decía mi instinto—. Y eso es lo que también van buscando ellos.

Eteflada frunció el ceño y se me quedó mirando; no entendía nada.

—¿Estáis diciendo que pretenden quedarse al otro lado del río?

Ceolnoth musitó algo sobre que jamás había oído mayor majadería, pero Cynlæf había entendido a la primera lo que yo quería decir.

—Creo que lo que está diciendo lord Uhtred —dijo, pronunciando mi nombre con respeto— es que lo que Ragnall va buscando en realidad es invadir Northumbria, y proclamarse rey de ese territorio.

—Entonces, ¿a qué ha venido aquí? —preguntó Ceolnoth, desconcertado.

—Para que los de Northumbria piensen que estas tierras son su objetivo —le explicó Cynlæf—. Trata de confundir a sus enemigos paganos. Ragnall no viene con la intención de invadir Mercia...

—No por ahora —intervine con firmeza.

—Quiere ser rey del norte —concluyó el joven.

Etelfleda se me quedó mirando.

—¿Creéis que está en lo cierto?

—En mi opinión, creo que sí —dije.

—¿De modo que Ragnall no piensa atacar Ceaster?

—Sabe lo que le pasó a su hermano aquí —repuse.

—¿A su hermano? —se interesó Leofstan, que andaba perdido.

—Sigtryggr atacó Ceaster —le puse al tanto—. Acabamos con casi todos sus hombres y, por si fuera poco, le privé del ojo derecho.

—¡Y se llevó a vuestra hija para hacer de ella su mujer! —dijo el padre Ceolnoth, sin poder contenerse.

—Por lo menos alguien retoza con ella —contesté, sin apartar la vista de Leofstan, antes de volverme a Etelfleda—: Ragnall no está interesado en atacar Ceaster —le dije—; no al menos hasta dentro de uno o dos años. ¿Que llegará ese día? Sin duda, pero aún no ha llegado —le dije muy serio—. No vendrá a por nosotros.

Y al día siguiente, por la mañana, allí estaba.



Seis interminables columnas de hombres del norte aparecieron en las lindes del bosque. Todavía no tenían suficientes caballos, de modo que muchos de ellos iban a pie, pero todos con cotas de malla y yelmos, escudos y armas; a lo lejos salieron, de entre los árboles, siguiendo a unos estandartes en los que ondeaban águilas y hachas, dragones y cuervos, barcos y rayos. En algunos de aquellos estandartes ondeaba la cruz cristiana. Me imaginé que serían los guerreros irlandeses de Conall; uno de ellos lucía una calavera clavada en un palo: ese era el estandarte de Haesten. Sobresaliendo entre todos, el hacha ensangrentada de Ragnall, que, azotada por un fuerte viento, ondeaba con brío por encima de un grupo de jinetes que cabalgaba por delante de aquella inmensa horda, que no tardó en presentar un descomunal frente de batalla cara a las murallas del este de la ciudad. Como si pensaran que, por alguna razón, no estábamos al tanto de su llegada, hasta por tres veces se oyó el bramido de una trompa entre las filas enemigas.

Finan, que había vuelto antes de la aparición del enemigo, me había dicho que había advertido movimiento en el bosque; se llegó adonde estábamos mi hijo y yo, en lo alto de las murallas, y observó aquel colosal ejército que, tras aparecer a lo lejos, entre los árboles, nos plantaba cara a una media milla a campo abierto.

—Nada de escalas —dijo.

—No que yo vea.

—¡Esos paganos vienen a por todas! —oímos la voz del padre Leofstan, que también había subido a lo alto de las murallas y estaba solo a unos cuantos pasos de nosotros—. ¡Podremos con ellos! ¿Verdad que sí, lord Uhtred?

Hice como que no le oía.

—Si no vemos escalas —le dije a Finan—, es que no piensan atacar.

—Impresiona cuando menos —dijo mi hijo, sin apartar los ojos de aquel inmenso ejército, antes de volverse al oír una vocecita que graznaba por los escalones que llevaban a las murallas: la esposa del padre Leofstan, o al menos eso daba a entender aquel recrujir de capas, túnicas y capuchas en que se envolvía aquel fardo trepador.

—¡Gómer, cariño! —gritó el padre Leofstan, corriendo a ayudarla a salvar los empinados escalones—. ¡Cuidado, querubín mío, tened mucho cuidado!

—Fue a casarse con un gnomo —comentó mi hijo.

Me eché a reír. El padre Leofstan era tan larguirucho, y aquel fardo tan envuelto en refajos, tan pequeño, que parecía un gnomo rechoncho. Extendió una mano y su marido la ayudó a salvar el último de aquellos escalones desgastados. Resopló con alivio al llegar a lo alto y profirió un gritito entrecortado al ver el ejército de Ragnall que, en aquellos momentos, avanzaba por el cementerio romano. Sin soltar la sotana de su marido, con aquella cabeza que apenas si le llegaba a la cintura, se quedó de pie sin apartarse de él, como si temiera caer de lo alto de la muralla. Traté de verle la cara, pero la enorme capucha calada se la cubría por completo.

—¿Esos son los paganos? —se interesó con su vocecita.

—Ten fe, cariño —le dijo el padre Leofstan, tratando de reconfortarla—. Dios nos ha enviado a lord Uhtred y nos permitirá alzarnos con la victoria —al tiempo que dirigía su ancha cara al cielo y alzaba las manos—: ¡Derrama tu cólera sobre los paganos, Señor, caiga sobre ellos tu ira, que tu furia acabe con ellos!

—Amén —graznó su esposa.

—Pobrecilla —musitó Finan sin dejar de mirarla—: tiene que ser tan fea como un sapo para ir embozada de esa forma. Es más que probable que él esté encantado de no tener que montarla.

—A lo mejor es un alivio para ella —apunte.

—O es una belleza —añadió mi hijo, pensativo.

—¡Dos chelines de plata a que es tan fea como un sapo! —dijo Finan.

—¡Vengan esos cinco! —dijo mi hijo, tendiendo la mano para aceptar la apuesta.

—Dejaos de necedades —rezongué—. Bastantes quebraderos de cabeza tengo con vuestra maldita iglesia para que vengáis a marearme con apuestas sobre la mujer del obispo.

—Su gnomo, querréis decir —apuntó mi hijo.

—Guardaos para vos esas sucias manazas —le ordené, antes de volverme y reparar en los once jinetes que, al galope y enarbolando tres estandartes, atrás habían dejado el prieto muro de escudos y se llegaban a las murallas.

—Vamos allá —dije.

Hora de ver al enemigo cara a cara.

CAPÍTULO IV

Los caballos aguardaban en la calle; junto a ellos, Godric, el mozo que me atendía en tales menesteres, sostenía el magnífico yelmo con una cabeza de lobo por cimera, un escudo recién pintado y mi capa de piel de oso. En cuanto me acomodé en la silla de montar, mi portaestandarte enarboló la enorme enseña de la cabeza de lobo. Montaba a *Tintreg*, un gigantesco y brioso corcel, negro como la noche; *Tintreg*, o *Tormento* en nuestra lengua, había sido un regalo de mi viejo amigo Steapa, quien fuera jefe de la guardia personal del rey Eduardo hasta que se retirara a sus propiedades, en Wiltunscir. Un caballo adiestrado para la guerra y con muy malas pulgas, como el propio Steapa. Me gustaba aquel animal.

A lomos de *Trasgo*, su yegua blanca, con su deslumbrante cota de malla bajo una capa tan blanca como la nieve, Etelfleda nos esperaba en la puerta norte. Con ella iban Merewahl, Osferth y Cynlæf; también el padre Fraomar, su confesor y capellán.

—¿Cuántos vienen en representación de los paganos? —me preguntó.

—Once.

—Que venga un hombre más con nosotros —le ordenó a Merewahl. Junto con los portaestandartes de ambos, Finan y mi hijo, otro más bastaría para que nuestra embajada fuera tan numerosa como la que traía Ragnall.

—¡Id en busca del príncipe Etelstano! —le dije a Merewahl.

Merewahl se quedó mirando a Etelfleda, que asintió con la cabeza.

—¡Pero que se dé prisa! —le apremió.

—Que esperen esos cabrones —rezongué; Etelfleda pasó por alto el comentario.

Con cota de malla y yelmo, Etelstano ya estaba dispuesto para la batalla, de modo que solo hubo que esperar a que le ensillasen el caballo. Me dedicó una sonrisa llena de picardía mientras montaba, y, con respeto, inclinó la cabeza ante su tía.

—¡Os lo agradezco, mi señora!

—¡Guardad silencio! —le ordenó Etelfleda, antes de alzar la voz—: ¡Abrid las puertas!

Las enormes puertas crujieron, chirriaron y rechinaron al abrirse hacia fuera. Todavía había hombres apartándose por los escalones que llevaban a lo alto de las murallas cuando los dos portaestandartes iniciaron la marcha por el largo pasadizo que discurría bajo el arco. El ganso cargado con la cruz de Etelfleda y la cabeza de lobo que ondeaba en el mío eran los dos únicos estandartes que ondeaban a la pálida luz del sol de aquel día de primavera, en tanto los cascos de nuestras monturas hollaban el puente que salvaba el foso inundado. Picamos espuelas hacia Ragnall y los suyos, que se habían detenido a unas trescientas yardas.

—No hace falta que estéis presente —le dije a Etefleda.

—¿Por qué no?

—Porque, aparte de asistir a un intercambio de insultos, no pasará nada.

—¿Acaso pensáis que me dan miedo las palabras?

—Creo que viene con intención de insultaros y que tratará de ofenderos; si consigue enojaros, algo en limpio habrá sacado.

—Las escrituras nos enseñan que el necio habla por hablar —aseveró el padre Fraomar, un cura joven y afable, leal a carta cabal a Etefleda—. Dejad, pues, que el pobre desgraciado diga cuanto quiera, que sus palabras pongan de manifiesto su inanidad.

Me volví en la silla y contemplé las murallas de Ceaster. Tantos eran los hombres que se apilaban en ellas que, desde allí, el sol parecía tan solo un destello en las puntas de las lanzas que las erizaban. Habíamos adecentado el foso, reforzándolo por doquier con nuevas estacas afiladas; de las murallas, colgaban unos cuantos estandartes, santos cristianos en su mayoría. Al verlas, me dio por pensar en lo formidables que parecían aquellas defensas.

—Si trata de atacar la ciudad —dije—, es que ha perdido el juicio.

—¿Para qué ha venido aquí, si no? —se preguntó Etefleda.

—¿Os referís a esta mañana? Para meternos el miedo en el cuerpo, para insultarnos, para provocarnos.

—Quiero verlo cara a cara —dijo—, quiero ver cómo es ese hombre.

—Un hombre peligroso —repuse, al tiempo que me preguntaba cuántas veces, revestido de todo el esplendor de mi gloria guerrera, no habría accedido a verme las caras con un adversario antes de entrar en batalla tal y como establecía la costumbre, usos que, a mi modo de ver, carecían de sentido, pues que no cambiaban nada y nada decidían, pero Etefleda tenía curiosidad por ver de cerca al enemigo, de modo que, para satisfacción de Ragnall, nos acercamos dispuestos a encajar sus insultos.

Nos detuvimos a unos pocos pasos de los hombres del norte. Tres estandartes venían con ellos. El hacha ensangrentada de Ragnall ondeaba en el mayor de los tres; a un lado, otro, con un barco que navegaba en un mar de sangre; al otro lado, la calavera monda clavada en un palo de Haesten. A lomos de su montura y a los pies de aquella calavera, Haesten me dedicó una sonrisa de complicidad, como si fuéramos amigos de toda la vida. Me pareció que estaba avejentado; supongo que también lo estaría yo. Llevaba un yelmo con adornos de plata y un par de alas de cuervo a modo de cimera. Por lo visto, estaba disfrutando de lo lindo; no así aquel en cuyo estandarte ondeaba un barco en un mar de sangre. De cara enjuta y barba canosa, con una cicatriz que, de lado a lado, le cruzaba una mejilla, aquel hombre también parecía mayor. Con un precioso yelmo que se ajustaba a su rostro y que remataba la larga y negra cola de un caballo que le caía por la espalda. Un yelmo engalanado con un cordón de oro, un yelmo regio. Por encima de la cota de malla, una cruz de oro con incrustaciones de ámbar, lo que me dio a entender no solo que era el único cristiano

entre aquellos adversarios con los que íbamos a enfrentarnos, sino que, aquella mañana, las miradas asesinas que dirigía a Finan le distinguían de los otros dos. Miré de reojo a Finan y observé cómo, de rabia, el irlandés tensaba los músculos de la cara. Así que pensé que aquel hombre, cuyo yelmo ostentaba un cordón de oro y remataba la cola de un caballo, tenía que ser Conall, el hermano de Finan. Podía mascarse el odio que se profesaban. Me imaginé que una palabra de más por parte de cualquiera de los dos sería motivo suficiente para que desenvainaran las espadas.

—¡Enanos! —rompió el silencio un hombre fornido que permanecía junto al estandarte del hacha ensangrentada; espoléó su caballo y dio un paso adelante.

De modo que aquel era Ragnall Ivarson, rey del mar, señor de las islas y quién sabe si futuro rey de Britania. Calzones de cuero embutidos en unas botas altas rematadas con losanges de oro, idénticos a los que jalonaban el tahalí que se ceñía a la cintura y del que pendía un gigantesco espadón. Sin yelmo ni cota de malla, con el pecho al descubierto, protegido tan solo por dos tiras de cuero que realzaban sus músculos. Un hombre de pelo en pecho, por si fuera poco, si bien lo llevaba todo pintarrajeado de águilas, serpientes, dragones y hachas que le llegaban de la barriga al cuello, donde destacaba una cadena de oro de varias vueltas. Brazos fuertes, cubiertos de brazaletes de oro y plata ganados en combate; largos cabellos de color castaño oscuro, trenzados con aretes de oro. Cara ancha, adusta y severa; en la frente, llevaba pintarrajeada un águila con las alas desplegadas que clavaba las garras en sus pómulos.

—¡Enanos! —bramó de nuevo—. ¿Habéis venido a ofrecernos la rendición de la ciudad?

—¿Tenéis algo que decirnos? —le preguntó Etefleda en danés.

—¿Una mujer vistiendo cota de malla? —me preguntó Ragnall, no sé si por ser el más corpulento de nuestra embajada o por mi llamativo atuendo guerrero—. Con la de cosas que he visto en mi vida... —continuó hablando conmigo en tono coloquial—. He contemplado las inquietantes luces que resplandecen en los cielos del norte. He visto desaparecer barcos engullidos por un remolino; hielos tan grandes como montañas flotando por el mar; ballenas capaces de partir en dos un barco, hasta he visto ese fuego que se desliza por las laderas de un monte como una vomitona. Pero, en mi vida, he visto nada igual: una mujer embutida en una cota de malla. ¿Se trata, por ventura, de la extraña criatura que está al frente de los destinos de Mercia?

—La Dama Etefleda os ha hecho una pregunta —repuse.

Ragnall se la quedó mirando, se levantó un palmo de la silla de montar y soltó un largo y estruendoso pedo.

—Ahí tenéis la respuesta —dijo, muy satisfecho mientras volvía a acomodarse. Etefleda debió de torcer el gesto con disgusto, porque empezó a mofarse de ella—. Nos habían dicho —dirigiéndose a mí de nuevo— que una preciosa mujer estaba al frente de los destinos de Mercia. ¿No nos habréis traído con vos a su abuela por casualidad?

—Es la mujer que, con gusto, os proporcionará una tumba en sus dominios —repuse, una respuesta endeble, sin duda, porque aspiraba a algo más que el mero intercambio de insultos. Estaba muy pendiente del odio que se palpaba entre Finan y Conall, y tenía miedo de que la situación se desbordase y desembocase en una reyerta.

—¿Así que esta es la mujer que está al mando? —bramó, al tiempo que hacía como que se estremecía horrorizado—. ¡Más fea no puede ser!

—Tengo entendido que no hay cerdo, cabra o perro que se vea libre de vuestras manazas —dije para ponerlo furioso—. ¿Qué sabréis vos de belleza?

Pasó por alto el comentario.

—¡Qué fea! —repitió—. Pero estoy al frente de hombres a los que poco les importa el aspecto de una mujer, de esos que aseguran que las viejas botas muy gastadas son más cómodas que las nuevas —haciendo un gesto a Eteflada—, y esta sí que está vieja y ajada. ¡Imaginaos por un momento lo bien que se lo van a pasar! Quién sabe, a lo mejor a ella no le disgusta tampoco —mirándome, como si esperase una respuesta por mi parte.

—Me parecisteis más sensato cuando lo del pedo —dije.

—Y vos debéis de ser lord Uhtred —continuó—, ¡el legendario lord Uhtred! —haciendo como si sintiese un escalofrío repentino—. Acabasteis con uno de los míos, lord Uhtred.

—El primero de muchos.

—Othere Hardgerson —pronunció su nombre lentamente—. Me encargaré de que tenga cumplida satisfacción.

—Y como él, acabaréis en la tumba —repuse.

Con un suave tintineo de los aretes de oro que llevaba en el pelo, meneó la cabeza.

—Me caía bien Othere Hardgerson: jugaba bien a los dados y aguantaba la bebida.

—No era muy ducho con la espada —comenté—; a lo peor vos fuisteis su maestro.

—Dentro de un mes, a contar desde este día, estaré bebiendo la cerveza de Mercia en la copa que pienso hacerme con vuestro cráneo. Mis esposas utilizarán vuestros huesos más largos para remover el estofado; mis pequeños jugarán a las tabas con los huesos de los dedos de vuestros pies.

—Vuestro hermano profirió idénticas bravatas —repuse— y, a día de hoy, la sangre de sus hombres aún tiñe nuestras calles. A mis manos perdió el ojo derecho; se lo arrojé a mis perros y, tan mal les sentó, que vomitaron.

—Pero se quedó con vuestra hija —dejó caer Ragnall, el muy taimado.

—Los cerdos no querrán ni hozar vuestra carne rancia —añadí.

—Una hija preciosa, por cierto —dijo, como si evocase su imagen—; ¡demasiado guapa para Sigtryggr!

—Quemaremos vuestro cuerpo —dije—, o lo que quede de él; los dioses se apartarán con disgusto al oler el apestoso humo que asciende hasta ellos.

Se echó a reír.

—A los dioses les encanta mi hedor, ¡se deleitan en él! —afirmó—. ¡Los dioses sienten debilidad por mí! Y me han otorgado este territorio. Así que —haciendo un gesto hacia las murallas de Ceaster—, ¿quién está al mando de la ciudadela?

—La Dama Etefleda —contesté.

Ragnall miró a derecha e izquierda a los que con él venían.

—¡Qué gracia tiene lord Uhtred! ¡Asegura que una mujer está al frente de esos guerreros! —sus acompañantes rompieron a reír, como era de esperar, todos menos Conall, que no dejaba de dirigir miradas asesinas a su hermano. Ragnall se volvió a mí y me dijo—: ¿Acaso os ponéis todos en cuclillas para mear?

—Si no tenéis nada que decir que merezca la pena oír —dijo Etefleda, encolerizada—, nos volveremos por donde hemos venido —sacudiendo a destiempo y con excesivo brío las riendas de *Trasgo*.

—¿Tan pronto huis? —se mofó Ragnall—. Y yo que os traía un regalo, señora. Un regalo y una promesa.

—¿Una promesa? —me interese. La yegua volvió grupas, y Etefleda se dispuso a escuchar.

—Abandonad la ciudad mañana al anochecer, y no os arrebataré vuestras miserables vidas. Me apiadaré de vosotros.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Etefleda, con voz desafiante, lo que le valió una feroz mirada por parte de Etefleda.

—Mirad cómo ladra ese cachorro —dijo Ragnall—. Si no abandonáis la ciudad, canijo, mis hombres pasarán por encima de vuestras murallas como la ola de una tempestad. Y retozaré con vuestras jóvenes, y tomaré a vuestros hijos como esclavos, y vuestras armas serán un entretenimiento más para mí. Vuestros cadáveres se pudrirán, arderán vuestras iglesias y vuestras viudas llorarán desconsoladas —calló la boca y, con un gesto, apuntó a su estandarte—. Lleváoslo —dirigiéndose a mí—, y haced que ondee en lo más alto de la ciudadela. Esa será la señal de que os disponéis a partir.

—Me llevaré vuestro estandarte —repuse— para limpiarme el culo con él.

—Todo será más fácil —dirigiéndose a mí como si estuviese hablando con un niño—, si abandonáis la ciudad. ¡Idos a cualquier otra, si así os place! Os encontraré de todos modos; no habéis de preocuparos por eso; al menos viviréis un poco más.

—Os invitamos a venir mañana —repuse en el mismo tono—; tratad de tomar esas murallas, y vuestras vidas serán un poco más cortas.

—Tendré el placer de acabar con vos personalmente, lord Uhtred —dijo, riendo entre dientes—. ¡Mis poetas recordarán tamaña gesta! ¡De cómo Ragnall, señor del mar y rey de toda Britania, hizo lloriquear como un niño al legendario lord Uhtred! Cómo lloraba suplicando piedad. Cómo gritaba mientras le sacaba las tripas —

palabras estas últimas que, cargadas de rabia, llegaron a mis oídos, antes de sonreírme de nuevo—. ¡Se me olvidaba! ¡Aquí tenéis vuestro regalo! —hizo una seña a uno de los hombres que lo acompañaban y señaló a la hierba que nos separaba—. Dejadlo ahí.

El hombre desmontó y depositó en la hierba un arcón cuadrado que llevaba. Un arca de madera tallada y pintada, del tamaño de una marmita. En la tapa, una estampa de la crucifixión; en los laterales, unos hombres con un halo alrededor de la cabeza. Al instante reconocí aquel arca como una de esas en donde los cristianos guardaban los evangelios, o las reliquias, que tanto veneraban.

—Ahí tenéis mi regalo —dijo Ragnall—. Aceptadlo junto con la promesa de que, si mañana al anochecer no os habéis ido, ya sea en forma de cenizas, de huesos o de alimento para los cuervos, aquí os quedaréis por siempre jamás —volvió grupas de forma inesperada y, de un modo despiadado, picó espuelas. Al ver que Conall, el canoso rey Conall, de tan mal mirar, tornaba grupas y se iba con él, respiré con alivio.

Haesten se tomó un momento. No había dicho ni palabra. Se me quedó mirando, y entonces sí que me pareció avejentado. A pesar de sus cabellos grises y de su barba canosa, aún conservaba la misma taimada sonrisa. Lo conocía desde joven; al principio, me había fiado de él, hasta que me di cuenta de quebrantaba los juramentos con la misma facilidad con que un niño rompe huevos. Había tratado de erigirse en rey de toda Britania, pero yo había desbaratado todas y cada una de sus intenciones hasta que, en Beamfleot, acabé con todo su ejército. Las cosas, sin embargo, parecían irle bien: aderezos de oro, aquella cota de malla reluciente, losanges de oro en las riendas y una capa de color pardo con ribetes de piel; pero no era más que un vasallo de Ragnall, de modo que aquel que un día había estado al frente de millares de hombres, en aquel momento, solo tenía a su cargo unos cuantos. Por fuerza tenía que odiarme; aun así, me dedicó una sonrisa como si pensara que me alegraba de verlo. Me lo quedé mirando con desdén, y puso cara de sorpresa. Por un momento pensé que iba a decir algo, pero se hizo con las riendas y espoleó su montura en pos de los jinetes que acompañaban a Ragnall.

—Abridla —le ordenó Eteflæda a Cynlæf, que se bajó del caballo y se acercó al arca. Se agachó, alzó la tapa y, horrorizado, dio un paso atrás.

Allí estaba la cabeza de Beadwulf. No era capaz de apartar los ojos de ella. Le habían sacado los ojos, arrancado la lengua y cortado las orejas.

—¡Maldito cabrón! —musitó mi hijo.

Ragnall acaba de llegar junto a su muro de escudos. Debió de gritar una orden, porque, al instante, se deshicieron las prietas filas y los lanceros volvieron a adentrarse entre los árboles.

—Mañana —anuncié en voz alta—, marcharemos sobre Eads Byrig.

—¿Para que nos acribillen en la foresta? —preguntó Merewahl, con gesto preocupado.

—Pero vos dijisteis... —trató de intervenir Eteflæda.

—Mañana —sin dejar que acabase la frase—, marcharemos sobre Eads Byrig.
Al día siguiente.



La noche estaba en calma; había luna. Una luz plateada bañaba el lugar. La lluvia se había desplazado hacia el este, y el cielo estaba cuajado de estrellas. Del mar llegaba una brisa ligera, que no hacía presagiar ningún cambio a peor.

Allí estaba, en lo alto de las murallas de Ceaster, oteando el horizonte por el norte y por el este, suplicando a los dioses que me enviaran alguna señal en cuanto a lo que Ragnall tenía en mente. Pensaba que no andaba errado, pero las dudas me reconcomían, y buscaba un presagio. Los centinelas se habían hecho a un lado para dejarme sitio. A mis espaldas, el silencio reinaba en la ciudad; poco antes, sin embargo, hasta mí habían llegado los ecos de una pelea callejera que no había durado mucho. Dos hombres que habrían bebido más de la cuenta, seguramente, a los que habrían separado con rapidez antes de que las cosas pasaran a mayores. Empero, en aquel momento, aparte de la brisa que barría las calles, el Vagido de algún niño en sueños, el lastimero aullido de un perro, los pasos en lo alto de las murallas y el golpeteo del asta de una lanza contra una piedra, todo era silencio en la ciudad. Nada de eso podía interpretarse como una señal que me enviaran los dioses. Me hubiera gustado contemplar la muerte de una estrella, atisbar el postrer y esplendoroso destello en la oscuridad que nos envolvía, pero, obstinadas, las estrellas no se movían de su sitio.

No menos atento y vigilante, pensé, estaría Ragnall. Recé para que a sus oídos llegase el canto de una lechuza y que, sobrecogido de horror, escuchase ese ulular que es presagio de muerte. Agucé el oído, pero, aparte de los ruidos normales de la noche, no acerté a oír nada más.

Hasta que me llegó un chapoteo. Rápido, casi imperceptible. Cesó casi en cuanto se produjo. Me pareció que venía de los campos que daban al norte, de los pastos salvajes que se extendían entre el foso que rodeaba Ceaster y el cementerio romano. Algunos de mis hombres habían querido ponerlo patas arriba y arrojar las osamentas de los muertos a una hoguera, pero se lo había prohibido. Tenían miedo de los muertos; pensaban que, revestidos con sus armaduras de bronce, los espectros de los antepasados vendrían a atormentarlos mientras dormían. Pero tales espectros eran los de aquellos que habían levantado aquella ciudad y erigido las imponentes murallas que ahora nos protegían; lo menos que podíamos hacer era velar por su descanso.

De nuevo aquel chapoteo.

Debería haberle hablado a Ragnall de esos espectros. Sus insultos habían sido mejores que los míos, había resultado vencedor en aquel ritual de agravios; si, en aquel momento, se me hubiera venido a la cabeza el cementerio romano y sus lápidas enigmáticas, le habría hablado de aquel ejército invisible de muertos que, al caer la

noche, con afiladas espadas y mortíferas lanzas, abandonaban sus tumbas. Se habría mofado de mí, sin duda, pero algo de miedo se le habría metido en el cuerpo. Por la mañana, pensé, deberíamos hacer libaciones de vino sobre las tumbas y darles las gracias a aquellos muertos que nos brindaban su protección.

Otra vez aquel chapoteo, seguido de un chasquido. Nada de un golpe seco, tampoco carente de armonía.

—Un poco pronto para que sea un chotacabras —dijo Finan, a mis espaldas.

—¡No os he oído llegar! —le dije, sorprendido.

—Porque soy como un espectro —aseguró con una sonrisa. Se acercó y se quedó de pie a mi lado, tratando de oír el insólito chapoteo. Tenían que ser las largas alas de algún pájaro en medio de tanta negrura—. Busca compañera.

—Estamos en época de apareamiento, la festividad de Eostre. Los dos nos quedamos en silencio durante un rato.

—¿Decíais en serio eso de que mañana íbamos a marchar sobre Eads Byrig? —acabó por preguntarme.

—Pues sí.

—¿Por el bosque?

—Así es, por el bosque hasta Eads Byrig —dije—; una vez allí, nos dirigiremos al norte, hasta el río.

Asintió; se quedó callado un momento, contemplando el resplandor de la luz de la luna sobre el Mærse.

—Solo a mí me corresponde acabar con él.

—¿Con Conall?

—Es cosa mía.

—Cosa vuestra es —admití; callé un momento, mientras escuchaba al chotacabras—. Por un momento pensé que ibais a acabar con él esta mañana.

—Me habría gustado. Ojalá lo hubiera hecho. Lo haré —llevándose una mano al pecho sobre el que destacaba un crucifijo—. He rezado para que así fuera, he pedido a Dios que pusiera a Conall en mi camino —guardó silencio y esbozó una sonrisa, no amable desde luego—. Mañana, pues.

—Mañana, sí.

Dio un manotazo en la muralla y se echó a reír.

—Por Cristo que así sea: los muchachos están pidiendo a gritos una buena contienda. No hace ni un momento que dos de ellos se enzarzaron en serio.

—Ya lo sé. ¿Qué pasó?

—El joven Godric, que se enzarzó con Heargol.

—¿Godric? —mi mozo—. ¡Será necio!

—Heargol había bebido más de la cuenta. Repartía puñetazos a diestro y siniestro.

—Aun así —repose—, uno de esos puñetazos podía haber dejado en el sitio al joven Godric. —Heargol pertenecía a la guardia personal de Eteflada, un fornido

grandullón al que le encantaba el combate cuerpo a cuerpo, como en un muro de escudos.

—Lo aparté antes de que pudiera hacerle daño y, ya puestos, le propiné un bofetón a Godric. Le dije que a ver si sentaba cabeza —encogiéndose de hombros—. No ha habido que lamentar desgracias.

—¿A cuento de qué se peleaban?

—Por una chica nueva que hay en El orinal —una taberna que, en realidad, se llamaba El chorlito, como bien podía deducirse de la enseña que lucía, pero que todo el mundo conocía como El orinal, un sitio donde servían buena cerveza, frecuentado por mujeres de dudosa reputación. Los inefables gemelos, Ceolnoth y Ceolberht, habían tratado de cerrarlo, alegando que era un antro de iniquidad, y lo era: por eso lo habían mantenido abierto. Estaba al frente de una guarnición de jóvenes guerreros; los chicos necesitaban todo lo que El orinal les ofrecía—. Mus —concluyó Finan.

—¿Mus?

—Así se llama.

—¿Como mur?

—Tendríais que verla —dijo Finan, con una sonrisa maliciosa—. Santo Dios, mi señor, merece la pena verla.

—Mus —repetí.

—No lo lamentaréis.

—¿Qué no habrá de lamentar? —preguntó una voz de mujer; me volví y vi que Etefleda había subido a lo alto de las murallas.

—Talar todos los grandes sauces que crecen río abajo, más allá de Brunanburh, mi señora —dijo Finan—. Andamos cortos de madera para los nuevos escudos —al tiempo que hacía una reverencia.

—Tanto como de dormir —replicó Etefleda—, si mañana pensáis ir a caballo hasta Eads Byrig —insistiendo de un modo especial en lo de «si».

Finan sabía cuándo estaba de sobra. Se inclinó de nuevo y dijo:

—Os deseo buenas noches a los dos.

—Ojo con los ratones —le dije.

Me sonrió con malicia.

—¿Quedamos al amanecer?

—Allí estaremos todos —repuse—, con cotas de malla, escudos y armas.

—Hora es de que acabemos con unos cuantos de esos malnacidos —dijo Finan, como si aguardase una invitación para quedarse; al ver que no había tal, se fue.

Etefleda ocupó su sitio y se quedó mirando un momento aquellos parajes que bañaba la luz plateada de la luna.

—¿De verdad estáis dispuesto a marchar sobre Eads Byrig?

—Así es. Y deberías cederme a Merewahl y a seiscientos de los vuestros.

—¿Para que acaben con ellos en el bosque?

—Eso no va a pasar —dije, confiando en que así fuera.

¿Habría sido aquel chotacabras el presagio que había estado esperando? No sabía cómo interpretar aquel chapoteo. El vuelo de un pájaro tiene su significado, como cuando un halcón cae en picado o se oye el lúgubre ulular de una lechuza, pero ¿un chapoteo repentino en la oscuridad? Volví a oírlo de nuevo, y aquel sonido me llevó a pensar en el estrépito de los escudos al juntarse cuando los hombres forman un muro de escudos. Era el presagio que había estado buscando.

—Nos dijisteis —volvió a la carga Etefleda—, nos dijisteis que, una vez os internarais en la espesura, no sabríais dónde andaría el enemigo, que bien podía encontrarse a vuestras espaldas, ¡que podíais caer en una emboscada! ¿Qué ha cambiado, pues? —calló un momento y, al ver que no decía nada, continuó furiosa—. ¿O es solo una estupidez? ¿Permitisteis que Ragnall nos insultase para tener una excusa y atacarlo?

—No andará por allí —dije.

Frunció el ceño.

—¿Cómo que no andará por allí? —repitiendo mis palabras.

—¿Por qué, si no, nos ha concedido todo un día para abandonar la ciudad? —le pregunté—. ¿Por qué no exigirnos que nos fuésemos al amanecer? ¿Por qué no decirnos que ahuecásemos el ala de inmediato?

Se quedó pensando las preguntas que le había formulado, pero no halló respuesta.

—Hablad claro —exigió.

—Sabe que no pensamos irnos —dije—, pero quiere que estemos dándole vueltas al asunto durante todo un día antes de que nos ataque. Necesita disponer de ese día porque tiene que ausentarse. Piensa ir al norte, tras cruzar el río por su puente hecho de barcos, y no quiere que metamos las narices en sus asuntos. No tiene intención de atacar Ceaster. Acaba de reunir un nuevo ejército, y no tiene ninguna intención de perder doscientos o trescientos hombres tratando de asaltar estas murallas. Quiere llevar todo su ejército a Eoferwic, porque necesita proclamarse rey de Northumbria antes de atacar Ceaster.

—¿Cómo podéis estar tan seguro?

—Me lo dijo un chotacabras.

—¡Menudo argumento!

—No estoy del todo seguro —admití—; a lo peor, es solo una triquiñuela para que mañana nos adentremos en el bosque y acaben con nosotros. Pero creo que no. Quiere que lo dejemos en paz para poder replegarse, y, si eso es lo que quiere, no vamos a darle el gustazo.

Me pasó un brazo por debajo del mío, un gesto que me dio a entender que había dado por buenos tanto mis argumentos como mi plan, y se quedó callada durante un buen rato.

—Me imagino —acabó por musitar con su vocecita— que deberíamos ir a por él en Northumbria.

—Llevo meses diciendo que deberíamos invadir Northumbria.

—¿Y así recuperar Bebbanburg?

—Y así expulsar por fin a los daneses.

—Mi hermano dice que no es el momento.

—Vuestro hermano —repuse— no quiere que os erijáis en la campeona de los sajones. Es un título que quiere solo para él.

—Es un buen hombre.

—Es precavido —dije, y así era en realidad. Eduardo de Wessex había soñado con ser el rey de Mercia, pero había renunciado al ver que sus gentes habían decidido que su hermana Etelfleda se hiciese con las riendas del país. Quizá con la esperanza de que fracasase en su empeño, quién sabe; si así fuere, se había equivocado. Bastante tenían sus ejércitos con expulsar más al norte a los daneses que aún ocupaban parte de Anglia Oriental; de ahí su insistencia en que su hermana solo recuperase las tierras que, antaño, pertenecieran a Mercia. Según él, la conquista de los territorios del norte requeriría la participación conjunta de los ejércitos de Wessex y de Mercia, y quizá no le faltase razón. Yo era partidario de invadir Northumbria y hacernos con unas cuantas ciudades del sur de ese territorio cuando menos, pero Etelfleda se había doblgado a los deseos de su hermano. Necesitaba contar con su respaldo, me dijo: necesitaba el oro que, de Wessex, llegaba a Mercia, igual que no podía prescindir de aquellos guerreros sajones del oeste que defendían los fortines al este de Mercia—. Dentro de un año, dos a lo sumo —le dije—, Eduardo se habrá hecho con Anglia Oriental y vendrá aquí con su ejército.

—No está mal pensado —repuso con cautela, no porque desechase la idea de que las fuerzas de su hermano fueran a unirse a las suyas, sino porque yo pensaba que ella debería invadir el norte mucho antes de que su hermano estuviera en condiciones de hacerlo.

—Y él será quien lleve vuestro ejército y el suyo a Northumbria.

—No veo inconveniente —insistió.

Tal invasión haría realidad aquel sueño, el sueño del rey Alfredo, el padre de Etelfleda: que todas las gentes que hablaban inglés viviesen en un solo reino bajo un solo rey. Un nuevo reino en realidad, Inglaterra, la tierra de los ingleses, y Eduardo acariciaba la idea de ser el primero en proclamarse rey del nuevo reino.

—Solo veo una dificultad —dije con la mirada perdida—. Ahora mismo, Northumbria es débil. No cuenta con un rey fuerte; sería posible conquistarlo palmo a palmo. Pero ¿y dentro de un año? Ragnall se habrá proclamado rey, y Ragnall es un hombre fuerte. Una vez se haga con las riendas de ese territorio, será mucho más difícil conquistar Northumbria.

—No somos lo bastante fuertes como para invadir Northumbria por nuestra cuenta; hemos de contar con el ejército de mi hermano —insistió Etelfleda.

—Dejadme a Merewahl y a seiscientos de los vuestros y, dentro de tres semanas, Eoferwic habrá caído en mis manos —le dije—. Dentro de un mes, asistiré a vuestra coronación como reina de Northumbria, y os ofreceré la cabeza de Ragnall en un arca

de esas en las que guardáis los evangelios.

Pensó que le estaba tomando el pelo y se echó a reír; pero no lo decía en broma. Me apretó el brazo.

—Me gustaría recibir esa cabeza como regalo —me dijo—, pero ahora lo que tenéis que hacer es dormir un poco. Igual que yo.

Y confié en que el presagio del chotacabras fuera cierto.

Al día siguiente lo sabría.



Para cuando salimos de Ceaster, el sol se alzaba por encima de un cielo cubierto de jirones de nubes que el viento arrastraba con fuerza. Setecientos hombres camino de Eads Byrig.

Los jinetes abandonaron Ceaster por la puerta norte: un torrente de cotas de malla y armas, un retumbar de cascos a lo largo del pasadizo que discurría bajo la puerta, puntas de lanza relucientes que saludaban a aquel sol mudable mientras enfilábamos la calzada romana en dirección nordeste.

Etelfleda insistió en venir con nosotros. A lomos de *Trasgo*, su yegua blanca, de cerca la seguían el portaestandarte, una escolta formada por diez de sus mejores guerreros, y cinco curas, entre los que iba el obispo Leofstan. Todavía no era obispo en realidad, pero no tardaría en serlo. Montaba un apacible caballo ruano.

—No me gusta ir a caballo cuando puedo ir andando —me dijo.

—Podéis ir andando si así os place, padre —le dije.

—Es que cojeo.

—Ya me había dado cuenta.

—Me coceó un potro cuando tenía diez años —me contó—. ¡Un regalo de Dios!

—Extraños regalos os procura vuestro dios.

Se echó a reír.

—El regalo, lord Uhtred, fue el dolor. Gracias a eso, entiendo mejor a los lisiados, puedo hacerme cargo de sus padecimientos. ¡Esa fue la lección que Dios me dio! Pero hoy, si no quiero perderme vuestra victoria, por fuerza tengo que cabalgar.

Venía a mi lado, delante del estandarte en el que ondeaba la cabeza de lobo.

—¿Qué os lleva a pensar que nos alzaremos con la victoria?

—¡Dios os la concederá! Por ella hemos rezado esta mañana —me dijo, con una sonrisa.

—¿Rezasteis a mis dioses o a vuestro dios?

Se echó a reír de nuevo; de repente, torció el gesto. Y advertí la mueca de dolor que se le dibujó en la cara, una mueca que lo obligó a inclinarse hacia delante sobre la silla de montar.

—¿Os pasa algo? —le pregunté.

—Nada —dijo—. Dios me envía este dolor de vez en cuando. Se va como llega

—me dijo con una sonrisa, mientras se incorporaba de nuevo—. ¿Lo veis? ¡Ya pasó!

—Extraño dios ese que hace sufrir a quienes lo veneran —comenté con toda intención.

—Si dispensó una muerte cruel a su hijo, ¿por qué no habríamos de sufrir nosotros un poco? —riendo de nuevo—. ¡El obispo Wulfheard me puso en guardia contra vos! ¡Dice que sois de la estirpe de Satán! Me dijo que os opondrías a cualquier cosa que intentase sacar adelante. ¿Es cierto, lord Uhtred?

—Dejadme en paz, padre —repuse con aspereza—, y yo os dejaré en paz.

—¡Rezaré por vos! ¡A eso no podéis oponeros! —dijo, mirándome como si esperase una respuesta por mi parte; no dije nada—. No soy enemigo vuestro, lord Uhtred —dijo con voz afable.

—Por fortuna para vos —le dije, dándome cuenta de lo ingrato que estaba siendo.

—¡Y tanto! —no parecía haberse ofendido—. ¡Mi única misión aquí es poner en práctica lo que Cristo nos enseñó! Dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, curar a los enfermos y velar por los huérfanos. La vuestra, por lo que tengo entendido, ¡es protegernos! Dios nos ha encargado diferentes misiones. Cumplid la vuestra que yo cumpliré la mía. ¡No soy el obispo Wulfheard! —dejó caer de forma tan inesperada que me pilló por sorpresa—. ¡No me cruzaré en vuestro camino! ¡No sé nada del arte de la guerra! —solté una especie de rezongo que bien pudo haber sonado a que le agradecía lo que acababa de decir—. ¿Acaso pensáis que anhele esta carga —me preguntó—, que quiero que me hagan obispo?

—¿Acaso no?

—¡Claro que no, por Dios! ¡Yo era un hombre feliz, lord Uhtred! Un humilde cura que trabajaba en la corte del rey Eduardo. Mi trabajo consistía en escribir títulos de privilegio y las cartas del rey; aun así, me quedaba tiempo para dedicarme a lo que más me satisfacía: traducir *La ciudad de Dios*, de san Agustín. Nada mejor podía ofrecerme la vida que un tintero, un manojito de plumas a mi alcance y un padre de la Iglesia que guiase mis pensamientos. ¡Soy un estudioso, no un obispo!

—En ese caso, ¿cómo es que...? —empecé a decir.

—Dios me llamó —respondiendo a mi pregunta antes de que me diera tiempo a acabar de formularla—. Deambulaba por las calles de Wintanceaster y veía cómo los hombres trataban a patadas a los mendigos, niños que trabajaban como esclavos, mujeres dejadas de la mano de Dios; veía tanta crueldad, y a los lisiados que morían en las cunetas. ¡Aquella no era la ciudad de Dios! Para aquellas pobres gentes, era el infierno, ¡y la Iglesia no hacía nada, o muy poco! Es verdad que no faltaban conventos y monasterios donde se prestaba ayuda a los enfermos, ¡pero no los suficientes! Así que me puse a predicar, y traté de dar de comer a los hambrientos, de ayudar a los desvalidos. Prediqué que la Iglesia debería despilfarrar menos en oro y plata, y más en dar de comer a los hambrientos y en vestir al desnudo.

Esbozó una sonrisa desmayada.

—¡No creo que eso os abriera muchas puertas!

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué creéis que me han enviado aquí?

—Para nombraros obispo —repuse—. ¡Es un ascenso!

—No, es un castigo —dijo, echándose a reír—. ¡Que ese necio de Leofstan se las vea con lord Uhtred!

—¿En eso consiste vuestro castigo?

—Pues claro que sí, ¡por Dios bendito! ¡Tenéis aterrorizados a todos!

—Que no a vos, claro —comenté con sorna.

—Tuve al padre Beocca por preceptor en Cristo.

—¡Vaya! —dije. También lo había sido mío. El bueno del padre Beocca, tan lisiado y tan feo, y también la mejor persona que haya pisado este mundo.

—Os tenía en gran estima —dijo Leofstan—, y se sentía muy orgulloso de vos.

—¿De verdad?

—Más de una vez me dijo que erais uno de esos hombres que tratan de ocultar su buen corazón.

Rezongué de nuevo.

—Beocca —dije—, siempre tan...

—Sabio —me interrumpió Leofstan, sin dejarme abrir la boca—. Así que no, no os tengo miedo, y rezaré por vos.

—Y yo haré lo posible para que los hombres del norte no den buena cuenta de vos.

—¿Por qué, si no, pensáis que habría de rezar por vos? —me preguntó, muerto de risa—. Y ahora, adelante. Seguro que tenéis obligaciones más urgentes que estar de palique conmigo. ¡Que Dios os acompañe!

Piqué espuelas y, al galope, me llegué al frente de la columna. Maldita sea, pensé: me caía bien Leofstan. Bien podía entrar a formar parte de ese reducido grupo de curas que, como Beocca, Willibald, Cuthberto y Pyrlig, me caían bien y a los que admiraba, un grupo más que reducido frente a la camarilla corrupta, venal y codiciosa que, con tanto celo, llevaba las riendas de la Iglesia.

—Sea lo que haya de ser de vos —le dije a Berg, que era el jinete que abría la marcha—, nunca hagáis caso de esos cristianos que dicen que debemos amar a nuestros enemigos.

Sin salir de su asombro, se me quedó mirando.

—¿Por qué habría de amarlos?

—¡No lo sé! Una de tantas estupideces cristianas. ¿Algún enemigo a la vista?

—Nada —repuso.

No había enviado ojeadores por delante. Ragnall no tardaría en darse cuenta de que nos aproximábamos y, o bien estaba reuniendo a los suyos para hacernos frente, o, si estaba en lo cierto, no nos plantaría cara. No tardaría en saberlo. Aunque decidida a fiarse de mi olfato, Etelfleda tenía miedo de que estuviera yendo demasiado lejos; como no las tenía todas conmigo, o no tanto al menos como para decirle que se equivocaba, había intentado convencerla de que se quedase en Ceaster.

—¿Qué van a pensar los hombres de mí —me había dicho—, si ven cómo me quedo agazapada tras estas murallas de piedra mientras ellos van a luchar contra los enemigos de Mercia?

—Pensarán que sois una mujer sensata.

—Los destinos de Mercia están en mis manos —dijo—. Los hombres no lucharán a menos que yo vaya al frente.

Seguimos la calzada romana hasta desembocar en una encrucijada donde aún se veían las ruinas de algunos de los edificios de piedra que, antaño, dominaran aquellas hondas galerías que, excavadas en las vetas de sal, llevaran prosperidad a aquellos parajes. Los más viejos del lugar aún recordaban cómo trepaban por largas escalas para llegar hasta la blanca roca. Para entonces, sin embargo, aquellas galerías se encontraban en esa tierra de nadie que separaba a los sajones de los daneses, y los edificios que los romanos, en su día, levantarán estaban en ruinas.

—Si dejamos un destacamento en Eads Byrig —le iba comentando a Etefleda mientras cabalgábamos—, podríamos volver a abrir las minas —un fortín en lo alto de aquella colina bastaría para defender aquel territorio en millas a la redonda—. La sal de las minas sale mucho más barata que la que se obtiene poniendo al fuego barreños de agua salada.

—Antes, habrá que apoderarse de Eads Byrig —dijo, torciendo el gesto.

No llegamos hasta las galerías, sino que, a pocas millas de la encrucijada, nos dirigimos al norte y nos internamos en el bosque. Ragnall, por fuerza, tenía que saber que andábamos por allí; no hacíamos nada por ocultarnos. Cabalgamos hasta lo alto de aquellos picos por un antiguo sendero desde donde, por encima de aquel mar de árboles, sobresalían las laderas de Eads Byrig. Incluso llegué a verla reluciente madera recién talada de la empalizada que acababan de levantar. Luego, el sendero se adentraba de nuevo entre los árboles y perdimos de vista la colina hasta que salimos a un claro que Ragnall había despejado alrededor del antiguo fortín. Habían talado los árboles; solo quedaban unos cuantos tocones, astillas y ramas quebradas. Nuestra presencia en aquel terreno devastado bastó para que los defensores del fortín nos cubrieran de insultos; uno incluso nos arrojó una lanza que fue a caer a un centenar de pasos de aquel de los nuestros que andaba más cerca. Esplendorosos estandartes ondeaban en lo alto de las defensas; por encima de todos, destacaba el hacha ensangrentada de Ragnall.

—¡Merewahl! —reclamé a voces.

—¿Mi señor?

—¡Quedaos aquí con un centenar de hombres! ¡Limitaos a vigilar el fortín! No os enzarzáis en una refriega. Si veis que abandonan el fortín y siguen nuestros pasos, ¡tomadles la delantera y uníos a nosotros!

—¿Cómo decís, mi señor? —no entendía nada.

—¡Que estéis pendiente y que no os metáis en líos! —grité, mientras seguía adelante, rodeando la ladera oeste de la colina—. ¡Cynlæf!

El sajón del oeste se llegó a mi lado; al costado, la preciosa vaina roja con losanges de oro.

—¿Mi señor?

—¡Mirad por que la Dama Etelfleda se quede en la retaguardia!

—No creo que...

—¡Hacedlo! —bramé—. Hacedos con las riendas si fuere necesario, pero no permitáis que se vea envuelta en la contienda —al tiempo que aceleraba el paso y me hacía con *Hálito-de-serpiente*; a la vista del espadón, mis hombres desenvainaron sus espadas.

Ragnall no nos había plantado cara en Eads Byrig. Es verdad que había hombres en las murallas del fortín, pero ni mucho menos todo su ejército. Las puntas de las lanzas estaban separadas, que no apiñadas, lo que me dio a entender que la mayoría de los hombres de Ragnall andaban por el norte. Había encallado sus barcos a orillas del Mærse y había fortificado Eads Byrig para despistar al enemigo en cuanto a lo que iba buscando en realidad, a saber, convencer al débil rey que se sentaba en Eoferwic de que había puesto sus ojos en Mercia, cuando Northumbria era, en realidad, la presa que codiciaba. Convencidos de que acabaría por llevarlos al sur, por docenas se contaban los *jarls* de Northumbria que se habían sumado a las tropas de Ragnall, quien, hasta entonces, solo les había contagiado su entusiasmo con tal de apoderarse del norte, halagándoles los oídos con promesas acerca del oro y las tierras que arrebatarían al rey Ingver y a sus secuaces, siempre con la idea, sin duda, de que en cuanto se apoderasen de Northumbria, irían a por Mercia.

O eso pensaba yo, aunque bien podía estar equivocado. Quizá Ragnall se dispusiera a marchar sobre Ceaster, o nos esperara en el río tras un muro de escudos. Su estandarte ondeaba en lo alto de Eads Byrig, pero, a mi modo de ver, solo era una triquiñuela para hacernos creer que se encontraba detrás de aquella empalizada. Mi instinto me decía que estaba cruzando el río. ¿Para qué, entonces, había dejado a aquellos hombres en Eads Byrig? Más adelante, encontraría respuesta a semejante pregunta que, casi al instante, tuve que desechar, al atisbar a un grupo de hombres que cabalgaba por delante de nosotros. No llevaban cotas de malla. Habíamos seguido un sendero que acababan de abrir entre los árboles, un sendero que por fuerza tenía que discurrir entre Eads Byrig y aquel rudimentario puente hecho con barcos; los hombres que nos llevaban la delantera cargaban con fardos y toneles. Me imaginé que serían criados, pero, quienesquiera que fuesen, nada más vernos, se dispersaron por la maleza. Picamos espuelas, agachándonos para sortear las ramas, y vimos más hombres que huían de nosotros. De pronto, las verdes sombras que discurrían bajo el follaje dieron paso a un terreno despejado y atisbé un claro a campo abierto más adelante, un terreno sembrado de toscos refugios y restos de fogatas, y me di cuenta de que habíamos llegado al lugar donde, de forma provisional y a orillas del río, Ragnall había establecido su campamento.

Espoleé a *Tintreg* hasta salir a pleno sol. Estábamos a tan solo cien pasos del río;

una multitud esperaba para cruzar aquel rudimentario puente de barcos. La orilla más alejada ya estaba atestada de hombres y monturas, una auténtica horda que se dirigía al norte, pero, de esta parte del río, aún quedaban hombres y caballos, ganado, familias y criados. Mi instinto no me había engañado. Ragnall se dirigía al norte.

Y cargamos.

Ragnall tenía que haber pensado que, más tarde o más temprano, acabaríamos por aparecer, pero debía de haber supuesto que, antes, nos dirigiríamos a Eads Byrig y que, al ver su estandarte, habríamos pensado que se encontraba tras aquellas murallas y nos habríamos quedado allí, de forma que nuestro inesperado y rápido galope hacia el norte había sorprendido a su retaguardia.

Llamar retaguardia a aquello era mucho decir. Los que aún estaban en la orilla sur del Mærse eran unos doscientos guerreros con sus criados, algunas mujeres y niños, y un puñado disperso de cerdos, cabras y ovejas.

—¡Por aquí! —grité, virando a la izquierda. No quería cargar contra aquella multitud asustada que, a trompicones, trataba de llegar al puente, solo trataba de establecer una línea divisoria, de forma que, dando un rodeo por la orilla sur, espoleé a *Tintreg* y lo llevé hacia el puente. Al menos una docena de hombres venían conmigo. Un niño gritó. Un hombre trató de detenernos, arrojándonos una pesada lanza que me pasó rozando el yelmo. Seguí adelante; uno de mis hombres debió de acertarlo de lleno, porque no tardé en oír el singular chasquido de la espada que toca hueso. *Tintreg* chasqueó los dientes en el momento de embestir contra la gente que andaba más cerca del puente. Tratando de escapar, algunos saltaban al barco que les quedaba más cerca, otros se lanzaban al agua, no faltaban incluso quienes, a la desesperada, trataban de volver al bosque.

—¡No! —gritó una mujer que trataba de proteger a dos pequeños. Hice como que no la oía y me llegué al sitio donde las planchas de aquel rudimentario puente se hundían en el cieno de la orilla, y allí me quedé. Uno por uno, mis hombres fueron llegando; nos hicimos con los escudos que llevábamos a la espalda y entrechocamos los bordes de hierro.

—¡Deponed las armas! —grité a aquella multitud despavorida. No tenían escapatoria. Cientos de mis jinetes salían de entre los árboles, y había dispuesto un muro de escudos que les cortaba el paso al Mærse. Había confiado en atrapar algo más que aquel puñado de desharrapados, pero Ragnall ya debía de haberse marchado; habíamos tardado más de la cuenta en salir de Ceaster.

—¡Están quemando los barcos! —me advirtió Finan a voces, llegándose a mi lado sin desmontar siquiera. Las mujeres chillaban, los niños gritaban y, a voces, mis hombres exigían a aquellos que habíamos atrapado que depusieran las armas. Me volví y reparé en que, encallada o amarrada, la enorme flota de Ragnall seguía en la otra orilla del Mærse, y que los hombres que la custodiaban lanzaban flechas incendiarias contra los cascos de las embarcaciones, en tanto que otros prendían fuego a los barcos que hacían las veces de rudimentaria pasarela. Con la yesca

empapada en pez que habían esparcido por las cubiertas, los barcos ardían con facilidad. Río arriba, vi un puñado de naves amarradas con largas sogas a unas estacas que se hundían en el cieno de las orillas en declive. Me imaginé que aquellos serían los pocos barcos que iban a quedar a salvo de las llamas—. ¡Santo cielo! —exclamó Finan mientras echaba el pie a tierra—. ¡Hay que tener valor para salir con bien de esas llamas!

—Un reino bien merece sacrificar una flota —dije.

—Northumbria —convino Finan.

—Northumbria, Eoferwic, Cumbria, se harán con todo —dije—. ¡Se apoderarán de todas las tierras que, al norte de Mercia, se extienden hasta Escocia! Todas caerán en manos de un rey fuerte.

El humo iba a más, mientras, crepitantes, las llamas saltaban de barco en barco. Por un momento, pensé en hacerme con una de aquellas naves, pero aquellos barcos amarrados entre sí eran los que permitían el paso de un lado a otro del río. No había tiempo de cortar los amarres que los unían y tratar de separarlos con una palanca. Pronto, el puente quedaría reducido a cenizas, y, mientras contemplaba la otra orilla, acerté a ver a un único y alto jinete que, a lomos de un corcel negro, con el pecho al descubierto y largos los cabellos, parecía surgir de la humareda. Era Ragnall, que se acercaba para contemplar el paso en llamas. En medio del humo que sofocaba a jinete y montura, se llegó a menos de treinta pasos de donde estábamos. Desenvainó la espada, y, mientras las llamas que lo rodeaban arrancaban destellos de la larga hoja, gritó:

—¡Volveré, lord Uhtred! —y guardó silencio, como si aguardase una respuesta por mi parte. Levantando un torrente de chispas y un remolino de humo negro, el mástil de uno de los barcos se desmoronó a sus espaldas. Siguió esperando; al ver que no decía nada, volvió grupas y se desvaneció en el fuego.

—Así os consume el fuego —rezongué.

—¿Con qué fin habrá dejado a esos hombres en Eads Byrig? —se preguntaba Finan.

La apesadumbrada retaguardia que se había quedado junto al río no opuso resistencia. Éramos muy superiores en número y, a voces, las mujeres no dejaban de suplicar a los hombres que depusieran las armas. El precario puente se hundió a mis espaldas, y vi cómo la corriente se llevaba barcos envueltos en llamas río abajo. Devolví a *Hálito-de-serpiente* a la vaina y, de nuevo a lomos de *Tintreg*, pasé por el medio de aquella multitud de adversarios muertos de miedo. A pie, la mayoría de mis hombres se afanaban en recoger espadas, lanzas y escudos; al igual que yo, el joven Etelstano, a lomos de su montura, se abrió camino entre la turba de derrotados.

—¿Qué vamos a hacer con ellos, mi señor? —me preguntó.

—Vos sois el príncipe —repuse—; vuestra es, pues, la decisión.

Se encogió de hombros y se quedó mirando a las mujeres asustadas, a los niños que lloraban, a aquellos hombres resentidos y, mientras lo observaba, pensé en cuánto

había cambiado, en cómo aquel chiquillo revoltoso se había convertido en un joven fornido y apuesto. Y pensé que su destino no podía ser otro que el de rey. Era el primogénito de su padre, el hijo mayor del rey de Wessex, un hombre llamado a ser rey.

—Matar a los hombres —propuso—, vender como esclavos a los niños y obligar a trabajar a las mujeres.

—Eso es lo normal —repuse—; pero, ya que estamos en los dominios de vuestra tía, a ella le corresponde tomar esa decisión.

Me fijé en cómo Etelstano se quedaba mirando a una joven y obligué a mi caballo a acercarse para verla más de cerca. Era una preciosa muchacha menuda, con una mata de rebeldes cabellos rubios, ojos muy azules y una piel sin una sola tacha. No se soltaba de las faldas de una mujer de más edad; me imaginé que sería su madre.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté a la joven en danés.

Su madre comenzó a chillar y a suplicar, incluso se puso de rodillas sin dejar de mirarme con el rostro anegado en lágrimas.

—Es todo lo que me queda, mi señor, ¡todo lo que tengo!

—Callad la boca, mujer —rezongué—. No sabéis la suerte que tiene vuestra hija. ¿Cómo se llama?

—Frigga, mi señor.

—¿Cuántos años tiene?

Dudó un momento, como si por un momento se le hubiera pasado por la cabeza la idea de mentir; solté un bufido de nuevo y, de forma atropellada, confesó:

—Cumplirá los catorce el día de Balder, mi señor.

La festividad de Balder tenía lugar a mediados del verano, de modo que la chica estaba en edad de contraer matrimonio.

—Traedla aquí —le ordené.

Pensando que quería quedarme con Frigga para mí, y he de confesar que tentado estuve de hacerlo, Etelstano frunció el ceño. Llamé, sin embargo, al criado de Etelstano y le dije:

—Atad a esa muchacha a la cola de vuestro caballo. ¡Nadie habrá de tocarle un pelo! ¡Nadie podrá hacerle daño! Vos velaréis por ella. ¿Me habéis entendido?

—Sí, mi señor.

—En cuanto a vos —volviéndome a la madre—, ¿sabéis guisar?

—Sí, mi señor.

—¿Y coser?

—Faltaría más, mi señor.

—En tal caso, podéis quedaros con vuestra hija —al tiempo que me volvía y le decía a Etelstano—: Vuestro séquito acaba de incrementarse en dos personas —y, tras volver a fijarme en Frigga, pensé en la suerte que tenía aquel bastardo que, por otra parte, no lo era, porque era hijo legítimo de un rey.

Un clamor se alzó entre los jinetes que observaban la escena por el lado sur.

Espoleé a *Tintreg*, dejé atrás a los prisioneros y reparé en que el padre Fraomar, el confesor de Etelfleda, a lomos de una yegua gris a tono con el color de sus cabellos, acababa de anunciarles algo. Era un hombre cercano a Etelfleda; al verme llegar, me dirigió una sonrisa.

—Buenas noticias —gritó.

—¿A qué os referís?

—¡Alabado sea Dios! —continuó Fraomar, encantado—. Las tropas de Eads Byrig se han rendido.

Me llevé una decepción. Estaba pidiendo a gritos una posibilidad de entrar en combate. Ragnall parecía haber dejado una parte importante de su ejército tras las defensas de Eads Byrig, porque, todo suposiciones mías, quería mantener aquel fortín que acababa de levantar, en tanto que yo acariciaba la idea de pasar a cuchillo a la guarnición como advertencia para el resto de sus secuaces.

—¿De verdad se han rendido?

—Así es. ¡Alabado sea Dios!

—O sea que Merewahl se ha hecho con el fortín.

—¡Todavía no!

—¿Cómo que todavía no? ¿No quedamos en que se habían rendido?

Fraomar esbozó una sonrisa.

—¡Son cristianos, lord Uhtred! ¡Los hombres de la guarnición son cristianos!

Fruncí el ceño.

—Por mí como si les da por rendir culto a los gorgojos —repuse—, pero, si de verdad se han rendido, nuestras fuerzas deberían estar ocupando el fortín. ¿Es así?

—Lo será —dijo el padre Fraomar—. ¡Ya está todo acordado!

—¿Qué habéis acordado? —me interesé.

Etelfleda parecía intranquila.

—Han aceptado rendirse —dijo, mirando a su confesor en busca de confirmación; Fraomar asintió—. No luchamos contra cristianos —concluyó.

—Yo sí —dije sin miramientos, al tiempo que llamaba al mozo—. ¡Godric, a ver esa trompa! —Godric se quedó mirando a Etelfleda en busca de su aprobación; le di un empujón y le estrujé el brazo izquierdo—. ¡Estoy esperando a oír el bramido de esa trompa! —se la llevó a la boca al instante, y mis hombres, que aún estaban desarmando al enemigo, corrieron en busca de sus monturas.

—¡Lord Uhtred! —se revolvió Etelfleda.

—Si se han rendido —le dije—, nuestro es el fortín. Si no es así, no se han rendido —y me los quedé mirando, a Fraomar y a ella—. ¿Qué pasa entonces?

Ninguno de los dos dijo nada.

—¡Finan! ¡Que vuelvan los hombres! —exigí a voces y, sin volverme a mirarlos siquiera, espoleé mi montura y me dirigí al sur.

De vuelta a Eads Byrig.

CAPÍTULO V

Tendría que habérmelo imaginado. Aquello había sido cosa de Haesten, que, capaz como era de encandilar a cualquiera con aquel pico de oro, en aquel instante, se empleaba a fondo con tal de ganarse a Merewahl.

A unos cien pasos del fortín, en la ladera oeste de la colina, allí donde la pendiente se revelaba menos pronunciada, me los encontré a ambos, cada uno rodeado por una docena de los suyos y bajo su propio estandarte. Solo unos cuantos pasos separaban a ambos bandos. Sobre los hombres de Merewahl, el ganso de santa Werburga, el estandarte de Etelfleda, en tanto que los de Haesten, en vez de agruparse bajo la enseña de la calavera pinchada en un palo, lo hacían bajo una nueva divisa, una cruz blanca cosida sobre un paño de color gris.

—¡Y ni pizca de vergüenza! —le dije a voces a Finan, mientras espoleaba a *Tintreg* ladera arriba.

—Es un cabrón escurridizo, mi señor —dijo Finan, echándose a reír.

Aquel cabrón escurridizo había seguido hablando como si nada hasta que dejamos atrás los árboles; al vernos, calló la boca y dio un paso atrás en busca de la seguridad que le proporcionaban sus hombres. Me dirigió un saludo, llamándome por mi nombre. Hice como que no le oía, y llevé a *Tintreg* hasta la franja que separaba a ambos bandos; una vez allí, eché el pie a tierra.

—¿Por qué no os habéis hecho con el fortín? —le pregunté a Merewahl, mientras dejaba las riendas del corcel en manos de Godric.

—Esto... —empezó a decir mientras, con ojos inquietos, no apartaba la vista de detrás de mí. Etelfleda y su séquito se acercaban a toda prisa; estaba claro que prefería esperar a que llegasen antes de darme una respuesta.

—¿Se ha rendido ese cabrón? —le pregunté.

—El *jarl* Haesten... —empezó Merewahl de nuevo, encogiéndose de hombros, como si no supiera qué decir ni entendiera qué estaba pasando.

—¡Os he hecho una pregunta fácil! —estallé, iracundo. Merewahl era un buen hombre, de una lealtad inquebrantable, pero, intranquilo, no dejaba de lanzar miradas a la media docena de curas que lo rodeaban, el padre Ceolnoth y su desdentado gemelo, el padre Ceolberht, y también Leofstan. Todos daban muestras de estar más que desconcertados ante mi inesperada llegada.

—¿Se ha rendido? —volví a preguntar de nuevo en voz alta, hablando muy despacio.

La llegada de Etelfleda libró a Merewahl de responder a mi pregunta. La dama guio su montura hasta situarse en medio de los curas.

—Si tenéis algo que decir, lord Uhtred —dijo con frialdad, sin bajarse de la silla de montar—, tened a bien dirigiros a mí.

—Solo quiero saber si esta piltrafa humana se ha rendido —dije, señalando a Haesten.

Fue el padre Ceolnoth quien me dio la respuesta.

—Mi señora —dijo el cura, como si yo no estuviera allí—, el *jarl* Haesten ha accedido a prestaros juramento de fidelidad.

—¿Que ha hecho qué? —pregunté.

—¡Silencio! —zanjó Etelfleda, que seguía a lomos de su montura, por encima de todos nosotros. Sus hombres, no menos de ciento cincuenta, la habían seguido desde la orilla del río hasta la ladera y, a lomos de sus corceles, se habían quedado un poco más abajo—. Explicadme en qué consiste el acuerdo —le exigí al padre Ceolnoth.

El cura me dirigió una mirada desazonada, y se volvió a Etelfleda.

—El *jarl* Haesten es cristiano, mi señora, y solicita vuestra protección.

Al menos tres de los que allí estábamos comenzamos a hablar a un tiempo; Etelfleda dio una palmada para reclamar silencio.

—¿Es eso cierto? —le preguntó a Haesten.

Haesten le hizo una reverencia, y señaló la cruz de plata que llevaba encima de la cota de malla.

—Gracias a Dios, mi señora, lo es —repuso en voz baja, con gesto humilde; parecía sincero.

—Cabrón mentiroso —rezongué.

Hizo oídos sordos a mi comentario.

—He encontrado la senda de la redención, mi señora, y acudo a vos para solicitar vuestra ayuda.

—Lo que dice es cierto, mi señora —aseguró con toda claridad un hombre alto que no se separaba de él—. No solo estamos dispuestos, mi señora, sino que estamos deseando prestaros juramento de fidelidad —continuó— y, como hermanos en la fe, imploramos vuestra protección. —Hablaba en inglés, de forma muy respetuosa; cuando terminó, hizo una leve inclinación de cabeza ante Etelfleda. Parecía sorprendida, lo que no era de extrañar, porque aquel hombre alto tenía toda la pinta de ser un cura cristiano o, cuando menos, vestía una larga sotana negra ceñida a la cintura con un cordel y llevaba una cruz de madera a la altura del pecho.

—¿Se puede saber quién sois? —se interesó Etelfleda.

—Soy el padre Haruld, mi señora.

—¿Danés?

—Nacido aquí, en Britania —repuso—, pero sí, mis padres procedían del otro lado del mar.

—¿Y de verdad sois cristiano?

—Lo soy, por la gracia de Dios —aseguró Haruld, de tez cetrina y mechones grises en las sienes. Que yo supiera, no era el primer danés que se había convertido,

ni siquiera el primero en hacerse cura—. He sido cristiano desde niño —le dijo a Eteflada, con voz grave y elocuente; con todo, reparé en que no dejaba de retorcerse las manos. Se lo veía intranquilo.

—Y ahora nos diréis que esta apestosa cagarruta de lagarto —señalando a Haesten con la cabeza— es uno de los vuestros.

—¡Lord Uhtred! —me llamó al orden Eteflada.

—Yo mismo lo bauticé —respondió Haruld muy digno—, con la ayuda de Dios.

—Amén —concluyó Ceolnoth, en voz alta.

Me quedé mirando a Haesten a los ojos. Lo conocía desde que era adulto, una vida que, por cierto, a mí me la debía, porque yo había sido quien lo había salvado. Dadas las circunstancias, me había prestado juramento de fidelidad; por entonces, yo me lo había creído porque su rostro y sus modales me inspiraban confianza. Pero era un hombre capaz de quebrantar cualquier juramento que hubiera podido prestar, una comadreja retorcida y letal. Su ambición superaba con creces a sus palabras, y por eso renegaba de mí, porque el destino había querido que, una y otra vez, le parase los pies. La última fue en Beamfleot, donde había acabado con su ejército y quemado sus barcos. Pero la fortuna le sonreía y, a pesar de las calamidades, siempre acababa por salir adelante. Allí estaba de nuevo, atrapado en Eads Byrig, por lo visto, pero sonriéndome como si nos conociéramos de toda la vida.

—Ese es tan cristiano como yo —rezongue.

—Mi señora —dijo Haesten, sin apartar los ojos de Eteflada y, por sorprendente que parezca, postrándose de rodillas—, juro por el sacrificio de Nuestro Salvador que soy cristiano de todo corazón —con lágrimas en los ojos, hablaba con humildad, temblaba de emoción. Extendió los brazos de repente y alzó la vista al cielo—. ¡Que Dios me fulmine ahora mismo si no es cierto lo que digo!

Con gesto rápido y más que perceptible desenvainé a *Hálito-de-serpiente*, sacándola por la garganta de la vaina.

—¡Lord Uhtred! —exclamó Eteflada, asustada—. ¡No!

—Solo pretendía facilitarle la tarea a vuestro dios y dejarlo seco aquí mismo —dije—. ¿Vais a impedírmelo?

—Dios bien se las apaña solo —repuso Eteflada, con aspereza; luego, volvió a mirar al cura danés—. Padre Haruld, ¿estáis convencido de la conversión del *jarl* Haesten?

—Lo estoy, mi señora. Derramó lágrimas de contrición y de regocijo durante el bautismo.

—Alabado sea Dios —musitó el padre Ceolnoth.

—¡Basta! —dije, espada en mano—. ¿Se puede saber por qué nuestros hombres no han ocupado el fortín?

—¡Lo harán! —se revolvió Ceolnoth—. ¡Es lo acordado!

—¿Lo acordado? —se interesó Eteflada con cautela, como si albergase la sospecha de que los curas hubieran concluido algún acuerdo pasando por encima de

ella y sin contar con su aprobación—. ¿Qué habéis acordado? —quiso saber.

—El *jarl* Haesten —dijo Ceolnoth, midiendo con cuidado las palabras— nos ha implorado que le permitamos prestaros juramento de fidelidad a vos, mi señora, durante la misa de Pascua. No le mueve otro deseo que celebrar la alegría de la resurrección de Nuestro Señor con semejante acto de reconciliación.

—Con tal de que ocupemos el fortín ahora mismo, ¿me importa un bledo si prefiere esperar al día de Eostre!

—Tendrá lugar el domingo de Pascua —replicó Ceolnoth—. ¿Eso es lo acordado!

—¿El día de Pascua? —preguntó Eteflada. Cualquiera que la conociera un poco habría detectado un deje de desilusión en la forma en que lo había hecho. No tenía un pelo de tonta, pero tampoco quería perder la esperanza de que Haesten fuera un cristiano en condiciones.

—Un motivo más de regocijo, mi señora —le apremió Ceolnoth.

—¿Y quién sois vos para concluir semejante acuerdo? —le pregunté.

—Se trata de un asunto que debemos discutir entre cristianos —insistió Ceolnoth, mirando a Eteflada con la esperanza de contar con su aprobación.

Eteflada, en cambio, me miró a mí; después, se volvió a Haesten.

—¿Qué razón hay para que no ocupemos el fortín ahora mismo? —preguntó.

—He acordado... —empezó a decir Ceolnoth, descorazonado.

—Mi señora —intervino Haesten, arrastrándose de rodillas ante ella—, es mi más sincero deseo que todos mis hombres reciban el bautismo el día de Pascua. Algunos, los menos sin embargo, aún no están del todo convencidos. ¡El padre Haruld nos ha pedido tiempo! Necesitamos algo de tiempo para convencer a esos pocos de la gracia salvadora de Nuestro Señor Jesucristo.

—Sois un cabrón retorcido —dije.

Todo el mundo se quedó callado un momento.

—Juro que es verdad —dijo Haesten, con humildad.

—Siempre que le oigáis decir eso —repliqué, mirando a Eteflada—, podéis estar segura de que miente.

—Y si el padre Ceolnoth quisiera venir a vernos o, mejor todavía —continuó Haesten—, si así lo hiciera el padre Leofstan, y ambos quisieran instruirnos con su prédica, nos ayudaría mucho; sería como una bendición, mi señora.

—No tendría inconveniente... —comenzó a decir Ceolnoth, antes de callar la boca al ver que Eteflada alzaba la mano. Al principio, no dijo nada; solo se quedó mirando fijamente a Haesten.

—¿Estáis proponiéndonos un bautizo colectivo? —le preguntó.

—¡De todos mis hombres, mi señora! —repuso Haesten, con vehemencia—. Todos ellos abrazando la gracia de Cristo y poniéndose a vuestro servicio.

—¿De cuántos hombres estamos hablando, pedazo de mierda? —le pregunté.

—Tan solo de unos pocos, lord Uhtred, que prefieren seguir siendo paganos. ¿Veinte, treinta quizá? ¡Con la ayuda de Dios, los convertiremos!

—¿De cuántos hombres disponéis en el fortín, miserable cabrón?

Dudó un momento, se dio cuenta de que lo había pillado en un renuncio y, con una sonrisa en los labios, dijo:

—Quinientos ochenta, lord Uhtred.

—¡Tantos! —exclamó el padre Ceolnoth, exultante—. ¡Serán la luz que ilumine a los gentiles! —mirando con ojos suplicantes a Etelfleda—. Pensadlo un momento, mi señora, ¡una conversión colectiva de paganos! ¡Podemos bautizarlos en el río!

—Por mí, como si decidís ahogar a toda esa panda de cabrones —musité.

—Y, mi señora —insistió Haesten, todavía de rodillas, juntando las manos y alzando la mirada a Etelfleda, con aquel rostro que inspiraba confianza y aquella voz que destilaba firmeza, el mayor mentiroso que había visto en mi vida—, ¡con gusto cantaré con vos y daré gracias a Dios por todas sus bondades! Pero esos pocos siguen en sus trece, y podrían mostrarse porfiados. Solo os pido un poco de tiempo, un poco de tiempo por la gracia de Dios, para convencer a esas almas contumaces.

—Traicionero baboso de mierda —rezongué.

—Y si lo tenéis a bien —continuó Haesten con toda humildad, sin hacerle caso—, en ese mismo instante, ¡os prestaré juramento de fidelidad!

—Alabado sea Dios —bisbiseó el padre Ceolberht.

—Solo hay un pequeño inconveniente —dije, y todo el mundo se me quedó mirando—. Que no puede prestaros ese juramento, mi señora.

Etelfleda me dirigió una mirada cargada de enojo.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo ha prestado a otro señor, mi señora, y ese señor aún no le ha otorgado la dispensa.

—Quedé liberado del juramento que prestara al *jarl* Ragnall cuando abracé la fe en el Dios Todopoderoso —dijo Haesten.

—No así del juramento que me prestasteis a mí —repliqué.

—Pero vos sois también un pagano, lord Uhtred —repuso Haesten, el muy taimado—, y Jesucristo me dispensa de toda obligación que haya contraído con paganos.

—¡Cierto! —añadió el padre Ceolnoth al instante—. ¡Ha renegado del demonio, mi señora! ¡Ha renunciado al diablo y a todas sus obras! Un cristiano que acaba de convertirse queda dispensado de todos los juramentos que haya prestado a paganos; tal es la posición de la Iglesia.

Etelfleda lo sopesaba todo. Por fin, se volvió a Leofstan.

—No habéis dicho nada, padre.

Leofstan esbozó una media sonrisa.

—Le prometí a lord Uhtred que no me cruzaría en su camino si él no se interponía en el mío —al tiempo que ofrecía una sonrisa al padre Ceolnoth, a modo de disculpa—. Me alegra la conversión de esos paganos, mi señora, pero ¿qué va a pasar con el fortín? Por desgracia, eso queda lejos de mis atribuciones. Al César lo

que es del César, mi señora, y el destino de Eads Byrig está en manos del César, mi señora, o si así lo preferís, en las vuestras.

Etelfleda asintió de forma desabrida y señaló a Haesten con un gesto.

—Pero ¿dais crédito a lo que dice este hombre?

—¿Que si creo lo que dice? —frunció el ceño Leofstan—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Proceded —le ordenó Etelfleda.

Cojeando, Leofstan se acercó a Haesten y se puso de rodillas a su lado.

—Permitidme vuestras manos —dijo con voz queda, y esperó a que Haesten así lo hiciera—. Y ahora, decidme —añadió el obispo electo aún en voz baja—; ¿cuál es vuestro credo?

Haesten se sorbió las lágrimas.

—¡Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra —dijo casi en un susurro—, y en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, de la misma naturaleza que el Padre, Dios de Dios, Luz de Luz! —alzando la voz al decir estas últimas palabras, que parecían atragantársele—. ¡Creo, padre! —imploró; las lágrimas le corrían por la cara; luego, meneó la cabeza—. ¡Lord Uhtred tiene toda la razón, no lo niego! He sido un pecador. He quebrantado juramentos. ¡He ofendido al cielo!

Pero el padre Haruld rezó conmigo y por mí, igual que mi esposa, y gracias a Dios, ¡ahora creo!

—Alabado sea Dios —dijo Leofstan.

—¿Sabe Ragnall que sois cristiano? —le pregunté, con aspereza.

—No me quedó otra que engañarlo —reconoció Haesten con toda humildad.

—¿Por qué?

Haesten no apartó las manos que aún le apretaba Leofstan.

—Fui en busca de refugio a Mann —respondiendo a mi pregunta, pero sin dejar de mirar a Etelfleda mientras hablaba—, y fue en aquella isla donde el padre Haruld consiguió que me convirtiera. Estábamos rodeados de paganos que, de haberlo sabido, nos habrían matado, ¡y recé! —volviendo los ojos a Leofstan—, ¡recé en busca de consejo! ¿Debería quedarme y tratar de convertir a aquellos paganos? ¡Y la respuesta de Dios fue que trajera a mis hombres aquí y pusiera sus espadas al servicio de Cristo!

—Al servicio de Ragnall, más bien —dije, iracundo.

—El *jarl* Ragnall reclamó mis servicios —mirando de nuevo a Etelfleda—, ¡y vi cuál era la voluntad de Dios! ¡Dios nos ofrecía una forma de abandonar la isla! Pero no disponía de barcos; solo contaba con mi fe en Jesucristo y en santa Werburga.

—¡Santa Werburga! —se sorprendió Etelfleda.

—Mi esposa se pasa el día rezándole —dijo Haesten, poniendo cara de no haber roto un plato en su vida. De algún modo, aquel baboso cabrón se había enterado de cuánto veneraba Etelfleda a la ahuyentadora de gansos.

—Cabrón mentiroso —dije.

—Su arrepentimiento es sincero —insistió Ceolnoth.

—¿Padre Leofstan? —preguntó Eteflada.

—¡Quiero creer que así es, mi señora! —repuso Leofstan con vehemencia—. ¡Quiero creer que es un milagro para festejar mi consagración! ¡Que el día de Pascua tendremos la satisfacción de que una horda pagana se ponga al servicio de Jesucristo!

—¡Obra de Cristo! —bisbiseó el padre Ceolberht, abriendo aquella boca desdentada.

Eteflada seguía sopesándolo todo, sin apartar la vista de los dos hombres que seguían postrados de rodillas ante ella. Algo en su interior le decía que yo tenía razón, pero era tal la devoción que había heredado de su padre, que no dejaba de tener sus dudas. Por no hablar de la vehemencia con que se había expresado Leofstan, un hombre que había elegido ella. Ella era quien había convencido al arzobispo de Contwaraburg en cuanto a la conveniencia de su nombramiento; ella, quien había escrito cartas a obispos y abades alabando la sincera y ardiente fe de Leofstan; ella, quien había donado dinero para santuarios e iglesias, lo que fuera con tal de asegurarse de que Leofstan fuera el elegido. La Iglesia, sin duda, habría preferido un hombre más mundano, capaz de incrementar las propiedades de aquella sede y sacarles los cuartos a los nobles del norte de Mercia, pero Eteflada se había inclinado por un santo, un santo que, en aquel momento, le describía la conversión de Haesten como si fuera un guiño de aprobación por parte del cielo en lo tocante a su elección.

—¡Pensad, mi señora —dijo Leofstan, aún de rodillas, soltándose por fin de las manos de Haesten—, pensad en el regocijo que habrá en el cielo cuando un pagano conduzca a los suyos ante el trono de Cristo!

Aquellas palabras acabaron por convencerla. Su padre siempre se había mostrado misericordioso con los daneses que se convertían. Incluso había consentido que algunos se estableciesen en Wessex, igual que nunca se había cansado de proclamar que su lucha no era por alcanzar una Inglaterra como tierra de los ingleses, sino guiar a los paganos a la luz de Cristo, y Eteflada interpretó aquella conversión colectiva de daneses paganos como una señal del poder de Dios. Obligó a *Trasgo* a dar un paso adelante.

—¿Estaríais dispuesto a prestarme juramento de lealtad en este momento?

—¡Encantado, mi señora —dijo Haesten—, sin dudarlo!

Lancé un escupitajo a aquel cabrón traicionero, me alejé de ellos, devolví a la vaina con brío a *Hálito-de-serpiente* y me subí a lomos de *Tintreg*.

—¿Dónde vais, lord Uhtred? —se encaró conmigo Eteflada, lanzándome una mirada fulgurante.

—¡Vuelvo al río! —repuse cortante—. ¡Finan! ¡Sihtric! ¡Todos, conmigo! —alejándonos de aquella farsa que estaba a punto de desarrollarse en las faldas de Eads Byrig.

Ciento veintitrés hombres nos pusimos en marcha. Pasamos con nuestros corceles

por medio de los hombres de Etelfleda, viramos al norte y cabalgamos hacia el río.

Una vez que estuvimos entre los árboles, lejos de las miradas de aquellos que iban con Etelfleda, llevé a los míos hacia el este.

Porque estaba decidido a llevar a cabo la tarea del dios de los cristianos.

Y acabar con Haesten.



Zigzagueando entre los árboles, cabalgábamos tan deprisa como podíamos. A mi lado, Finan espoleaba su montura.

—¿Qué vamos a hacer?

—Apoderarnos de Eads Byrig, claro está —repuse.

—¡Válgame el cielo!

No hice el menor comentario, en tanto que *Tintreg* hundía las patas en una frondosa hondonada cubierta de helechos de la que salía con ligereza tras remontar la escasa pendiente antes de seguir adelante. ¿De cuántos hombres disponía Haesten? Quinientos ochenta, según él; yo no acababa de creérmelo. Aparte de todo prestigio, había perdido todo su ejército en Beamfleot, una batalla en la que ni siquiera había estado presente; mucho me extrañaría que contase con cien de los suyos, aunque, claro está, Ragnall habría ordenado a algunos de sus hombres que se quedaran en el fortín.

—¿Cómo es de grande el baluarte? —le pregunté a Finan.

—¿Os referís a Eads Byrig? Es grande, sí.

—Si tratarais de dar una vuelta completa a sus defensas, ¿cuántos pasos tendríais que dar?

Se quedó callado un momento antes de darme una respuesta. Mientras se lo pensaba, viré levemente al norte y, salvando una buena pendiente entre robles y sicomoros, llevé las riendas de *Tintreg*.

—¿Novecientos? —aventuró Finan—. ¿Mil, quizá?

—Me lo figuraba.

—Ya os dije que era un sitio grande.

El rey Alfredo había intentado regular todas las facetas de la vida mediante una serie de normas. Como bien cabe pensar, la mayoría de tales normas estaban inspiradas en las Escrituras cristianas, pero también había otras. Como que todas las ciudades que fundó respondían a unas dimensiones establecidas, hasta el punto de que había que tener en cuenta cada parcela de terreno. Lo mismo ocurría en cuanto a la altura, la anchura y el perímetro de las murallas que protegían esas ciudades, porque esa última cifra precisamente, la del perímetro de la muralla, era determinante para saber cuántos hombres se necesitaban para defender cada ciudad. Una cifra que habían establecido con precisión unos cuantos curas despiertos a fuerza de pasar unas bolas de madera por unas cuerdas de alambre; y el resultado de sus indagaciones

había sido que, en cada fortín, hacían falta cuatro defensores por cada cinco pasos de muralla. Durante su reinado, Alfredo había hecho de Wessex una guarnición, cuyas fronteras estaban delimitadas por aquellos fortines de nuevo cuño, cuyas murallas defendían los hombres del *fyrð*. Del mismo modo, había fortificado las ciudades más populosas con la idea de que aquellos daneses que trataran de invadir Wessex desistiesen de su propósito a la vista de tales murallas, siempre defendidas por un número exacto de hombres, calculado según el perímetro de tales defensas. Los resultados habían sido óptimos, razón por la que, en Mercia, habían copiado el mismo modelo. A medida que Etelfleda reconquistaba aquellas tierras que, antaño, pertenecieran a Mercia, aseguraba sus dominios por medio de fortines, como Ceaster o Brunanburh, cerciorándose de que la guarnición encargada de defenderlas dispusiese siempre de cuatro hombres por cada cinco pasos de muralla. De forma que, si oteaban cualquier peligro, los habitantes de las inmediaciones, junto con su ganado, pudieran dirigirse al fortín que les quedase más cerca en busca de refugio. Hacía falta todo un ejército para apoderarse de uno de aquellos fortines; los daneses nunca lo habían conseguido. Su forma de guerrear pasaba por llevar a cabo hondas incursiones que les permitían hacerse con esclavos y ganado, en tanto que la aparición de enfermedades no tardaba en diezmar al ejército, que, obligado a levantar un campamento al otro lado de las murallas, asediaba un fortín. Por si esto fuera poco, ningún ejército enemigo había sido nunca lo bastante grande como para rodear un fortín por completo y someterlo matando de hambre a sus defensores. La estrategia de los fortines había dado buenos resultados.

Y si así era, era por los hombres que lo defendían. Todo varón por encima de los doce años estaba obligado a luchar. No podían estar tan preparados como los guerreros, hombres como los que yo guiaba bosque arriba en aquel momento, pero sí que podían empuñar una lanza, arrojar un pedrusco o blandir un hacha. En eso consistía el *fyrð*, un ejército de labradores, carniceros y artesanos. No iban pertrechados con cotas de malla ni portaban escudos de madera de tilo, pero sus hombres podían encaramarse a las murallas de un fortín y dar buena cuenta de los enemigos que trataran de trepar por las murallas. Un hacha de leñador en manos de un labriego fornido es un arma no menos aterradora que una azada bien afilada lanzada con ganas. Cuatro hombres por cada cinco pasos, pues, y el perímetro de Eads Byrig era de mil pasos, de modo que eso quería decir que Haesten necesitaría setecientos hombres cuando menos para defender las murallas.

—Me sorprendería incluso que dispusiera de doscientos hombres —le dije a Finan.

—En ese caso, ¿qué hace aquí?

Buena pregunta. ¿Qué razón tenía Ragnall para dejar una guarnición en Eads Byrig? Ni por un momento me había creído que Haesten hubiese decidido no moverse de la orilla sur del Mærse con vistas a solicitar la protección de Etelfleda; si estaba allí era porque Ragnall quería que allí estuviera. Ladera arriba, mientras los

caballos hundían sus pesados cascos en aquel terreno cubierto de hojas, cabalgábamos más despacio. ¿Por qué había decidido Ragnall dejar a Haesten en la retaguardia? Por no decir el peor, no era, desde luego, el mejor de los guerreros con que contaba en sus filas, pero sí era el mayor mentiroso del mundo, y, en ese momento, se me abrieron los ojos. Había pensado que Eads Byrig no era más que un señuelo para despistar al débil rey de Eoferwic, pero no era eso, no: era una trampa pensada para nosotros, para mí.

—Se ha quedado aquí —le dije a Finan—, porque piensa volver.

—Antes tiene que apoderarse de Eoferwic —repuso el irlandés, tan parco como de costumbre.

Retuve a *Tintreg* y alcé la mano para que mis hombres se detuviesen.

—No desmontéis —les dije, en tanto que yo echaba el pie a tierra y le tendía las riendas a Godric—. No os mováis de aquí —le ordené.

Lentamente, Finan y yo echamos a andar colina arriba.

—Ingver perderá hasta los pocos apoyos con que cuenta —le dije—. Es un rey débil. Ragnall ocupará el trono de Eoferwic sin tener que luchar siquiera, porque ya tendrá de su lado a los *jarls*, y todos sus hombres le habrán prestado juramento de lealtad. ¡Ni siquiera tiene que molestarse en ir a Eoferwic! Basta con que envíe a trescientos de los suyos con el encargo de que depongan a Ingver, se apoderen de la ciudad y vuelvan. Solo quiere hacernos creer que va a ir hasta allí.

Entre los árboles que clareaban, llegué a atisbar los tablones recién talados de la muralla este de Eads Byrig. Nos agachamos y, en cuclillas, seguimos adelante, cautelosos ante la presencia de cualquier centinela que montase guardia en las altas defensas de madera.

—Ragnall tiene que dar a los suyos lo que les ha prometido —añadí—, ¿y qué mejor recompensa que las tierras del norte de Mercia?

—¿Y qué pasa con Eads Byrig? —preguntó Finan, que no acababa de verlo claro.

—Es una avanzadilla en Mercia —le dije—, y un punto de apoyo caso de que piense atacar Ceaster. Necesita obtener una victoria sonada, algo que los lleve a verlo como un caudillo. Confía en que más hombres lleguen del otro lado del mar, en ponerse al frente de todos ellos y en asegurarse una victoria de las que dejan huella. En su opinión, apoderarse de Eoferwic es cosa de nada. Ya se ha apoderado de media docena de reinos en otros tantos años, pero ¿qué pasaría si lograra apoderarse de Ceaster?

—Siempre y cuando lo consiga, claro —dijo Finan, que no acababa de verlo.

—Si se apodera de Ceaster —continué—, el prestigio de Etelfleda se vendrá abajo. Y ganará territorios, dominará el Mæse y el Dee, dispondrá de fortines desde los que podrá plantarnos cara. Qué duda cabe de que perderá unos cuantos hombres en el asalto, pero, de eso precisamente, de hombres, anda sobrado. Para hacerlo, necesita disponer de Eads Byrig como campamento base. Si consigue ponerse a salvo tras los muros de Eads Byrig, nunca nos libraremos de él. Pero si nos apoderamos de

Eads Byrig, le resultará muy difícil asediar Ceaster.

Estábamos llegando al lindero de los árboles; nos ocultamos tras la maleza y observamos las defensas recién plantadas que se alzaban por encima de nuestras cabezas. Rodeadas de una hondonada exterior, eran más altas que la estatura media de un hombre.

—¿Cuántos hombres veis? —le pregunté.

—Ni uno.

Y así era. No se veía ni un solo hombre, ni una sola lanza en lo alto de la muralla este de Eads Byrig.

—Carecen de adarve —comenté.

Reflexionando, Finan frunció el ceño. A cien pasos de nosotros, se alzaba una muralla, pero no había nadie que la defendiera. Tendrían que haber apostado centinelas, pero, si no disponían de adarve, aquellos hombres andarían ojo avizor, escudriñando entre las grietas que se advertían entre los postes que, si mal alineados y a distinta altura, peor asentados estaban en la tierra. Era una muralla que habían levantado de prisa y corriendo.

—Es un camelo —dijo.

—¡Es una tomadura de pelo! La conversión de Haesten es una argucia. Solo trata de ganar tiempo hasta que Ragnall esté de vuelta dentro de cuánto, ¿de cuatro, cinco días?

—¿Tan pronto?

—Es probable que ya esté en camino —repuse. En aquel momento, fue como una iluminación: había prendido fuego a aquel puente hecho de barcos para que pensáramos que había abandonado Mercia cuando, para volver, le bastaba tan solo con marchar unas pocas millas hacia el este y seguir la calzada romana en dirección sur hasta el puente que cruzaba el Mærse. Estaba seguro de que aparecería en cualquier momento.

—Pero ¿cuántos de esos cabrones se encuentran al otro lado de esas murallas? —se preguntó Finan.

—Solo hay un modo de saberlo.

Rio entre dientes.

—¿Y eso lo decís vos, el mismo que no deja de insistirle a Etelstano en que sea precavido antes de enzarzarse en una pelea?

—Hay un tiempo para ser precavido —repliqué—, y un tiempo para acabar con esos malnacidos.

Asintió con la cabeza.

—Pero ¿cómo salvamos la muralla? No disponemos de escalas.

Le expliqué cómo íbamos a hacerlo.



Doce de mis hombres más jóvenes, entre ellos mi hijo, iniciaron el asalto. La idea era llegar a la muralla lo más deprisa que pudieran salvarla en el menor tiempo posible. Era una muralla de nueve o diez pies de altura, y no llevábamos escalas, pero contábamos con caballos.

De ese modo nos habíamos apoderado de Ceaster. Mi hijo se había encaramado en la silla de montar y había saltado por encima de la puerta, y eso fue lo que les pedí que hicieran a aquellos doce jóvenes: que cabalgasen tan rápido como pudieran hasta la muralla y se sirvieran de la altura de sus monturas para llegar a lo alto de la defensa. Al galope, los demás iríamos tras ellos. Me habría gustado ir al frente de aquellos doce muchachos, pero ya no era tan ágil como antes. Era una tarea que solo podía llevar a cabo gente de su edad.

—¿Y si hay doscientos de esos cabrones esperándolos del otro lado? —preguntó Finan.

—En ese caso, no saltarán la muralla.

—¿Y si la Dama Etelfleda ha firmado una tregua?

Pasé por alto la pregunta. Me imaginé que los regocijados cristianos estarían a punto de acceder a que Haesten se quedara en lo alto de aquella colina hasta Pascua; en cuanto a mí, en nada me obligaba tal acuerdo, porque Haesten era un hombre que se debía a mí, que me había prestado juramento de fidelidad. Es cierto que hacía mucho tiempo de eso, y que Haesten lo había quebrantado en repetidas ocasiones, pero un juramento siempre es un juramento y me debía obediencia. Bien podían desgañitarse los cristianos diciendo que el juramento prestado a un pagano carecía de todo valor, que yo no tenía por qué hacerles caso. Les gustase o no, Haesten era un hombre que había contraído una obligación conmigo y, en consecuencia, no estaba en condiciones de firmar tregua alguna con Etelfleda, a menos que yo prestase mi conformidad, y lo único que quería era acabar con aquel malnacido.

—¡Adelante —le dije a mi hijo—, adelante!

Los doce espolearon sus monturas, que, llevándose por delante la maleza, salieron al claro. Dejé que nos adelantasen veinte o treinta pasos, espoleé a *Tintreg* y grité:

—¡Todos, conmigo!

Mi hijo se destacó del grupo y su caballo empezó a ascender la pendiente. Vi cómo su corcel se hundía en la hondonada y, a empellones, salía por el otro lado, mientras mi hijo se aferraba con ambas manos a la parte alta de la muralla. Ayudándose con los pies, pasó una pierna por encima, mientras el resto de los que iban con él trataban de trepar por los tablones. Uno se cayó de espaldas y se fue rodando a la hondonada. Allí dejaron los caballos que habían llevado; nosotros nos haríamos cargo de ellos.

Y, en ese momento, la muralla se vino abajo.

Acababa de llegar a la hondonada. No era muy profunda; los hombres de Haesten ni siquiera habían tenido tiempo de ahondarla. No había estacas ni obstáculos de ninguna clase; tan solo una corta cuesta empinada de tierra batida que llegaba al pie

de los tablones que habían hundido en la tierra, y que ni siquiera se habían molestado en asegurar, de forma que el peso de los hombres a lomos de sus monturas bastó para echarlos abajo. *Tintreg* se espantó al oír el estruendo, y traté de sosegarlo. El resto de los míos siguió adelante, sin molestarse siquiera en desmontar, espoleando sus corceles cuesta arriba hasta pisotear los leños que se habían venido abajo.

—¡Pie a tierra! —gritó Finan. Uno de los caballos resbaló y se dio de bruces con los leños. El animal comenzó a cocear y relinchar, lo que provocó que algunos de los míos se dirigieran a los extremos de la brecha, que no era lo bastante ancha para soportar semejante avalancha de caballos asustados y hombres al galope—. ¡Pie a tierra! —gritó Finan de nuevo—. ¡A pie! ¡Escudos, escudos! ¡A ver esos escudos!

Había que restablecer el orden antes de formar el muro de escudos. A toda prisa, los hombres bajaron de las sillas de montar y echaron a correr pasando por encima del lienzo de muralla que se había venido abajo. Dejé las riendas de *Tintreg* en manos de Berg.

—¡No os separéis del caballo! —le dije a voces. Tenía ante mí los troncos caídos que habían ido a parar al fondo de la hondonada interior; más allá, otra muralla de adobe. Ninguno de esos obstáculos me pareció insalvable. Ayudándose con las espadas, mis hombres trepaban por la muralla que se había venido abajo cuando, ante nuestros ojos, aparecieron tres cabañas grandes de nueva construcción, provistas de recios muros de madera y relucientes techumbres de cañizo. Más allá de las cabañas, había hombres, pero hombres que se encontraban muy lejos de nosotros, al otro extremo del fortín—. ¡Muro de escudos! —grité.

—¡Aquí! —gritó Finan, que estaba de pie más allá de las tres cabañas, sin dejar de agitar los brazos para indicarles dónde quería formar el muro de escudos.

—¡Berg, aquí! —grité; me echó una mano y me ayudó a montar en *Tintreg*. Me hice con *Hálito-de-serpiente*—. Montad y seguidme —bramé.

Espoleé el corcel hasta uno de los extremos del muro de escudos que estábamos formando de prisa y corriendo, momento en el que tuve ocasión de echar un vistazo al resto del fortín. ¿Cuántos hombres había allí? ¿Doscientos? No más, desde luego, según mis cuentas. Doscientos hombres que permanecían agrupados en uno de los extremos del fortín, seguramente a la espera de noticias sobre el acuerdo al que hubieran llegado con Etelfleda, y nosotros estábamos a sus espaldas. A un paso de nosotros, y mucho más numerosa, una multitud de mujeres y niños. Todos corriendo. Un puñado de hombres iba con ellos; todos corrían tratando de escapar de la inesperada invasión que se les había venido encima por el extremo este del baluarte.

—¡Hay que detener a esos fugitivos! —le dije a Berg—. ¡Conmigo! —mientras espoleaba a *Tintreg*.

En aquel momento, era Uhtred, señor de Bebbanburg, revestido de todo el esplendor de mi gloria guerrera. En mis antebrazos resplandecían los brazaletes de los enemigos que habían caído a mis manos; en mi escudo recién pintado, la cabeza de un lobo que aullaba, la enseña de mi casa, en tanto que otro lobo, de plata en este

caso, remataba la cimera de mi yelmo bien bruñido. Una cota de malla bien ceñida, pulida a fondo con arena; tahalí, vaina, bridas y silla de montar con incrustaciones de plata; una cadena de oro al cuello; losanges de plata, en las botas que calzaba; de la empuñadura a la punta sedienta de sangre, nervaduras en espiral recorrían la hoja gris de mi espada. Era todo un señor de la guerra, a lomos de un corcel negro; nuestra presencia infundía pánico.

Y cargué contra aquella multitud que trataba de huir, obligando a *Tintreg* a cortar el paso a una mujer que corría con un pequeño en brazos. Al oír el retumbar de unos cascos, un hombre se volvió blandiendo un hacha. Demasiado tarde. *Hálito-de-serpiente* cató el primer sorbo de sangre de aquella jornada; la mujer dio un chillido. Manteniendo la espada baja, Berg trataba de dominar a la multitud; mi hijo, a lomos de su montura de nuevo y al frente de otros tres jinetes, se aproximaba a aquel revuelo.

—¡Cortadles el paso! —le grité, mientras espoleaba a *Tintreg* en pos de los fugitivos que abrían la marcha, con la intención de agruparlos a todos entre el muro de escudos que habían formado mis hombres y el que nuestros enemigos, superiores en número, trataban de formar a toda prisa al otro extremo del fortín—. ¡Obligadlos a retroceder! —le grité a mi hijo—. ¡Llevadlos junto a Finan! —Luego, manteniendo la espada baja, pero sin dejar de lanzar amenazadores tajos, al galope llevé a *Tintreg* a la cabeza de aquella multitud. Y les infundí miedo, pero con un único propósito: el de guiar a mujeres y niños de vuelta a nuestro muro de escudos. Los perros aullaban y los pequeños chillaban pero, desesperados por alejarse del estruendo de aquellos cascos y de nuestras espadas relucientes, todos dieron media vuelta, mientras nuestras monturas pasaban y volvían a pasar por delante de aquellos que iban en cabeza—. ¡Aproximaos! —le grité a Finan—. Pero ¡hacedlo despacio!

Me quedé junto a aquella multitud, que, horrorizada ante nuestros enormes corceles, se dirigía hacia el muro de escudos de Finan, que ya se acercaba. Le dije a Berg que me cubriese mientras echaba un vistazo por el resto del fortín. Nada sino unas cuantas chozas desperdigadas por la ladera sur; la mayor parte del baluarte era hierba marchita en donde se apilaban enormes troncos de madera. Haesten había empezado a construirse una mansión en el otro extremo, allí donde los suyos habían formado el muro de escudos, un muro de tres hileras, más ancho que el nuestro. Más ancho y más numeroso, y sobre el que ondeaba el estandarte de Haesten de toda la vida, el de la calavera monda pinchada en un palo. Un muro de escudos que, de no ser porque los hombres de Haesten estaban casi tan aterrados como sus mujeres y sus hijos, causaba impresión. Sin dejar de señalarnos, algunos gritaban como si quisieran avanzar y pelear; otros, en cambio, no dejaban de mirar a las lejanas murallas, que, hasta donde podía ver, era el único lienzo de aquella empalizada que disponía de adarves. Los hombres que se habían encaramado a los adarves observaban los movimientos de las tropas de Etelfleda. Uno de ellos gritaba algo a los que formaban parte del muro de escudos, pero estaba muy lejos como para oír lo que decía.

—¡Finan! —grité.

—¿Mi señor?

—¡Quemad esas chozas! —quería enviar una señal a las tropas de Etelfleda para que se dirigieran a aquella parte de la muralla, obligando así a nuestros enemigos a estar pendientes de ambos lados. A la vista del humo, por lo menos sabrían que algo pasaba en el interior del fortín de Haesten—. ¡Y daos prisa! —mientras, con *Hálito-de-serpiente* en mano, apuntaba a la primera línea de nuestros enemigos—. ¡Vamos a acabar con ellos!

Finan dio la orden y nuestro muro de escudos avanzó el doble de rápido. Al mismo tiempo, comenzaron a golpear los escudos con las espadas, espantando a los fugitivos que les salían al paso.

—Dejad que se vayan —le dije a voces a mi hijo—, ¡pero obligadlos a quedarse en el centro del fortín! —me entendió a la primera, y espoleó su caballo alejándose con sus hombres hacia la parte sur del baluarte—. ¡Berg! —grité—. Vamos a poner orden en la ladera sur.

—¿Cómo lo vamos a hacer, mi señor?

—Dejad que mujeres y niños vuelvan con sus hombres —le dije—, pero obligadles a hacerlo en línea recta.

Desbaratar un muro de escudos es una tarea ingrata y sangrienta. Dos hileras de hombres frente a frente, tratando de desbaratar al contrario con hachas, lanzas y espadas, a sabiendas de que, por cada uno de los que cae, siempre hay otro dispuesto a ocupar su lugar. Quienquiera que estuviese al frente de los hombres que Haesten había dejado en el fortín había dispuesto tres hileras de guerreros que nos esperaban, en tanto que el muro de escudos de Finan solo contaba con dos. Nuestro muro de escudos, pues, era menos numeroso, inferior en número de guerreros, pero si conseguíamos desbaratar su primera línea, con su sangre teñiríamos de oscuro la hierba del altozano. Por eso quería que las mujeres y los niños fueran en línea recta hacia el muro de escudos de nuestros enemigos. Porque aquellos fugitivos, deseosos de alejarse del siniestro estruendo que armaban nuestras espadas al golpear de forma acompasada los escudos pintados, tratarían de abrirse paso a toda costa por entre el muro de escudos de los de Haesten, infundiendo el pánico a sus hombres, abrirían brechas en sus filas tratando de escapar como fuera de nuestras espadas, y aprovecharíamos aquellas brechas para desbaratar aquel muro de escudos en grupos de guerreros más pequeños y, en definitiva, más fáciles de liquidar.

De modo que los pocos jinetes con los que contábamos dejaron expedita la explanada que se abría entre los dos muros de escudos; al ver aquel hueco libre, las mujeres y los niños echaron a correr en busca de refugio tras el muro de escudos de los suyos. Berg y yo nos asegurábamos de que no pudieran llegar a los extremos del muro de escudos de nuestros enemigos, sino de que avanzaran en línea recta hacia los escudos apretujados de los hombres de Haesten. Al darse cuenta de lo que estaba pasando, Finan obligó a los nuestros a acelerar el paso. Eufóricos, los nuestros

cantaban, mientras seguían aporreando la madera de sauce de los escudos con las espadas.

Y supe lo poco que iba a costarnos alzarnos con la victoria.

Podía oler el miedo de nuestros enemigos, ver incluso el pánico que se reflejaba en sus rostros. Eran los hombres que Ragnall había dejado allí con el encargo de defender Eads Byrig hasta su vuelta, en tanto que Haesten todo lo había fiado a sus mentiras y argucias con tal de conservar el fortín. La nueva muralla, la misma que a primera vista se nos había antojado inexpugnable, era un camelo: ni siquiera los troncos estaban bien asentados en la tierra; por eso se había venido abajo. Y allí estábamos, en el interior del fortín, en tanto que, fuera de él, estaba Etelfleda con montones de hombres; eso por no hablar de las tropas de Haesten, que veían lo que se les venía encima. Porque sus familias se aferraban a ellos y, a la desesperada, trataban de separar aquellos escudos y pasar al otro lado del muro que habían formado; al ver las primeras brechas que se abrían, Finan dio orden de atacar.

—¡Acabad con los hombres! —grité.

Somos crueles. En el momento que, ya viejo, esto escribo, cuando la cegadora luz del sol se me antoja mortecina, y hasta amortiguado el bramido de las olas que rompen contra las rocas, pienso en todos los hombres que he enviado al Valhalla. Bancadas y bancadas repletas de hombres valientes, daneses de pura sangre, guerreros de pies a cabeza, padres y maridos cuya sangre derramé no sin antes quebrantarles los huesos. Al recordar la contienda que libramos en el altozano de Eads Byrig, sé que podría haberles exigido que se rindieran y el estandarte de la calavera habría dejado de ondear sobre las cabezas de aquellos que arrojaban sus espadas al suelo, pero nos enfrentábamos con Ragnall el Cruel, que tal era el apelativo que había adoptado, y no nos quedaba otra que enviar un mensaje a ese Ragnall el Cruel o, más bien, a sus hombres: que habían de temernos más que al propio Ragnall. Sabía que tendríamos que enfrentarnos con él; que, al final, nuestro muro de escudos tendría que encontrarse con el suyo, y quería infundir en los corazones de sus hombres el miedo que habían de sentir cuando llegara la ocasión de tener que vérselas con nosotros.

Y matamos. Y el miedo se apoderó del muro de escudos que formaban nuestros enemigos. Hombres, mujeres y niños corrían a la puerta que quedaba a sus espaldas, pero eran demasiados para salir por aquella angosta entrada y allí se amontonaban, y allí acabaron los míos con ellos. Porque somos crueles, sí, somos despiadados, somos guerreros.

Dejé que *Tintreg* galopase a su antojo. Unos pocos hombres trataban de escapar trepando por la muralla y, blandiendo a *Hálito-de-serpiente*, los obligué a bajar de aquellos tablones, dejándolos malheridos, que no muertos. Quería acabar con ellos, pero también quería dejar hombres lisiados que, renqueantes, llevaran al norte un mensaje para Ragnall. Los gritos me traspasaban los oídos. Algunos trataban de refugiarse en la mansión a medio construir, pero otras eran las intenciones que

albergaban los hombres del muro de escudos a las órdenes de Finan. Y las lanzas los acribillaron por la espalda. Los niños veían cómo morían sus padres. Las mujeres chillaban por sus maridos, en tanto que mis hombres, como perros de presa, continuaban la matanza, descerrajando espadas y hachas, arrojando lanzas. Nada quedaba de nuestro muro de escudos, ni falta que hacía, porque el enemigo, lejos de plantarnos cara, trataba de escapar de nosotros. Unos pocos, sin embargo, intentaban revolverse. Vi cómo dos de ellos se volvían contra Finan, y cómo el irlandés gritaba a los que iban con él que se quedaran donde estaban, al tiempo que se desprendía del escudo y se mofaba de ambos. Esquivó sus desmañados envites y, con aquella rapidez que solo él poseía, traspasaba a uno de ellos a la altura de la cintura, hundiéndole la hoja hasta la empuñadura, en tanto que apartaba al otro, propinándole un formidable empellón mientras liberaba la espada, antes de descargar un mandoble al pescuezo del segundo asaltante. Todo parecía fácil cuando era él quien lo ponía en práctica...

Con el rostro convulso y cubriéndome de insultos, un lancero embistió contra mí, apuntando a la barriga de *Tintreg*, pensando que si el caballo se desplomaba, me haría picadillo con la punta de su lanza. Por el oro y la plata del tahalí, bridas, botas y vaina, se habría dado cuenta de que yo era un guerrero de renombre y, si acababa conmigo, aunque perdiese la vida en el empeño, alcanzaría renombre. Incluso algún poeta podría cantar su gesta, el romance de la muerte de Uhtred, así que dejé que se acercara; apreté los talones contra *Tintreg*, el corcel dio un brinco adelante y el lancero hubo de desplazar la punta de su arma, de forma que, en lugar de abrirle la barriga, le propinó un tajo en un costado; dejé caer a *Hálito-de-serpiente* y partí en dos el asta de fresno de la lanza, pero el hombre se vino a por mí, se aferró a mi pierna derecha y trató de descabalgarme. Le propiné un tajo con *Hálito-de-serpiente*, la hoja resbaló contra el borde del yelmo y le rebanó la cara, arrebatándole la nariz y la barbilla. Retorciéndose de dolor, su sangre salpicó mi bota derecha; me soltó y descerrajé de nuevo la espada, abriéndole en dos el yelmo. Emitió un gorgoteo, casi un gimoteo, mientras se llevaba las manos a la cara estragada, y espoleé a *Tintreg*.

Los hombres se rendían. Arrojaban al suelo escudos y armas y se ponían de rodillas en la hierba. Sus mujeres los defendían, dando gritos a mis guerreros para que pusiesen fin a aquel sinsentido, y pensé que tenían razón. Ya habíamos matado bastante.

—Finan —grité—, ¡haced prisioneros!

Y se oyó el bramido de una trompa al otro lado de la puerta.



Y de repente, tal y como había empezado, acabó aquel enfrentamiento, como si el bramido de aquella trompa hubiese sido una señal para los dos bandos en liza. Premiosa, la trompa bramó de nuevo, y la multitud que se agolpaba junto a la puerta retrocedió y volvió al interior del fortín abriendo paso.

A lomos de aquel jamelgo, apareció el obispo Leofstan, con aquellas piernas que casi tocaban el suelo. Tras el cura y al mando de Merewahl, un impresionante grupo de guerreros rodeaba a Etelfleda. A continuación, Haesten y sus hombres; tras ellos, más de aquellos soldados de Mercia que había traído Etelfleda.

—¡Habéis quebrantado la tregua! —más compungido que iracundo, me echó en cara el padre Ceolnoth—. Lord Uhtred, ¡habéis quebrantado la solemne promesa que les hicimos! —al tiempo que se quedaba mirando los cadáveres desperdigados por la hierba, cuerpos destripados cuyos intestinos se confundían con lo que quedaba de las cotas de malla, cuerpos con los sesos al aire que se derramaban de yelmos partidos en dos, cuerpos ensangrentados sobre los que ya revoloteaban las moscas—. Hicimos una promesa a los ojos de Dios —dijo, descorazonado.

Rojos de ira, el padre Haruld se arrodilló y tomó de la mano a un moribundo.

—No sois hombre de palabra —me increpó.

Espoleé a *Tintreg*, di un paso adelante y dejé caer la punta ensangrentada de *Hálito-de-serpiente* hasta rozar el pescuezo del cura danés.

—¿Sabéis cómo me llaman? —le pregunté—. Me llaman el asesino de curas. Una palabra más en mi contra y haré que os comáis vuestra propia mierda.

—Vos... —comenzó, pero le aplasté la cara con la parte plana de la hoja de *Hálito-de-serpiente* y lo dejé tendido en el suelo.

—Mentisteis, cura —le dije—, mentisteis, así que no me vengáis con monsergas —y calló la boca.

—Finan —bramé—, ¡desarmadlos a todos!

Etelfleda espoleó su montura hasta colocarse delante de los hombres del norte que se habían rendido.

—¿Por qué? —me preguntó con aspereza—. ¿Por qué?

—Porque son nuestros enemigos.

—Iban a entregarnos el fortín el día de Pascua.

—Mi señora —dije, con voz cansina—, Haesten no ha dicho una verdad en su vida.

—¡Pero si me ha jurado fidelidad!

—Pero yo nunca lo liberaré del juramento que me había prestado a mí —repliqué con rabia—. Haesten es un hombre que se debe a mí, ¡porque así me lo juró! Por muchos curas y plegarias que invoque, ¡no hay vuelta de hoja!

—Y vos —me respondió— me habéis prestado juramento de fidelidad a mí, de modo que vuestros hombres son mis hombres, y había alcanzado un acuerdo con Haesten.

Obligué a mi caballo a dar la vuelta. El obispo Leofstan se había acercado, pero, al verme, se echó para atrás. *Tintreg* y yo estábamos manchados de sangre, hedíamos a sangre, de sangre brillaba la hoja de mi espada. Apoyándome en los estribos, me erguí y, a voces, les dije a aquellos de los hombres de Haesten que aún seguían con vida:

—¡Que den un paso adelante todos aquellos de vosotros que sean cristianos! —y esperé—. ¿A qué esperáis? —insistí—. ¡Quiero ver aquí a todos los cristianos! —al tiempo que señalaba con la espada un retazo de hierba entre dos montones de troncos. Haesten abrió la boca como si fuera a decir algo; lo señalé con la punta de *Hálito-de-serpiente*—. Una sola palabra —le dije—, ¡y os corto la lengua! —cerró la boca—. ¡Cristianos! —volví a gritar—, ¡los quiero aquí! —cuatro hombres se acercaron; cuatro hombres y unas treinta mujeres. Nadie más—. Ahí están los otros, mi señora —le dije a Etelfleda, señalado a los hombres que no se habían movido de donde estaban—. ¿Veis lo que llevan colgado al cuello, mi señora? Decidme qué veis, ¿cruces o martillos?

—Martillos —dijo en voz baja.

—Mintió —volví a la carga—. Os dijo que, aparte de unos pocos, todos eran cristianos, que estaban esperando a que llegase el día de Pascua para convertir a los demás, ¡ahí los tenéis! Son tan paganos como yo; Haesten miente, como siempre —guie a *Tintreg* entre sus hombres, mientras iba diciendo—: Se le ordenó que conservara Eads Byrig hasta la vuelta de Ragnall, que está al caer. Os mintió tanto que ahora es incapaz de deciros la verdad. Se le traba la lengua. Quebranta juramentos, mi señora; lo mismo jura que lo negro es blanco que lo contrario, y los hombres se lo creen porque, a pesar de que se le trabe la lengua, tiene un pico de oro. Pero lo conozco bien, mi señora; no en vano es un hombre que a mí se debe, porque me ha prestado juramento de fidelidad —y con estas palabras, me incliné en la silla, me hice con la cota de malla, el jubón y la capa de Haesten y lo levanté en volandas. Pesaba mucho más de lo que me imaginaba, pero lo subí hasta la silla y obligué a *Tintreg* a volver grupas—. Lo conozco desde siempre, mi señora —dije—, y a lo largo de todos estos años, nunca ha dicho una verdad. Es retorcido como una culebra, mentiroso como una comadreja, tan valeroso como un ratón.

Bruna, la mujer de Haesten, empezó a increparme desde la parte de atrás de aquella multitud, abriéndose paso a empellones con sus puños rollizos, llamándome asesino, pagano, instrumento del diablo, y eso que era cristiana, de eso estaba seguro. Haesten la había animado a convertirse para mejor aplacar al rey Alfredo y que este le dispensara un trato más benevolente. Se removi6 en la silla, y le aporreé el trasero con la pesada empuñadura de *Hálito-de-serpiente*.

—Uhtred —le grité a mi hijo—, si esa puta gorda se atreve a ponernos un dedo encima a mí o a mi caballo, ¡partidle el maldito cuello!

—Lord Uhtred... —Leofstan hizo ademán de dar un paso hacia mí tratando de detenerme, pero, al reparar en la sangre que tenía mi espada y el costado de mi corcel, dio un paso atrás.

—¿Qué, padre? —le pregunté.

—Que sabía el credo —dijo con voz temblorosa.

—Igual que yo, padre. ¿Acaso por eso soy cristiano?

Leofstan parecía abatido.

—¿Acaso no lo es?

—Pues claro que no —le dije—, y os lo demostraré. Atento —al tiempo que arrojaba a Haesten al suelo antes de echar el pie a tierra, dejando las riendas en manos de Godric; luego, me quedé mirando a Haesten.

—No se os ha privado de la espada; desenvainadla.

—No, mi señor.

—¿No vais a luchar?

El cabrón se volvió a Etefleda.

—¿Acaso no nos ordena Nuestro Señor amar a nuestros enemigos, poner la otra mejilla? Si he de morir, mi señora, que sea como un cristiano. Muero como Cristo murió, por voluntad propia. Muero para dar testimonio de...

Fuere lo que fuere aquello de que quería dar testimonio nunca lo sabremos, porque le propiné un porrazo con la parte plana de la hoja de *Hálito-de-serpiente* en el yelmo que lo dejó tendido en el suelo.

—En pie —le dije.

—Señora —suplicó, alzando los ojos a Etefleda.

—¡En pie! —grité.

—Haced lo que dice —le ordenó Etefleda, que lo observaba todo. Haesten obedeció.

—Y ahora, pelead, baboso de mierda —le dije.

—No lo haré —dijo—, os perdono —al tiempo que se santiguaba, antes de tener el descaro de ponerse de rodillas, sujetando entre las manos la cruz de plata y llevándosela a la altura de los ojos como si estuviera rezando—. Santa Werburga —gritó—, ¡ruega por mí ahora y en la hora de mi muerte!

Descargué a *Hálito-de-serpiente* con tanto brío que Etefleda no pudo por menos que proferir un grito sofocado. Apuntando al cuello de Haesten, la hoja rasgó el aire. Un tajo despiadado, rápido e inapelable, que detuve en el último instante, de forma que la hoja ensangrentada casi rozó la piel de Haesten. Y entonces hizo lo que ya sabía que iba a hacer. Dejó caer la mano derecha, una de las dos con que sujetaba la cruz, hasta la empuñadura de la espada y la apretó con fuerza, pero sin intención de desenvainarla. Le acerqué la hoja de *Hálito-de-serpiente* al pescuezo.

—¿Acaso tenéis miedo de no ir al Valhalla? —le pregunté—. ¿Es esa la razón de que cerréis la mano sobre la empuñadura?

—Dejadme con vida —suplicó—, y os diré lo que Ragnall tiene pensado.

—Ya sé lo que tiene pensado hacer —presionándole con la espada en el pescuezo; se estremeció—. Ni siquiera me rebajaré a enfrentarme con vos —dije, y me quedé mirando al sobrino de Etefleda, que estaba detrás de ella—. ¡Príncipe Etefledano! ¡Venid aquí!

Etefledano dirigió una mirada a su tía, que asintió, y echó el pie a tierra.

—Vos seréis quien se enfrente con Haesten —le dije—, porque hora es de que acabéis con un *jarl*, aunque sea uno tan impresentable como ese —apartando la

espada del pescuezo de Haesten—. ¡En pie! —le ordené.

Haesten así lo hizo y se quedó mirando a Etelstano.

—¿De verdad queréis que pelee con un muchacho?

—Acabad con el muchacho y seguiréis con vida.

Porque la verdad es que Etelstano solo era un muchacho delgado, poco más que un niño, en tanto que Haesten era un guerrero curtido, si bien debería de haberse dado cuenta de que, a menos de estar seguro de la victoria del muchacho, jamás pondría en peligro su vida; aun así, Haesten trató de enredarlo. Se hizo con la espada y se abalanzó sobre Etelstano, que aún aguardaba a que yo le diese la orden de iniciar el combate. Bramando y blandiendo la espada, se abalanzó sobre él, pero Etelstano era rápido: supo esquivarlo y sacó de la vaina su larga hoja. Contuvo el envite y oí un entrechocar de aceros, y vi cómo Haesten se volvía para propinarle un tajo en la cabeza y abrísela en dos, pero el joven dio un paso atrás, la hoja le pasó rozando y, a carcajadas, se mofó de aquel adversario más entrado en años. Bajó la espada, invitándolo a intentar otro ataque, pero Haesten se mostró más precavido. Se limitó a dar vueltas en derredor de Etelstano, quien en ningún momento dejó de plantarle cara con la espada.

Mis razones tenía para dejar que fuera Etelstano quien se enfrentara con él y se alzara con la victoria. Porque, por más que fuera el primogénito del rey Eduardo y, en consecuencia, el *ætheling* de Wessex, también tenía un hermanastro de menor edad, y hombres muy poderosos del reino se decantaban por el más joven como próximo rey. Y no porque fuera mejor, más fuerte o más prudente, no, sino porque era el nieto del *ealdorman* más poderoso de Wessex, y con tal de oponerme a los deseos de aquellos ricos terratenientes, habría sido capaz de pagarle en oro a un bardo para que compusiera un poema sobre aquel enfrentamiento; poco me importaba que la composición guardase algún parecido con la realidad: lo único que quería era que, en ella, se aludiese a Etelstano como un héroe, que se había enfrentado a muerte con un caudillo danés en los bosques del norte de Mercia. Ya me encargaría yo de que el bardo fuera al sur, a Wessex, para que la entonase durante las veladas que, a la luz de hogueras crepitantes, se celebraban en las mansiones, de forma que todos, hombres y mujeres, supiesen que Etelstano era un hombre que merecía la pena.

Los míos se mofaban de Haesten, diciéndole a gritos que tenía miedo de un chaval, incitándolo a atacar, pero Haesten se mostraba cauteloso. Entonces, Etelstano dio un paso adelante y, casi al desgaire, lanzó un tajo al danés, cuando lo cierto es que estaba tanteando la prontitud de respuesta de aquel hombre mayor que él; debió de gustarle lo que observó, porque empezó a atacarlo con envites cortos y certeros, obligándolo a retroceder, sin tratar de herirlo, tan solo obligándolo a retroceder, sin darle tiempo para iniciar un ataque. De repente, dio un paso atrás, acobardado, como si hubiera sufrido un tirón muscular, y Haesten se fue a por él; Etelstano se apartó y descerrajó con brío, con rabia incluso, un tajo inmisericorde, rápido como un aleteo, de forma que la hoja le acertó de lleno en la rodilla derecha, y el hombre de más años

perdió el equilibrio y Etelstano le propinó otro tajo, con tantas ganas que la hoja le rasgó la cota de malla a la altura del hombro, y el danés se fue al suelo. Y vi cómo el rostro de Etelstano se iluminaba con la euforia del combate, y oí el grito desesperado de Haesten cuando el muchacho se llegó hasta él y alzó la espada para el golpe definitivo.

—¡Esperad! —grité—. ¡Esperad! ¡Dad un paso atrás!

Aquellos de los míos que habían seguido la pelea guardaban silencio. Etelstano parecía confuso; con todo, obedeció mi orden y se retiró un paso del enemigo a quien había derrotado. Aun retorciéndose de dolor, a duras penas Haesten se las compuso para ponerse en pie, tambaleándose sobre la pierna herida.

—¿Me perdonaréis la vida, mi señor? —preguntó—. ¡Os seré fiel de por vida!

—Ya lo sois —dije, tomándole el brazo derecho.

En ese momento, se dio cuenta de lo que me proponía y un gesto de desesperación se dibujó en su rostro.

—¡No! —gritó—. Os lo suplico, ¡no!

Le sujeté la muñeca y se la retorcí hasta que soltó la espada.

—¡No! —gemía—. ¡No, no!

Puse la espada fuera de su alcance y di un paso atrás.

—Y ahora, tenéis mi permiso para culminar la pelea —le ordené a Etelstano.

—¡Devolvedme la espada! —gritaba Haesten, cojeando a duras penas hacia la espada que estaba en el suelo, pero yo me cruzaba en su camino.

—¿Para qué? ¿Para ir al Valhalla? —rezongué—. ¿Acaso estáis pensando en la cerveza que vais a disfrutar con tantos hombres de bien como he enviado allá? ¿Con esos valientes? ¿Cómo es posible que un cristiano crea en el Valhalla? —no dijo nada; miró a Etelfleda; luego, volvió los ojos a Ceolnoth—. ¿Lo habéis oído? —les pregunté—. Este buen cristiano sueña con ir al Valhalla. ¿Seguís en la idea de que es cristiano? —Etelfleda me dirigió un gesto de asentimiento, dando por buena la demostración; Ceolnoth ni siquiera se atrevió a mirarme a la cara.

—¡La espada! —dijo Haesten, con lágrimas en los ojos; hice una seña a Etelstano para que se acercase, y me aparté a un lado—. ¡No! —gimoteó Haesten—. ¡La espada! ¡Os lo suplico! —mirando a Etelfleda—. ¡Mi señora, permitidme empuñar la espada!

—¿Por qué? —le preguntó Etelfleda, con frialdad; Haesten no supo qué decir.

Etelfleda hizo un gesto de asentimiento a su sobrino, y Etelstano ensartó a Haesten en su hoja, hundiendo el acero en la barriga del danés, rasgándole la cota de malla, la piel, los músculos y la carne. Con esfuerzo, la llevó hacia arriba, sin dejar de mirar a los ojos a su adversario, en tanto que la sangre manaba a borbotones y las tripas se desparramaban por la hierba rala de Eads Byrig.

Tal fue el final de Haesten el danés.

En tanto, Ragnall se acercaba.

Acabar con él no iba a ser tan fácil.

CAPÍTULO VI

Habíamos hecho un montón de prisioneros, guerreros en su mayoría, y lo más probable era que se revolvieran contra nosotros en caso de seguir con vida. Casi todos, partidarios de Ragnall; unos pocos, hombres de Haesten; todos, igual de peligrosos. Si los hubiéramos dejado en libertad, habrían vuelto a unirse al ejército de Ragnall, y bastante numeroso era ya, así que mi consejo fue acabar con todos. No podíamos alimentar a doscientos hombres, por no hablar de sus familias, y, en mis filas, había jóvenes que necesitaban ejercitarse más con la espada y la lanza, pero, a la vista de tamaña carnicería, Etelfleda se echó para atrás. No era una mujer débil, ni mucho menos; en el pasado, impasible había asistido a la ejecución de otros prisioneros, pero, en aquella ocasión, no sabía qué decir: si le asaltaron los escrúpulos o le había dado por sentirse magnánima.

—¿Qué queréis, pues, que haga con ellos? —le pregunté.

—Los cristianos pueden quedarse en Mercia —dijo, frunciendo el ceño, señalando al puñado que había confesado que tal era su fe.

—¿Y los otros?

—No los matéis —repuso, sin más.

De modo que, al final, les dije a los míos que les cercenasen la mano con la que empuñaban la espada, y las pusiesen todas juntas en un costal. En el altozano, había además cuarenta y tres hombres muertos; di orden de que los decapitasen y me trajesen las cabezas. Soltamos entonces a los prisioneros y, junto con los cautivos de más edad, les dijimos que siguiesen la calzada romana en dirección este. Les advertí que, a media jornada de allí, llegarían a una encrucijada, y que, si decidían ir al norte, podrían cruzar el río y regresar a Northumbria.

—Seguramente, os cruzaréis con vuestro señor, que vendrá en dirección contraria —les dije—. Si eso ocurre, llevadle un mensaje de mi parte: que si vuelve a Ceaster, será algo más que una mano lo que pierda.

Nos quedamos con las mujeres jóvenes y los niños. La mayoría acabarían en los mercados de esclavos de Lundene, aunque era posible que, entretanto, algunas de las mujeres encontrasen nuevos maridos entre los míos.

Cargamos todas las armas de que los habíamos despojado y las enviamos a Ceaster para, en lugar de las azadas y layas afiladas que empuñaban, ponerlas en manos de los hombres del *fyrð*. Luego, poco nos costó echar abajo la empalizada recién levantada que defendía Eads Byrig; con los troncos, dispusimos una gigantesca pira funeraria en la que ardieron los cuerpos decapitados. Al contacto con las llamas, los cuerpos se arrugaban, retorciéndose a medida que encogían, en tanto que una

columna de humo esparcía un hedor a muerte por el este. Pensé que, a la vista del humo, Ragnall se preguntaría si se trataría de un presagio. ¿Conseguiría disuadirlo de su propósito? Me imaginé que no. Se daría cuenta, sin duda, de que aquel incendio tan vivo no era sino aquel que consumía Eads Byrig, pero su ambición lo llevaría a ignorar el presagio y se mantendría en sus trece.

Y se me ocurrió una forma de darle la bienvenida; di órdenes de que dejaran en pie cuarenta y tres de aquellos leños y que, de trecho en trecho, los distribuyesen a modo de pilares a lo largo del perímetro de Eads Byrig. Una por una, fijamos las cabezas que habíamos cortado en cada uno de aquellos maderos. Al día siguiente, di órdenes de que clavasen las manos ensangrentadas en los árboles que se alzaban a ambos lados de la calzada romana, de forma que, a su regreso, lo primero que viera el irlandés fuera el saludo de aquellas manos, antes de contemplar las cabezas picoteadas por los cuervos que rodeaban lo poco que quedaba del fortín.

—¿De verdad creéis que piensa venir? —me preguntó Eteflada.

—Lo hará —dije con toda seguridad. Ragnall necesitaba alcanzar una victoria sonada y derrotar a Mercia, por no hablar de Wessex; necesitaba hacerse con un fortín. Podía ir en busca de otros, pero Ceaster tenía un atractivo especial a sus ojos. Si se hacía con Ceaster, en sus manos quedarían las vías marítimas que llevaban a Irlanda y se apoderaría del noroeste de Mercia. Sería una victoria por la que habría de pagar un alto precio, pero contaba con hombres de sobra. Claro que vendría.

Era noche cerrada, dos días después de habernos apoderado de Eads Byrig; los dos estábamos en lo alto de la puerta norte de Ceaster, contemplando un cielo cuajado de resplandecientes estrellas.

—Si tantas ganas tiene de apoderarse de Ceaster —dejó caer Eteflada tras un momento de silencio—, ¿por qué no se dirigió aquí en cuanto tocó tierra? ¿Qué necesidad tenía de pasarse antes por el norte?

—Porque haciéndose con Northumbria —repuse—, no solo duplicaba los efectivos de su ejército, sino que se veía libre de enemigos a sus espaldas. Si nos hubiera asediado sin asegurarse antes el apoyo de Northumbria, Ingver habría tenido tiempo de reunir sus tropas.

—Ingver de Eoferwic es un rey débil —dijo con desdén.

Tentado estuve de preguntarle por qué, si tan segura estaba, se había opuesto con tanta firmeza a la idea de invadir Northumbria. Sabía la respuesta. Para ella, lo primero era asegurar los confines de Mercia y, sin contar con el apoyo de su hermano, nunca invadiría el norte.

—Es posible que sea un rey débil —repliqué—, pero sigue siendo el rey de Jorvik.

—Eoferwic —me corrigió.

—Y las murallas de Jorvik son inexpugnables —continué—; Ingver todavía tiene partidarios. Si Ragnall le hubiese dado tiempo, Ingver bien podría haber reunido hasta un millar de hombres. Con sus correrías por el norte, Ragnall le mete el miedo

en el cuerpo a Ingver. Y ahora, los hombres de Northumbria se ven en esta tesitura: o con Ingver o con Ragnall, y ya sabéis del lado de quién se pondrán.

—De Ragnall —dijo en voz baja.

—Porque es un animal y un guerrero. Le tienen miedo. Si a Ingver le quedan dos dedos de frente, ahora mismo estará a bordo de un barco rumbo a Dinamarca.

—¿Y por eso pensáis que Ragnall está decidido a venir? —se interesó.

—Dentro de una semana —calculé—. Quién sabe si mañana mismo.

Se quedó mirando el resplandor del fuego que iluminaba el horizonte por el este. Eran las fogatas que habían prendido aquellos de los nuestros que se habían quedado en Eads Byrig. A ellos les había encomendado la tarea de llevar a cabo la destrucción de lo poco que quedaba en pie del baluarte y, para entonces, confiaba en que se las hubieran ingeniado para hacerse con el puñado de barcos que Ragnall había dejado en la orilla norte del Mærese. Aunque rodeado de hombres de más edad que pudieran aconsejarlo, había dejado al mando al joven Etelstano; con todo, acaricié el martillo que llevaba al cuello y me encomendé a los dioses para que no cometiera ninguna locura.

—Convertiré Eads Byrig en un fortín —dijo Etelfleda.

—Deberíais —repuse—, pero no tendréis tiempo de hacerlo antes de que Ragnall vuelva.

—Ya lo sé —dijo, molesta.

—Aunque sin disponer de Eads Byrig —añadí—, todo le resultará más difícil.

—¿Qué puede impedirle levantar nuevas murallas?

—Nuestra presencia —repuse con aplomo—. ¿Sabéis cuánto tiempo hace falta para levantar una muralla en condiciones alrededor de ese altozano? No me refiero a ese remedo que Haesten puso en pie, sino a una muralla de verdad. ¡Todo el verano! Y el resto de vuestro ejército está al caer, eso sin contar con el *fyrð*; dentro de una semana, seremos muy superiores en número y no le daremos respiro. Saquemos, mataremos y hostigaremos. Con sus hombres siempre embutidos en sus cotas de malla y a la espera de un ataque, no podrá levantar esas murallas. Acabaremos con las partidas que envía en busca de víveres, llevaremos a cabo nuestras propias batidas por el bosque, haremos que su vida sea lo más parecido a un infierno. Resistirá dos meses como mucho.

—E intentará atacarnos aquí —dijo.

—En efecto —repuse—, ¡y confío en que lo haga!, porque se estrellará. Estas murallas son más fuertes de lo que se imagina. Yo estaría más preocupado en cuanto a Brunanburh. Deberíais enviar más hombres allí y hacer más hondo el foso. Si se hace con Brunanburh, ya tendrá su fortín y nos pondrá las cosas más difíciles.

—Estoy reforzando las defensas de Brunanburh —me dijo.

—Haced el foso más profundo —repetí—, más ancho y más profundo; enviad allá doscientos hombres más y nunca se hará con el fortín.

—Se hará como decís —al tiempo que me tomaba del codo y me dirigía una

sonrisa—. Parecéis muy seguro de lo que decís.

—A la vuelta del verano —repuse, enardecido—, me habré hecho con la espada de Ragnall y él habrá encontrado su tumba en Mercia.

Eché mano del martillo que llevaba al cuello, preguntándome si, por decirlo en voz alta, no habría tentado a las tres Nornas, esas que tejen nuestros destinos al pie de Yggdrasil. Aunque la noche no estaba fría, sentí un escalofrío.

Wyrð bið ful āræd.



La noche anterior a la festividad de Eostre, hubo otra reyerta a las afueras de El orinal: un frisio, un hombre al servicio de Eteflada, resultó muerto, en tanto que otro, uno de los míos, perdió un ojo; no menos de doce hombres acabaron malheridos, antes de que Sihtric y mi hijo acabasen con aquel tumulto callejero. Fue mi hijo quien, despertándome en mitad de la noche, me dio la noticia.

—Hemos conseguido poner fin a la reyerta —me dijo—; por poco no degenera en una carnicería.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Mus, eso pasó —dijo, con voz desmayada.

—¿Mus?

—Demasiado hermosa —contestó mi hijo—: los hombres se pelean por estar con ella.

—¿Cuántos hay a la espera? —bramé.

—Hay que guardar cola durante tres noches —respondió mi hijo—; es la primera vez que ocurre algo así.

—No será la última, a menos que pongamos freno a esa putita.

—¿Qué putita? —se interesó Eadith, que, incorporada en la cama y cubriéndose los pechos con las mantas de piel, se acababa de despertar.

—Mus —dije.

—¿Mur?

—Una puta —le expliqué, antes de volverme a mi hijo—. Decidle a Byrdnoth que, si se produce otra reyerta, ¡le cierro la maldita taberna!

—Ya no trabaja para Byrdnoth —contestó mi hijo desde el umbral, donde no parecía sino una sombra que se recortaba contra la oscuridad del patio que se abría a sus espaldas—. Y los hombres de la Dama Eteflada se han quedado con ganas de más.

—¿Así que ya no trabaja para Byrdnoth? —al tiempo que saltaba de la cama y tanteaba el suelo en busca de algo que ponerme.

—Ya no —me aclaró Uhtred—; lo hizo en su día, pero me han dicho que las otras putas no la podían ni ver. Todos querían acostarse con ella.

—Si las otras chicas no la pueden ni ver, ¿qué pinta en El orinal?

—Ya no está allí. Despliega sus hechizos en un cobertizo que queda al lado.

—¿Sus hechizos? —rezongué, mientras me ponía unos calzones y un jubónapestoso.

—Un cobertizo abandonado —contestó mi hijo, pasando por alto mi pregunta—, uno de esos viejos pajares que son propiedad de la iglesia de San Pedro.

¡Un edificio propiedad de la iglesia! Cómo no se me habría ocurrido antes. Etelfleda había donado a la iglesia la mitad de las propiedades de la ciudad, y la mitad de esos edificios estaban desocupados. Pensando que Leofstan acomodaría a sus huérfanos y lisiados en algunos de aquellos edificios, me había reservado la mayoría para dar cobijo a los hombres del *fyrd* que habrían de acudir como refuerzo de la guarnición de la ciudadela. Muchos ya habían llegado, hombres y muchachos de las tierras de los alrededores, con sus hachas, lanzas, azadas y arcos de caza.

—¿Una puta en un edificio propiedad de la iglesia? —comenté, mientras me calzaba las botas—. Al nuevo obispo no le va a hacer mucha gracia.

—A lo mejor se quedaba encantado —dijo mi hijo, con retranca—; es una chica que se las sabe todas. Pero Byrnoth quiere que abandone el cobertizo. Dice que le hunde el negocio.

—¿Y por qué no la vuelve a contratar? ¿Por qué no pone a las otras chicas en su sitio y contrata de nuevo a la puta?

—Porque es ella la que dice que no quiere depender de nadie. Que no puede ver a Byrnoth, que no soporta a las otras chicas y que no quiere saber nada de El orinal.

—Y los idiotas, como vos mismo, no vais a permitir que esté ociosa —le dije, sin contemplaciones.

—Es un ratoncito precioso —suspiró con nostalgia. Eadith se echó a reír por lo bajini.

—¿Cara? —me interese.

—¡Qué va! Dadle un huevo de pato y os sentiréis transportado mucho más allá de las cuatro paredes de ese cobertizo.

—¿Os han quedado cicatrices? —le pregunté. No dijo nada—. O sea, que se están peleando por ella en estos momentos.

Se encogió de hombros.

—En eso estaban hace un rato —mirando a otro lado—. Parece ser que da preferencia a los nuestros por delante de los de Etelfleda; ahí está el quid del asunto. Sihtric dispone de una docena de hombres para evitar que lleguen a las manos; por ahora, parece que lo está consiguiendo. ¿Cuánto más podrá hacerlo?

Me cubrí con una capa, pero, en el último instante, me asaltaron las dudas.

—¡Godric! —grité, y volví a gritar hasta que el mozo apareció a todo correr. En efecto, Godric era mi mozo y hacía bien su papel, pero había alcanzado una edad en que habría de buscarme otro y permitir que el muchacho se sumase a nuestro muro de escudos—. Traedme la cota de malla, la espada y un yelmo —le dije.

—¿Vais con ánimo de pelea? —se sorprendió mi hijo.

—Voy a dar un susto a esa puta ratonil —dije—. Si, por ejercer su oficio, acaba por enfrentarse a los nuestros con los hombres de la Dama Etelfleda, está facilitando las cosas a Ragnall.



En el exterior de El orinal, unas antorchas encendidas en los muros de la taberna iluminaban los rostros crispados de una multitud de hombres que se mofaban de Sihtric y de los doce hombres que, con él, guardaban el callejón que, por lo visto, llevaba al cobertizo que ocupaba aquel ratoncito. Al verme, guardaron silencio. Merewahl, que llegó al mismo tiempo, se quedó mirándome con recelo al reparar en la cota de malla, el yelmo y la espada que llevaba. Él había acudido tan solo vestido de negro, con una cruz de plata colgada al cuello.

—La Dama Etelfleda me pidió que viniera —me explicó—; esto no le hace ninguna gracia.

—A mí tampoco.

—Asiste a la vigilia, como es natural. De allí vengo.

—¿Vigilia?

—La vigilia de Pascua —dijo, frunciendo el ceño—. Nos pasamos la noche orando en la iglesia y, con cánticos, saludamos el despuntar del alba.

—Qué vida tan azarosa lleváis los cristianos —dije, antes de volverme a la multitud—. Vosotros, ¡a la cama! ¡Se acabó la diversión!

Un hombre, con más cerveza que sesera en el cuerpo, se encaró conmigo; eché a andar hacia él llevándome la mano a la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, sus compañeros se apresuraron a llevárselo de allí. Con cara de pocos amigos, me quedé mirándolos hasta que la multitud acabó por dispersarse, momento en que me volví y le pregunté a Sihtric:

—¿Sigue esa infortunada muchacha en el cobertizo?

—Ahí sigue, mi señor —repuso; se lo veía mucho más tranquilo desde que había llegado.

Alta y llamativa, con una larga túnica verde y los rojos cabellos recogidos al buen tuntún en lo alto de la cabeza, Eadith también se había acercado hasta allí. Con un gesto, le indiqué el callejón; mi hijo venía detrás. Una docena de hombres esperaba en el angosto pasadizo; al oír mi voz, todos desaparecieron como por arte de ensalmo. Al final del callejón, cinco o seis cobertizos, unos edificios bajos de madera donde se almacenaba el heno; solo en uno de ellos se advertía un tenue destello de luz. No había puerta, tan solo una abertura; me agaché para entrar y me quedé de una pieza.

Porque, por todos los dioses, el ratón era una auténtica preciosidad.

La auténtica belleza no es algo que podamos contemplar todos los días. La mayoría de nosotros hemos padecido la viruela y tenemos la cara llena de cicatrices, amarillentos los pocos dientes que nos quedan, por no hablar de verrugas, lobanillos y

otras deformidades; por si fuera poco, apestamos como cagarrutas de oveja. Cualquier chica que llega a hacerse mujer con todos los dientes en su sitio y una piel limpia de cicatrices se nos antoja una belleza; pero aquella joven era algo más que hermosa: resplandecía con luz propia. Y me dio por pensar en Frigg, la joven muda que se había casado con Cnut Ranulfson y que, en aquellos momentos, vivía en la hacienda de mi hijo, aunque él se figuraba que yo no estaba al tanto. Frigg era una criatura deslumbrante y hermosa, solo que, así como llamaba la atención por morena y esbelta, aquella muchacha era rubia y de formas generosas. En cueros como estaba, con los muslos al aire, era como si aquella piel sin tacha alguna irradiase salud. De pechos bien formados, que no caídos, vivaces ojos azules y labios carnosos, componía un mohín deleitable que no se le borró de la cara hasta que no hube alzado en volandas al hombre que estrechaba entre sus muslos.

—Fuera de aquí —bramé—; a mear al foso. —Era uno de mis hombres; se subió los calzones y salió del cobertizo como alma que lleva el diablo.

Sofocado y sonriente, sin dejar de hacer arrumacos, el mur se recostó en el heno.

—Bienvenido de nuevo, lord Uhtred —le dijo a mi hijo, que callaba la boca. Una linterna sorda reposaba en lo alto de un montón de heno, y reparé en cómo, bajo aquella luz tenue y vagarosa, mi hijo se sonrojaba.

—Dirigíos a mí, no a él —rezongué.

Se puso en pie y se sacudió unas briznas de paja que se le habían quedado adheridas a aquella piel sin tacha. Ni una cicatriz, ni un rasguño, si bien, en cuanto se volvió hacia mí, no pude por menos que fijarme en el antojo que tenía en la frente, una minúscula marca de color rojo con forma de manzana. Fue casi un alivio comprobar que no era del todo perfecta, porque, en cuanto a sus manos, eran perfectas. De tanto trajinar con pucheros ardiendo, deformadas a fuerza de hilar y en carne viva de tanto frotar cuando lavaban la ropa, las manos de nuestras mujeres pronto se estropeaban. Las de Mus, sin embargo, eran suaves y perfectas, como las de un pequeño. Nada le importaba dejarse ver como había venido al mundo. Me dirigió una sonrisa y medio esbozó una respetuosa reverencia.

—Sed bienvenido, lord Uhtred —dijo con mucho recato, mientras sus ojos chispeaban divertidos al verme tan enojado.

—¿Quién sois?

—Me llaman Mus.

—¿Qué nombre os pusieron vuestros padres?

—Aflicción —dijo, sin perder la sonrisa.

—En tal caso, haréis bien en escucharme, Aflicción —rezongué—. O volvéis a trabajar donde Byrdnoth, en El chorlito, aquí al lado, o abandonáis Ceaster. ¿Me he explicado con claridad?

Frunció el ceño y se mordisqueó el labio inferior como si se lo estuviera pensando; luego, me dirigió una sonrisa radiante.

—Solo celebraba la festividad de Eostre —repuso la muy taimada— como a vos

os gusta, o eso tenía entendido.

—Lo que no me gusta —dije, reconcomiéndome de rabia al ver lo despierta que era— es que un hombre haya perdido la vida esta noche por culpa vuestra.

—Siempre les digo que no se peleen por mí —abriendo mucho aquellos ojos que eran todo inocencia—. ¡No me gusta que se peleen! Solo quiero que...

—Sé lo que queréis —salté—, ¡pero lo que importa es lo que yo quiero! Y os vuelvo a decir que o trabajáis para Byrdnoth o más os vale abandonar Ceaster.

—No me gusta Byrdnoth —repuso, arrugando la nariz.

—Menos gracia os haré yo.

—¡No, mi señor! —echándose a reír—. ¡Eso jamás!

—¡O trabajáis para Byrdnoth —volví a la carga— u os marcháis de aquí!

—No trabajaré para él, mi señor —contestó—, ¡no para ese gordo sebosito!

—Como gustéis, puta —dije, a pesar de lo mucho que me costaba apartar los ojos de aquellos pechos redondeados y hermosos, de aquel cuerpo menudo, tan bien formado y generoso. Ella se dio cuenta de lo que me pasaba y le hizo gracia.

—¿Por qué para Byrdnoth? —me preguntó.

—Porque no quiere que le causéis más quebraderos de cabeza —repuse—. Retozaréis con quien él os diga.

—Y con él, de paso —dijo—; ¡es repugnante! Es como retozar con un cerdo bien cebado —al tiempo que, horrorizada, se estremecía.

—Si no volvéis a trabajar en El chorlito —pasando por alto aquel estremecimiento tan exagerado—, tendréis que abandonar Ceaster. Dónde vayáis es cosa vuestra, pero os iréis de aquí.

—Como ordenéis, mi señor —dijo, con la cabeza gacha y mirando a Eadith—. ¿Tengo vuestro permiso para vestirme, mi señor?

—Vestíos —repliqué—. ¡Sihtric!

—¿Mi señor?

—Os encargaréis de vigilarla esta noche. Encerradla en uno de los graneros y, mañana, acompañadla hasta la calzada que va al sur.

—Mañana es el día de Pascua, mi señor; no habrá nadie por esos caminos —repuso, muy nervioso.

—En tal caso, ¡la dejo a vuestro cuidado hasta que alguien se dirija al sur! Despedidla entonces, y aseguraos de que no vuelva por aquí.

—Sí, mi señor —dijo.

—Mañana —encarándome con mi hijo—, echaréis abajo estos cobertizos.

—Así se hará, padre.

—Y si se os ocurre volver por aquí —mirando a la chica de nuevo—, os azotaré la espalda hasta dejaros las costillas en carne viva, ¿entendido?

—Entendido, mi señor —dijo, compungida. Dirigió una sonrisa a Sihtric, su carcelero, y se llegó a un hueco entre unos montones de heno, donde había arrojado sus ropas de cualquier manera y, a cuatro patas, se puso a buscarlas.

—No tardaré nada en vestirme —dijo—. ¡Se acabaron vuestros quebraderos de cabeza! Os lo prometo —mientras así hablaba dio un salto adelante y desapareció por un agujero que había en la pared de la parte de atrás del cobertizo. Tan solo llegué a ver una manita que, tanteando, se hizo con una capa o con una túnica; luego, desapareció por completo.

—¡Id tras ella! —ordené. Se había escabullido por aquella ratonera, dejando un pequeño montón de monedas y de trozos de plata junto a la linterna. Me agaché, pero, tras comprobar que el orificio era demasiado pequeño como para que lo intentase, encorvado volví al callejón. No había forma de llegar hasta la parte de atrás del cobertizo; para cuando nos abrimos paso por la casa de al lado, ya hacía mucho que se había ido. Me detuve a la entrada de un callejón, me quedé mirando la callejuela vacía a la que daba y, exasperado, empecé a soltar maldiciones.

—Alguien tiene que saber dónde vive esa puta —dije.

—Es un ratón —comentó mi hijo—; tendréis que echar mano de un gato.

Solté un bufido. Por lo menos, pensé, le había dado un buen susto a la chica, así que, a lo mejor, se dejaba de tonterías. ¿Por qué trataba mejor a mis hombres que a los de Etelfleda? Porque los míos ni eran más aseados ni estaban mejor pagados. Me imaginé que era una de tantas alborotadoras, una de esas que disfrutaban viendo cómo los hombres se peleaban por ella.

—Mañana, echaréis abajo estos cobertizos —le dije a mi hijo—, y buscaréis a esa puta. Dad con ella y encerradla.

Eadith y yo volvimos andando a casa.

—Es preciosa —dijo Eadith, con un deje de nostalgia.

—¿A pesar de ese antojo en la frente? —le pregunté, tratando de salir del paso como pude con tal de que creyera que no estaba de acuerdo con ella.

—Es preciosa —insistió Eadith.

—Igual que vos —le dije, y vaya si lo era.

Al oír el cumplido, me dirigió una sonrisa; se notaba que era una sonrisa de circunstancias, no exenta de un tinte de melancolía.

—¿Cuántos años tendrá? ¿Dieciséis, diecisiete tal vez? Cuando deis con ella, deberíais casaros con ella.

—¿Quién iba a querer casarse con una puta como esa? —le pregunté a bote pronto, sin dejar de pensar en que lo que realmente quería era llevarme a esa puta a la cama y gozar de aquel cuerpo en sazón.

—A lo mejor, un marido la hace entrar en vereda —dijo Eadith.

—A lo mejor, debería casarme con vos —dije sin pensarlo.

Eadith se detuvo y se me quedó mirando. Estábamos en el exterior de la gran iglesia donde celebraban la vigilia de Pascua; un chorro de luz procedente de las velas salía por la puerta abierta de par en par difuminándole la cara, arrancándole destellos de las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Alzó las dos manos y las apretó contra las canilleras del yelmo que llevaba; luego, se puso de puntillas, y me

dio un beso.

Dios, qué locuras no haremos por una mujer.



Siempre me había gustado hacer algo que se saliera de lo normal, como contar con la presencia de malabaristas, músicos y acróbatas, para celebrar la festividad de Eostre, pero las correrías de Ragnall por aquellos parajes pocos días antes de esa fecha habían bastado para disuadir a tales gentes de pasarse por Ceaster. No otra era la razón de que muchos de los invitados a la consagración de Leofstan hubieran excusado su presencia; con todo, la iglesia de San Pedro estaba abarrotada.

¿Consagración, entronización? ¿Quiénes, bajo aquel cielo plumizo, se habían creído que eran? Porque los reyes sí se sientan en tronos. La Dama Etefleda debería disponer de un trono; en Gleawecestre, en algunas ocasiones, utilizaba el de su difunto marido; incluso yo, que solo era un señor, a la hora de impartir justicia, lo hacía desde un trono, no porque fuera de regia estirpe, sino porque actuaba en nombre de la justicia del rey. Pero ¿un obispo? ¿Qué necesidad tenían de trono aquellos obispos con menos sesera que una comadreja? Wulfheard se sentaba en un trono más ostentoso que el del rey Eduardo: un sillón de respaldo alto, profusamente decorado con multitud de tallas de santos con cara de pánfilo y de ángeles vocingleros. En cierta ocasión, le pedí a aquel mentecato de culo escurrido que me explicase para qué necesitaba un sillón tan ostentoso y, ni corto ni perezoso, me contestó que él era el representante de Dios en el condado de Hereford.

—Es el trono de Dios, que no el mío —me dijo, dándose muchos humos, aunque yo estaba seguro de que se pondría hecho un basilisco si alguien se atreviese a sentar sus posaderas en aquel trono tallado.

—¿Acaso vuestro dios ha tenido a bien darse una vuelta por esos parajes? —le pregunté.

—Es omnipresente; así que he de deciros que sí, y sí, se sienta en el trono.

—¿Y dónde os sentáis vos? ¿En su regazo? Bonita estampa.

De ahí que, dado que Leofstan se había decantado por un taburete de los de ordeñar, albergara mis dudas en cuanto a que el dios cristiano se aviniese a pasarse por Ceaster. Era un taburete de esos de tres patas que había comprado en el mercado, el mismo que, en aquel momento, lo esperaba delante del altar. La noche antes de la festividad de Eostre había querido colarme de rondón en la iglesia y aserrar cosa de un dedo dos de las tres patas; la dichosa vigilia había dado al traste con mis planes.

—¿Un taburete? —le pregunté extrañado a Etefleda.

—Es un hombre humilde.

—Pero el obispo Wulfheard asegura que es el trono de vuestro dios.

—Dios es humilde también.

¡Un dios humilde! Ya puestos, ¿por qué no un lobo carente de dientes? Los

dioses, dioses son, y ejercen su poder sobre el trueno y desencadenan tormentas; son los señores del día y la noche, del fuego y del hielo, dispensadores de derrotas y victorias. A menos que, como broma, a los otros dioses les parezca divertido el asunto, sigo sin entender por qué la gente se hace cristiana. Más de una vez he pensado si no habría sido cosa de Loki, ese dios que, sin cesar, se burla de nosotros; que él fuera quien hubiese inventado el cristianismo, porque lleva su tufillo. Me imagino a los dioses muertos de aburrimiento y, probablemente, borrachos, recostados en el Asgard una noche cualquiera, y a Loki que trata de animar la velada con una de sus tonterías.

—Inventemos un carpintero —les dice—, y que esos necios crean que era el hijo del único dios, ¡que murió y resucitó, que lo mismo curaba la ceguera con arcilla que caminaba sobre las aguas!

¿Quién iba a creerse tamaña estupidez? Lo malo de Loki es que sus bromas siempre van demasiado lejos.

Las armas, los escudos y los yelmos de los hombres que asistían a la ceremonia se apilaban en la calle donde se alzaba la iglesia. No podían desprenderse de las armas o, cuando menos, debían tenerlas siempre a mano, porque ya habían vuelto los ojeadores que habíamos enviado Mærse arriba y nos habían dicho que el ejército de Ragnall se acercaba. La noche anterior, habían visto las fogatas de los campamentos y, al amanecer, habían observado el humo que tiznaba el cielo hacia el este. Echando cuentas, me imaginé que, para entonces, ya habrían descubierto que habíamos arrasado Eads Byrig, y que, a continuación, vendrían a Ceaster. Pero estábamos vigilantes; de ahí, los montones de armas y escudos a disposición de los hombres que abarrotaban la iglesia. Cuando oyesen el toque a rebato, tendrían que dejar al obispo con la palabra en la boca y trepar a lo alto de las murallas.

No todo habían sido malas noticias aquella mañana. Etelstano había conseguido apoderarse de dos de las naves que Ragnall había dejado atracadas en la orilla norte del Mærse. Dos barcos de ancha panza y altiva proa, dos navíos de guerra, con bancadas para sesenta y cuarenta remeros cada uno.

—Los otros barcos estaban varados —me dijo Etelstano—, y no fuimos capaces de ponerlos a flote.

—¿No los vigilaba nadie?

—Sesenta o setenta hombres, mi señor.

—¿De cuántos disponíais vos?

—Siete cruzamos el río a nado, mi señor.

—¿Solo siete?

—Los otros no sabían nadar.

—¿Y vos sí?

—¡Como un arenque, mi señor!

Etelstano y sus seis compañeros se habían despojado de sus ropas y, en plena noche, con la marea alta, habían cruzado el río a nado. Se las arreglaron para cortar

las maromas de dos de los barcos amarrados, que se fueron río abajo y, en aquel instante, estaban amarrados a buen seguro en lo que quedaba del embarcadero de Brunanburh. Me habría gustado que Etelstano volviese a quedarse al frente de aquel fortín, pero Etelfleda se empeñó en poner a Osferth, el hermanastro del muchacho, al mando, de modo que, en aquel momento, el pobre Etelstano estaba sometido al suplicio de tener que soportar la interminable ceremonia que acabaría por hacer del padre Leofstan un obispo del mismo nombre.

Hasta en dos ocasiones, eché una ojeada al interior de la iglesia. Los mismos cánticos de siempre, mientras una docena de curas esparcía el humo de unos incensarios que no dejaban de agitar. Un abad, con una barba que le llegaba a la cintura, desgranó un sermón monocorde que debió de durar no menos de dos horas y que acabó por arrastrarme a la taberna del otro lado de la calle. Al volver, vi a Leofstan, tumbado en el suelo de la iglesia y con los brazos extendidos. Allí estaban todos los lisiados que había traído; también los lunáticos que, juntos y sin dejar de rascarse, farfullaban en la parte de atrás de la iglesia, y, cómo no, los huérfanos que, con sus túnicas blancas, no se estaban quietos. La mayoría de los asistentes estaba de rodillas; vi a Etelfleda al lado de la mujer del obispo, que, como era de esperar, iba envuelta en un montón de refajos, y que, en aquel momento, alzando las manos entrelazadas por encima de la cabeza, no dejaba de balancearse adelante y atrás como si estuviera en trance. Qué forma tan triste, pensé para mí, de celebrar la festividad de Eostre.

Me dirigí a la puerta norte de la ciudad, subí a lo alto de las murallas y me quedé contemplando los campos desiertos. Sin decir ni palabra, mi hijo se llegó a mi lado. Esa mañana le había tocado quedarse al frente de los centinelas, de modo que estaba excusado de asistir a la ceremonia eclesiástica. Y allí nos quedamos los dos, disfrutando de tan agradable quietud. Poca gracia tendría que hacerle a Eostre que, en lugar de la bulliciosa feria que tendríamos que haber contemplado en la franja de hierba que se extendía entre el foso que rodeaba la ciudad y el cementerio romano, solo se vieran unas cuantas casetas en la calle principal. Como no era una diosa vengativa, a lo mejor no se lo tomaba muy a mal. Siempre entre susurros, que por aquel entonces nos hacíamos pasar por cristianos, de pequeño, me habían contado muchas cosas de ella. Recuerdo haber oído cómo, al amanecer, se escabullía y se dedicaba a repartir flores; cómo, de dos en dos, los animales iban tras ella, y cómo, en compañía de elfos y duendecillos que no dejaban de armar bulla con caramillos de juncos y tambores de flores de cardo, ¡cantaba al mundo para que se sumase al renacer de la creación! Al recordar aquel cuerpo turgente, aquella piel resplandeciente, aquellos ojos chispeantes y pícaros, aquella sonrisa de desdén, para mis adentros pensé que, por fuerza, Eostre tenía que parecerse a Mus. En aquel instante, hasta me pareció gracioso el recuerdo de su única imperfección: el antojo con forma de manzana.

—¿Habéis dado con la muchacha? —me interesé, rompiendo el silencio.

—Aún no —contestó, cabizbajo—, y eso que la hemos buscado por todas partes.

—¿No os la estaréis guardando para vos?

—No, padre, os aseguro que no.

—¡Pues en alguna parte tiene que estar!

—Hemos preguntado; hemos buscado. ¡Ha desaparecido! —al tiempo que se santiguaba—. Incluso he llegado a pensar si no habrá sido una ilusión. ¿Y si fuera uno de esos espectros nocturnos?

—¡No digáis sandeces! —me mofé de él—. ¡Es tan real como vos! Todos la hemos visto. ¡Y, en vuestro caso, más que visto!

—Pues anoche nadie la vio —repuso—, y eso que estaba desnuda cuando desapareció.

—Porque se hizo con una capa.

—Aun así, ¡alguien habría tenido que verla! ¿Una chica medio en cueros corriendo por la calle? ¿Cómo iba a desaparecer así, por las buenas? ¡Pues lo hizo! —frunció el ceño y calló un momento—. ¡Os digo que es un espectro nocturno, un ser de las tinieblas!

¿Un ser de las tinieblas? Había descartado semejante idea, pero lo cierto es que tales seres existen de verdad. Claro que había espectros, espíritus y duendes, seres maliciosos que solo se dejaban ver de noche. Y Mus, pensé, desde luego tenía que ser uno de esos, pues suscitaba rencillas entre mis hombres y los guerreros de Etefleda. Y sí, era demasiado perfecta para ser real. ¿Sería, pues, una aparición que nos habían enviado los dioses para mofarse de nosotros? Para mofarse de mí, en todo caso, pensé, al tiempo que recordaba la luz mortecina que iluminaba sus pechos bien redondeados.

—A menos que estéis deseando intervenir en una reyerta nocturna entre los nuestros y los hombres de la Dama Etefleda, habrá que dar con ella —dejé caer.

—Esta noche, no se dejará ver —replicó mi hijo, no muy convencido—. No se atreverá.

—Puede que estéis en lo cierto, y de verdad sea un ser de las tinieblas —al tiempo que acariciaba el martillo que llevaba al cuello.

Y ya no pude apartar la mano del talismán. Porque, por entre los bosques que se veían a lo lejos, de entre la floresta que rodeaba la colina donde se alzaba Eads Byrig, ya despuntaba el ejército de Ragnall.



Los hombres de Ragnall salieron en hilera, una hilera que causaba honda impresión, porque, aún no habían dejado atrás el bosque, que ya una larga cohorte avanzaba por la calzada romana, mientras otras tantas columnas cruzaban los linderos del bosque y, de buenas a primeras, se desperdigaban por el terreno. Al poco, una enorme hilera de jinetes abandonó el bosque y se dispersó por aquellos campos, hasta entonces

desiertos. Mucho tiempo tenían que haber dedicado a preparar un despliegue tal, sin otro propósito que el de atemorizarnos.

Uno de mis hombres comenzó a aporrear una tranca de hierro que colgaba en lo alto del adarve que presidía la puerta. A modo de rudimentaria campana para tocar a rebato, el desagradable, ensordecedor y áspero tañido de aquella tranca apremiaba a los defensores a acudir sin tardanza a las murallas.

—No dejéis de aporrear —le dije, mientras veía cómo los hombres abandonaban la iglesia y, a toda prisa, se hacían con los escudos, yelmos y armas apilados en la calle.

—Calculo que serán unos quinientos —aventuró mi hijo.

Me volví y me quedé mirando al enemigo. Dividí en dos mitades aquella hilera que divisaba en lontananza, repetí la operación, y conté los caballos; luego, multipliqué el resultado por cuatro.

—Seiscientos, más bien —dije, a ojo de buen cubero—. Quizá todos los caballos con los que cuenta.

—Sus hombres serán mucho más numerosos.

—Unos dos mil, tirando por lo bajo.

Seiscientos jinetes no suponían una amenaza para Ceaster; aun así, di órdenes de que el estruendoso tañido de la tranca no dejará de oírse por la ciudadela. Los hombres ya trepaban a lo alto de las murallas; Ragnall no tardaría en ver cómo iban a más las puntas de lanza que erizaban aquellos muros de piedra. Y deseé que ordenase el ataque, que no hay mejor forma de dar buena cuenta de un adversario que cuando este intenta tomar al asalto una muralla bien defendida.

—Se habrá acercado hasta Eads Byrig —comentó mi hijo, sin dejar de mirar al este, donde el humo de la pira funeraria aún tiznaba el cielo. Según él, Ragnall se habría puesto furioso al ver las cabezas cortadas que le había dejado a modo de saludo; a mi modo de ver, confiaba en que aquellas cabezas ensangrentadas lo llevasen a tomar la descabellada decisión de apoderarse de la ciudad.

—No atacará hoy —le dije—. Puede que sea testarudo, pero no es un necio.

De entre la larga hilera de hombres que, a paso lento, avanzaba por los pastos, nos llegó el bramido de una trompa, un sonido no menos áspero que el estruendo de nuestra tranca de hierro. Vi unos cuantos hombres que, a pie, venían detrás de los jinetes; con todo, calculé que nos enfrentábamos a no más de setecientos hombres, ni siquiera los suficientes para tomar por asalto las murallas; empero, no había reclamado la presencia de todos los defensores con que contábamos porque esperase un ataque inminente, sino solo para que Ragnall cayese en la cuenta de que no nos pillaban por sorpresa. En realidad, los dos estábamos haciendo un alarde.

—Ojalá nos atacase —comentó mi hijo, descorazonado.

—No será hoy.

—¡Si lo hace, perderá un montón de hombres! —Aún confiaba en que yo estuviese equivocado, y no renunciaba a la idea de acabar con unos cuantos de los

que tratasen de trepar por aquellos muros de piedra.

—De esos tiene más que de sobra —repliqué cortante.

—Si yo fuera él... —comenzó a decir mi hijo, antes de callar la boca.

—¿Qué haríais?

—No me gustaría perder a doscientos de los míos al pie de estas murallas. Me dedicaría a saquear Mercia. Me dirigiría al sur, y me haría con un botín nada desdeñable por ese lado, pero ¿aquí?

Asentí. Tenía razón, claro que sí. Atacar Ceaster era asaltar una de las ciudadelas mejor protegidas de Mercia, pero, en cuanto a botín y esclavos, poco tenían que ofrecer aquellos parajes. Junto con sus familias y el ganado, las gentes de por allí ya habrían buscado refugio en el fortín más próximo. Nosotros estábamos preparados para la guerra, hasta deseando entrar en combate; una súbita incursión hacia el sur, en cambio, los llevaría a ricas haciendas donde poco les costaría hacerse con un jugoso botín.

—Saqueará Mercia —comenté—, pero arde en deseos de hacerse con Ceaster. No atacará hoy, pero lo hará.

—¿Por qué lo decís?

—Porque no puede proclamarse rey de Britania si no se hace con los fortines —dije—, y porque Ceaster es una proeza que solo la Dama Etefleda ha conseguido. Aunque, por fuerza, hayan de reconocer que lo está haciendo bien, son todavía muchos los hombres que piensan que una mujer no debería estar al frente de los destinos de Mercia. ¡Ha fortificado estos parajes, los mismos que tanto pavor infundieran a su difunto marido! Él solo se dedicaba a tirar piedras contra su propio tejado; ella ha expulsado a los daneses. Aunque no haga nada más, ¡siempre podrá decir que fue ella quien recuperó Ceaster! Si la ciudadela cae, dirán que es una muestra de debilidad por su parte. Hacedos con Ceaster, y nada os impedirá apoderaros de Mercia occidental. Si Ragnall se alza con la victoria, podría acabar con Mercia, y lo sabe. No solo será el rey de Northumbria, sino de Mercia también; solo por eso, vale la pena sacrificar a doscientos guerreros.

—Pero, al no contar con Eads Byrig...

—La pérdida de Eads Byrig ha venido a complicarle las cosas —le interrumpí—, ¡aun así necesita apoderarse de Ceaster! Los irlandeses tratan de expulsar a los hombres del norte de sus tierras. ¿A dónde irán? ¡Vendrán aquí! Pero, mientras los ríos sigan en nuestras manos, no podrán hacerlo —un descuido nuestro era lo que había llevado a Ragnall hasta Britania—. Así que sí, en efecto —continué—, la batalla que aquí se libra no es solo por Ceaster, sino ¡por todo! Por Mercia, en primer lugar, y, a la larga, también por Wessex.

La interminable hilera de jinetes se había detenido, y un reducido grupo de hombres a caballo se acercaba a la ciudad. No menos de cien hombres, no obstante, eso sin contar unos cuantos a pie; dos grandes estandartes encabezaban el cortejo. En uno de ellos, ondeaba el hacha ensangrentada de Ragnall, el mismo motivo que

enarbolaba su hermano Sigtryggr; el otro no lo había visto en mi vida. Era una bandera, una enorme bandera negra. Tan solo eso, una bandera negra, solo que su presencia se me antojaba más siniestra por cuanto, rasgada en los bordes, sus andrajosos jirones se agitaban al aire que soplaba del mar.

—¿De quién es esa bandera? —pregunté.

—Nunca la había visto —repuso mi hijo.

Finan, Merewahl y Etefleda se llegaron a lo alto de la muralla. Ninguno de ellos fue capaz de identificar aquella bandera. Lo más raro de todo es que fuera tan grande como el estandarte del hacha de Ragnall, lo que me llevaba a pensar que quienquiera que enarbolase aquel pendón negro se consideraba, ni más ni menos, que a su altura.

—Una mujer viene con ellos —dijo Finan, gracias a su vista de halcón.

—¿Será la mujer de Ragnall? —se interesó Etefleda.

—Podría ser una de ellas —dijo Merewahl—. Dicen que tiene cuatro.

—Es una mujer toda vestida de negro —dijo Finan, protegiéndose los ojos para mejor observar al enemigo que se acercaba—. Viene a lomos de un caballo pequeño, un paso por delante de la bandera.

—A lo mejor es un cura —dejó caer Merewahl, no muy convencido.

Armando un estruendo acompasado y amenazador, que poco tenía que ver con el sol que lucía aquel día templado, los jinetes de aquella gran hilera comenzaron a golpear los escudos con las espadas. En ese momento, reparé en la mujer: toda vestida de negro, una capucha negra le cubría la cabeza, a lomos de un pequeño caballo negro que parecía enano al lado de los corceles que montaban los hombres que iban con ella.

—Nada de cura —dijo Finan—. Es una mujer. Estoy seguro.

—O un niño —añadí, porque el jinete del caballo pequeño tampoco abultaba mucho.

La comitiva se detuvo a unos doscientos pasos de nosotros, tan solo un poco más allá del alcance de una lanza o de un hacha que pudiésemos lanzarles. Algunos de los hombres del *fyrð* disponían de arcos, arcos de caza, no lo bastante recios como para traspasar una cota de malla. Tales arcos eran de gran ayuda por cuanto obligaban al adversario a protegerse el rostro con el escudo y resultaban muy útiles en las distancias cortas, pero disparar una flecha a doscientos pasos era un sinsentido que solo arrancaría mofas por parte de nuestros enemigos. Aun así, dos de los arqueros lo intentaron, lo que me llevó a darles una voz para que depusieran las armas.

—Han venido a parlamentar —grité—, no a pelear.

Pude ver a Ragnall con toda claridad. Tan ostentoso como siempre, con los largos cabellos al viento y aquel pecho garrapateado al desnudo. Obligó a su corcel a dar unos pasos adelante y se encaramó en los estribos.

—¡Os traigo presentes, lord Uhtred! —dijo a voces, al tiempo que se volvía hacia su estandarte, mientras los hombres que venían a pie se abrían paso entre los caballos y se acercaban a las murallas.

—¡Oh, no! —exclamó Etelfleda—. ¡No!

—Cuarenta y tres —dije con rabia; ni siquiera me molesté en contarlos.

—Quien con fuego juega —dijo Finan—, más tarde o más temprano, se quema.

Cuarenta y tres hombres, espada en mano, que empujaban a otros tantos prisioneros hasta el pie de las murallas. Más o menos en formación, los hombres armados se detuvieron; luego, obligaron a los prisioneros a ponerse de rodillas. En su mayoría hombres, con las manos atadas a la espalda, aunque también había alguna mujer entre ellos, mujeres que, desesperadas, contemplaban los estandartes que pendían de las murallas. Aunque me imaginaba que todos serían sajones y cristianos, no tenía ni idea de quiénes pudieran ser. No había encontrado mejor forma de vengarse.

Algo debían de haberle contado a Ragnall de las cuarenta y tres cabezas que lo esperaban en el altozano de Eads Byrig; esa era su respuesta. Y nada podíamos hacer. Habíamos dispuesto hombres en lo alto de las murallas de Ceaster, pero ni se me había pasado por la cabeza la idea de disponer de jinetes que pudieran llevar a cabo una salida. Solo podíamos oír los vagidos de las víctimas, ver cómo, una tras otra, caían las espadas y cómo aparatosos chorros de sangre ensuciaban la mañana, en tanto rodaban las cabezas por la hierba rala. Mientras los espadachines limpiaban las hojas de sus armas con las ropas de sus víctimas, Ragnall esbozaba su mejor sonrisa mofándose de nosotros.

Aún quedaba un último regalo, un postrer prisionero.

Un prisionero que no era capaz de dar un paso. Fuera quien fuera, lo traían a lomos de un caballo. Al principio, no supe si se trataba de un hombre o de una mujer; tan solo acerté a ver que era alguien vestido de blanco, alguien a quien bajaron del caballo y depositaron en la hierba cubierta de sangre. Todos nos quedamos sin palabras. Luego, alcancé a ver que se trataba de un hombre, y pensé que estaba muerto hasta que se las ingenió para, muy despacio, darse la vuelta. Fue entonces cuando reparé en que llevaba las vestiduras blancas propias de un cura; lo más sorprendente de todo era la llamativa mancha de color rojo que empapaba la parte delantera de aquellas vestiduras.

—¡Por Cristo! —musitó Finan.

Porque no se trataba de un adorno, no. Era sangre. El hombre se engurruñó como si tratase de poner fin al dolor que sentía en la entrepierna; en ese instante, la mujer a caballo y vestida de negro dio un paso adelante.

Y más se acercó, indiferente ante las amenazadoras lanzas, flechas o hachas que empuñábamos. Se detuvo a tan solo unas yardas del foso, se retiró la capucha de la capa y, desafiante, nos echó una mirada. Era una mujer entrada en años, de rostro adusto y surcado de arrugas, blanco el escaso pelo que aún tenía; una sutil mueca de desprecio se dibujaba en sus labios.

—Lo mismo que le he hecho a ese —dijo, señalando al hombre malherido que yacía a sus espaldas—, ¡os lo haré a todos vosotros! A todos. ¡De uno en uno! —al

tiempo que exhibía un pequeño cuchillo curvo—. Castraré a vuestros hijos, venderé como putas a vuestras mujeres y a vuestros hijos como esclavos, porque habéis de saber que una maldición ha caído sobre vosotros. ¡Sobre todos vosotros! —concluyó a voces, mientras describía un arco con el cuchillo de castrar, señalándonos a cuantos contemplábamos la escena desde lo alto de las murallas—. ¡Todos moriréis! ¡Malditos estáis para siempre! ¡El día y la noche, el fuego y el agua, hasta el destino, reniegan de vosotros!

Hablaba nuestra lengua, la lengua de los ingleses.

Se balanceó adelante y atrás en la silla de montar como si tratase de reunir fuerzas, respiró hondo y me señaló con el cuchillo.

—Y vos, Uhtred de Bebbanburg, Uhtred de la Nada, seréis el último en morir y quien sufra una muerte más lenta, porque habéis traicionado a los dioses. ¡Una maldición pesa sobre vos! ¡Todos estáis malditos! —y rompió a reír, graznando como si estuviera loca, antes de señalarme de nuevo con la hoja—. ¡Los dioses no pueden ni veros, Uhtred! Os tenían por hijo suyo, erais su preferido, la niña de sus ojos, pero elegisteis poner los dones que se os concedieron al servicio de un falso dios, de esa inmundicia de dios de los cristianos, ¡por eso los verdaderos dioses abominan de vos y os maldicen! Hablo con los dioses; ellos sí que me escuchan; os pondrán en mis manos, y tan lenta será vuestra muerte, ¡que se prolongará hasta el día de la batalla de Ragnarok! —y con esas palabras, me lanzó el cuchillo, que cayó a corta distancia de donde estaba, estampándose contra la muralla antes de ir a parar al foso. Se dio media vuelta, y nuestros enemigos se fueron con ella ocultándose de nuevo entre los árboles.

—¿Quién es? —me preguntó Etefleda, con un hilo de voz que más parecía un susurro.

—Se llama Brida —repuse. Mientras, el cura castrado me dirigía una mirada cargada de angustia, pidiéndome ayuda.

—¡Padre!

Era mi hijo.

SEGUNDA PARTE

LA CERCA FANTASMA

CAPÍTULO VII

Brida.

Sajona, educada en la fe cristiana; revoltosa de niña hasta decir basta, mi primera amante, una muchacha apasionada y fogosa; Brida, que, como yo, había vuelto a abrazar la fe en los antiguos dioses; con una diferencia, que así como yo siempre di por sentado que el dios de los cristianos era tan poderoso como cualquiera de los nuestros, Brida estaba segura de que el dios de los cristianos era un demonio, que el cristianismo era una perversión que había que erradicar si queríamos que el mundo volviera a ser lo que, en su día, fuera. Tras contraer matrimonio con mi buen amigo Ragnar, se había vuelto más danesa que los propios daneses, y había tratado de embaucarme, de tentarme y de convencerme para que me uniese a los daneses en contra de los sajones, la misma Brida que, al ver que no daba el brazo a torcer, había renegado de mí. Viuda ya por entonces, aún conservaba la formidable fortaleza de Dunholm, aquella que heredase de Ragnar, la más imponente de toda Northumbria, solo por detrás de la de Bebbanburg. En aquel momento, se había puesto de parte de Ragnall y, como ocasión tuve de saber más adelante, el apoyo que le prestara fue la gota que acabó por conducir al pobre rey Ingver al destierro. Al frente del ejército de Ragnar, Brida había marchado hacia el sur y había unido sus fuerzas a las de Ragnall; por eso, los hombres del norte disponían de efectivos más que suficientes para atacar Ceaster, incluso de dar por buenas las bajas que, con su sangre, habrían de teñir aquellas murallas romanas.

Más vale guardarse del odio de una mujer despechada.

Del amor al odio, solo hay un paso. Había amado a Brida, pero albergaba tanta ira en su interior que no estaba a su altura, una ira que, según ella, procedía directamente de la furia de los dioses. Brida había sido quien había elegido el nombre de *Hálito-de-serpiente* para la espada que empuñaba, la misma que había pronunciado un conjuro sobre aquella hoja, porque, aun de niña, estaba convencida de que los dioses hablaban con ella. Muchacha de cabellos negros, fina como un junco, así era de joven; tan despiadada como el fuego que consumiera al viejo Ragnar en aquel incendio que, juntos y escondidos tras unos majestuosos árboles, los dos habíamos contemplado. El único hijo que concibiera, mío era; muerto, nació el pequeñín, y no había tenido más; de modo que se dedicaba en cuerpo y alma a las canciones que componía y a las maldiciones que profería. El padre de Ragnar, el ciego Ravn, había profetizado que Brida llegaría a ser poetisa y hechicera, y así había sido, pero de la peor especie. Se había convertido en una hechicera apergaminada y de pelo blanco que, sin cesar, repetía poemas sobre cristianos muertos a manos de un Odín

victorioso. Canciones cargadas de odio.

—Lo que busca —le dije a Etelfleda— es acabar con vuestro dios y clavarlo de nuevo en un madero.

—Si resucitó una vez —repuso la dama, con devoción—, sin duda que volvería a hacerlo.

Pasé por alto el comentario.

—Sueña con una Britania que vuelva a venerar a los antiguos dioses.

—Un viejo sueño que ya se antoja cansino —comentó, desdeñosa.

—Lo que no quiere decir que, no por haber sido acariciado en su día —repliqué—, no pueda volver a hacerse realidad.

El viejo sueño no era otro, en realidad, que la idea de los hombres del norte de apoderarse de toda Britania. Una y otra vez, habían reunido ejércitos, invadido Mercia y Wessex, llevado a cabo sangrientas carnicerías contra los sajones en el campo de batalla; aun así, nunca habían conseguido hacerse con toda la isla. Una y otra vez, el rey Alfredo, el padre de Etelfleda, los había derrotado, había recuperado Wessex y, desde entonces, los sajones nunca habían dejado de plantarles cara, empujándolos cada vez más al norte de su territorio. En aquel momento, un nuevo caudillo, más poderoso que cualquiera de los que le antecederan, esgrimía la amenaza de restaurar el viejo sueño.

A mi modo de ver, aquella era una guerra que más tenía que ver con el territorio. Quizá porque un tío mío me había arrebatado algo que, por derecho, era mío, el señorío de Bebbanburg; el caso es que, y fuere como fuere, si quería recuperarlo, antes tendría que derrotar a los daneses que lo rodeaban. Jamás había dejado de pensar en aquella fortaleza que, azotada por los vientos, se alzaba junto al mar; en recuperar aquel señorío que, por derecho de sangre, era mío y, en su día, me habían arrebatado.

Para el rey Alfredo, su hijo Eduardo y su hija Etelfleda, se trataba de una guerra que no poco tenía que ver con el territorio, con las tierras que ocupaban los antiguos reinos de los sajones. Alfredo había recuperado Wessex; su hija trataba de expulsar de Mercia a los hombres del norte, y Eduardo de Wessex había recuperado Anglia Oriental. Empero, ambos tenían otra razón por la que, según ellos, merecía la pena morir: su dios. Luchaban por el dios de los cristianos, porque, según su forma de pensar, aquellas tierras pertenecían a su dios, y solo podrían considerarlas como suyas si en ellas se acataba su voluntad. «La tierra de los ingleses —había dicho el rey Alfredo en cierta ocasión— ha de ser la tierra de Dios. Si alguna vez se hace realidad, será porque Él así lo haya decidido, porque tal haya sido su deseo». Hubo un tiempo incluso en que hablaba de ella como la Tierra de Dios, pero el apelativo no había prosperado.

En el caso de Brida, solo había una razón: el odio que profesaba al dios de los cristianos. Para ella, aquella guerra era una batalla que se libraba entre los dioses, entre la verdad y la mentira: con tal de que dejasen de lado su religión y volviesen a

abrazar la fe en los viejos dioses del Asgard, con gusto habría consentido que los sajones acabaran con todos los hombres del norte. En aquel momento, por fin había dado con un campeón dispuesto a empuñar la espada, la lanza y el hacha por aquellos dioses en los que ella creía. ¿Y Ragnall? No creo que los dioses le preocupasen en demasía. Solo quería tierras, todo el territorio, y había hecho cuanto había estado en su mano para que los curtidos guerreros de Brida abandonasen su feudo de Dunholm y se uniesen a los suyos.

¿Y qué pintaba mi hijo en todo eso?

Pues eso, que era hijo mío.

Había renegado de él, lo había desheredado y lo había repudiado, y acababa de serme devuelto por un enemigo que lo había privado de su condición de hombre. Lo habían castrado. La sangre de la sotana estaba reseca.

—Se muere —había dicho, con pesar, el obispo Leofstan, al tiempo que trazaba la señal de la cruz sobre el pálido rostro de Uhtred.

Porque así se llamaba en su día, Uhtred, como todos los primogénitos de nuestra familia, un nombre del que yo lo había privado cuando se hizo cura cristiano. En vez de Uhtred, Judas le puse por nombre, aunque él gustaba de decir que se llamaba Osvaldo, el padre Osvaldo, un cura de mucho renombre por su rectitud y devoción, y también, cómo no, por ser hijo mío. El hijo pródigo. El mismo junto al que, postrado de rodillas, volvía a llamar por su nombre.

—¿Uhtred? ¡Uhtred!

Sin fuerzas para responder, con la frente bañada en sudor, no dejaba de temblar. Tras haber proferido aquel grito desesperado de «¡Padre!», no había vuelto a abrir la boca. Lo intentaba, pero las palabras no le salían: tan solo un atroz alarido de dolor.

—Se nos va —repitió el obispo Leofstan—; es la fiebre que antecede a la muerte, mi señor.

—Salvadlo, entonces —bramé.

—¿Que lo salve?

—Por lo visto, a eso os dedicáis, a sanar a esos malditos enfermos. Curadlo, pues. Con cara de susto, se me quedó mirando.

—Mi esposa... —comenzó a decir, antes de quedarse callado.

—¿A cuento de qué la sacáis a relucir?

—Ella sí que cura a los enfermos, mi señor Dios le ha dado ese don. A eso se dedica, mi señor.

—Llévadselo, pues, a ella.

Folcbald, uno de mis guerreros frisios, un hombre dotado de una fuerza prodigiosa, tomó a Uhtred en sus brazos, como si de un niño se tratara, y echándose a andar a toda prisa tras el obispo, lo llevó a la ciudad. El obispo nos condujo hasta uno de los más imponentes edificios romanos de la calle principal, una casa a la que se accedía por un ancho portón en forma de arquería que conducía a un patio porticado al que iban a dar doce puertas que conducían a otras tantas estancias. No difería gran

cosa de la casa que yo mismo ocupaba en Ceaster. A punto estaba de hacer un comentario fuera de lugar acerca del buen gusto del obispo en cuanto al lujo, cuando reparé en los enfermos que, en jergones de paja, atestaban los soportales que había alrededor del patio.

—Ya no hay sitio en el interior —se disculpó el obispo, al tiempo que dirigía una mirada a un portero lisiado que, tras hacerse con una pequeña barra de metal, comenzó a aporrear otra del mismo material que colgaba del techo del pasadizo de la entrada. Al igual que la rudimentaria campana de que nos servíamos para tocar a rebato, aquel artilugio emitía un tañido no menos áspero; el portero no dejó de tocar, mientras unas mujeres con túnicas y capuchas corrían a guardarse tras aquellas puertas—. A no ser que se trate de enfermos, moribundos o estén malheridos —nos dijo el obispo—, las hermanas han renunciado a los hombres.

—¿Acaso son monjas? —le pregunté.

—Una congregación de mujeres laicas —repuso—, ¡a la que me siento muy unido! Mujeres pobres en su mayoría, que han querido dedicar su vida al servicio de Dios. Otras son pecadoras —se santiguó—, mujeres de la vida —calló la boca un momento como si le costase expresar lo que se disponía a decir—: ¡mujeres de la calle, mi señor, del arroyo! Todas hijas de Dios, que hemos conseguido que vuelvan al redil.

—O sea, putas.

—Mujeres de la vida, mi señor, sí.

—¿Y vivís aquí con ellas? —me interesé, socarrón.

—¡Claro que no, mi señor! —repuso, más divertido que molesto por la pregunta—. ¡No estaría bien visto, claro que no! A mi mujer y a mí nos basta con una pequeña vivienda en el callejón que hay detrás de la herrería. Quiera Dios que no caiga enfermo, me vea moribundo o me encuentre malherido. —El portero recuperó, por fin, la pequeña barra de hierro y ya solo retumbaba el eco del último tañido, cuando vimos a una mujer alta y enjuta que, muy digna, cruzaba el patio. Era una mujer de hombros anchos, rostro adusto y manos de cavador. A pesar de que Leofstan era un hombre de buena estatura, aquella mujer le sacaba la cabeza.

—¿Obispo? —se interesó en tono agrio, cruzada de brazos y plantando cara al clérigo, al que echó una mirada capaz de taladrar a cualquiera.

—Hermana Ymma —dijo Leofstan, con la cabeza gacha, al tiempo que, con un gesto, señalaba la silueta ensangrentada que Folcbald traía en brazos—, os traigo a un cura muy malherido que necesita los cuidados de mi esposa.

La hermana Ymma, que bien podía haber formado parte de un muro de escudos, echó un vistazo en derredor y, al cabo, señaló una esquina de los soportales.

—Creo que allí queda un hueco...

—¡Dispondrá de una estancia para él solo —intervine—, y de una cama para él solo!

—Habrà de...

—Disponer de su propia estancia y de su propia cama —insistí con aspereza—, a menos que queráis que mis hombres se encarguen de que no quede ni un solo cristiano en esta maldita casa. Yo soy quien manda en esta ciudad, mujer, no vos.

La hermana Ymma se revolvió y empezó a protestar; el obispo la tranquilizó.

—¡Habrà que encontrar una estancia para él, hermana!

—Mejor sería que fuerais preparando unas cuantas —dije—. La semana que viene, habréis de atender a cien heridos como poco —me volví señalando a Sihtric con el dedo—. Buscadle sitio al obispo. ¡Dos, tres casas! ¡Habrà que atender a los heridos!

—¿Heridos? —se interesó Leofstan, preocupado.

—Va a haber una batalla, obispo —le dije, con cara de pocos amigos—, y no va a ser un camino de rosas.

Dispusieron una estancia y se llevaron a mi hijo al otro lado del patio; cruzamos una angosta puerta que daba a una pequeña cámara y, con delicadeza, lo depositaron en una cama. Musitó algo; traté de entender lo que decía, pero solo eran palabras sin sentido. Se engurruñó, se abrazó las piernas y empezó a lloriquear.

—Curadlo —grité enfurecido a la hermana Ymma.

—Si esa es la voluntad de Dios.

—¡Tal es mi voluntad!

—La hermana Gómer se ocupará de él —le dijo el obispo a la hermana Ymma, que, por lo visto, era la encargada de plantar cara a los hombres, tarea que ejecutaba con gusto.

—Esa tal hermana Gómer, ¿acaso no es vuestra esposa? —le pregunté al oír aquel extraño nombre.

—Así es, gracias a Dios —dijo Leofstan—, una persona que goza de todo mi afecto.

—Y que tiene un nombre de lo más raro —dije, sin perder de vista a mi hijo, que gemía en la cama retorciéndose de dolor.

El obispo esbozó una sonrisa.

—Sunngifu, tal fue el nombre que tuvo a bien imponerle su madre, pero, cuando las buenas hermanas vuelven a nacer para Cristo Jesús, reciben un nuevo nombre de pila. Por eso mi querida Sunngifu ahora es más conocida como la hermana Gómer y, junto con el nuevo nombre, Dios le concedió el don de curar.

—Eso fue lo que pasó, sí —dijo la hermana Ymma, muy seria.

—Ella será quien se ocupe de él —corroboró el obispo—, ¡y todos rezaremos por él!

—Al igual que yo —repuse, acariciando el martillo que llevaba colgado al cuello.

Salí de allí. Me di la vuelta al llegar al portón, y ocasión tuve de ver cómo las hermanas embozadas y encapuchadas abandonaban a toda prisa los sitios donde habían permanecido agazapadas, y dos de ellas entraban en el cuarto de mi hijo. Acaricé el martillo de nuevo. Estaba convencido de que no podía ni ver a mi hijo

mayor, pero no era así. Y allí lo dejé, engurruñado sobre tan atroz salvajada, temblando y sudando, mientras farfullaba cosas sin sentido por culpa de la fiebre; empero, no murió aquel día; tampoco al siguiente.

Y me vengué como está mandado.



Tanto miraban los dioses por mí que, al anochecer de aquel día, por el oeste, nos llegaron unas nubes que no presagiaban nada bueno. Unas nubes negras y espesas que, apelonadas, oscurecían el cielo y amenazaban con privarnos de la puesta de sol; ellas trajeron la lluvia y el viento. Nubes amenazadoras que representaban una oportunidad, una oportunidad que degeneró en disputa.

Disputa que alcanzaba su punto culminante en el interior de la mansión principal de Ceaster mientras, en el exterior, en la calle pavimentada por los romanos, no cesaba un ir y venir de caballerías, el estruendo que, entre relinchos y bufidos, provocaban los enormes corceles de guerra que con los cascos hollaban las losas del pavimento, en tanto que los hombres trataban de ensillarlos bajo una lluvia inmisericorde. Reunía a mis jinetes, guerreros de la tormenta.

—¡Dejaréis la ciudad indefensa! —argumentaba Merewahl.

—El *fyrð* se las compondrá y bastará para hacerlo —replicaba yo.

—¡No en ausencia de guerreros curtidos! —insistía Merewahl, quien rara vez se mostraba en desacuerdo conmigo, uno de mis mejores apoyos incluso en tiempos de Etelredo, que no podía ni verme. Pero aquella idea que se me había venido a la cabeza en aquella noche de perros le ponía los pelos de punta—. Claro que el *fyrð* se basta y se sobra, ¡siempre y cuando sus hombres sigan las indicaciones de guerreros curtidos!

—Nadie va a atacar la ciudad —bramé, al tiempo que el retumbar de un trueno rasgaba el cielo nocturno y hacía que, atemorizados, los perros que deambulaban por la mansión principal se acurrucaran en los rincones más apartados, mientras la lluvia asaeteaba la cubierta y, en forma de goteras, se filtraba por las antiguas tejas romanas.

—¿Para qué ha vuelto Ragnall entonces, si no es para atacarnos? —preguntó Etelfleda.

—No atacará ni esta noche ni mañana —dije—, lo que nos deja una posibilidad de darle donde más le duele a ese cabrón.

Iba vestido para guerrear. Bajo la cota de malla, un jubón de cuero que me llegaba hasta las rodillas, ceñido con un ancho tahalí del que pendía *Hálito-de-serpiente*. Los calzones, también de cuero, se hundían en unas botas altas reforzadas con tiras de hierro. Los antebrazos, recubiertos de brazaletes ganados en batalla. Godric, el mozo, portaba el yelmo con cabeza de lobo por cimera, una lanza de asta recia y el escudo, donde, pintada en los tablones de sauce que remataba un reborde de hierro, destacaba la cabeza del lobo que aullaba, la divisa de Bebbanburg. Iba vestido para la guerra, y

la mayoría de los que atestaban la estancia no parecían estar muy de acuerdo con lo que les proponía.

Cynlæf Haraldson, el joven favorito de Eteflæda, aquel de quien se comentaba que iba a casarse con su hija, se puso de parte de Merewahl. Hasta entonces, entre halagos y concesiones, había puesto buen cuidado en no enfrentarse conmigo, pero lo que les planteaba en aquel momento lo llevó a mostrarse en desacuerdo conmigo.

—¿Qué ha cambiado, mi señor? —me preguntó, con todo respeto.

—¿Cambiado?

—Cuando Ragnall se pasó por aquí la otra vez, no os mostrasteis tan decidido a llevar a los hombres al bosque.

—Temíais que os tendieran una emboscada —terció Merewahl.

—Por aquel entonces, sus hombres ocupaban Eads Byrig —repliqué—. Era su refugio, su fortaleza. ¿Qué sentido habría tenido llevar a los hombres a una encerrona, a perder la vida a los pies de esa empalizada?

—Aún mantiene... —empezó a decir Cynlæf.

—¡Claro que no! —zanjé—. Entonces, ¡no sabíamos que tales defensas eran pura filfa! ¡Pensábamos que habían erigido una fortaleza! Ahora sabemos que solo es un altozano.

—Pero nos siguen superando en número —apuntó Merewahl, desconsolado.

—Y siempre será así —repuse—, a menos que acabemos con un número suficiente de los suyos, tantos que hasta puede que nosotros los superemos.

—Lo más tranquilizador... —empezó a decir Eteflæda, antes de quedarse sin palabras. Con gesto de preocupación, sentada en un imponente sillón, un trono en realidad, arrebolada por el crepitar de la hoguera que ardía en el hogar que había en el centro de la estancia, seguía con atención lo que estábamos hablando, sin dejar de mirar a cada uno de los que habíamos tomado la palabra. A sus espaldas, unos cuantos curas; ellos también pensaban que la idea que acababa de exponerles era una temeridad.

—¿Lo más tranquilizador? —me revolví, en el momento en que, fuere lo que fuere lo que se disponía a decir, ya negaba con la cabeza, como si lo hubiera pensado mejor.

—Lo más tranquilizador —dijo el padre Ceolnoth, convencido— ¡es asegurarnos de que nadie pueda hacerse con Ceaster! —se oyó un murmullo de aprobación. Envalentonado al ver el apoyo que suscitaba, dio un paso adelante hasta colocarse junto al sillón que ocupaba Eteflæda, al resplandor de la fogata—. ¡Ceaster es la última de las diócesis que hemos erigido! ¡De ella depende una enorme cantidad de tierras de cultivo! Protege el acceso por mar a nuestro territorio. ¡Es un fortín contra los galeses! ¡Defiende Mercia de los paganos del norte! ¡No podemos perderla! —y calló la boca de forma inesperada, recordando quizá los malos modos con que yo solía acoger los consejos militares que me prodigaban los curas.

—¡Enumerad sus baluartes —siseó su hermano con aquella boca desdentada—

para así contarle a la edad venidera!

Me lo quedé mirando, preguntándome si, además de los dientes, no habría perdido también el seso, pero vi que los otros curas cuchicheaban entre sí con gestos de asentimiento.

—Palabras del salmista —me aclaró el padre Cuthberto, un cura ciego que, aparte de sus extravagancias, siempre había estado de mi parte.

—Si perdemos los baluartes, ¡nada podremos contar a la edad venidera! —bisbiseó el padre Ceolberht.

—Palabra de Dios. Alabado sea por siempre —dijo Ceolnoth.

Cynlæf me dirigió una sonrisa.

—Solo un necio pasaría por alto vuestro consejo —dijo muy remilgado, tratando de halagarme—. Nosotros también queremos acabar con Ragnall, ¡pero no podemos descuidar Ceaster!

—Ni dejar indefensas sus murallas... —añadió un Merewahl desconsolado, aunque no tuvo tiempo de concluir el razonamiento.

Retumbó otra andanada de truenos y empezó a caer agua a cántaros por el agujero del techo en forma de gotas que chisporroteaban al llegar al hogar.

—¡Es Dios que nos manda un aviso! —dijo el padre Ceolnoth.

¿Qué dios? Porque Thor era el dios del trueno. Tentado estuve de recordárselo, pero afirmar algo así solo serviría para que todos se pusieran en mi contra.

—En caso de tormenta, busquemos refugio —dijo Ceolberht—. El trueno es una señal de que debemos quedarnos detrás de estas murallas.

—Deberíamos... —empezó a decir Eteflæda, antes de que alguien la interrumpiera.

—Disculpad mi intromisión, estimada señora —intervino el obispo Leofstan—; ¡no me lo tengáis en cuenta, os lo ruego!

Aunque indignada, Eteflæda se las compuso para esbozar una sonrisa.

—Adelante, obispo.

—¿Qué nos dejó dicho Nuestro Señor? —se preguntó el obispo mientras, cojeando, se llegaba junto al hogar, donde la lluvia le ponía perdida la sotana—. ¿Acaso nos dejó dicho que nos quedásemos en casa, nos animó a que nos quedásemos junto al fuego del hogar? ¿Acaso dejó dicho a sus discípulos que cerrasen la puerta y se acurrucasen junto al hogar? ¡No! ¡Les dijo a los suyos que saliesen al mundo, siempre de dos en dos! ¿Y por qué? Porque les concedió poder para acabar hasta con el más poderoso de sus enemigos —se expresaba de forma apasionada y, para mayor sorpresa por mi parte, caí en la cuenta de que me estaba prestando su apoyo—. No se extiende el reino de los cielos quedándose en casa —dijo el obispo con fervor—, sino yendo mundo adelante, ¡tal y como nos dejó dicho Nuestro Señor!

—San Marcos —aventuró uno de los curas más jóvenes.

—¡Bien visto, padre Olbert! —dijo el obispo—. ¡Es una misión que se nos

encomienda en el evangelio de Marcos! —El bramido de otro trueno retumbó en la noche. Aullando en la oscuridad, al igual que los perros que por allí andaban, el viento iba a más. Llovía con más fuerza si cabe; gotas que caían de forma sesgada en la fogata, siseando al entrar en contacto con las crepitantes llamas—. ¡Eso fue lo que nos dejó dicho: que siguiéramos adelante —añadió el obispo—, que fuéramos por el mundo adelante y conquistáramos!

—Obispo... —intentó mediar Cynlæf.

—Los caminos del Señor son extraños —continuó Leofstan, pasando por alto la interrupción de Cynlæf—. No sé por qué Dios ha tenido a bien bendecirnos con la presencia de lord Uhtred, pero lo que sí sé es que ¡lord Uhtred gana batallas! ¡Es un guerrero fuerte que lucha en nombre del Señor! —calló la boca de repente y se retorció, y me acordé de los repentinos dolores que sufría. Estrujándose la sotana con una mano por encima del corazón, daba la impresión de que fuera a desvanecerse en cualquier momento; luego, el gesto de dolor se le borró de la cara—. ¿Hay, entre los aquí presentes, algún guerrero que se considere más formidable que lord Uhtred? —preguntó—. Si es así, ¡que se ponga en pie! —La mayoría de los hombres presentes ya lo estaban, pero me dio la impresión de que todos habían entendido lo que Leofstan quería decir—. ¿Alguno de los presentes más versado en asuntos de guerra que lord Uhtred? ¿Alguno que inspire más miedo al enemigo? —calló un momento la boca y esperó, pero nadie dijo nada ni se movió—. No niego que ande profundamente errado en lo tocante a nuestra fe, que necesita de la gracia de Dios y del perdón de Cristo, pero Dios lo ha puesto de nuestro lado y no debemos rechazar semejante regalo —inclinándose ante Eteflæda—: Mi señora, tened a bien disculpar que os haya expuesto mi humilde opinión, pero os ruego que hagáis caso de lo que os dice lord Uhtred.

Le habría estampado un beso en la cara.

Eteflæda se quedó mirando a los allí congregados. Por el agujero del techo se coló el fulgor de un rayo, seguido de un espantoso trueno que estremeció el cielo. Los hombres no parecían muy convencidos, pero ninguno se atrevió a alzar la voz para llevar la contraria al obispo.

—Merewahl —dijo Eteflæda, poniéndose en pie, dando a entender que daba por concluida la discusión—, os quedaréis en la ciudad con un centenar de hombres. Los demás —vaciló un momento, me echó una mirada y tomó una decisión— se unirán a lord Uhtred.

—Nos pondremos en marcha dos horas antes del amanecer —dije.

—¡Mía es la venganza! —comentó el obispo, satisfecho.

Se equivocaba. Era cosa mía.

Nos disponíamos a dejar Ceaster para atacar a Ragnall.



Aún era de noche cuando, al frente de casi ochocientos jinetes, me puse en marcha. Abandonamos la ciudad por la puerta norte en medio de una de las tormentas más aparatosas que había visto en mi vida: truenos que desquiciaban los cielos, rayos que rasgaban las nubes, lloviendo a mares, con un viento que, más que aullar, recordaba los lastimeros gritos de los condenados. Iba al frente de los míos y también de los hombres de Etelfleda, guerreros de Mercia, soldados de la tormenta, todos con cotas de malla, espadas, lanzas y hachas, a lomos de espléndidos corceles. El obispo Leofstan, a voces, nos había despedido desde lo alto de la puerta, enviándonos bendiciones que se perdían en el fragor de la tempestad.

—¡Os disponéis a llevar a cabo la obra de Dios! —proclamaba a gritos—. El Señor va con vosotros, ¡que su bendición os acompañe!

La obra de Dios pasaba por acabar con Ragnall. Y sí, se trataba de una maniobra arriesgada. A saber si, en aquel momento, provistos de escalas y dispuestos a luchar y morir a los pies de la muralla romana, los guerreros de Ragnall no estarían cabalgando bajo la lluvia camino de Ceaster. Lo más seguro era que no. No me hacía falta echar mano de presagios ni ojeadores para estar convencido de que las tropas de Ragnall aún no estaban en condiciones de atacar Ceaster.

Ragnall se había movido con rapidez. Al frente de su gran ejército, se había dirigido a Eoferwic, y la ciudad, aquel enclave que dejaba el norte en sus manos, había caído sin presentar batalla; por eso, Ragnall había dado media vuelta con la intención de atacar Ceaster. No había dado un respiro a sus hombres, agotados después de tan larga marcha. Y cuando ya se disponían a atacar una fortaleza romana bien defendida, se habían acercado a Eads Byrig para descubrir tan solo unas ruinas cubiertas de sangre. Les harían falta uno o dos días, más quizá, para volver a estar en condiciones, preparar escalas, salir en busca de forraje y aguardar la llegada de los rezagados.

Merewahl y todos los demás estaban en lo cierto, claro. La forma más segura y más cómoda de defender Ceaster era quedarse al abrigo de sus altas murallas y ver cómo los hombres de Ragnall perdían la vida junto a aquellas piedras. Y eso es lo que iba a pasar. Provistos de hachas, hoces y lanzas, habían llegado casi todos los hombres del *fyrð*. Con ellos, sus familias y también el ganado, de modo que reses, cerdos y ovejas campaban por sus respetos por las calles de la ciudadela. Sin duda que los muros de Ceaster estarían bien defendidos, pero eso no iba a impedir que Ragnall intentase el asalto. Si nos hubiéramos quedado detrás de aquellas murallas hasta que, por fin, se decidiese a intentarlo, habríamos dejado en sus manos las tierras de los alrededores. Habría intentado un asalto, un asalto que, casi con toda seguridad, habría acabado mal, pero, habida cuenta de las dimensiones de su ejército, bien podía permitírsele e intentarlo de nuevo. Mientras, sus tropas se dedicarían a saquear Mercia, quemando y matando por doquier, tomando esclavos y robando ganado, en tanto el ejército de Etelfleda permanecía confinado en Ceaster, incapaz de defender aquellas tierras que había jurado proteger.

Por eso quería mantenerlo alejado a toda costa de Ceaster.

Quería darle donde más le doliese. Quería atacar durante esa oscuridad que antecede al final de la noche, hacerle daño entre el retumbar de los truenos de aquella tormenta providencial que Thor nos enviaba, acosarlo bajo los rayos que Thor nos lanzaba, atacarlo bajo el viento y la lluvia que nos habían enviado los dioses. Que supiera lo que es el caos. Había confiado en disponer de un lugar donde refugiarse en Eads Byrig, pero, en aquel momento, no tenía otro refugio que los escudos de sus hombres, que, sobrecogidos, ateridos y cansados, plantaban cara a la tormenta como podían, mientras cabalgábamos dispuestos a acabar con ellos.

Y con Brida. Pensé en mi hijo, en mi hijo castrado, retorcido y postrado en el lecho del dolor, y dejé caer la mano sobre la empuñadura de *Hálito-de-serpiente* y me juré a mí mismo que aquella hoja probaría la sangre antes de que saliese el sol. Quería dar con Brida, la hechicera que había castrado a mi hijo, y me juré a mí mismo que tanto haría chillar a tan perversa criatura que sus gritos apagarían el fragor de los truenos de Thor.

Cynlæf iba al frente de los hombres de Etefleda. Hubiera preferido a Merewahl, pero Etefleda quería que alguien de su confianza se quedase para guardar las murallas de Ceaster, y había insistido en que fuera Merewahl, de modo que envió a Cynlæf en su lugar. Eso sí, le había dejado dicho a su preferido que en todo había de seguir mis órdenes. Por supuesto que Etefleda también había querido venir con nosotros, pero, por una vez, había dado su brazo a torcer cuando le hice ver que el caos de una refriega a la luz incierta del amanecer de un día de tormenta no era sitio para ella.

—Vamos a llevar a cabo una matanza, señora —le había dicho—, una carnicería. Si venís con nosotros, tendré que proporcionaros una guardia personal, y esos hombres no podrán participar en la degollina, cuando lo cierto es que los necesito a todos, sin tener que preocuparme de si estáis a salvo o no.

A regañadientes, había dado por buenas mis razones, y dispuso que, en su lugar, fuese Cynlæf, quien, en aquel instante, cabalgaba a mi lado sin decir palabra. Cabalgábamos despacio, no podíamos ir más deprisa. No disponíamos de otra luz que los destellos intermitentes de los rayos que, arrancando tonos argentinos en lo alto, descargaban sobre nosotros, pero no me hacía falta luz. Lo que nos disponíamos a hacer era muy sencillo: íbamos a sembrar el caos y, para eso, solo necesitábamos llegar a los linderos del bosque y esperar a que las primeras e inciertas luces que anunciaban un nuevo día nos permitiesen distinguir el contorno de los árboles entre las tinieblas de la oscuridad nocturna para, sin sobresaltos, poder llevar a cabo la carnicería.

El resplandor de un rayo nos saludó cuando llegamos al final de los pastos. Ante nosotros, solo la oscuridad, árboles, matorrales y espectros. Bajo una intensa lluvia, hicimos un alto. Finan espoleó su caballo y se llegó a mi lado. Llegué a oír los crujidos de su silla de montar y los andares pesados de su corcel cuando hundía las

pezuñas en aquel terreno anegado.

—Aseguraos de que todos se han desplegado como convinimos —dije.

—Ya lo están —repuso Finan.

Había dado órdenes de que los jinetes se dividiesen en ocho grupos. Cada uno avanzaría por su lado sin preocuparse de lo que hicieran los demás. Formábamos un rastrillo de ocho púas, un rastrillo con el que nos disponíamos a escarbar el bosque. Las únicas instrucciones que habían recibido aquella mañana habían sido: matar, procurar esquivar los muros de escudos que, de un modo u otro, acabarían por encontrarse, y obedecer al bramido de la trompa cuando tocase a retirada. Pensaba estar de vuelta en Ceaster a tiempo para desayunar.

A menos que el enemigo supiese que andábamos al acecho. A menos que, al ver los destellos plateados que, en medio de aquella húmeda oscuridad, nos arrancaban los fulgurantes resplandores de los rayos que lanzaba Thor, sus centinelas no hubieran caído en la cuenta de que nos aproximábamos. A menos que ya estuvieran juntando los rebordes metálicos de sus escudos y formando el muro en el que habríamos de perder la vida. Ese rato de espera en que hay que procurar que la mente no divague en cobardes impulsos, en que hay que tragarse la angustia. En ese momento pensé en todo lo que podía salir mal y sentí la tentación de ponerme a salvo, de volver con las tropas a Ceaster, de repartirnos por las murallas y esperar a que nuestros enemigos se dejasen la vida al intentar un violento asalto. Nadie me lo echaría en cara, y si Ragnall moría a los pies de las murallas de Ceaster, su muerte inspiraría otra canción sobre Uhtred, que se repetiría por todas las tabernas de Mercia. Toqué el martillo que llevaba colgado al cuello. A lo largo de los linderos del bosque, vi hombres que se llevaban la mano a sus talismanes y musitaban plegarias a su dios o a los dioses, hombres que, más que por la lluvia que nos caía encima y las ráfagas de viento, sentían escalofríos de miedo.

—Ya es casi la hora —dijo Finan en voz baja.

—Lo sé —contesté. Esa incierta luz gris no es otra que la luz que empieza a abrirse paso entre las tinieblas y la luz del sol, entre la noche y el despuntar del alba. Una luz que no permite distinguir los colores. Todo es tan gris como la hoja de una espada, como la niebla, de un gris que todo lo engulle, los espectros, los elfos y los duendes. Es la hora en que el zorro vuelve a la madriguera, el tejón a la cueva y la lechuza al nido. El retumbar de otro trueno estremeció el cielo, y miré a lo alto. La lluvia me dio de lleno en la cara, y me encomendé a Thor y a Odín. Hago esto por vosotros, les aseguré, para procuraros un rato de diversión. Los dioses están al tanto de cuanto hacemos, nos recompensan y, a veces, nos castigan. A los pies de Yggdrasil, sin perder la sonrisa, las tres brujas nos observaban. ¿Estarían afilando las tijeras? Pensé en Eteflada, tan fría a veces, a veces tan desesperada en busca de un cálido abrazo, que no podía ni ver a Eadith, tan leal y complaciente siempre conmigo, y que tanto miedo le tenía a Eteflada. Y pensé también en Mus, en aquella criatura de las tinieblas que volvía locos a los hombres, y me pregunté si tendría miedo de

alguien o si acaso no sería un mensajero de los dioses.

Volví a clavar la vista en el bosque y distinguí el contorno de los árboles, una masa oscura en medio de la oscuridad, y reparé en las ráfagas de lluvia.

—Ya es casi la hora —volví a decir.

—Por Dios os lo pido —musitó Finan; me fijé en que se santiguaba—. Si veis a mi hermano —continuó, alzando la voz—, dejádmelo a mí.

—Así lo haré, si llego a verlo —le prometí. Godric cargaba con mi pesada lanza, pero yo prefería la espada; por eso, desenvainé a *Hálito-de-serpiente* y señalé al frente, y acerté a ver el brillo de su hoja, un resplandor trémulo de luz brumosa en medio de aquella oscuridad. Un caballo relinchó. Alcé la hoja y besé el acero—. ¡Por Eostre —dije—, por Eostre y por Mercia!

Y las sombras que había bajo los árboles empezaron a cobrar forma, dando paso a matorrales y troncos, a hojas azotadas por el viento. Todavía era de noche, pero ya se atisbaba aquella gris e incierta luz.

—Adelante —le dije a Finan, antes de alzar la voz y gritar—: ¡Adelante!



El tiempo de quedarnos agazapados había pasado. Todo era vértigo y estruendo. Me agaché en la silla para esquivar las ramas más bajas y, sin dejar de espolearlo, dejé que *Tintreg* siguiera adelante. Aquella luz incierta fue a más. La lluvia azotaba el follaje, el bosque era un retumbar de los caballos, el viento zarandeaba las ramas altas a su antojo como si buscara descoyuntarlas. Confiaba en escuchar el bramido de un cuerno enemigo tocando a rebato, pero no oí nada. Unos rayos restallaron por el norte, perfilando unas sombras inmóviles y negras entre los árboles; luego, el retumbar de un trueno y, en ese momento, atisbé el tenue fulgor de una fogata un poco más adelante. ¡Hogueras de campamento! Los hombres de Ragnall se habían concentrado en los claros y, si habían apostado centinelas, o no nos habían visto o los habíamos dejado atrás, mientras se avivaba el parpadeo de las fogatas que trataban de resistir bajo aquella lluvia torrencial. Vi sombras entre las hogueras. Algunos hombres estaban despiertos y, como podían, avivaban el fuego, sin pensar que cabalgábamos con el propósito de darles muerte. Al cabo de un momento, a mi derecha y a lo lejos, donde la calzada romana se internaba en el bosque, oí gritos y supe que la matanza había comenzado.

El despuntar del alba fue una locura. Ragnall había pensado que, acobardados tras la degollina que habíamos presenciado el día de la festividad de Eostre, nos habríamos quedado a buen resguardo tras las murallas de Ceaster, cuando, por el contrario, en alas del trueno, cargábamos contra los suyos, que no estaban en condiciones de plantarnos cara. Dejé atrás los árboles, salí a un ancho claro y reparé en unas chozas miserables, hechas con unas cuantas ramas dispuestas de cualquier manera. Un hombre salía a gatas de uno de aquellos cuchitriles, alzó la cabeza y

Hálito-de-serpiente se le llevó la cara por delante. La hoja dio en hueso y un cosquilleo todavía me recorría el brazo cuando otro hombre echó a correr; con la punta de la espada, lo ensarté por la espalda. En derredor, solo jinetes que herían y mataban.

—¡Adelante, adelante! —no dejaba de gritarles a los míos. Aquel solo era uno de los muchos campamentos que se alzaban en un claro; el campamento principal estaba más arriba. Un resplandor por encima de los árboles sumidos en la oscuridad me indicó que había hogueras encendidas en la cima de Eads Byrig, y allá que me fui.

Y me vi de nuevo entre árboles. Aun envuelta en aquellas nubes de tormenta, la luz iba a más y, a lo lejos, acerté a distinguir la amplia franja de tierra devastada que discurría a lo largo de las laderas de Eads Byrig. Allí era donde, entre tocones, se encontraban acampados la mayoría de los hombres de Ragnall, y allí fue donde acabamos con ellos. Blandiendo espadas ensangrentadas, dejamos atrás los bosques y cargamos contra aquellos hombres muertos de miedo, acabando con todos los que nos salían al paso. Las mujeres chillaban; los pequeños lloraban. A mi derecha, al frente de unos cuantos hombres, mi hijo dio buena cuenta de unos fugitivos que trataban de escapar a nuestras espadas. *Tintreg* pateó a un hombre, lo arrojó a una hoguera y empezaron a saltar chispas. Con los cabellos en llamas, comenzó a chillar, mientras, de un revés de *Hálito-de-serpiente*, yo dejaba tieso a otro, que corría con una cota de malla en las manos cuando, delante de mí, vi cómo un guerrero desafiante me amenazaba con una lanza. Oí un retumbar de cascos a mi espalda, esquivé al hombre y el hacha de uno de los míos, un frisio, le abrió en dos el cráneo. Aquellos que acababan de despertarse trataban de sortear la primera zanja trepando por la muralla de adobe; se oyó entonces el bramido de un cuerno que llegaba de lo alto de la cima del antiguo baluarte. Cargué contra un grupo de hombres, descerrajando tajos a diestra y siniestra con *Hálito-de-serpiente*, mientras Godric, sin apartarse de mi lado, lanza en ristre, le abría la barriga a un hombre. *Tintreg* se revolvió contra otro y le dio un mordisco en la cara. Luego, se echó a un lado de un salto mientras un trueno rasgaba el cielo por encima de nuestras cabezas. Sin dejar de lanzar alaridos, Berg galopaba a mis espaldas, con un amasijo de tripas que se le había enredado en la espada. Sacudió el arma, dio media vuelta y volvió a hacer de las suyas. Llevándose las manos a la cara estragada, con los dedos cubiertos de sangre, el hombre al que *Tintreg* le había mordido la cara vagaba sin rumbo. Bajo aquella luz incierta, no llamaba tanto la atención el resplandor de las hogueras como los destellos que los relámpagos arrancaban de la sangre de nuestros enemigos.

Espoleé mi corcel hasta la entrada del baluarte en ruinas y reparé en que habían formado un muro de escudos para cerrarnos el paso. Vi también cómo muchos hombres se unían a los que allí estaban, abriéndose paso entre las hileras y alineando sus escudos redondos y apretados con los de sus compañeros para hacerlo más ancho. Sobre sus cabezas, unos estandartes tan empapados por aquella lluvia que ni el fuerte viento de aquel amanecer podía hacerlos ondear. Siguiendo el sendero, mi hijo me

dejó atrás; a gritos, le dije que diera media vuelta.

—¡Dejadlos! —No menos de un centenar de hombres guardaban aquella entrada; los caballos nada podrían contra ellos. Estaba seguro de que allí estaba Ragnall, y también Brida, los dos bajo aquellos estandartes chorreantes, pero comprendí que aún no les había llegado su hora. Habíamos ido a matar, no a pelear contra un muro de escudos.

Les había dicho a los míos que si cada uno de nosotros acababa con uno solo de los suyos privaríamos a Ragnall de la mitad de su ejército. Así que más que a matar, nos dedicamos a dejar hombres malheridos, porque, para el enemigo, un hombre doliente representa una carga más pesada que un muerto. Se puede enterrar o quemar un cadáver, sentir su pérdida y abandonarlo donde haya caído, pero un herido necesita de cuidados. Verse rodeados de hombres a los que les falta uno o los dos ojos, de barrigas abiertas y ensangrentadas, de huesos quebrantados que traspasan la carne inspirará pavor al adversario. Un ejército de hombres malheridos es un ejército lento y atemorizado, y más habríamos de retrasar a Ragnall si conseguíamos hacernos con sus caballos y llevarlos al bosque, donde llevamos a las mujeres y a los niños, matando de paso a cualquiera que se interpusiese en nuestro camino. Los hombres de Ragnall sabrían que sus mujeres habían caído en nuestras manos y que sus hijos irían a parar a nuestros mercados de esclavos. La guerra no es un asunto amable, pero había sido Ragnall quien había llevado la guerra a Mercia, con la esperanza de que poco habría de costarle apoderarse de un territorio cuyos destinos estaban en manos de una mujer. En aquel momento, acababa de darse cuenta de lo poco que habría de costarle.

Me fijé en cómo Cynlæf daba buena cuenta de tres hombres que, lanza en ristre, trataban de destripar su caballo antes de acabar con él. Gracias a sus dotes de jinete y a su manejo de la espada, los sorteó con facilidad, hiriendo a dos de ellos y matando al tercero.

—Impresionante —rezongó Finan, mientras observábamos la soltura de aquel joven sajón a lomos del corcel, propinándole un tajo con la espada a un hombre y abriéndole el brazo desde el codo hasta el hombro, y, poniendo en juego todo el peso del caballo, arrojaba a otro al suelo, donde, como quien no quiere la cosa, lo remataba tras ladearse en la silla de montar y clavarle la espada. Cynlæf reparó en cómo nos habíamos fijado en lo que hacía y, dirigiéndonos una sonrisa maliciosa, gritó:

—¡Magnífica cacería la de esta mañana, mi señor!

—Haced sonar la trompa —le dije a Godric, que también se mostraba sonriente porque había matado y había salido con bien.

Hora era de irnos. Habíamos puesto patas arriba los campamentos de Ragnall, habíamos teñido de sangre la luz de esa hora incierta que precede al amanecer y habíamos asestado un duro golpe al enemigo. Los cadáveres se amontonaban entre hogueras que agonizaban bajo el azote de la lluvia. Buena parte del ejército de Ragnall seguía incólume, pero aquellos hombres estaban todos en el altozano de Eads

Byrig, desde donde solo podían ver cómo nuestros jinetes, irrefrenables, acababan con los últimos y escasos supervivientes de los campamentos de más abajo. A pesar de la lluvia, que caía a cántaros, agucé la vista y me pareció distinguir a Ragnall de pie junto a una minúscula silueta toda vestida de negro, que bien podría ser Brida.

—Ahí está mi hermano —dijo Finan, con una voz cargada de resentimiento.

—¿Podéis verlo?

—Verlo y olerlo —al tiempo que devolvía la espada a la vaina—. Otro día habrá de ser cuando lo mate.

Y nos fuimos. Habíamos llegado, habíamos matado y nos íbamos, llevándonos sus caballos, sus mujeres y sus hijos con nosotros por aquel bosque que la tormenta había empapado. Nadie nos persiguió. Los hombres de Ragnall, fiándolo todo a la seguridad que les inspiraba la superioridad de su caudillo, se habían refugiado de la tormenta, en tanto que nosotros habíamos llegado con el trueno y nos íbamos al despuntar el alba.

Perdimos a once de los nuestros. Solo once. Sé de dos que, a lomos de sus corceles, sortearon los fosos y cargaron contra el muro de escudos que habían formado en el altozano de Eads Byrig. ¿Qué habría sido de los otros nueve? Nunca llegué a saber qué les pasó, pero bajo fue el precio que hubimos de pagar por los estragos que causamos al ejército de Ragnall. Habíamos matado o dejado malheridos a trescientos o cuatrocientos hombres y, una vez de vuelta en Ceaster, caímos en la cuenta de que les habíamos arrebatado ciento diecisiete caballos, sesenta y ocho mujeres y noventa y cuatro niños. Hasta Ceolberht y Ceolnoth, aquellos dos curas que tanta ojeriza me tenían, puestos en pie, aplaudían al ver los prisioneros que franqueaban la puerta de la ciudad.

—¡Alabado sea Dios! —exclamaba el padre Ceolnoth.

—¡Alabado sea por siempre en las alturas! —contestaba siseando su hermano desdentado. Una de las cautivas lo increpó, y el cura, dando un paso adelante, le propinó un fuerte manotazo en la cabeza—. ¡No sabéis lo afortunada que sois, mujer! —le dijo—. ¡Ahora estáis en manos de Dios! ¡Seréis cristiana!

—¡Todos estos pequeños destinados a abrazar la fe en Cristo! —se regocijó el obispo Leofstan, observando con deleite a los pequeños que no dejaban de llorar.

—¡Más bien destinados a cualquier mercado de esclavos en Frankia! —musitó Finan.

Me bajé de la silla de montar de *Tintreg*, me desprendí del tahalí y dejé a *Hálito-de-serpiente* en manos de Godric.

—Limpiadla bien —le dije— y frotadla con grasa. Luego, id en busca del padre Glædwine y traedlo a mi presencia.

Godric se me quedó mirando.

—¿Queréis ver a un cura? —me preguntó, sin acabar de creérselo.

—Que venga el padre Glædwine; id a buscarlo.

Luego, fui a desayunar algo.



El padre Glædwine era uno de los curas que acompañaban a Etelfleda, un joven de despejada y pálida frente que, de tanto fruncir el ceño, le hacía parecer adusto. Tenía fama de erudito, uno de aquellos que se habían formado en las escuelas que el rey Alfredo fundara en Wessex. Etelfleda se servía de él como escribano para las cartas que enviaba, los edictos que promulgaba y el trazado de mapas, pero su reputación iba mucho más allá de aquellas obligaciones de andar por casa. Porque era poeta, y de los de renombre, gracias a los himnos que componía, himnos que cantaban los monjes en las iglesias y los bardos en los salones. De ahí que hubiera escuchado algunas de sus composiciones, sobre todo aquellas que los bardos cantaban en el palacio de Etelfleda. Si, de entrada, se me habían antojado aburridas, pronto me di cuenta de que al padre Glædwine le gustaba que sus canciones tuviesen algo más de enjundia y, a pesar de mi escasa predisposición, había disfrutado escuchándolas. Una de las mejores era aquella que se refería a la mujer del herrero que había forjado los clavos de los que se sirvieran para clavar en la cruz al dios crucificado. Hablaba de tres clavos y de tres maldiciones, la primera de las cuales se consumió cuando un lobo devoró a uno de sus hijos; la segunda, cuando su marido se ahogó en un pozo negro de Galilea y, en virtud de la tercera, la mujer contrajo la perlesía y perdió la cabeza, todo lo cual ponía de manifiesto de forma irrefutable el poder del dios de los cristianos.

Me pareció una bonita historia, y esa fue la razón de que lo mandase llamar, aunque, al llegar al patio de mi casa, más parecía que fuera Glædwine quien hubiera perdido la cabeza, cuando vio cómo Godwin sumergía mi cota de malla en un barreño y el agua se teñía de color rosa.

—Sangre —le dije al cura, al verlo tan nervioso.

—Entiendo, mi señor —acertó a decir.

—Sangre pagana.

—Alabado sea Dios —empezó a decir antes de, azorado, redondear la frase al darse cuenta de que yo era pagano— que ha permitido que salgáis con vida, mi señor.

Con esfuerzo, me quité el jubón de cuero que llevaba debajo de la cota de malla. Olía a demonios. Como siempre, el patio estaba repleto de gente que venía a solicitar algo. Unos reclamaban justicia; otros se acercaban en busca de algún favor o, lisa y llanamente, para recordarme que seguían vivos. En aquel momento, todos esperaban a buen resguardo bajo los soportales porticados que rodeaban el patio. Aunque con menos fuerza que en pleno fragor de la tormenta, seguía lloviendo. Entre ellos estaba Gerbruht, un descomunal frisio que estaba a mi servicio, obligando a ponerse de rodillas a un prisionero. No sabía quién era aquel hombre, pero me imaginé que se trataría de alguno de los de Etelfleda al que había sorprendido robando. Al ver que reparaba en ellos, Gerbruht trató de decirme algo.

—Luego —le dije, al tiempo que me volvía y le decía al cura pálido—: quiero que compongáis una canción, Glædwine.

—Como gustéis, mi señor.

—Una canción sobre Eads Byrig.

—Faltaría más, mi señor.

—Una canción que hable de cómo Ragnall, el rey del mar, Ragnall el Cruel, se llegó a Ceaster y allí conoció la derrota.

—Conoció la derrota, mi señor —repitió el cura, sin dejar de parpadear porque la lluvia le daba en los ojos.

—Hablaréis de cómo acabamos con sus hombres, de cómo hicimos cautivas a sus mujeres y redujimos a sus hijos a la esclavitud.

—A la esclavitud, mi señor —asintió.

—Y de cómo los hombres de Mercia, espada en mano, acabaron con sus enemigos y los obligaron a arrastrarse por el fango.

—Por el fango, mi señor.

—¡Quiero que sea una canción que celebre esa victoria, Glædwine!

—Como dispongáis, mi señor —dijo, frunciendo aún más el ceño, antes de dirigir una nerviosa mirada al patio—. ¿Acaso no disponéis de vuestros propios poetas, mi señor, de vuestros bardos?

—¿Y qué podrían cantar mis poetas acerca de lo acontecido en Eads Byrig?

Agitó unos dedos manchados de tinta, preguntándose qué respuesta me gustaría oír.

—Pues se harán lenguas de vuestra victoria, mi señor; de qué, si no...

—¡Y eso es lo que no quiero! —le interrumpí—. Quiero que sea una canción sobre la victoria de la Dama Etelfleda, ¿me habéis entendido? ¡Nada que tenga que ver conmigo! Que habléis de cómo la Dama Etelfleda, al frente de los hombres de Mercia, llevó a cabo una auténtica matanza de paganos, de cómo vuestro dios la guio, la inspiró y la condujo a la victoria.

—¿Mi Dios? —me preguntó sorprendido.

—Quiero que compongáis un poema cristiano, especie de necio.

—Queréis que... —empezó a decir como alelado, tragándose el resto del comentario—. Entiendo, y que sea una victoria de la Dama Etelfleda; como dispongáis, mi señor.

—Y del príncipe Etelstano —añadí—, hablad también de él —Etelstano había peleado al lado de mi hijo y se había desenvuelto bien.

—Muy bien, mi señor, del príncipe Etelstano también.

—¡Acabó con montones de paganos! ¡Hablad de eso! Que Etelstano hizo picadillo a muchos paganos. Que sea una canción sobre Etelfleda y Etelstano. Ni siquiera tenéis que mencionar mi nombre. Podéis decir que me había quedado en Ceaster por culpa de un pie ulcerado.

—Con un pie ulcerado, mi señor —repitió Glædwine—. ¿Queréis que atribuya la

victoria al Dios Todopoderoso?

—Y a Etelfleda —insistí.

—Además estamos en la octava de Pascua —musitó el cura, casi para sus adentros.

—De la festividad de Eostre —le corregí.

—¡Puedo decir que representa el triunfo de la Pascua, mi señor! —dijo, entusiasmado.

—Podéis decir lo que tengáis a bien —rezongué—, pero quiero que sea una canción que se cante en todas las mansiones. Quiero que se pregone por todo Wessex, que llegue a Anglia Oriental, que los galeses oigan hablar de ella y que se cante en Frankia. Compond una buena canción, cura, ¡que sea sangrienta y emocionante!

—¡Faltaría más, mi señor!

—Una canción sobre la derrota de Ragnall —le dije. Aunque todavía no se podía decir que lo hubiéramos derrotado, claro está. Aún conservaba más de la mitad de su ejército, incluso con esa tropa demediada aún nos superaban en número, pero estaba claro que también tenía su punto flaco. Había llegado del otro lado del mar y, de forma rápida y audaz, se había apoderado de la mayor parte de Northumbria, y los rumores acerca de tales éxitos se extenderían por doquier hasta que los hombres diesen por sentado que, por fuerza, el destino de Ragnall no podía ser otro que el de un conquistador, de modo que había llegado la hora de decirle a la gente que también él podía sufrir una derrota y que acabaríamos por derrotarlo. Y lo mejor era que Etelfleda apareciese como la artífice de todos sus sinsabores, porque aún eran muchos los hombres que jamás permitirían que se cantasen alabanzas a Uhtred en sus mansiones. Yo era pagano, y ellos eran cristianos. Sin embargo, oirían con agrado la canción que compusiera Glædwine, una en la que el dios crucificado se llevase toda la gloria y les ayudase, en parte, a olvidar el miedo que les inspiraba Ragnall. Además, aún había necios que pensaban que una mujer no debería estar al frente de un territorio, así que nada mejor que hacer que tales insensatos oyesen una canción sobre una victoria alcanzada por una mujer.

Glædwine recibió oro a cambio. Como la mayoría de los poetas, era de esos que decían a quienes querían oírle que escribía sus rimas porque no podía hacer otra cosa.

—Nunca pedí ser poeta —me había dicho una vez—, pero las palabras acudían a mi mente, mi señor. ¡Me las dicta el Espíritu Santo! ¡Él me las inspira!

No dudo de que hubiera algo de verdad en lo que decía, aunque no tardé en darme cuenta de que, en cuanto había oro o plata de por medio, tanto más inspirado se sentía el Espíritu Santo.

—Compond una buena canción —le recomendé, antes de despedirlo.

En el momento en que Glædwine salió por la puerta, todos los que esperaban para pedir algo se abalanzaron; mis lanceros los contuvieron. Hice una seña a Gerbruht.

—Os atenderé ahora.

Propinándole una patada, Gerbruht me presentó a su prisionero.

—Es un hombre del norte, mi señor —dijo—, uno de los que formaban parte de esa escoria que ha venido con Ragnall.

—En tal caso, ¿cómo es que aún conserva ambas manos? —me interesé. Junto con las mujeres y los niños, habíamos capturado también a algunos hombres, y lo primero que había ordenado era que les cortaran la mano con que manejaban la espada antes de que se unieran a ellos—. Tendría que haberse quedado en Eads Byrig —observé—, con un muñón ensangrentado a la altura de la muñeca. —Me hice con uno de los jarros de cerveza que llevaba una sirvienta y me lo bebí de un trago. Cuando volví a fijarme en ellos, reparé en que el prisionero estaba llorando. Era un hombre apuesto, de veintitantos años, con la cara cosida a cicatrices y unas hachas garrapateadas con tinta en las mejillas. Estaba acostumbrado a ver llorar a muchachos, pero el prisionero tenía todo el aspecto de ser un hombre curtido, y, sin embargo, allí estaba, sollozando. Lo que no dejaba de intrigarme. La mayoría de los hombres afrontan la mutilación con valentía, incluso quienes se muestran desafiantes, pero aquel hombre lloraba como un niño—. Esperad —le dije a Gerbruht, que ya se disponía a enarbolar un machete.

—¡No pensaba hacerlo aquí! —dijo Gerbruht, enfurruñado—. Faltaría más. A vuestra dama Eadith no le gusta ver sangre por el patio. ¿Os acordáis de la cerda que sacrificamos por Yule? ¡No le hizo ninguna gracia! —al tiempo que propinaba una patada al prisionero, que no dejaba de gimotear—. A este no lo atrapamos durante la refriega de este amanecer, mi señor. Acaba de llegar.

—¿Que acaba de llegar?

—A lomos de su caballo y a los pies de la misma puerta, mi señor. Esos cabrones lo perseguían, pero consiguió llegar antes que ellos.

—En tal caso, vamos a ver qué tiene que decir antes de mutilarlo o matarlo —mientras, con la bota, le obligaba a alzar la barbilla—. ¿Cómo os llamáis?

—Vidarr, mi señor —dijo, procurando no sollozar.

—¿Hombre del norte? ¿Danés?

—Hombre del norte, mi señor.

—¿Por qué habéis venido aquí, Vidarr?

Suspiró hondo. Gerbruht pensó que no iba a contestar, y le propinó un manotazo en la cabeza.

—¡Por mi esposa! —aseguró Vidarr, sin dudar.

—Vuestra esposa.

—¡Así es, por mi esposa! —insistió, con cara de pena—. Mi esposa, mi señor —parecía incapaz de decir nada más.

—Dejadlo en paz —advertí a Gerbruht, que a punto estaba de propinarle otro manotazo—. Habladme de vuestra esposa —le dije a Vidarr.

—Es una de vuestras prisioneras, mi señor.

—¿Y?

—Que es mi esposa, mi señor —dijo bajando la voz hasta que solo fue un

susurro.

—¿La amáis? —le pregunté con aspereza.

—Sí, mi señor.

—¡Bendito sea Dios! —se burló Gerbruht—. ¡La quiere! A estas alturas, lo más seguro es que ya...

—Silencio —bramé, antes de volver la vista a Vidarr—. ¿A quién habéis jurado fidelidad?

—Al *jarl* Ragnall, mi señor.

—¿Y qué esperáis de mí? ¿Que os devuelva a vuestra esposa y os deje marchar como si tal cosa?

—No, mi señor —negó con la cabeza.

—Un hombre que quebranta un juramento —repuse— no es de fiar.

—También hice un juramento a Askatla, mi señor.

—¿Askatla? ¿Así es como se llama vuestra esposa?

—Sí, mi señor.

—¿Y ese juramento es más importante que el que prestasteis al *jarl* Ragnall?

Sabía cuál era la respuesta que yo esperaba oír y no se atrevió a decirlo en voz alta; en vez de eso, alzó la cabeza y se me quedó mirando.

—La quiero, mi señor —me suplicó. Sabía que daba pena y lo admitía, pero, por amor, aceptaba semejante humillación. Hasta eso puede una mujer. Y saben del poder que tienen. Bien podemos ufanarnos en decir que el juramento prestado a nuestro señor es la promesa más importante, aquella que determina nuestras vidas, aquella que nos ata de pies y manos, aquella que está por encima de cualquier otra, pero pocos son los hombres que, por una mujer, no dejarían de lado todos los juramentos que han prestado. Hasta yo he quebrantado juramentos, y no me enorgullezco de ello, no, pero casi siempre fue por causa de una mujer.

—Dadme una razón por la que no deba ordenar que os lleven al foso y, una vez allí, den buena cuenta de vos —le dije a Vidarr, que guardaba silencio—, o por la que no haya de enviaros de vuelta con los hombres del *jarl* Ragnall —añadí. Como nunca tendremos el valor de dar por bueno que las mujeres ejerzan semejante poder sobre nosotros, de ahí la dureza con que lo trataba.

Sin saber qué decir, meneó la cabeza. Satisfecho, Gerbruht lo miraba de reojo, pero en ese momento Vidarr esgrimió ante mí un último recurso.

—¡Sé cuál es la razón de que vuestro hijo fuera a ver Ragnall!

—¿Mi hijo?

—El cura, mi señor —se me quedó mirando con cara de desesperación. No dije nada, y se imaginó que la ira me había dejado sin palabras—. El cura al que castró la hechicera, mi señor —añadió en voz baja.

—Sé lo que le hizo —repuse. Bajó los ojos.

—Permitid que siga con vida, mi señor —dijo casi en un susurro—, y me tendréis a vuestro servicio.

Me había picado la curiosidad. Le obligué a levantar la cabeza con la mano derecha.

—¿Por qué fue mi hijo a ver a Ragnall? —le pregunté.

—Lo hizo en calidad de emisario de paz, mi señor.

—¿Emisario de paz? —insistí; aquello no tenía ni pies ni cabeza—. ¿En nombre de quién?

—¡De alguien de Irlanda, mi señor! —dijo, en un tono que me dio a entender que pensaba que ya lo sabía—. Por encargo de vuestra hija.

Me quedé tan atónito que no pude articular palabra. Me lo quedé mirando. La lluvia le daba en la cara; no me daba ni cuenta.

—¿Stiorra? —acerté a decir—. ¿Por qué habría de enviar un emisario de paz?

—¡Porque están peleados, mi señor!

—¿Peleados?

—¡Ragnall y su hermano!

No apartaba los ojos de él. Vidarr abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero, al ver que no parecía dar crédito a lo que decía, no le quedó otra que callar. ¿De modo que Sigtryggr también estaba enfrentado con Ragnall? ¿Que mi yerno era, a su vez, mi aliado?

Le di una voz a Godric.

—¡Traedme acá a *Hálito-de-serpiente*!

Puso la espada en mis manos. Me quedé mirando a Vidarr a los ojos, enarbolé la hoja y vi cómo se amilanaba. Entonces, me deshice del arma con rabia y clavé la punta en la tierra que había entre dos losas del pavimento. Apreté con fuerza ambas manos sobre la empuñadura.

—Juradme fidelidad a mí —le ordené.

Puso las manos alrededor de las mías y juró que me sería fiel, que me sería leal, que se ponía a mi servicio, que se dejaría matar por mí.

—Dadle una espada —le ordené a Gerbruht—, una cota de malla y un escudo, y devolvedle a su mujer.

Luego, fui a ver cómo estaba mi hijo. Mi primogénito.

Wyrð bið ful ãræd.

CAPÍTULO VIII

Algo más tarde, aquella misma mañana, Finan, al frente de doscientos cincuenta hombres, se dirigió al sur de la colina de Eads Byrig, donde se toparon con dos de las cuadrillas de aprovisionamiento de Ragnall. Acabaron con todos los hombres que formaban parte de la primera de aquellas partidas y obligaron a huir a la segunda, no sin antes apoderarse de un chaval de once años que resultó ser el hijo de uno de los *jarls* de Northumbria.

—Pagarán un rescate por el chico —pronosticó Finan. Se había apoderado también de dieciséis caballos y, aparte de armas, yelmos y escudos, de una docena de cotas de malla. Para cerciorarme de la fidelidad de Vidarr, lo había enviado con los hombres de Finan—. Reconozco que peleó con bravura —me dijo Finan—, y sabe lo que se hace.

Por curiosidad, había mandado llamar a Vidarr y a su esposa a mi casa para ver con mis propios ojos cómo era la mujer que había conseguido que un hombre renegase de sus juramentos y llorase a lágrima viva, y descubrir que era un personajillo menudo y rechoncho, de ojos maliciosos y lengua afilada.

—¿Vais a proporcionarnos tierras? —me espetó, al tiempo que su marido trataba de decirle que se callara y ella se revolvía como una víbora—: ¡No me digáis que me calle la boca, Vidarr Leifson! ¡El *jarl* Ragnall nos prometió tierras! ¡No crucé el océano para encontrar la muerte en un foso sajón!

Podría haberme hecho llorar a lágrima viva, pero nunca me habría hecho renegar de mis juramentos, y sin embargo, Vidarr la contemplaba tan extasiado como si fuera la reina del Asgard.

Al regresar, los agotados jinetes que habían salido con Finan se llevaron una alegría. No solo por haber derrotado a una horda de guerreros de Ragnall, que ya lo sabían, sino al enterarse de que cualquier rescate que pagasen más lo que sacáramos de la venta de las armas requisadas iría a parar a sus faltriqueras en forma de oro. El resto de los hombres clamaban por realizar otras salidas, y aquella misma tarde, al anochecer, Sihtric, al frente de otros cien hombres, se dispuso a llevar a cabo otra batida por aquellos parajes. Lo que, en realidad, quería era mantener en vilo a Ragnall, darle a entender que, mientras continuase a un paso de Ceaster, no le íbamos a dar tregua. Al día siguiente de la festividad de Eoatre, le habíamos dado donde más le dolía, y mi intención no era otra que hacerle ver que no pensábamos cejar en el empeño.

Estaba deseando hablar con mi hijo, claro está, pero parecía incapaz de articular palabra. Sudando y temblando sin parar, vacía envuelto en mantas y pieles.

—Tiene que vencer la fiebre —me dijo Ymma, aquella mujer seca que, por lo visto, era la única de las hermanas que estaba autorizada a hablar con un hombre—. Necesita sudar y de nuestras oraciones, ¡pero sobre todo sudar! —Cuando había llegado a la casa, el portero lisiado había aporreado la barra de hierro que anunciaba la visita de un varón, lo que había desencadenado un apresurado ajeteo de mujeres encapuchadas que corrían a ocultarse mientras, con cara de pocos amigos, la hermana Ymma salía de dondequiera que anduviese al acecho—. Gracias a Dios y al justillo de santa Werburga, ha dejado de sangrar —dijo, al tiempo que se santiguaba.

—¿Gracias a qué?

—La Dama Etelfleda nos lo trajo —dijo—; es una reliquia sagrada. ¡Tuve el privilegio de tocarlo! —añadió estremecida.

—¿Justillo?

—La bienaventurada santa Werburga se ceñía los pechos con un lienzo —me explicó la hermana Ymma, muy convencida—, y se lo ajustaba tan fuerte como podía para no tentar a los hombres. Además, y como recordatorio de los padecimientos de Nuestro Señor, bajo el lienzo se introducía unos espinos.

—¿Que se ponía espinos en las tetas? —exclamé horrorizado.

—¡Es una manera de glorificar a Dios! —replicó la hermana Ymma.

Jamás llegaré a entender a estos cristianos. He visto a mujeres y hombres que se azotaban las espaldas hasta dejárselas en carne viva con las costillas al aire; peregrinos que, aun cojeando y con los pies ensangrentados, seguían caminando para venerar una barba de la ballena que engulló a Jonás, y hasta un hombre que, sirviéndose de unos clavos, se había taladrado los pies. ¿Qué dios puede reclamar semejantes barbaridades? ¿Por qué creer en un dios que quiere que nos torturemos a nosotros mismos en lugar de rendir culto a Eostre, que lo único que quiere es que nos llevemos una moza al bosque y hagamos hijos?

—Anoche, el obispo vino a rezar por él —comentó la hermana Ymma, posando una mano sobre la frente de mi hijo con increíble delicadeza—, y trajo con él la lengua de san Ceda y se la aplicó sobre la herida. Y sí, está en manos de la hermana Gómer. Si hay alguien que pueda obrar un milagro en nombre de Dios, esa es la hermana Gómer.

—La mujer del obispo —apunté.

—Una santa en vida —dijo la hermana Ymma, con veneración.

Porque mi hijo necesitaba de un santo o, cuando menos, de un milagro. Ya no estaba engurruñado de dolor, pero seguía sin articular palabra. Dije su nombre en voz alta y, por un momento, pensé que me reconocía, pero no estaba seguro. Ni siquiera estaba seguro de que estuviera despierto.

—Maldito necio —le dije—, ¿cómo se os ocurrió ir a Irlanda? —por supuesto, no dijo nada.

—Podemos estar seguros de que actuaba en nombre de Cristo —dijo la hermana Ymma, muy convencida—. Es un mártir por la causa de la fe. ¡Se le ha otorgado el

privilegio de sufrir por Cristo!

Mi hijo lo estaba pasando mal, pero, al parecer, la hermana Gómer era capaz de obrar milagros, porque, a la mañana siguiente, el obispo me hizo llegar un mensaje en el que me decía que mi hijo se encontraba mejor. Volví, pues, a aquella casa, esperé a que las mujeres abandonasen el patio, y solo entonces me dirigí al minúsculo aposento en el que yacía Uhtred. Solo que ya no se llamaba así. Todo el mundo lo llamaba padre Osvaldo, como él había querido, y me lo encontré sentado en la cama y el color le había vuelto a las mejillas. Se me quedó mirando; yo hice lo mismo.

—Maldito necio —fue el único comentario que hice.

—Sed bienvenido, padre —me dijo con un hilo de voz. Estaba claro que algo había comido, porque, encima de la piel que lo cubría, reparé en un cuenco vacío y en una cuchara de madera. Se aferraba a un crucifijo.

—Habéis estado a las puertas de la muerte, estúpido cabrón —rezongué.

—¿Acaso os habría importado?

No dije nada; me quedé en el umbral de la puerta y, torciendo el gesto, eché un vistazo al patio.

—¿Hablan con vos esas malditas mujeres?

—Entre susurros —me dijo.

—¿Os susurran?

—Lo imprescindible. Su ofrenda a Dios es el silencio.

—Una mujer silenciosa —comenté—. No está mal pensado, no.

—No hacen sino seguir al pie de la letra lo que se nos recomienda en la escritura.

—¿En la escritura?

—En su carta a Timoteo —añadió mi hijo, muy remilgado—, san Pablo afirma que la mujer debe «guardar silencio».

—Seguramente estaba casado con alguna espantosa criatura que no dejaba de importunarlo —dije, pensando en la lengua afilada de la mujer de Vidarr—, pero ¿de qué habría de valerle el silencio a un dios?

—Tiene los oídos aturdidos de oír tantas súplicas. Miles de plegarias. Plegarias de los enfermos, de los que no tienen a nadie, de los moribundos, de los miserables, de los pobres y de los necesitados. El silencio es un regalo para esas almas, porque permite que Dios atienda sus plegarias.

Me fijé en unos gorriones que picoteaban por la hierba que crecía en el patio.

—¿Y pensáis que vuestro Dios responde a tales plegarias?

—Aquí me tenéis —se limitó a decir.

—Igual que yo —repliqué—, a pesar de los muchos cristianos que han rezado para que la muerte me saliese al paso.

—No os falta razón —dijo, como si aquello le hiciera gracia, pero, al darme la vuelta, reparé en el gesto de dolor que se le dibujaba en la cara. Me lo quedé mirando sin saber qué decir.

—Debe doleros mucho —dije, por fin.

—Pues sí —asintió.

—¿Cómo es que fuisteis a caer en manos de Ragnall? ¡A quién se le ocurre semejante necesidad!

—Me presenté ante él en mi condición de emisario. No cometí ninguna necesidad; él había accedido a hablar conmigo.

—¿Estabais en Irlanda?

—No, cuando fui a verlo. Pero de allí venía.

—¿En nombre de Stiorra?

—Sí.

Gimoteando para llamar la atención, apareció una mujer tan bajita como una enana con un cuenco de agua o de cerveza en las manos. Pretendía que me apartase del umbral de la puerta.

—Fuera de aquí —bramé, antes de volver a mirar a mi hijo—. Esa puta de Brida, ¿os rebanó también la polla?

Vaciló un momento, y asintió.

—Sí.

—Me imagino que eso es lo de menos. Sois un maldito cura, así que bien podéis mear como lo hacen las mujeres.

Estaba furioso. Bien podía haber renegado de Uhtred, haberlo desheredado y haberlo repudiado, pero seguía siendo hijo mío, y una afrenta hecha a él era una afrenta contra alguien de mi familia. Ceñudo, me lo quedé mirando. Llevaba el pelo muy corto. Siempre había sido un muchacho apuesto, de cara afilada y sonrisa pronta, aunque estaba claro que, al igual que la polla, también había perdido la sonrisa. Era más guapo que el segundo de mis hijos, aquel que, con cara de torta y cosida a cicatrices, decían que se parecía más a mí.

Me sostuvo la mirada y, al cabo de un rato, dijo:

—Todavía os honro como padre.

—Más prefiero que me honréis como al hombre que habrá de vengaros por lo que os han hecho —repuse—, y ahora decidme: ¿qué ha sido de Stiorra?

Emitió un suspiro y se retorció de dolor, agitándose bajo las mantas de la cama.

—Ella y su marido están acorralados.

—¿Por quién?

—Por el clan de los Uí Néill —torciendo el gesto—. Un clan, una tribu, o uno de esos reinos de Irlanda —calló un momento, como con ganas de añadir algo más, pero, al cabo, solo se encogió de hombros, como si cualquier explicación se le antojase demasiado enojosa—. En Irlanda, las cosas no son como aquí.

—¿Son aliados de Ragnall?

—Lo son —dijo con cautela—, pero no se fían los unos de los otros.

—¿Quién podría fiarse de Ragnall? —pregunté, sin dudarlo.

—Toma rehenes. Así es como consigue que los hombres le sean leales.

Me costaba hacerme una idea de lo que estaba tratando de decirme.

—¿Estáis insinuando que el clan de los Uí Néill le proporciona rehenes?

Asintió.

—Ragnall les ha cedido en régimen de aparcería parte de las tierras que posee en Irlanda, pero, como parte del acuerdo, han de poner a su disposición una tripulación durante un año.

—¡Son mercenarios! —dije, sin salir de mi sombro.

—Mercenarios, sí —recurriendo al mismo vocablo—, y sus servicios forman parte del acuerdo de aparcería. La otra parte del acuerdo es la que se refiere a la muerte de Sigtryggr. ¿Qué pasaría si los del clan de los Uí Néill no cumplen su parte?

—Si no lo consiguen —dije—, tiene a toda una tripulación de los suyos en sus manos. ¿Creéis que sería capaz de matarlos para saldar la deuda?

—¿Qué, sino? Conall y los suyos son mercenarios, pero también rehenes.

Y aquello, por fin, empezaba a cobrar sentido. Por más vueltas que le habíamos dado, ni Finan ni yo nos explicábamos cómo era posible que hubiera guerreros irlandeses al servicio de Ragnall, y ninguno de los prisioneros que habíamos hecho había sabido darnos una explicación. Eran guerreros de prestado, mercenarios, y una garantía de que Sigtryggr no saldría con vida.

—¿Por qué están peleados Ragnall y su hermano? —le pregunté.

—Porque Sigtryggr se negó a unirse al ejército de su hermano.

—¿Por qué?

—Porque no se llevan bien. Cuando su padre falleció, dividió sus propiedades entre los dos; a Ragnall no le pareció bien. Según él, todo tendría que haber pasado a sus manos —calló un momento y soltó una risotada desvaída—. Y cómo no, Ragnall desea a Stiorra. Me lo quedé mirando.

—¿Que qué?

—Que Ragnall desea a Stiorra —repitió. Seguí mirándolo sin decir nada—. Ahora es una mujer preciosa —me aclaró.

—¡Ya lo sé! Y que es pagana también.

Asintió con tristeza.

—Eso dice ella, que es pagana, pero más bien creo que es como vos, padre. Solo lo dice para molestar a la gente.

—¡Soy pagano! —dije, furibundo—. ¡Igual que Stiorra!

—Rezo por ella —comentó mi hijo.

—Y yo —rezongué.

—Y Ragnall la desea —insistió—. Ya tiene cuatro esposas. Ahora se ha encaprichado de Stiorra.

—Y el clan de los Uí Néill tiene que hacerse con ella, me imagino.

—Tienen obligación de hacerlo y de matar a Sigtryggr —asintió—. Tal y como se estipula en el acuerdo de aparcería.

Retrocedí hasta la puerta y me quedé mirando al patio. Un sol débil proyectaba unas sombras sobre lo que quedaba de los muros de piedra de un estanque ornamental

que hacía mucho tiempo que no sabía lo que era el agua. Tallados a modo de adorno en el reborde de piedra del estanque, unos faunos corriendo detrás de unas ninfas, un símbolo de la eterna persecución.

—Finan me ha dicho que el clan de los Uí Néill es la tribu más fuerte de Irlanda —le comenté desde la puerta—, y ahora vos me decís que andan a la caza de Stiorra.

—O en eso estaban —contestó mi hijo.

—¿Estaban? —me interesé, pero solo se limitó a suspirar, como si no quisiera que le tirase de la lengua. Me volví y me lo quedé mirando—. ¿Estaban? —repetí con aspereza.

—Los tiene atemorizados —dijo, con mirada huidiza; estaba claro que no le apetecía hablar del asunto.

—¿Qué miedo puede inspirar Stiorra a tribu tan poderosa? —le pregunté.

Suspiró de nuevo.

—La tienen por hechicera.

Me eché a reír. ¡Mi hija tomada por hechicera! Me sentí orgulloso de ella.

—De modo que Sigtryggr y Stiorra están acorralados —continué—, pero ¿me estáis diciendo que los del clan de los Uí Néill no se atreven a ir a por ellos porque creen que los dioses están de parte de Stiorra?

—El demonio, más bien —dijo, remilgado.

—¿Acaso pensáis que tiene poder sobre Satán? —le pregunté airado.

Meneó la cabeza.

—Los irlandeses son supersticiosos —dijo de forma más asentada—. ¡Solo Dios sabe cuánta superstición hay en Britania, cuánta gente que jamás renegará por completo de las antiguas creencias...!

—Eso está bien —dije.

—¡Pues en Irlanda es mucho peor! Hay incluso curas que se acercan a los antiguos santuarios. Así que sí, tienen miedo de Stiorra y de sus dioses paganos.

—¿Y cómo es que os visteis mezclado en semejante dislate? Yo que os hacía llevando una vida apacible en Wessex.

—Recibí una carta de un abad irlandés. En Irlanda, los monasterios son diferentes. Son mucho más vastos y, desde luego, disponen de muchos más recursos; hay abades que, en cierto sentido, se consideran casi como reyes. Este abad quería expulsar al clan de los Uí Néill de sus tierras, porque les mataban el ganado y les robaban las cosechas. Y allá que me fui, tal y como me lo pidió...

—¿Qué pensaban que podríais hacer vos? —le pregunté, irritado.

—Buscaban un árbitro.

—¿Y vos qué hicisteis? —le pregunté mofándome de él—. ¿Os arrastrasteis ante Ragnall y le suplicasteis que fuera bueno y que tuviese a bien dejar en paz a vuestra hermana?

—Le hice una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Sigtryggr estaba dispuesto a entregarle dos yelmos repletos de oro, si Ragnall ordenaba al clan de los Uí Néill que levantasen el cerco.

—Y Ragnall os cortó las pelotas.

—Rechazó la propuesta, y se echó a reír delante de mis narices. Ya estaba dispuesto a devolverme a Irlanda como portador de su respuesta, cuando Brida de Dunholm se unió a los suyos.

—Esa puta —dije, lleno de rencor. Volví a clavar la vista en el patio. Aquellas mujeres debían de haber llegado a la conclusión de que mi presencia no era tan perniciosa, pues, aunque cargadas de ropa de cama o llevando comida, algunas hasta se atrevían a cruzar la hierba—. Brida fue la primera amante que tuve —dije—, y no puede ni verme.

—Del amor al odio, solo hay un paso —replicó mi hijo.

—¿Ah, sí? —le pregunté sin miramientos, al tiempo que me volvía a mirarlo—. Os ha castrado porque sois hijo mío.

—Y porque soy cristiano. Detesta a los cristianos.

—En ese caso, no es tan mala como pensaba —dije, al tiempo que lamentaba haber hecho un chiste tan desafortunado—. ¡Detesta a los cristianos porque les expulsan de esta tierra! —le expliqué—. Esta tierra pertenecía a Thor y a Odín. Cada arroyo, cada río, cada pasto contaba con su propio duende, con su ninfa; ahora todo está en manos de un dios desconocido.

—Del único Dios —dijo, con toda la calma del mundo.

—La mataré —dije.

—Padre...

—No me vengáis con toda esa mierda cristiana del perdón —bramé—. ¡No seré yo quien ponga la otra mejilla! Esa puta os capó y yo la caparé a ella. Le arrancaré su reseco útero y se lo echaré a los perros. ¿Dónde anda Sigtryggr?

—¿Sigtryggr? —No me lo estaba preguntando en realidad, solo trataba de recuperar la compostura tras aquel estallido de ira por mi parte.

—¡Sí, Sigtryggr y Stiorra! ¿Dónde andan esos dos?

—Al otro lado del mar de Irlanda —repuso con voz cansada—. Hay una gran ensenada. Todo el mundo la conoce como Loch Cuan. En lo alto de una colina, casi como en una isla, hay una fortaleza en la orilla que apunta al oeste.

—Loch Cuan —repetí aquel nombre que tan raro se me antojaba.

—Cualquier armador que esté familiarizado con la costa irlandesa sabrá llevaros a Loch Cuan.

—¿De cuántos hombres dispone Sigtryggr?

—De ciento cuarenta, al menos cuando yo anduve por allí.

—Y sus mujeres, claro.

—Sus mujeres y sus hijos también, sí.

Refunfuñando, volví a mirar al patio, donde dos criados del obispo habían puesto a secar sobre la hierba dos pesadas sábanas de lino. En cuanto se hubieron ido, un

perrito salió de entre las sombras y se meó encima de una de ellas.

—¿Qué os hace tanta gracia? —me preguntó mi hijo.

—Nada —le dije—. ¿De modo que calculáis que hay unas quinientas personas en esa fortaleza?

—Más o menos, siempre y cuando... —pareció dudar.

—¿Siempre y cuando qué?

—Aún dispongan de suficiente comida.

—¿Acaso pensáis que los del clan de los Uí Néill no piensan atacar, sino que pretenden matarlos de hambre?

Asintió.

—Sigtryggr dispone de comida para una temporada, y siempre habrá peces a su disposición, aparte de que la primavera ya empieza a dar sus frutos en el promontorio que ocupan. No soy soldado...

—Peor para vos —apunté.

—Pero no es tan complicado defender la fortaleza de Sigtryggr. No dispone de más acceso que una lengua de tierra que discurre entre rocas. Según él, veinte hombres se bastan para defenderlo. Orvar Freyrson lo intentó con barcos, pero perdió unos cuantos hombres en la única playa que hay allí.

—¿Orvar Freyrson? —me interesé.

—Es uno de los armadores al servicio de Ragnall. Tiene cuatro barcos apostados en la ensenada.

—¿Y Sigtryggr no dispone de ninguno?

—No que yo sepa.

—O sea que acabará por rendirse cuando se quede sin comida.

—Así es.

—Y pasarán a cuchillo a mi nieta.

—No, si Dios así no lo ha dispuesto.

—No me fiaría de vuestro dios ni para poner a salvo un gusano —me lo quedé mirando—. ¿Qué va a ser de vos de aquí en adelante?

—Si Dios lo tiene a bien, el obispo Leofstan me ha pedido que sea su capellán.

—O sea, si salís con vida de esta.

—Eso es.

—Es decir, que os quedaréis en Ceaster. Asintió.

—Espero que así sea —dudó un momento—. Pero vos sois quien está al mando de esta guarnición, padre, así que supongo que preferiréis no verme por aquí.

—Lo único que yo quiero es lo mismo de siempre: Bebbanburg —dije.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Así que no pensáis quedaros aquí —dijo esperanzado—. ¿De verdad no vais a quedaros en Ceaster?

—Pues claro que no, maldito necio —le dije—. Tengo pensado ir a Irlanda.



—No iréis a Irlanda —me dijo Etelfleda; más bien, me lo ordenó.

Primera hora de la tarde. El sol se había ocultado de nuevo tras un pelotón de amenazadoras nubes bajas que presagiaban que llovería con fuerza antes de que se hiciera de noche. Era uno de esos días que invitan a quedarse en casa; por el contrario, nos encontrábamos al este de Eads Byrig y al sur de la calzada romana tras haber salido de Ceaster al frente de trescientos hombres. Casi la mitad eran de los míos; el resto, tropas de Etelfleda. Con la esperanza de dar con otras partidas de aprovisionamiento, habíamos abandonado la calzada para dirigirnos al sur mucho antes de que esta se adentrara en Eads Byrig; no nos cruzamos con ninguna.

—¿Me habéis oído? —insistió Etelfleda.

—No soy sordo.

—Solo cuando queréis serlo —replicó con aspereza. Iba a lomos de *Trasgo*, su montura blanca, y ataviada para la guerra. Le había pedido que no viniera, advirtiéndole de que los parajes próximos a Ceaster eran demasiado peligrosos todavía y solo adecuados para guerreros consumados, pero, como tenía por costumbre, no me había hecho caso—. Soy yo quien está al frente de los destinos de Mercia —me dijo con muchas ínfulas— y, dentro de mi territorio, voy a donde me viene en gana.

—Al menos recibiréis sepultura en vuestra propia tierra.

Algo que, por el momento, no parecía muy probable. Si Ragnall había enviado cuadrillas, debían de haberse dirigido directamente al este, porque, por el sur, no nos cruzamos con ninguna de tales partidas. Atrás habíamos dejado crecidos pastos y cruzado no pocos arroyos. En aquel momento, a lomos de nuestros corceles, cabalgábamos por lo que, en tiempos, debía de haber sido un soto, aunque todo indicaba que haría no menos de diez años que por allí no pasaba un guardabosques para desbrozar los robles, que crecían de forma desordenada. Iba pensando en si no iría siendo hora de dar media vuelta, cuando Berg se percató de que volvía uno de los ojeadores que andaba por el norte. Había enviado media docena de hombres para que echasen un vistazo a lo largo de la calzada romana, pero la tarde parecía tan tranquila que suponía que no habrían encontrado nada.

Me equivocaba.

—¡Levantán el campamento, mi señor! —Era Grimdahl, uno de los ojeadores, un hombre de Mercia, quien, a voz en cuello, nos ponía al tanto de lo que había visto, mientras espoleaba su agotado caballo hacia donde estábamos—. ¡Están levantando el campamento! —gritó de nuevo.

—¿Se van? —se interesó Etelfleda.

—Todos, mi señora —Grimdahl refrenó su caballo, señalando al este con la cabeza—. ¡Siguen la calzada y se van de aquí! Etelfleda espoleó su montura y dio un

paso adelante.

—¡Esperad! —le grité, antes de ponerme por delante de ella—. ¡Finan! ¡Veinticinco hombres! ¡Rápido!

Elegimos a aquellos que montaban los corceles más veloces y los conduje por los succulentos pastos que nos había deparado aquella primavera. Eran tierras que, dada la proximidad de los hombres del norte, llevaban años abandonadas, porque toda hacienda que se asentase en aquellos parajes se exponía a sufrir continuos pillajes y matanzas. La tierra era buena, pero los campos estaban sin escardar y plagados de retoños de avellano. Seguimos hacia el este por un camino de ganado medio oculto, cruzamos un espeso bosque sembrado de zarzas y salimos a un brezal. Más adelante, se alzaba otra zona arbolada; Grimdahl, que cabalgaba a mi lado, con un gesto, me señaló los árboles.

—La calzada discurre casi nada más pasar esos pinos, mi señor.

—¡Deberíamos atacar! —dijo a voces Eteflada, que venía detrás, espoleando a *Trasgo* hasta ponerse a nuestra altura.

—No deberíais estar aquí —le dije.

—Procurad no malgastar saliva —replicó.

Pasé por alto el comentario. *Tintreg* se adentró en el pinar. No había mucha maleza y no era fácil pasar desapercibido, así que avancé con cautela, llevando al paso el corcel, hasta que atisbé la calzada romana. Allí estaban. Una interminable y lenta columna de hombres, caballos, mujeres y niños, camino del este.

—Deberíamos atacar —insistía Eteflada.

Negué con la cabeza.

—Están haciendo lo que queremos: se van. ¿Por qué habríamos de importunarlos?

—En primer lugar, porque jamás deberían haber venido aquí —repuso, rencorosa.

Y pensé que tendría que hablar con el padre Glædwine de nuevo. Su composición sobre la victoria de la Dama Eteflada podría concluir con el enemigo huyendo con el rabo entre las piernas, como perros apaleados. Mientras contemplaba la retirada del ejército de Ragnall hacia el este, me di cuenta de que aquella era una victoria en toda regla. El mayor ejército de hombres del norte que hubiera invadido Mercia o Wessex desde los tiempos del rey Alfredo había hollado nuestras tierras, se había pavoneado a los pies de las murallas de Ceaster y, en aquel momento, emprendía la retirada. Nada de estandartes al viento, nada de gestos provocadores: atrás dejaban toda esperanza de hacerse con Ceaster. Y me dio por pensar en lo complicada que habría de ser la situación en que se encontraba Ragnall. Su ejército podía irse al traste. Como adversarios, los daneses y los hombres del norte eran duros de pelar: aterradores en el campo de batalla y feroces a la hora de la pelea, pero también oportunistas. Cuando las cosas iban bien, cuando tierras, esclavos, oro y ganado caían en sus manos, seguían a un caudillo, pero si el cabecilla en cuestión no les daba lo que esperaban, cada uno se iba por su lado. Y Ragnall, pensé, se encontraba en una

situación peliaguda. Se había apoderado de Eoferwic, sin duda, pero ¿cuánto tiempo sería capaz de mantener la ciudad en sus manos? Había necesitado una victoria sonada y se había llevado un buen vapuleo.

—Quiero acabar con unos cuantos más —dijo Etelfleda.

También yo estaba tentado de hacerlo. En columna, los hombres de Ragnall se extendían a lo largo de toda la calzada. Poco nos habría costado caer sobre ellos y llevar a cabo una carnicería entre aquellos que huían muertos de miedo. Pero el caso es que aún no habían abandonado Mercia, y Ragnall les habría dado órdenes de que se pusiesen en marcha, pero sin quitarse las cotas de malla, y escudos y armas a mano. Si atacábamos, formarían muros de escudos, y no tardarían en llegar refuerzos tanto de la vanguardia como de la retaguardia de aquella larga columna.

—Quiero que se vayan —añadió Etelfleda—, ¡pero también quiero verlos muertos!

—No vamos a atacarlos —dije, para ver cómo, indignada, se ponía muy tiesa, así que alcé una mano para tranquilizarla—. Haremos que sean ellos quienes nos ataquen.

—¿Que nos ataquen?

—Esperad —le dije. Reparé en que treinta o cuarenta de los jinetes de Ragnall iban y venían a lo largo de la columna como si, velando por los fugitivos, tratasen de ponerlos a cubierto. Otros tantos hombres, cuando menos, avanzaban llevando las riendas de sus caballos, y aquellas monturas valían su peso en oro para un ejército. Los caballos permiten que un ejército se desplace con rapidez y, por si fuera poco, los caballos eran un signo de distinción. Un hombre gozaba del respeto que se ganaba gracias a la pureza del oro que dispensaba, a su armadura, sus armas, su mujer y su caballo, y sabía que Ragnall no disponía de suficientes corceles; privarle de unos cuantos más sería como volver a darle donde más le dolía.

—Grimdahl —dije, volviéndome en la silla—, regresad al lado de Sihtric, y decidle que lleve a todos los hombres hasta ese bosque —al tiempo que le señalaba los árboles que se alzaban al otro lado del brezal—. ¡A todos! Y que se mantengan al acecho.

—Como ordenéis, mi señor.

—¡Vosotros —alcé la voz para que me oyeran los que venían con nosotros—, no vamos a atacar! ¡Tan solo vamos a insultarlos! ¡Quiero que os moféis de ellos, que os burléis de ellos! ¡Que os riais de ellos, que los provoquéis! —antes de añadir, bajando la voz—: También vos, mi señora, siempre y cuando no os acerquéis demasiado a la calzada.

Permitir la presencia de Etelfleda a unos pocos pasos de un enemigo humillado era exponerse a un riesgo innecesario, pero pensé que eso pondría fuera de sí a algunos de los hombres del norte, en tanto que otros lo considerarían como una oportunidad de atraparla y alzarse con una más que improbable victoria a pesar de la humillante derrota que habían sufrido. Les estaba tendiendo una celada.

—¿Habéis oído lo que acabo de deciros? —le pregunté—. Quiero que os dejéis ver, siempre y cuando estéis dispuesta a retiraros en cuanto os dé la orden.

—¿Me estáis hablando de retirada?

—No le gustaba oír aquella palabra.

—¿Acaso queréis poneros en mi lugar y ser vos quien imparta las órdenes?

Esbozó una sonrisa.

—Me portaré bien, lord Uhtred —dijo con fingida humildad. Se lo estaba pasando en grande.

Esperé a que los guerreros que iban con Sihtric llegasen a los árboles más alejados, y, una vez que los vi allí, conduje a los pocos hombres y a la única mujer que venían conmigo a campo abierto, cerca de la calzada. Nuestros enemigos no tardaron en percatarse de nuestra presencia, claro está; pero, en un primer momento, pensaron que solo éramos una patrulla, que no íbamos en busca de pelea. Poco a poco, sin embargo, nos fuimos acercando más y más a la calzada, hasta avanzar al mismo paso que las tropas derrotadas. Cuando pensamos que ya estábamos lo bastante cerca, empezamos a insultarlos, a mofarnos de ellos, a decirles que parecían niños asustados. Yo no dejaba de señalarles a Etelfleda.

—¡Derrotados por una mujer, por una mujer! —A lo que mis hombres coreaban—: ¡Por una mujer, derrotados por una mujer!

Con gesto hosco, nuestros enemigos no nos quitaban los ojos de encima. Aunque de mala gana, uno o dos de los hombres nos devolvieron los insultos; sin dejar de reírnos de ellos, nos acercamos aún más. Espada en mano, un hombre se apartó de la columna, pero, al ver que nadie más lo seguía, volvió a su sitio. Reparé en que los hombres que llevaban sus caballos de las riendas ya se disponían a montarlos, al tiempo que, desde la parte delantera de la columna, unos cuantos jinetes se acercaban y, desde la retaguardia, otros tantos espoleaban sus monturas.

—¡Berg! —llamé a voces al joven hombre del norte.

—¿Mi señor?

—No os separéis de la Dama Etelfleda —le dije—, y aseguraos de que sale de esta sin contratiempos.

Etelfleda no pudo ocultar su indignación, pero no discutió mis órdenes. Mis hombres seguían con sus chanzas. Yo me aparté un poco de la calzada, obligándolos a seguir mis pasos, y empezamos a cabalgar hacia el sitio donde se ocultaban los hombres de Sihtric. Habíamos llegado a estar a unos cuarenta pasos del ejército derrotado, pero, en cuanto me percaté de los jinetes enemigos que se nos venían encima, había puesto tierra de por medio. Calculé que serían no menos de un centenar; más que suficientes para acabar con mis veinticinco hombres, y, claro, nos tenían ganas. Los habíamos puesto en solfa, acababan de sufrir una derrota y acabar con nosotros les supondría un pequeño premio de consolación.

—Ya vienen —me advirtió Finan.

—¡Marchaos! —le dije a voces a Etelfleda, antes de volverme en la silla y

gritarles a los míos—: ¡Los demás, al galope! —al tiempo que, clavando las espuelas en los flancos de *Tintreg*, le daba un tremendo manotazo en la grupa a *Trasgo*, para que se alejara.

En aquel momento, eran los hombres de Ragnall los que se mofaban de nosotros. Al ver que huíamos de ellos, se pusieron al galope y se lanzaron en nuestra persecución. Nos adentramos de nuevo entre los pinos y, seguida de cerca por Berg, vi la yegua blanca de Etelfleda, muy por delante de nosotros. Piqué espuelas de nuevo y puse a *Tintreg* al galope tratando de dejar atrás a Etelfleda. Al llegar al vigoroso brezal que se extendía más allá del pinar, llevé a mis hombres hacia el oeste, entre los linderos de los dos pinares. Estaríamos a unos sesenta o setenta pasos por delante de nuestros perseguidores, que, entre gritos y alaridos, no dejaban de azuzar a sus monturas. Eché un rápido vistazo atrás y observé el destello del acero, el resplandor cegador del sol que se reflejaba en las espadas y en las lanzas. En ese momento, apareció Sihtric en el lindero de los árboles que quedaban más al sur. Habían mordido el anzuelo.

Por delante de la nube de terrones y helechos que levantaban los cascos de nuestros corceles, nos echamos a un lado, y, aunque demasiado tarde, nuestros adversarios cayeron en la cuenta de la celada que les habíamos tendido: espada en mano y lanza en ristre, los hombres de Sihtric se abalanzaron sobre ellos. Blandiendo a *Hálito-de-serpiente*, espoleé mi montura. Un caballo negro se fue al suelo, lanzando las patas al aire. Godric, mi mozo, que había ido con Sihtric, se ladeó en la silla de montar y hundió la lanza en el pecho de un jinete que se había ido al suelo. Un hombre del norte, que lo había visto todo, con intención de hundirle la espada en la espalda, se fue a por él, pero Finan era más rápido: un tajo despiadado del irlandés rasgó el aire y el hombre del norte cayó tieso.

—¡Id a por los caballos! —grité—. ¡Haceos con los caballos!

Los más rezagados de nuestros perseguidores se las habían arreglado para dar media vuelta, y ya se disponían a huir cuando se les vinieron encima algunos de los míos, y, de nuevo, se escuchó un entrechocar de espadas. Traté de ver por dónde andaba Etelfleda, pero no llegué a verla. Un hombre con la cabeza ensangrentada trataba de llevar su montura hacia el norte; lo arrollé y dejé que *Tintreg* lo patease en condiciones. De un tajo, corté las riendas del caballo y le obligué a dar media vuelta, luego le arreé un mandoble con la cara plana de *Hálito-de-serpiente* y el animal echó a correr hasta perderse entre los árboles de la parte sur. Fue entonces cuando, entre la espesa maleza, reparé en el destello del acero; espoleé mi caballo y me interné en el bosque.

Pie a tierra, Berg plantaba cara a dos hombres que también habían descabalgado. Era tal la espesura de árboles y matorrales por aquel lado y tan bajas las ramas que resultaba imposible pelear a caballo. Los dos hombres habían visto cómo Etelfleda se internaba en el bosque y habían ido tras ella, que, a lomos de *Trasgo*, se había quedado detrás de Berg.

—¡Alejaos de aquí! —le pedí a gritos.

No me hizo caso. Berg esquivó una embestida, pero no pudo evitar que su contrincante le hiriese en un muslo por el que empezó a sangrar antes de que yo llegase a su altura. Un tajo de *Hálito-de-serpiente*, y el hombre que había herido a Berg se fue dando tumbos con el yelmo partido en dos. Apartando una rama baja que me dio en la cara, me fui tras él y le hundí de nuevo la espada, en el cuello esta vez. La retiré casi con deleite, dejando que el filo se deslizase entre la carne y la sangre, y el otro, dando tumbos, trató de apoyarse en el tronco de un carpe. De un salto, eché el pie a tierra. Estaba furioso, no por tener que vérmelas con un adversario, sino por Etelfleda, y, cegado por la rabia, cargué de forma desmesurada contra aquel hombre malherido, que no estaba en condiciones de repeler semejante ataque. Era un hombre entrado en años, un guerrero consumado sin duda. Farfullaba algo; solo más tarde, me dio por pensar que quizá me suplicaba que me apiadase de él. Barba espesa, veteada de mechones blancos, tres brazaletes en el brazo y una cota de malla de excelente factura. Una cota de malla como aquella era un objeto muypreciado, pero, fuera de mí como estaba, no iba a andarme con remilgos: le rajé la barriga de un tajo y, empuñando la espada con ambas manos, la subí hasta cortar en dos la preciada cota de malla. Sin dejar de proferir alaridos, le asesté un desmañado tajo en el yelmo y, por fin, lo rematé, hundiéndole la hoja en el pescuezo. Murió con la espada en la mano, y supe que me esperaba en el Valhalla: otro adversario más que me daría la bienvenida cuando llegara al salón de banquetes y me serviría cerveza mientras, una y otra vez, rememorábamos nuestras andanzas.

Berg había acabado con el otro hombre, pero seguía sangrando por el muslo. La herida parecía profunda.

—Recostaos en el suelo —le dije, al tiempo que reconvenía a Etelfleda—: ¡Os dije que era mejor que no vinierais!

—Callad la boca —repuso, sin hacerme caso; luego, desmontó y se dispuso a examinar la herida de Berg.

Nos hicimos con treinta y seis caballos. El enemigo perdió a dieciséis de los suyos entre aquellos helechos y no menos del doble resultaron heridos. Tras despojarlos de las armas y de las cotas de malla, allí los dejamos. Si Ragnall se ocupaba de ellos o los dejaba allí, abandonados, era cosa suya; lo importante era que le habíamos asestado un nuevo golpe.

—¿Habrás dejado una guarnición en Eads Byrig? —me preguntó Etelfleda mientras nos alejábamos de aquel lugar.

Reflexioné un momento. Era muy posible que Ragnall hubiera dejado una pequeña guarnición en el altozano, pero, cuanto más sopesaba el asunto, más razones descubría para descartar semejante idea. No disponían de murallas tras las que defenderse, y solo les cabía esperar la muerte a manos de los hombres de Mercia. Le habíamos dado una buena zorra, le habíamos obligado a levantar el campamento, lo habíamos derrotado y los hombres que hubiera dejado en Eads Byrig correrían

idéntica suerte que las tropas de Haesten.

—No —repuse.

—En tal caso, démonos una vuelta por allí —exigió Etefleda, de modo que, cuando el sol comenzaba a ocultarse tras unas nubes que se agolpaban por el oeste, al frente de nuestra tropa, volvimos a lo alto de aquella sierra y nos llegamos al antiguo baluarte.

Y sí, Ragnall había dejado unos cuantos hombres allí. Veintisiete para ser exactos, demasiado malheridos para llevarlos a ninguna parte. Los habían despojado de sus cotas de malla y de sus armas, y los habían abandonado a su suerte. Unas cuantas ancianas los atendían; de rodillas, las mujeres nos pedían que nos apiadáramos de ellos.

—¿Qué hacemos? —me preguntó Etefleda, espantada ante el hedor que emanaba de aquellas heridas.

—Matar a esos cabrones y ahorrarles tanto sufrimiento —repuse cuando empezaban a caer los primeros goterones.

—Ya ha corrido bastante sangre —dijo Etefleda, olvidando la premiosa exigencia de acabar con unos cuantos más de los hombres de Ragnall que había manifestado tan solo unas horas antes aquella misma tarde. Entonces, cuando empezaba a llover con ganas, echó a andar entre los heridos y reparó en aquellos rostros garrapateados con trazos de tinta, en aquellas miradas desesperadas. Un hombre se acercó a ella y le tomó de la mano; luego, volvió los ojos a mí—: Traeremos unas carretas —dijo— y los llevaremos a Ceaster.

—¿Y qué haréis con ellos cuando estén curados? —le pregunté, aunque me imaginaba que la mayoría de ellos morirían antes de llegar a la ciudadela.

—Para entonces —dijo, desprendiéndose de la mano de aquel hombre—, los habremos convertido a la fe en Cristo —eché pestes ante tamaña necedad. Medio esbozó una sonrisa y me tomó del brazo, llevándome más allá de las cenizas de las cabañas que habíamos prendido fuego en el altozano. Fuimos andando hasta llegar al lugar donde se alzara la empalizada y miró al norte, una mancha difuminada que la lluvia tornaba más borrosa: Northumbria—. Iremos al norte —me prometió.

—¿Mañana?

—Cuando mi hermano así lo decida —se refería a Eduardo, rey de Wessex. Quería que el ejército de su hermano se uniese al suyo antes de adentrarse en aquel norte pagano. Me estrujó el antebrazo por encima de la rígida cota de malla—. Y dad por hecho que no vais a ir a Irlanda —añadió, con dulzura.

—Pero mi hija... —empecé a decir.

—Stiorra ha seguido su camino —me interrumpió con firmeza—. Prefirió dejar de lado a Dios y casarse con un pagano. ¡Fue ella quien lo eligió! Que afronte las consecuencias.

—¿Acaso no rescataríais a vuestra propia hija? —le pregunté de mal humor.

No dijo nada. Su hija no se parecía en nada a ella. Ælfwynn era una joven frívola

y alocada; a mí me caía bien.

—Os necesito aquí —replicó, sin responder a mi pregunta—, y necesito a los vuestros aquí —al tiempo que me miraba—: no podéis abandonar ahora, ¡no cuando la victoria está al alcance de la mano!

—Vuestra victoria —dije, malhumorado—. Ragnall ya ha conocido la derrota.

—Lo hemos derrotado, sí —contestó—, pero ¿estará dispuesto a abandonar Mercia?

A lo lejos, más al norte, un rayo iluminó el cielo, y me pregunté qué querría decir aquel presagio. No se oyó ningún trueno tras el rayo. A medida que se acercaba la noche, las oscuras nubes se tornaban casi negras.

—Enviaré unos cuantos hombres a Eoferwic —dije en voz alta—, porque tiene miedo de perder la ciudad. Pero no a todos. Así que no, no abandonará Mercia.

—O sea, que no lo hemos derrotado —comentó, y estaba en lo cierto.

—Mantendrá aquí a la mayoría de su ejército —dije—, y tratará de saquear cuanto pueda. Se moverá con rapidez: quemará haciendas, hará esclavos, se dedicará al pillaje. Alguna recompensa tiene que ofrecer a sus hombres. Por fuerza tiene que apoderarse de esclavos, de oro y de ganado; de modo que sí, llevará a cabo profundas incursiones en Mercia. La única posibilidad que tiene de mantener unido lo que queda de su ejército pasa por recompensar a los suyos con tierras, ganados y cautivos.

—Por eso os necesito aquí —dijo, sin soltármeme del brazo. No contesté, pero ella sabía que no podía dejar de pensar en Stiorra—. ¿Decís que está atrapada a la orilla del mar?

—En una ensenada.

—Y si pudierais, ¿la traeríais con vos de vuelta?

—Por supuesto que sí.

Esbozó una sonrisa.

—Podéis disponer del bote de pesca que utilizamos para llevar provisiones a Brunanburh —se refería a un bote pequeño, de buena factura, perfecto para surcar el mar, en el que, como mucho, cabían diez personas. Había pertenecido a un testarudo hombre de Mercia que se había asentado en aquella tierra de nadie que se extendía al oeste de Brunanburh. Le habíamos advertido de que los rapaces hombres del norte solían cruzar la desembocadura del Mærse para hacerse con el ganado y las ovejas, pero él se había mantenido en sus trece. Y consiguió sobrevivir durante toda una semana, al cabo de la cual o bien habrían acabado con él y con su familia o los habían hecho esclavos, aunque, por alguna razón que no se nos alcanzaba, los saqueadores habían dejado el bote del hombre amarrado a un poste en las marismas del río. En aquel momento, lo utilizábamos para llevar las provisiones más pesadas de Ceaster a Brunanburh. Era mucho más fácil llevar diez barriles de cerveza en barco hasta el fortín que cargarlos en una carreta y llevarlos por tierra—. Enviad en su busca a unos cuantos hombres en ese bote —me dijo—. Y Stiorra y su hija tendrán una posibilidad de salir con vida de allá donde estén —asentí, pero no dije nada. ¿Diez hombres en

un bote pequeño, cuando sabía que Ragnall había apostado barcos de guerra con cabezas de dragón como mascarones de proa en Loch Cuan?—. Podemos prescindir de unos pocos hombres —añadió Eteflada—, pero si de lo que se trata es de acorralar a Ragnall y acabar con él, tenéis que quedaros aquí —calló un momento—. Vos sabéis cómo piensa Ragnall y, si vamos a enfrentarnos con él, os necesito aquí. Os necesito.

Y también mi hija.

Y yo tenía que dar con un armador que conociese la costa de Irlanda como la palma de su mano.



Habíamos enviado ojeadores en pos del ejército que se retiraba, y, tal y como había pronosticado, las tropas de Ragnall se dividieron en dos. Los menos se dirigieron hacia el norte, presumiblemente a Eoferwic; el resto, una tropa de unos setecientos hombres, marcharon hacia el este. Al día siguiente, es decir, un día después de la emboscada que les habíamos tendido en plena retirada, atisbamos las primeras columnas de humo que, a lo lejos, tiznaban el cielo, una advertencia de que Ragnall estaba prendiendo fuego a caseríos y graneros del norte de Mercia.

—Está buscándonos las cosquillas —me comentó Eteflada, mientras contemplábamos las columnas de humo que se alzaban a lo lejos.

—Sé lo que anda buscando —dije, ya harto.

—Os dejaré a doscientos de mis hombres —me dijo—, aparte de los vuestros. Quiero que los persigáis, que los acoséis, que hagáis que su vida sea como un infierno.

—Y lo haré —le prometí—, pero necesito un día para tenerlo todo a punto.

—¿Todo un día?

—Mañana, antes del amanecer, me pondré en marcha —volví a decirle—, pero necesito un día para tenerlo todo a punto. Los caballos están cansados; las armas, melladas. Tendremos que hacer acopio de provisiones. Y tendré que dejar listo el *Blesian*.

Y no estaba diciendo ninguna mentira. El *Blesian*, el *Bendito*, para entendernos, era el bote de pesca que los hombres del norte habían abandonado en el Mærse; quizá porque pensarán que estaba maldito al ver la enorme cruz de madera que sobresalía en la proa.

—Le diré a Uhtred que vaya a Irlanda —le comenté a Eteflada.

—¿Ya se encuentra con fuerzas suficientes para emprender semejante viaje?

—¡A ese, no! Al más joven —procuré que se diese cuenta del tono de irritación con que lo decía—. Habrá que cargar víveres y provisiones.

Frunció el ceño.

—No es tan larga la travesía que se disponen a emprender.

—Con el viento a su favor, un día —contesté—; dos, si el aire está encalmado, pero nadie emprende una travesía así sin provisiones. Si se desencadena una tempestad, bien podrían tardar una semana.

Me tocó el brazo.

—Creedme que siento lo de Stiorra —empezó a decir.

—Y yo.

—Pero lo primero que tenemos que hacer es acabar con Ragnall —continuó con firmeza—. Una vez que lo hayamos derrotado, sois libre de ir a Irlanda si así os place.

—No le deis más vueltas —le dije—. Estaré en condiciones de partir mañana antes del amanecer.

Y así fue.

CAPÍTULO IX

Con un retumbar de cascos, bajo el resplandor de dos antorchas que llenaban de humo el pasadizo que discurría bajo la puerta norte de Ceaster, ciento veintidós de los nuestros nos pusimos en marcha antes del amanecer. Nos seguían unos cuantos criados al cuidado de trece caballos de carga con escudos, lanzas, costales de pan tostado, pescado ahumado y hojas de tocino. Íbamos pertrechados para la guerra.

Con el yelmo colgado del pomo de la silla de montar y *Hálito-de-serpiente* al costado, Finan cabalgaba a mi derecha; Sihtric, a mi izquierda. A mis espaldas, el portaestandarte enarbolaba la cabeza de lobo, la enseña de Bebbanburg. Bajo la mirada circunspecta de los espectros que, de reojo, nos acechaban desde las oscuras lápidas que sellaban sus adustos túmulos, cruzamos el cementerio y, camino del norte, seguimos la calzada romana. Antes de llegar a la ribera del Mærse, la calzada viraba bruscamente hacia el este; me detuve un momento y volví la vista atrás: Ceaster no era sino una oscura silueta de murallas recortadas a la luz del tenue resplandor de las antorchas que aún estaban prendidas en el interior de la ciudadela. No había luna; las nubes nos ocultaban las estrellas. Pensé que, desde lo alto de aquellas murallas, nadie podría vernos.

Lejos de allí, más al este, andaban los hombres de Ragnall. El amanecer nos depararía nuevas y enormes manchas de humo como otros tantos barruntos de aquellos lugares donde se dedicaban a saquear y quemar prósperos caseríos. Los incendios que, cada vez más al sur, habíamos observado a lo largo del día anterior, daban a entender que sus tropas se alejaban más y más de los fortines del norte para adentrarse en territorios peor defendidos.

La guerra se extendía por el este de Ceaster. Nosotros nos dirigíamos al oeste.

Cabalgábamos, pues, hacia el oeste, camino de Brunanburh, siguiendo el sendero que, a lo largo de un terraplén, bordeaba la orilla sur del río. La oscuridad nos obligaba a cabalgar despacio, pero, a medida que la incierta luz que antecede al amanecer iba a más a nuestras espaldas, aceleramos el paso. La marea bajaba y, del río, nos llegaba el gorgoteo del fango que la corriente arrastraba de las orillas. Con ásperos graznidos, las aves marinas festejaban el nuevo día. Llevando una gaviota con un ala rota entre las fauces, un zorro se cruzó en nuestro camino, y traté de discernir si era favorable el presagio que anunciaba. Agitadas por una suave brisa, como si de plata vieja se tratase, rielaban las aguas del río. Había confiado en que el viento soplara con fuerza, casi con la fuerza de un vendaval, pero apenas si corría una gota de aire.

Al cabo, llegamos a Brunanburh; el fortín era una oscura silueta, cuyas troneras se

recortaban contra el rojizo resplandor de las hogueras que ardían en el patio. Allí donde el sendero viraba hacia la izquierda, camino de la puerta principal del fuerte, torcimos a la derecha, hacia el río, donde, en contraste con las aguas plateadas, se alzaban unas oscuras sombras: los dos barcos que Etelstano y sus hombres habían conseguido liberar de sus amarres al norte de Eads Byrig. El más grande se llamaba el *Sæbroga*, es decir, el *Terror de los Mares*, y en aquel momento era mío.

Tal era el nombre que le había puesto porque no sabía cómo lo habían llamado los hombres del norte. Algunos barcos llevaban el nombre grabado en una de las hiladas de proa, pero no vi nada parecido en el *Sæbroga*. Tampoco en el mástil. Ningún hombre de mar vacilará en decir que cambiar el nombre de un barco trae mala suerte, algo que yo he hecho muchas veces, aunque nunca sin antes haberme asegurado de que un pis virginal regase el pantoque para evitar cualquier desgracia. Por eso, me había cerciorado de que alguien de corta edad mease en condiciones las piedras de lastre del *Sæbroga*. El barco recién bautizado era el más grande de los dos; una preciosidad de panza ancha, pulidas y alargadas líneas, altiva proa. Allí donde la mayoría de los barcos paganos exhibían un dragón, un lobo o un águila, una gigantesca hacha de madera tallada en un trozo de roble de una sola pieza coronaba la altanera proa, lo que me llevó a pensar si no sería aquel el barco de Ragnall. Aunque la pintura estaba muy deteriorada, se notaba que, en su día, un rojo vivo recubría la hoja del hacha. Disponía de bancadas para sesenta remeros, una vela de excelente calidad y un juego completo de remos.

—Que Dios se apiade de nosotros —dijo Dudda antes de añadir entre hipidos—: es una auténtica belleza.

—Lo es —corroboré.

—Un buen barco es como una mujer —añadió, dibujando la silueta con las manos, como si a nadie antes se le hubiera ocurrido tal cosa, mientras echaba el pie a tierra con gallardía no inferior a la de un pato mareado. Rezongando y dando tumbos, se fue hacia el cieno que bordeaba la orilla del río; una vez allí, se bajó los calzones y se puso a mear—. Un buen barco —insistió— es como una mujer —volviéndose, sin dejar de mear poderosamente—. ¿Habéis llegado a ver a esa tal Mus, mi señor, a esa pequeña Mus? ¿La del antojo con forma de manzana en la frente? ¡Menuda preciosidad! ¡De esa manzana, me comería hasta el corazón!

Dudda era o, más bien, había sido un timonel que había surcado el mar de Irlanda desde sus años de juventud. Alguien que, con aquel aspecto abotargado, coloradote y de andar incierto, seguro que, solo en cerveza e hidromiel, se había trasegado una cantidad equivalente a la de aquel mar. Aquella mañana, sin embargo, cosa rara en él, estaba sobrio y trataba de apabullarme con su sabiduría.

—A ver si nos lo acercan un poco —dijo, señalando vagamente al *Sæbroga* amarrado a uno de los pocos pilares que aún permanecían en pie tras el primer ataque de Ragnall—. Que lo sirguen, mi señor, que lo sirguen. —Estaban construyendo un nuevo embarcadero, pero aún no se habían adentrado tanto en el río.

—¿Por qué no os acercáis a nado? —dejé caer.

—¡Por Cristo bendito, en su crucecita de madera! —exclamó, sobresaltado—. No sé nadar, mi señor. ¡Soy marinero! ¡Dejemos eso de nadar para los peces; nada tengo que ver con ellos! —y, agotado por el esfuerzo de dar cinco pasos, se sentó junto al sendero. Habíamos recorrido las tabernas de Ceaster en busca de alguien que conociese la costa irlandesa, y, por increíble que parezca, solo habíamos dado con Dudda—. ¿Loch Cuan, decís? —se atragantó cuando se lo pregunté por primera vez—. Podría dar con Loch Cuan hasta con los ojos vendados en una noche cerrada. He estado allí en centenares de ocasiones, mi señor.

—¿Pero sabríais llegar aun estando borracho? —le pregunté, sin andarme por las ramas.

—Las otras veces también lo estaba, mi señor —replicó, con una sonrisa maliciosa.

Dispuestos a llegarse a pie hasta el *Sæbroga*, que, aun amarrado como estaba a aquel poste, la marea trataba de arrastrar hacia el mar, dos de los más jóvenes de mis hombres ya se despojaban de las cotas de malla y de las botas, cuando uno de ellos me señaló el fortín.

—Jinetes, mi señor.

Me volví, y reparé en que era Osferth quien se acercaba; cuatro hombres venían con él. Por decisión de su hermanastra, Etelfleda, era quien estaba al frente de la guarnición en aquel momento. Y también uno de mis más viejos amigos, alguien con quien había peleado codo con codo en un muro de escudos en más de una ocasión. En cuanto me vio, esbozó una sonrisa.

—¡No esperaba veros por aquí, mi señor!

Le había visto hacía tan solo unos pocos días cuando, a caballo, me había acercado a Brunanburh para ver las dos presas a las que había echado el ojo. Con la cabeza, señalé al *Sæbroga*.

—La Dama Etelfleda quiere que nos lo llevemos al río Dee —dije—. Cree que allí estará más seguro.

—¡Igual que aquí! —dijo muy convencido—. Hace una semana que no vemos ningún barco pagano por aquí. Pero si tal es la decisión de la Dama Etelfleda... —sin concluir la frase, se quedó mirando al este, donde el suave resplandor rosado de la aurora ya teñía el firmamento—. ¡Habéis elegido un buen día para hacer la travesía, mi señor!

—¿Os apetece venir con nosotros? —le pregunté, con la esperanza de que me dijese que no.

Aun sin dejar de dar vueltas a la idea de olvidarse de sus obligaciones por un día, esbozó una sonrisa.

—Tenemos que acabar el embarcadero.

—¡Habéis avanzado mucho! —repuse, volviendo la vista al recio malecón que ya se adentraba en el cieno de la orilla.

—Así es —asintió Osferth—; lo más difícil viene ahora, aunque con la ayuda de Dios... —al tiempo que se santiguaba. De su padre, el rey Alfredo, había heredado no solo la devoción, sino también el sentido del deber—. ¿Vais a dejar el más pequeño aquí? —me preguntó, intranquilo.

Había pensado en llevarme los dos barcos, pero, al final, había resuelto hacer la travesía solo a bordo del *Sæbroga*.

—Nada dijo la Dama Etefleda del otro barco —repuse.

—¡Mejor así! Porque había pensado utilizarlo para acarrear los pilares hasta allí donde el río es más profundo —me explicó. Luego, observó cómo mis dos hombres amarraban una larga maroma a la proa del barco. Uno de ellos acercó el otro cabo a la orilla, en tanto que su compañero liberaba el barco del poste al que estaba amarrado. Luego, entre gritos de ánimo, una veintena de los míos comenzaron a sirgar el *Sæbroga* hasta la playa.

—¡Llevad todos nuestros enseres a bordo! —ordenó Finan a voces, cuando la altiva proa de la nave se adentró en el cieno.

Mientras mis hombres llevaban costales de provisiones al barco, puse a Osferth al tanto de cuanto había pasado. Le conté que Ragnall había huido hacia el este y que se dedicaba a realizar incursiones por Mercia.

—No volverá por aquí —le dije—, no, al menos, durante una buena temporada, así que es posible que la Dama Etefleda reclame la presencia de algunos de los vuestros en Ceaster.

Osferth se dio por enterado. Sin salir de su asombro, observaba cómo cargaban el *Sæbroga*.

—Lleváis un buen montón de provisiones para una travesía tan corta —comentó.

—Nunca hay que salir al mar sin tomar las debidas precauciones —repuse—. Ahora, todo parece encalmado; pero ¿quién sabe si no se desatará una tempestad a mediodía?

—Rezo para que no sea así —dijo con devoción, mientras contemplaba el último de los costales que subían a bordo.

Le arrojé a Godric un pequeño talego repleto de muescas de plata.

—Haceos cargo de los caballos y llevadlos de vuelta a Ceaster —le ordené.

—Como digáis, mi señor —repuso el mozo—. ¿Seguro que no puedo ir con los demás, mi señor? ¡Os lo suplico!

—Os haréis cargo de los caballos —repliqué con aspereza. Solo pensaba llevarme conmigo a guerreros curtidos que hubiesen peleado a mi lado en un muro de escudos. No llevaríamos criados con nosotros; tan solo hombres que estuvieran en condiciones de manejar un remo o de empuñar una espada. Si queríamos traer a todos los hombres que se habían quedado con Sigtryggr en aquel fuerte, me imaginaba que tendríamos que disponer del mayor sitio posible en el *Sæbroga*, y que, aun apretujados, no habría sitio para todos. Una buena razón, sin duda, para habernos llevado también el barco más pequeño, pero me daba miedo dividir mi ya de por sí reducida tropa. Solo

contábamos con un timonel, tan solo con un hombre que aseguraba que sabía cómo llegar a Loch Cuan, y si, en mitad de la noche, el más pequeño de los dos barcos se despistaba de nosotros, bien podría ser que no volviéramos a ver a su tripulación—. Os veré esta noche —le mentí a Godric, para que lo oyera Osferth. Luego, a pie, me llegué hasta el combés del *Sæbroga* y esperé a que el fornido Gerbruht ayudase a subir a Dudda por el costado del barco. Rezongando y resollando, Dudda, como una foca al límite de sus fuerzas, se dejó caer sobre una de las bancadas de los remeros. Con una sonrisa aviesa, Gerbruht me tendió una robusta mano y me ayudó a subir al barco. Godric, que también se había acercado a pie hasta el barco, me alargó el yelmo, la espada y el escudo. Finan ya estaba de pie, junto al timón—. Vamos a poner esta preciosidad a flote —les dije a los míos, y media docena de hombres echaron mano de los largos remos para apartar al *Sæbroga* de la orilla cenagosa y llevarlo a aguas más profundas.

Ya me disponía a despedirme de Osferth cuando, a lo lejos y por el este, observé que, al galope, se acercaban tres jinetes por el sendero que llevaba a Ceaster. Demasiado tarde, pensé, demasiado tarde. Esbocé una sonrisa, mientras veía cómo mis hombres se acomodaban en las bancadas y encajaban los remos en los escálamos, antes de que aquel hacha altanera y orgullosa pusiese rumbo a aquel mar que, a lo lejos, se atisbaba. Me hice cargo del timón, y Finan se plantó en mitad de la cubierta.

—¡Atentos! —gritó—. ¡Adelante!

Y las palas de los remos se hundieron y el largo casco se estremeció y, aventadas, unas aves marinas levantaron el vuelo bajo aquella suave brisa. Sentí la tensión del timón, sentí la sacudida de la nave en mis manos y sentí cómo el corazón se me ensanchaba al escuchar la cadencia de cualquier barco que se dispone a encarar el mar. La marea bajaba con rapidez, rizando las aguas del río entre los destellos que arrancaba el sol de un nuevo día mientras, a voces, Finan marcaba el compás con los pies; sesenta hombres remaron con fuerza, y sentí cómo el barco cobraba vida, cómo latía al compás de los remos, cómo la barra del gobernalle me oponía resistencia, y escuché el clamor del casco que cortaba el agua y reparé en la estela que dejábamos atrás. Dando por sentado que los tres mensajeros venían de Ceaster, vi cómo se llegaban junto a Osferth y cómo este, por la orilla y a todo galope, sin dejar de dar voces y gesticulando sin parar, trataba de ponerse a nuestra altura. Me imaginé que estaría gritándonos que diéramos media vuelta, pero, raudo, el *Sæbroga* ya se dirigía al centro del río, alejándose más y más de la orilla, mientras yo me limitaba a decirle adiós con la mano. Con gesto desencajado, no dejaba de hacernos señas, en tanto que yo agitaba la mano a modo de despedida.

¿Qué quería Eteflada que hiciera? ¿Qué, en nombre de aquel dios suyo, tan misericordioso? ¿Acaso se le había pasado por la cabeza que abandonaría a mi hija a su suerte y que muriera de hambre por culpa de Ragnall? ¿Que iba a permitir que pasara a cuchillo a mi nieta o que plantase su semilla en Stiorra? Ya había castrado a mi hijo; ¿acaso iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que violase a mi hija? Me

juré a mí mismo que, antes que preocuparme por Etelfleda, vería cómo Ragnall, entre atroces alaridos, se desangraba mientras le arrancaba la piel a tiras. Se trataba de un asunto de familia. Tenía que tomarme cumplida venganza.

Cuando dejamos atrás el río, el *Sæbroga* alzó la proa y plantó cara al mar abierto. A mi izquierda, los vastos y traicioneros bancos de arena que bordeaban Wirhealum, ese territorio entre dos ríos. Si estando la marea alta, se desataba una violenta tempestad en aquellos bajíos, allí donde, en medio de un gran estruendo, el agua se retiraba entonces, se formaba un remolino de olas erizadas y rugiente espuma capaz de engullir barcos, como bien daban a entender los ennegrecidos y rígidos esqueletos de unos cuantos bajeles que allí asomaban. Un viento del oeste, que en nada nos favorecía, cobraba fuerza, pero, por delante de nosotros, a eso de una milla de la costa, avistamos el *Blesian*.

El segundo de mis hijos, aquel a quien había rebautizado con el nombre de Uhtred, nos esperaba en el más pequeño de los dos barcos. Esperando a que apareciéramos, él y seis de sus hombres se habían pasado la noche en vela en aquel barco en el que habíamos cargado los barriles de cerveza, lo único que no habríamos podido llevar a caballo desde Ceaster. Los abordamos y amarramos los dos barcos; enjarcamos los penoles y, a pulso, traspasamos la cerveza, más víveres y un puñado de pesadas lanzas hasta el *Sæbroga*. Dudda, que no perdía de vista los barriles de cerveza que cargábamos, me había asegurado que la travesía no nos llevaría más de un día, un día y medio como mucho, y eso que todo el mundo estaba al tanto de las repentinas tormentas que, con frecuencia, asolaban el mar de Irlanda. Con todo, y por si un hado funesto nos arrastraba al ancho océano, llevaba cerveza suficiente para toda una semana.

—¿Qué hacemos con el *Blesian*? —me preguntó mi hijo. A pesar de haberse pasado la noche en vela tratando de mantener el barco lo más lejos posible del estruendo de las olas que rompían en un banco de arena próximo, aún le quedaban ganas de más.

—Dejad que se pierda en el mar.

—Es una pena —comentó, con un deje de melancolía—. Es un buen barco.

Había pensado en remolcarlo, pero, al cabo, había desechado la idea. El *Blesian* era un barco pesado, y nuestra travesía habría durado el doble.

—Dejad que se pierda en el mar —repetí, al tiempo que daba órdenes de retirar las jarcias y dejarlo a la deriva. El viento lo llevaría a encallar en los bajíos de Wirhealum, donde el mar se encargaría de dar buena cuenta de él. Seguimos remando, tratando de poner el *Sæbroga* a favor del viento y de las olas, hasta que Dudda, estimando que ya nos habíamos alejado lo suficiente de la costa, nos dijo que pusiéramos rumbo noroeste.

—Si seguís el rumbo que os he indicado, llegaremos a Mann —dijo, sentándose en la cubierta y recostándose contra la amurada del barco—. ¿Cuándo tenéis pensado abrir uno de esos barriles? —al tiempo que, anhelante, no les quitaba el ojo de encima

a los barriles de cerveza que habíamos amontonado a los pies del mástil.

—Pronto —repuse.

—Cuando bordeemos la isla, andaos con tino —añadió, refiriéndose a Mann—. Nada les gusta tanto como que un barco caiga en sus manos.

—¿Por dónde es mejor que lo hagamos, por el oeste o por el este?

—Por el oeste —contestó, mirando al sol naciente—. Mantened el rumbo que lleváis y acabaremos por llegar —añadió, cerrando los ojos.

A media mañana, el viento empezó a soplar a nuestro favor; izamos la imponente vela del *Sæbroga* y, al contemplar la enorme hoja de hacha de color rojo que se desplegaba, ya no me cupo duda alguna de que nos habíamos apoderado del barco de Ragnall. La vela era de recio lienzo, una tela cara, muy bien trabada y de doble capa. El hacha estaba superpuesta, cosida sobre ambas capas, reforzadas a su vez mediante un entramado de sogas de cáñamo. Cuando hubimos desplegado la vela, retiramos los remos y, con el impulso de aquel viento fresco que, salpicándolo todo de blanco, punteaba la cresta de las olas, el barco se escoró.

—¡Qué maravilla! —le dije a Finan, al sentir la fuerza del mar en el gobernalle.

Esbozó una sonrisa.

—Sin duda que lo es para vos. Os encantan los barcos, mi señor.

—¡Me encanta este barco!

—Yo me siento mucho más tranquilo cuando puedo arrimarme a un árbol —concluyó.

Aquella mañana nos cruzamos con otros dos barcos; al ver la enorme y roja hacha que ondeaba en nuestra vela, ambos se alejaron a toda prisa. Debían de ser barcos de pesca o cargueros, y hacían bien en tener miedo de aquel depredador marino que bogaba rumbo norte, abriéndose paso entre las olas que, blancas, rompía con sus mandíbulas. Daba igual que Dudda me hubiera puesto sobre aviso en cuanto a los piratas de Mann: solo un necio insensato se habría atrevido a abordar un barco como el *Sæbroga*, atestado de feroces guerreros. Si bien y en aquel preciso instante, la mayoría de aquellos temibles guerreros dormían a pierna suelta entre las bancadas.

—Así que —me dijo Finan— vamos a por vuestro yerno.

—Así es.

—¿Que, por lo visto, está acorralado?

—Eso me han dicho.

—¿Con casi quinientos hombres?

Asentí.

—Lo digo porque estaba pensando que, aun apretujados, bien podríamos hacer un hueco a cuarenta personas más en este cascarón, pero ¿cómo acomodar a quinientas?

La panza del *Sæbroga* se hundió y una rociada de espuma barrió el casco. Se estaba levantando viento, pero no pensé que fuera a desviarnos de nuestro rumbo. Me apoyé con fuerza en el timón y, aunque la fuerza del viento nos empujaba hacia el este, poco a poco, viramos hacia el oeste. A lo lejos, avistamos un cúmulo de nubes.

Dudda estimó que se agolpaban sobre ese lugar que hemos dado en llamar la isla de Mann.

—Mantened el rumbo que lleváis, mi señor —me dijo—, mantened el rumbo.

—Estamos hablando de quinientas personas —me recordó Finan.

Esbocé una sonrisa.

—¿Sabéis algo de un tal Orvar Freyrson?

—Nunca había oído ese nombre —al tiempo que negaba con la cabeza.

—Al frente de cuatro barcos, Ragnall le ordenó que se quedase en Irlanda —continué—. Ya ha ido a por Sigtryggr una vez, y se llevó un buen revolcón. Así que me malicio que, ahora, solo quiere asegurarse de que nadie pueda llevarles víveres. Se conforma con mantener alejado a cualquier barco que surque esas aguas, con la esperanza de que, muertos de hambre, los del fuerte se rindan.

—Me cuadra —comentó Finan.

—En ese caso, ¿para qué necesita cuatro barcos ese tal Orvar Freyrson? Por pura avaricia. Habrá que enseñarle que las cosas hay que compartirlas, ¿no os parece?

Finan esbozó una sonrisa. Volvió la vista atrás, pero ya no había tierra a la vista. Estábamos en mitad del mar, a punto de vérnoslas con un viento fuerte que teñía de blanco las verdes olas. Éramos un depredador marino que vagaba a sus anchas.

—Me temo que a su señoría no le va a hacer ninguna gracia todo esto —apuntó.

—¿Eteflada? Estará como un gato montés: subiéndose por las paredes —repuse—. Más lo siento por Eadith.

—¿Eadith?

—Eteflada no puede ni verla. Y a Eadith no le hará ninguna gracia que le haya dejado sola en Ceaster.

—Pobrecilla.

—Pero volveremos —le dije.

—¿Y pensáis que una de las dos acabará por perdonaros?

—Eadith, de eso estoy seguro.

—¿Y la Dama Eteflada?

—Tendré que pensar en un regalo apropiado para ella —dije.

Se echó a reír.

—¡Desde luego! ¡Tendrá que ser un regalo de campanillas! ¡Nada de joyas ni de dinero! ¡De eso, anda más que sobrada! ¿En qué habéis pensado? Sonreí.

—Estaba pensando en poner Eoferwic en sus manos.

—¡Madre de Dios! —exclamó Finan, sobresaltado. Aún sentado, se enderezó y se me quedó mirando un instante—. ¡Lo decís en serio! ¿Se puede saber cómo, por Dios bendito, pensáis hacerlo?

—No tengo ni idea —y rompí a reír.

Porque estaba en mitad del mar y era feliz.



El tiempo empeoró aquella tarde. El viento cambió de dirección; tuvimos que recoger la vela y enrollarla en el mástil, y cuando, plantando cara al viento y la corriente, remábamos en un mar revuelto, por el oeste aparecieron unas nubes que ensombrecieron el cielo. Chuzos de punta caían sobre los remeros empapando las jarcias y, aunque el *Sæbroga* era una hermosa embarcación, elegante y esbelta, a medida que el viento iba a más y el mar más se agitaba, me di cuenta de que tenía la fea costumbre de agachar la cabeza y dejar que la espuma se enseñorease de la cubierta.

—Es por el hacha —le dije a Finan.

—¿Qué hacha?

—¡La de la proa! Demasiado pesada.

Embozado en una capa, sin apartarse de mí, se quedó mirando a la proa.

—De una sola pieza; eso seguro.

—Habrá que llevar unas cuantas piedras del lastre más a popa.

—¡Pero no ahora! —replicó asustado ante la idea de hombres calados hasta los huesos teniéndoselas que ver con pesadas piedras, mientras el *Sæbroga* cabeceaba en medio de un mar amenazador.

Sonreí.

—No, no tiene por qué ser ahora.

Arribamos a Mann y, a medida que iba cayendo la noche, me las compuse para sortear la isla, dejándola al este. Con pocas ganas de continuar la travesía en plena noche, en ese instante, el viento se encalmó y mantuve el barco alejado de la isla. No es que la noche fuera muy oscura, gracias sobre todo al resplandor de unas cuantas hogueras en las lejanas pendientes de la isla, tenues luces que nos permitían fijar nuestra posición y nos ayudaban a mantenernos a salvo. Dejé el timón en manos de mi hijo y me quedé dormido hasta el amanecer.

—A partir de ahora, mi señor —me dijo un Dudda de mirada turbia a la luz incierta del amanecer—, manteneos rumbo oeste, siempre rumbo oeste, y arribaremos a Loch Cuan.

—Y solo Dios sabe con qué vamos a encontrarnos allí —dejó caer Finan.

¿Estaría muerto Sigtryggr? ¿Se habrían llevado a mi hija? ¿Se habría producido un baño de sangre en el antiguo fuerte? A veces, de esa índole son los demonios que nos acosan, haciéndonos dudar de todo, tratando de convencernos del destino fatal que nos aguarda si no los escuchamos. Estoy convencido de que esta tierra media, nuestro mundo, está infestada de demonios, demonios que no podemos ver, lacayos de Loki que, en alas del viento, van y vienen haciendo de las suyas. Me acuerdo de cierta ocasión, hace ya muchos años, en que el bueno del padre Beocca, aquel que, de niño, fuera mi preceptor y, andando el tiempo, sería viejo amigo, me hablaba de cómo

Satán enviaba a sus demonios para tentar a los buenos cristianos.

—Solo tratan de apartarnos del camino que Dios nos ha trazado —me había dicho muy serio—. Porque, ¿acaso no sabíais que Dios tiene un camino trazado para cada uno de nosotros, incluso para vos?

Sin acabar de creérmelo, había meneado la cabeza. Para entonces, debía de tener yo unos ocho años, ya estaba convencido de que mi camino en la vida pasaba por aprender el manejo de la espada, no por dominar algo tan tedioso como leer y escribir.

—¡Vamos a ver si sois capaz de descubrir cuál es el camino que Dios ha trazado para vos! —había añadido, de muy buen talante. Estábamos sentados en una repisa de la peña sobre la que se asentaba Bebbanburg, contemplando cómo el mar bravío batía las islas Farnea. Me había hecho leer en voz alta unas páginas de un libro pequeño que hablaban de cómo san Cuthberto había vivido en uno de aquellos peñascos desiertos y había predicado a los frailecillos y a las focas. Luego, Beocca empezó a dar saltitos sobre su escuálido trasero, como hacía siempre que se ponía nervioso—. ¡Quiero que penséis en lo que os estoy diciendo! ¡Quizás encontréis la respuesta por vuestra cuenta! Dios —dijo con voz muy seria— nos hizo a su propia imagen y semejanza. ¡Pensadlo bien!

Recuerdo que pensé en lo raro que debía de ser aquel Dios, porque Beocca era zopo, bizco, de nariz aplastada, indomables cabellos pelirrojos y tenía una mano paralizada.

—¿Así que Dios es contrahecho? —se me ocurrió preguntarle.

—¡Claro que no! —me dijo, dándome un pescozón con la mano derecha, la buena—. ¡Dios es perfecto! —al tiempo que me arreaba otro coscorrón, mucho más fuerte. Recuerdo que, entonces, me dio por pensar que, a lo mejor, Dios se parecía a Eadburga, una de las criadas de la cocina que me había llevado detrás de la capilla de la fortaleza y me había enseñado las tetas—. ¡Pensad! —me apremió el padre Beocca, pero no podía quitarme de la cabeza los pechos de Eadburga, así que negué con la cabeza, mientras el padre Beocca emitía un suspiro—. Nos hizo a su imagen y semejanza —me explicó con toda la paciencia del mundo— porque el único sentido que tiene la vida es que lleguemos a ser como Él.

—¿Que seamos como Él?

—¡Perfectos! Tenemos que aprender a ser buenos, ¡a ser buenos, tanto los hombres como las mujeres!

—¿Y a matar niños también? —le pregunté, muy serio.

—¿A matar niños? —taladrándome con aquel ojo bizco.

—¡Vos fuisteis quien me contasteis aquello de cómo dos osos acabaron con unos niños! —recuerdo que le dije, muy contento—. ¡Y que había sido Dios quien los había obligado a hacerlo! ¡Contádmelo otra vez!

El bueno de Beocca parecía desazonado.

—Nunca debí de haberos leído aquello —dijo, hundido en la más negra miseria.

—Pero ¿es cierto o no? Muy a su pesar, asintió.

—Es cierto, sí. Así se refleja en las escrituras.

—¿Acaso aquellos niños se portaron mal con el profeta?

—Eliseo, sí.

—Porque le llamaron calvorota, ¿verdad?

—Eso dicen las escrituras.

—¡Entonces Dios envió a dos osos para que acabaran con ellos! ¿Como castigo?

—Eran osas, en realidad. Sí.

—¿Y que cuarenta niños murieron?

—Cuarenta y dos, para ser exactos —había dicho, hundido.

—¡Los osos los despedazaron! ¡Me gusta esa historia!

—Seguro que Dios quería que los niños muriesen cuanto antes —había dicho Beocca, no muy convencido.

—¿Es eso lo que cuentan las escrituras?

—No —hubo de admitir—, ¡pero Dios es misericordioso!

—¿Misericordioso? Dio muerte a cuarenta y dos niños...

Me arreó otro coscorrón.

—Ya es hora de que leáis un poco más acerca de la vida del bienaventurado san Cuthberto y de cuál fue la misión que lo llevó a vivir entre las focas. Id al principio de la página.

En el momento en que la proa del *Sæbroga* embestía contra un mar de color verde oscuro y una espuma heladora barría la cubierta, sonreí para mis adentros al acordarme de aquella anécdota. Beocca siempre me había caído bien; era un buen hombre, y resultaba tan fácil de buscarle las vueltas... Porque lo cierto es que esa historia que se menciona en el libro sagrado de los cristianos era la mejor prueba de que su dios no difería tanto de aquellos a los que yo veneraba. Los cristianos ponían todo su empeño en hacernos creer que su dios era todo bondad y perfección, cuando lo cierto es que era tan capaz de enojarse y acabar con unos niños como cualquiera de los dioses del Asgard. Si el sentido de la vida pasaba por ser un tirano imprevisible y sanguinario, nada tan fácil como tratar de parecerse a ese dios, pero me imaginaba que muy otra era la razón por la que estábamos aquí, como, por ejemplo, tratar de hacer de este mundo un lugar mejor, y ni siquiera de eso estaba muy seguro. Pensaba entonces, y aún lo pienso ahora, que el mundo sería un lugar mucho mejor si todos los hombres y mujeres venerasen a Thor, Odín, Freya y Eostre; sin embargo, ponía mi espada al servicio de aquel dios cristiano, asesino de niños. Menos mal que no albergaba dudas en cuanto al propósito de aquel viaje. Iba en busca de venganza. Si, al llegar, me encontraba con que Sigtryggr había sido derrotado y, cautiva, se habían llevado a Stiorra, volveríamos a poner rumbo este en el *Sæbroga*, y perseguiríamos a Ragnall hasta los más remotos confines de la tierra, donde le arrancaríamos las entrañas y bailaríamos sobre su cadáver.

Mientras la proa del *Sæbroga* cabeceaba para hacer frente a un fuerte viento del

oeste, tuvimos que vérnoslas con el mal tiempo durante todo el día. Ya empezaba a pensar que los dioses no querían que emprendiese aquel viaje cuando, aquella misma tarde, tuvieron a bien enviarme un cuervo a modo de presagio. Al límite de sus fuerzas, el pájaro se posó en el pequeño altillo de proa, donde, atemorizado, se quedó acurrucado. A sabiendas de que lo había enviado Odín, me lo quedé mirando. Todos mis hombres, hasta los cristianos, daban por sentado que aquel ave era un presagio y, hundiendo los remos en aquel mar picado y soportando unos cuantos chaparrones, todos nos quedamos a la espera de que el pájaro nos revelase cuál era el mensaje que traía. Mensaje que, por fin, nos aclaró al anochecer, cuando el viento se encalmó, el mar se asentó y, a lo lejos, por la parte de proa, atisbamos la costa de Irlanda, una costa lejana que, a mis ojos, no era sino una difusa mancha de color verde, a pesar de que Dudda, muy ufano, no dejaba de señalarla con el dedo.

—¡Ahí la tenéis, mi señor! —dijo, al tiempo que señalaba unas sombras que se alzaban a la derecha de nuestra proa—. ¿Veis? Esa es la bocana, ¡ahí mismo!

Me mantuve a la espera. El cuervo se pavoneó y dio dos pasos hacia un lado y un par de ellos hacia el otro. El *Sæbroga* cabeceó lo que duró una gigantesca ola que se deslizaba bajo su casco. Solo entonces, el cuervo emprendió el vuelo de nuevo y con renovadas energías, dirigiéndose en línea recta, como una flecha, hacia la costa irlandesa. El presagio era favorable.

Me apoyé en el timón, y puse rumbo norte.

—¡Es allí, mi señor! —dijo Dudda, con voz quejumbrosa, al ver que el barco se apartaba del lugar que me acababa de señalar para seguir otro rumbo—. ¡La entrada, mi señor! ¡Allí! Nada más pasar ese promontorio. ¡Sortearemos el canal antes de que anochezca, mi señor!

—No seré yo quien lleve un barco hasta aguas enemigas cuando está punto de anochecer —refunfuñé.

Orvar Freyrson disponía de cuatro barcos en Loch Cuan, cuatro barcos de guerra tripulados por guerreros de Ragnall. Quería sorprenderlo cuando llegase a la ensenada, no llegar a golpe de remo y verme obligado a buscar un lugar seguro en donde echar el ancla o amarrar el barco. Dudda me había advertido de que aquella ensenada estaba cuajada de salientes y arrecifes, islas y bajíos, así que no era lugar al que llegar cuando estaba a punto de hacerse de noche, menos aún bajo la posible y atenta mirada de barcos enemigos, mucho más al tanto de tales peligros.

—Lo haremos al amanecer —le dije a Dudda.

—Es mejor esperar a que baje la marea, mi señor —parecía inquieto—. Al amanecer, estará subiendo.

—¿Es con lo que contaría Orvar Freyrson —me interesé—, con que nos mantendríamos a la espera hasta que bajase la marea?

—Sí, mi señor —repuso, intranquilo.

Le di una palmada en aquel hombro relleno.

—Nunca hagáis lo que un enemigo espere de vos, Dudda. Nos presentaremos al

amanecer. Cuando suba la marea.

La noche fue mala. Estábamos cerca de una costa sembrada de rocas, bajo un cielo encapotado y en medio de un mar agitado. Siempre rumbo norte, seguimos remando. Aunque era poco probable, me preocupaba que alguno de los hombres de Ragnall hubiera reconocido la llamativa proa del *Sæbroga* cuando merodeábamos por aquellas aguas. Habíamos puesto rumbo norte alejándonos de la costa y habíamos continuado a golpe de remo, de modo que, desde tierra, nadie habría llegado a atisbar la descomunal hacha de color rojo que ondeaba en nuestra vela. Y en caso de que alguien hubiera reconocido el barco, Orvar aún se estaría preguntando el motivo que nos habría llevado a alejarnos en vez de ir en busca de un lugar seguro donde pasar la noche.

El viento arreció durante la noche, arrastrándonos hacia la costa irlandesa; me ocupé de que doce hombres siguieran a los remos con tal de mantener el rumbo que llevábamos. Escuche el aterrador estruendo de las olas que rompían y del mar que azotaba las rocas. Hubo momentos en que incluso llegué a imaginarme que era lo único que oía y hasta me dejé llevar por el pánico, pero lo más probable es que solo fueran jugarretas de demonios marinos, porque Ran, diosa del mar, que bien puede mostrarse como una tirana celosa, insaciable y despiadada, aquella noche estaba de buen humor. El mar refulgía con los destellos y centelleos de sus joyas, esas extrañas luces que, parpadeantes, resplandecen en el agua. Las mismas que, cuando la pala de un remo se hundía en el mar, se convertían en millares de gotitas resplandecientes que, poco a poco, perdían su fulgor. Ran solo exhibía sus joyas cuando estaba de buen talante; aun así, nunca había que fiarse de ella. Con todo, al cabo no vi ningún motivo para estar preocupado, porque, a medida que amanecía un día gris, pude comprobar que aún estábamos muy lejos de la costa.

—¡Por Cristo bendito y su bendita madre! —exclamó Dudda cuando, por fin, acertó a distinguir la costa—. ¡Gracias a Dios! —No había dejado de beber, y también él se había puesto nervioso aquella noche; con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, contemplaba la verde franja de tierra de color verde—. Rumbo sur, mi señor, rumbo sur.

—¿Cuánto tiempo?

—Cosa de una hora.

Nos llevó más tiempo; no porque Dudda no estuviera en lo cierto, sino porque me ocupé de que mis hombres comiesen algo y se calasen las cotas de malla.

—Mantened los yelmos y las armas al alcance de la mano —les dije—, pero que nadie se ponga el yelmo todavía. ¡Disimulad las cotas de malla bajo las capas!

No podíamos presentarnos en la ensenada como si fuéramos preparados para el combate, sino como hombres que, cansados después de una travesía, solo querían pasar un buen rato con sus compañeros de fatigas. Ordené que Vidarr, aquel hombre del norte que había desertado de ellos con tal de recuperar a su esposa, se acercase a la popa.

—¿Qué podéis decirme de ese tal Orvar Freyrson? —le pregunté.

—Que es uno de los armadores de Ragnall, mi señor; uno de los mejores — repuso, frunciendo el ceño.

—¿De los mejores en qué?

—Como hombre de mar, mi señor.

—¿Es igual de bueno a la hora de pelear?

Vidarr se encogió de hombros.

—Todos somos hombres de armas, mi señor; con los años, seguro que Orvar se ha vuelto más precavido.

—¿Os conoce?

—Claro que sí, mi señor. Navegué a sus órdenes por las islas del norte.

—En tal caso, vos seréis quien lo salude alborozado, y lo mismo haréis con quienquiera que nos salga al paso, ¿entendido? Decidle que venimos con órdenes de atacar a Sigtryggr, y si me traicionáis...

—¡No os traicionaré, mi señor!

Guardé silencio un momento y me lo quedé mirando.

—¿Habéis estado alguna vez en esa ensenada?

—Sí, mi señor.

—Ponedme al tanto de con qué me voy a encontrar.

Me contó lo mismo que Dudda ya me había contado: que Loch Cuan era una ensenada cerrada, salpicada de peñascos e islotes, a la que se accedía por un canal largo y muy estrecho que, al subir la marea, se tornaba practicable con inusitada rapidez.

—El centro del canal dispone de buen calado, mi señor, pero los bordes son traicioneros.

—¿Y cómo es el sitio donde está atrapado Sigtryggr?

—Casi una isla, mi señor; solo es posible acceder por una angosta franja de tierra firme. Diez hombres se bastan para bloquear el acceso.

—Así que, en caso de intentarlo, Orvar lo haría por mar.

—No es nada fácil, mi señor. Ese promontorio está erizado de rocas, y el canal que lleva a la playa es muy estrecho.

Lo que explicaba por qué, con tal de obtener la rendición de Sigtryggr, Orvar se había decantado por dejarlos morir de hambre, a menos, claro está, que el fuerte ya hubiese caído en sus manos.

Ya estábamos cerca de tierra firme, lo suficiente como para ver el humo de las fogatas donde preparaban la comida y las olas que rompían contra las rocas antes de retirarse convertidas ya en blanca espuma. Poco después del amanecer, de nuevo se levantó un viento del este, lo que nos permitió volver a izar la vela, y que, raudas, las cuadernas de la quilla del *Sæbroga* surcasen aquel mar revuelto.

—Cuando lleguemos —le dije a Dudda—, a vela o a remo, tengo la intención de llegar al canal cuanto antes. Nada de retrasos ni de andar tanteando entre los bajíos.

—Lo más seguro es que... —comenzó a decir.

—¡Olvidaos de qué sea más seguro! —bramé—. Tenemos que dar la impresión de que sabemos lo que nos hacemos, ¡nada de nervios! ¿Acaso Ragnall estaría nervioso?

—No, mi señor.

—¡Pues entraremos lo más rápido posible!

—Podéis hacerlo a vela, mi señor —dijo—, pero, por el amor de Dios, permaneced en el centro del canal —pareció dudar un momento—. La entrada se encuentra casi al norte, mi señor. El viento y la marea nos arrastrarán, pero esas colinas hacen que la dirección del viento sea variable. Y no hay forma de dar marcha atrás.

Lo que quería decir era que, a veces, aquellas colinas podían frenar la fuerza del viento o hacer que, de forma inesperada, soprase en otra dirección, y que cualquiera de esas variaciones podría llevar al *Sæbroga* contra las rocas que se alzaban a lo largo de la entrada, o dirigirlo hacia un remolino que Dudda no dudaba en calificar de «nefasto».

—Iremos, pues, tanto a vela como a remo —dije.

—La corriente es aterradora. Mi señor —me advirtió Vidarr.

—En tal caso, cuanto más rápido vayamos, mejor —repuse—. ¿Sabéis adónde lleva Orvar a sus hombres cuando van a tierra? —le pregunté.

—A un sitio que no queda lejos del canal, mi señor, en la orilla occidental. Hay una bahía al abrigo de los vientos.

—Quiero dejarla atrás enseguida —le dije a Dudda—, tan rápido como podamos.

—La marea ayudará —contestó—; está subiendo con rapidez, pero Vidarr tiene razón: la corriente os arrastrará tanto como el viento, mi señor: veloz como un ciervo.

Encontramos aguas turbulentas al sur del promontorio que protegía el acceso a la entrada de la ensenada. Me imaginaba que la quilla del *Sæbroga* no andaba muy lejos de las rocas del fondo, pero a Dudda no le preocupaba lo más mínimo.

—Es un sitio peligroso cuando baja la marea, mi señor, pero bastante seguro cuando está subiendo —raudo, el viento nos arrastraba; henchida la descomunal hacha roja de la vela, la proa del *Sæbroga* embestía aquellas aguas revueltas.

—Antes de que emprendamos el camino de vuelta —dije—, hay que llevar a popa unas cuantas piedras de lastre.

—Si para entonces seguimos con vida —dijo Dudda en voz baja, al tiempo que se santiguaba.

Viramos al norte, reacomodando la vela para que el barco no perdiese velocidad, y noté el tirón hacia adelante que experimentó cuando se puso a favor de la marea. Sin dejar de frotarse las manos y sin dejar de mirar adelante, reparé en lo nervioso que estaba Dudda. Las olas parecían correr enloquecidas hacia el norte, levantando la proa del *Sæbroga* e impulsándolo a seguir hacia adelante. El agua se agitaba en torno al casco y, blancas, las olas rompían contra la proa, en medio del incesante rugido del

mar que batía contra las rocas.

—¡Menos mal que Loch Cuan significa ensenada tranquila! —dijo Finan casi a voces, muerto de risa.

—¡Nosotros la conocemos como Strangrfjörthr! —gritó Vidarr.

El mar nos empujaba como si quisiera aplastarnos contra las grandes rocas que se alzaban a ambos lados de la entrada del canal, rocas que solo acertábamos a atisbar tras gigantescas columnas de blanca espuma. El timón dejó de responder.

—¡A los remos! —grité; necesitábamos ir más deprisa—. ¡Remad con todas vuestras fuerzas! —volví a gritar—. ¡Como si el diablo os fuera pisando los talones!

¡Necesitábamos ir rápido y teníamos lo que queríamos! La marea y el viento hacían que el *Sæbroga* fuera más rápido que cualquiera de los barcos en los que nunca antes hubiera navegado, pero todo era gracias a la fuerza de la marea, y si queríamos que la nave respondiese a las indicaciones del timón, por fuerza teníamos que ser más rápidos que el agua que entraba.

—¡Remad, malditos cabrones, remad! —grité.

—¡Santo Dios! —musitó Finan.

Asomado a uno de los costados del barco y esbozando una sonrisa feroz, mi hijo profirió un alarido. Rotas las olas, convertidas en agitadas y blancas caperuzas, cubrían de espuma a los esforzados remeros. Íbamos derechos a un abismo de rocas y aguas enloquecidas.

—¡En cuanto paséis la entrada —gritaba Dudda—, veréis una isla! ¡Bordeadla por el este!

—Pasada la isla, ¿todo vuelve a la normalidad?

—Nada de eso. ¡Es mucho peor!

Me eché a reír. El viento soplaba cada vez con más fuerza; los cabellos se me venían a la cara tapándome los ojos. De repente, nos vimos a la entrada de la ensenada, entre aquellas mandíbulas rocosas y cubiertas de espuma que agitaba el viento, y pude ver la isla y me aferré al timón; no respondía. La corriente se tornaba cada vez más fuerte, arrastrándonos hacia las rocas que teníamos delante.

—¡Remad —grité—, remad!

Me apoyé con todas mis fuerzas en el timón y el *Sæbroga*, poco a poco, respondió. De repente, las colinas hicieron que cesara el viento y, desfallecida, la enorme vela se desinfló, pero aún manteníamos el rumbo. A izquierda y derecha, remolinos de agua rompían contra unas rocas ocultas en las que graznaban unos pájaros blancos. Las olas ya no nos impulsaban hacia adelante, sino que la corriente nos llevaba en volandas por el estrecho canal.

—¡Remad —grité a mis esforzados hombres—, remad!

Apacibles y verdes colinas se alzaban a ambos lados. Todo parecía indicar que haría bueno aquel día. Aparte de unas pocas y desperdigadas nubes blancas, el cielo estaba azul. Unas ovejas triscaban en un prado verde.

—¿Contento de volver a casa? —le dije a Finan a voces.

—¡Ojalá fuera como decís! —repuso mohíno.

Nunca en mi vida había visto un canal tan plagado de rocas ni tan traicionero, pero, si permanecíamos en el centro, allí donde la corriente era más fuerte, encontrábamos calado suficiente. Otros barcos lo habían intentado sin llegar a conseguirlo, como bien lo daban a entender los rígidos esqueletos que asomaban por encima de aquellas aguas impetuosas. Dudda nos guiaba, sin dejar de señalarnos aquel torbellino que, en forma de remolino, engullía la superficie del mar.

—Acabaría con vos —decía—, tan claro como que ahora es de día. ¡He visto cómo ese fenómeno capaz era de destrozarse la panza de un buen barco, mi señor, y cómo la nave se iba al fondo como una piedra!

Vimos el remolino a nuestra derecha, pero nosotros seguimos adelante y, por suerte, lo dejamos atrás.

—¡El puerto, mi señor! —gritó Vidarr, señalándome un lugar donde sobresalían dos mástiles por encima de un bajo promontorio rocoso.

—¡Remad! —grité.

Nos encontrábamos en la parte más estrecha del canal; la corriente nos arrastraba a una velocidad asombrosa. Una ráfaga de viento hinchó la vela y nos llevó aún más deprisa, y atisbamos con toda claridad el punto que nos señalaba: vimos unas cabañas en lo alto de una playa de guijarros y una docena de hombres de pie al borde de aquella costa rocosa. Nos saludaron con la mano; nosotros les devolvimos el saludo.

—Orvar dispone de cuatro barcos, ¿no es así? —le pregunté a Vidarr.

—Así es, mi señor.

O sea que, probablemente, los otros dos andarían merodeando por las costas de la ensenada, aunque no muy lejos de donde estábamos; tan solo teníamos que dejar atrás una pequeña isla verde.

—Nos os acerquéis a la isla, mi señor —me advirtió Dudda—; está rodeada de rocas por todas partes.

De repente, y para mayor sorpresa por mi parte, el *Sæbroga* se adentró en aguas tranquilas. Si tan solo un momento antes estábamos a merced de un mar desatado, en aquel instante, como el cisne que se mece en un lago bañado por el sol, surcábamos plácidas aguas. Amansada estaba la vela que, hasta hacía un momento, no dejaba de batir furibunda; la nave perdió la velocidad que llevaba y los hombres se recostaron en los remos al ver que arribábamos a una límpida calma.

—Bienvenido a Loch Cuan —me dijo Finan, con una sonrisa aviesa.

Sentí cómo desaparecía la tensión que había acumulado en los brazos. Ni siquiera me había dado cuenta de la fuerza con que me aferraba al timón. Me incliné, le arrebaté a Dudda la jarra de cerveza que llevaba en la mano y me la bebí de un trago.

—Haríais mal en pensar que ya estáis a salvo, mi señor —me dijo, con una sonrisa cargada de malicia.

—¿Ah, no es así?

—¡Salientes! ¡Arrecifes! ¡En este lugar, es posible que el casco de vuestra nave

acabe hecho astillas! Lo mejor es que apostéis un hombre en la proa, mi señor. A primera vista, todo parece tranquilo, ¡pero está lleno de rocas ocultas bajo el agua!

Y de enemigos también. En lugar de haber ido a por nosotros y pensando que nos había enviado Ragnall, aquellos que nos habían avistado se limitaban a esperar hasta ver qué nos había llevado por allí. El hacha descomunal de la proa y aquella, que no le iba a la zaga, ondeando en la vela habían bastado para apaciguarlos, y confiaba en que aquellos sangrientos y siniestros símbolos también sirviesen para despistar a los dos barcos que merodeaban por los alrededores.

A golpe de remo, llegamos a un lugar paradisíaco. Rara vez he visto un lugar tan hermoso y deleitable. Una pequeña ensenada, salpicada de islas bordeadas de playas repletas de focas, peces alrededor de las palas de los remos y más aves de las que un dios sería capaz de contar. Suaves colinas, frescos y lozanos pastos, nasas a lo largo de las riberas de la ensenada. Nadie podía morir de hambre en aquel lugar. Hundiendo lentamente los remos, con una sacudida apenas perceptible, el *Sæbroga* se adentró en tan apacibles aguas. Poco a poco, entre patos, gansos y gaviotas que en ella se mecían, se ensanchaba la estela que atrás dejábamos.

Nunca con más de tres hombres a bordo, a zagal o a remo, unos cuantos botes de pesca se apresuraron a apartarse de nuestro camino. Erguido en la proa, con un brazo apoyado sobre la cabeza del hacha, Berg, que se había negado a quedarse en Ceaster a pesar de la herida del muslo, no apartaba los ojos del agua. Igual que yo no dejaba de mirar atrás, por ver si alguno de los dos barcos que habíamos avistado desde el canal se había puesto en marcha y nos seguía; los mástiles no se movían de donde estaban. Una vaca mugía en la costa. Al vernos pasar, una mujer que se cubría la cabeza con un velo alzó la vista. Le dirigí un saludo, pero no me lo devolvió.

—¿Dónde está Sigtryggr? —le pregunté a Vidarr.

—En la orilla occidental, mi señor —aunque no recordaba exactamente dónde; vimos una mancha de humo por aquel lado de la ensenada y, a remo, nos dirigimos hacia aquel lugar distante. Avanzábamos despacio, poniendo todo el cuidado en evitar salientes y rocas sumergidos. Berg nos hacía señas con la mano; aun así, al despegarse de los costados del barco, los remos chocaron con piedra en un par de ocasiones. Flácida colgaba la vela al cesar la suave brisa que soplaba, pero la mantuve alzada para que todos vieran que aquel era el barco de Ragnall.

—Allí —dijo Finan, señalando un punto más adelante.

A espaldas de una isla baja, había visto un mástil. Sabía que Orvar tenía dos barcos en la ensenada; di por sentado que uno estaba al norte del fuerte de Sigtryggr y el otro al sur. Estaba claro que no habían conseguido apoderarse del fuerte, y que, en aquel momento, se dedicaban a salir al paso de cualquier bote pequeño que pretendiese llevar víveres a la guarnición. Me ajusté el tahalí del que pendía *Hálito-de-serpiente*, y oculté la espada bajo una basta capa de color pardo.

—No os apartéis de mi lado, Vidarr —le dije—; a partir de este momento, os dirigiréis a mí como Ranulf Godricson.

—Ranulf Godricson —repitió.

—Danés —añadí.

—Ranulf Godricson —volvió a decir.

Dejé el timón en manos de Dudda que, aun medio aturdido por la cerveza, era un timonel más que avezado.

—Cuando estemos a la altura de ese barco —le dije, señalando con un gesto al lejano mástil—, quiero que lo abordéis. Si no nos permite realizar la maniobra, tendremos que partirle algunos remos, aunque no demasiados, que más tarde nos harán falta. Limitaos a poner nuestra proa a la altura de la suya.

—Proa contra proa —dijo Dudda.

Le dije a Finan que llevase a veinte hombres a la proa del *Sæbroga* y que, una vez allí, se engurruñasen o se tumbasen. Ninguno llevábamos yelmo, disimulábamos las cotas de malla bajo las capas, los escudos yacían en cubierta. Si a alguien se le ocurría echar un vistazo, nadie pensaría que íbamos dispuestos para el combate.

El lejano barco nos había avistado. Asomó por detrás de la pequeña isla, y avisté el resplandeciente fulgor de los remos cuando, chorreando, las palas abandonaban el agua. Al virar hacia nosotros, coronada por un dragón o un águila, pues no llegué a distinguir bien de qué animal se trataba, a su paso, la proa abría un surco de espuma blanca.

—Es el barco de Orvar —me dijo Vidarr.

—Muy bien.

—El *Hræsvelgr* —añadió.

Sonreí al oír semejante nombre. *Hræsvelgr* es el águila que se asienta en la rama más alta de *Yggdrasil*, el árbol que sustenta el mundo. Un pájaro traicionero, pendiente siempre de lo que hacen tanto los dioses como los hombres, siempre al acecho y dispuesto a hincar el pico o las garras. La tarea de Orvar consistía en vigilar a *Sigtryggr*, pero era el *Hræsvelgr* el que estaba a punto de sucumbir.

Cargamos la vela y, dejando cierta holgura, la enrollamos al enorme mástil.

—Cuando os diga —les grité a los remeros—, ¡remad lentamente, como si estuvierais desganados! ¡Procurad dar la impresión de que estáis agotados!

—Y lo estamos —replicó a voces uno de ellos.

—Vosotros, los cristianos —ordené en voz alta—, ¡esconded esas cruces! —esperé hasta ver cómo, tras besarlas con devoción, las ocultaban bajo las cotas de malla—. Cuando atacemos, ¡remad tan rápido como podáis! ¡Finan!

—¿Mi señor?

—Quiero hacer al menos un prisionero, alguien que dé la impresión de saber lo que se dice.

Seguimos remando lentamente, como corresponde a hombres muy cansados, hasta que estuvimos lo bastante cerca como para que acertase a distinguir que, con los ojos pintados de blanco y de rojo la punta de su pico curvado, un águila era el animal que coronaba la proa del *Hræsvelgr*. En la proa, al igual que Berg en nuestro barco,

un hombre trataba de avistar rocas bajo el agua. Traté de contar los remos y, a ojo, calculé que no contaba con más de doce a cada lado.

—Y recordad —grité—: tenéis que dar la impresión de estar medio adormilados. ¡Queremos caer sobre ellos por sorpresa! —esperé a que, con esfuerzo, remasen otras diez veces, y ordené—: ¡Acorullad! —con torpeza, subieron los remos a cubierta. Se produjo un momento de confusión cuando introdujeron las largas cañas a bordo, ocupando todo el centro del *Sæbroga*; luego, dejamos que nuestro barco se arrimase. Quienquiera que estuviera al frente del otro barco vio lo que intentábamos y acorulló también los remos. Ver cómo los dos enormes buques se arrimaban lentamente era un bonito espectáculo marineramente. Mis hombres permanecieron recostados en las bancadas, pero, con las manos, ya apretaban las empuñaduras de las espadas o los mangos de las hachas.

—Dirigidles un gesto de saludo —le dije a Vidarr.

—¡Jar! Orvar! —gritó. Desde la popa del *Hræsvelgr*, un hombre hizo un gesto a modo de saludo.

—¡Vidarr! —gritó—. Porque sois vos, ¿no es así? ¿Viene el *jarl* con vos?

—¡No; es el *jarl* Ranulf!

Un nombre que nada podía decir a Orvar, quien, de momento, prefirió no darse por enterado.

—¿Para qué habéis venido? —se interesó a voces.

—Supongo que ya os lo imagináis. Orvar escupió por encima de la amurada.

—¿Habéis venido a por la puta de Sigtrygg? ¡Pues id y haceos con ella!

—¡El *jarl* la quiere a su lado! —grité en danés—. ¡Cuanto antes!

Orvar escupió de nuevo. Allí de pie, junto a su timonel, observé que Orvar era un hombre fornido, de barba gris y rostro atezado. El *Hræsvelgr* contaba con bastantes menos hombres que el *Sæbroga*, tan solo unos cincuenta o así.

—Pronto tendrá a su puta —gritó, mientras los barcos se arrimaban—. ¡No tardarán en morir de hambre!

—¿Cómo puede morir de hambre alguien en este lugar? —le pregunté, en el preciso instante en que, con un destello de escamas plateadas, un pez daba un salto fuera del agua—. ¡Tenemos que atacarlos!

Orvar dio unas Zancadas entre las bancadas de los remeros para llegarse a la proa y observarnos más de cerca.

—¿Quién sois vos? —preguntó.

—Ranulf Godricson —respondí a voces.

—Nunca había oído hablar de vos —rezongó.

—¡Pues yo sí que he oído muchas cosas de vos!

—¿Os ha enviado el *jarl*?

—Está harto de tan larga espera —repose. No me hizo falta gritar, porque tan solo unos pocos pasos separaban a ambos barcos que, poco a poco, se arrimaban más y más.

—¿Cuántos hombres han de morir con tal de que pueda retozar entre los muslos de esa puta? —se preguntó Orvar, en el momento en que los dos barcos se tocaron y mis hombres se hicieron con la hilada superior del *Hræsvelgr* y lo acercaron al costado del *Sæbroga*.

—¡Adelante! —grité. Desde la popa, donde estaba, no podía saltar al otro barco, pero eché a correr hacia la proa mientras, blandiendo las armas, los primeros de mis hombres ya se disponían a saltar. Al frente ellos, Finan, espada en mano, saltaba ya al otro barco.

Saltaba dispuesto a matar.

La tripulación del *Hræsvelgr* la formaban hombres en condiciones, hombres valientes, guerreros del norte. Se merecían un final mejor. No estaban en condiciones de pelear. Los mismos que tan solo un momento antes nos habían acogido con una sonrisa ya se disponían a morir. Pocos habían tenido tiempo de hacerse con un arma. Mientras los míos, como perros de caza al olor de la sangre, saltaban entre los costados de ambos barcos y daba comienzo la carnicería. En un abrir y cerrar de ojos, acabaron con todos los hombres que estaban en el centro del *Hræsvelgr*, dejando un vacío en su panza. Finan se llevó a los suyos hacia popa; yo llevé a los que conmigo venían hacia aquella águila altanera que coronaba la proa. Para entonces, algunos de los miembros de la tripulación de Orvar ya se habían hecho con espadas o hachas, pero ninguno de ellos llevaba cota de malla. Noté la embestida de una hoja en las costillas, que no llegó a desgarrar los eslabones de hierro. De refilón, asesté un tajo con *Hálito-de-serpiente* que, con la parte baja de la hoja, acertó en el cuello al hombre que me había atacado. Se fue al suelo, donde mi hijo lo remató ensartándolo con *Pico-de-cuervo*, que así se llamaba su espada. Buscando la forma de librarse de nosotros, tropezando con las bancadas, aquellos hombres no sabían dónde meterse; algunos se arrojaban por la borda antes que enfrentarse con nuestras espadas ensangrentadas. No llegué a ver a Orvar, pero sí oía a un hombre que no dejaba de bramar: «¡No! ¡No! ¡No! ¡No!».

Desde la cubierta, un jovenzuelo embistió contra mí, intentando asestarme un mandoble en la cintura. Esquivé el golpe con *Hálito-de-serpiente*, y le propiné un rodillazo en la cara y una buena patada en la entrepierna.

«¡No! ¡No!», seguía bramando la misma voz. El jovenzuelo me asestó un puntapié, tropecé con un trozo rígido de maroma y me fui de bruces contra la cubierta. Enseguida, dispuestos a protegerme, dos de mis hombres dieron un paso adelante. Eadger se las ingenió para introducir la punta de la espada en la boca de aquel jovenzuelo y, con todas sus fuerzas, la dirigió hacia abajo, hacia la cubierta. Vidarr me tendió una mano y me ayudó a ponerme en pie. Mientras, la voz seguía gritando: «¡No! ¡No!».

Arremetí con *Hálito-de-serpiente* contra un hombre que intentaba atacar a Eadger con un hacha. El hombre cayó de espaldas. Ya me disponía a atravesarle el pecho con la espada cuando alguien le arrebató el hacha de las manos, y vi que Orvar se había

abierto camino desde la proa del barco y había logrado encaramarse a una de las bancadas por encima del hombre que empuñaba el hacha. «¡No! ¡No!», me gritó Orvar. Acababa de caer en la cuenta de que había estado vociferando la orden equivocada, porque, en aquel momento, dejó caer el hacha y, vacías, extendió las manos. «Me rindo —gritó—, me rindo», sin dejar de mirarme, con un gesto que daba a entender estupor y pena al mismo tiempo. «Me rindo —vociferó de nuevo—; se acabó la pelea».

—¡Se acabó la pelea! —grité yo a mi vez—. ¡Basta!

Cubierta de sangre, la cubierta estaba resbaladiza. Hombres gimiendo, hombres llorando, hombres gimoteando, en tanto que los dos barcos, juntos por fin, se mecían suavemente en las plácidas aguas de la ensenada. Uno de los hombres de Orvar se asomó a uno de los costados del *Hræsvelgr* y vomitó sangre.

—¡Se acabó la pelea! —como un eco de mi voz, repitió la orden Finan.

Orvar no me quitaba los ojos de encima; luego, se hizo con la espada de uno de los suyos, se bajó de la bancada y me tendió la espada por la empuñadura.

—Me rindo —volvió a decir—, me rindo a vos, hijo de perra.

Y así fue cómo me hice con dos barcos.

CAPÍTULO X

El agua no era sino una mancha roja que, a medida que se alejaba, se iba poniendo rosa hasta que, al cabo, desaparecía. Una espesa capa de sangre recubría la cubierta del *Hræsvelgr*; un hedor a sangre y mierda flotaba en el aire. Contamos dieciséis muertos y ocho prisioneros; el resto de la tripulación de Orvar se aferraba a unos pocos remos que flotaban en derredor del casco. Los ayudamos a subir a bordo y, en busca de monedas, trozos de plata o cualquier objeto de valor, los registramos a todos, tanto a ellos como a los muertos. Apilamos el botín y las armas que les habíamos arrebatado a los pies del mástil del *Sæbroga*, a un paso de donde estaba sentado Orvar, quien, sin perder detalle, observaba cómo arrojábamos por la borda del *Hræsvelgr*, que seguía amarrado al nuestro, el más grande de los dos barcos, el primero de los cadáveres de sus hombres.

—¿Quién sois? —me preguntó.

—El padre de la puta —contesté. Dio un respingo y cerró los ojos durante cosa de un segundo.

—¿Uhtred de Bebbanburg?

—Uhtred, sí.

Se echó a reír, algo que, a pesar de lo amargas que sonaban aquellas risotadas tan carentes de júbilo, no dejó de sorprenderme.

—Y pensar que, para propiciar vuestra muerte, el *jarl* Ragnall sacrificó un corcel negro como ofrenda a Thor.

—¿Tuvo una muerte digna?

Negó con la cabeza.

—Una chapuza. Tuvieron que asestarle tres martillazos.

—No hace mucho, me regalaron un corcel negro —dejé caer.

Dio un respingo de nuevo, como admitiendo que los dioses no habían aceptado el sacrificio de Ragnall y se habían puesto de mi parte.

—Qué suerte tenéis —dijo—: los dioses miran por vos.

Era un hombre de mi edad más o menos, es decir, entrado en años. Canoso, pudiente y adusto. De barba gris, salpicada de mechones oscuros y trenzada con anillos de marfil, pendientes de oro en las orejas y una pesada cadena de oro de la que colgaba un martillo del mismo metal, hasta que mi hijo se los arrebató.

—¿Teníais que acabar con ellos? —me preguntó, sin dejar de mirar los cadáveres de aquellos de sus hombres que, desnudos, flotaban en el agua teñida de rojo.

—Tenéis cercada a mi hija —repuse con rabia—, a ella y a mi nieta. ¿Qué queríais que hiciera? ¿Daros un beso?

De mala gana, asintió, como si se hiciese cargo del motivo de mi ira.

—Eran buenos chicos —dijo, torciendo el gesto al ver que arrojaban otro cuerpo por la borda del *Hræsvelgr*—. ¿Cómo os hicisteis con el *Øxtívar*? —me preguntó.

—¿El *Øxtívar*?

—¡Su barco! —al tiempo que golpeaba el mástil—. ¡Este barco!

O sea que tal era el nombre que, en su día, ostentaba el *Sæbroga*, el *Øxtívar*, que significa «hacha de los dioses»; bonito nombre, aunque a mí me gustaba más lo de *Sæbroga*.

—Pues igual que expulsé a Ragnall de Ceaster —le dije—, tras haberme enfrentado con él y haberlo derrotado. Frunció el ceño, tratando de averiguar cuánto había de verdad en lo que decía, antes de soltar otra de aquellas risotadas desmayadas.

—No hemos vuelto a saber nada del *jarl* desde que se fue —dijo—. ¿Sigue con vida?

—No por mucho tiempo.

Hizo una mueca.

—Lo mismo que yo, me imagino —aguardando una respuesta por mi parte; al ver que no decía nada, se limitó a pasar la mano por el mástil—. Le encanta este barco.

—Le encantaba, querréis decir —le corregí—, aunque tengo para mí que cargaba con un exceso de lastre por la parte de proa.

Asintió.

—Siempre fue así. Le encanta y le divierte ver cómo sus hombres acaban hechos una sopa. Dice que eso los curte. Su padre era igual.

—¿Y Sigtryggr?

—¿A qué os referís?

—¿Es de los que les gusta curtir a sus tripulaciones?

—No —contestó Orvar—; él es el bueno de los dos hermanos.

Una respuesta que no dejó de sorprenderme, no porque pensase que Sigtryggr fuera mala gente, sino porque Orvar estaba al servicio de Ragnall y, aunque solo fuera por fidelidad, me habría esperado otra respuesta.

—¿El bueno de los dos hermanos?

—Desde siempre, la gente lo aprecia —dijo Orvar—. Es generoso. Así como Ragnall es cruel, Sigtryggr es generoso. Ya deberíais saberlo, ¡está casado con vuestra hija!

—Me cae bien —repuse—, y me da la impresión de que a vos también.

—Pues sí —se limitó a decir—, pero he prestado juramento de fidelidad a Ragnall.

—¿Tuvisteis alguna posibilidad de elección?

Negó con la cabeza.

—Órdenes de su padre. Algunos hubimos de prestar juramento de fidelidad a Ragnall; otros, a Sigtryggr. Creo que el *jarl* Olaf pensaba que se dividirían las tierras

como buenos hermanos, pero, en cuanto falleció, los dos se enzarzaron —sin dejar de mirar los cuerpos que flotaban—. Y aquí estoy.

Mientras, una por una, rebuscaba entre las armas de las que nos habíamos apoderado sopesando las espadas, no dejaba de mirarme.

—Y ahora pensáis acabar conmigo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Se os ocurre una idea mejor? —repuse, devolviéndole el sarcasmo.

—Si no me matáis vos, los irlandeses acabarán conmigo —aseguró, abatido.

—¡Y yo que pensaba que eran vuestros aliados!

—Eso dicen algunos —dijo con desprecio—. Acordamos que ellos atacarían el fuerte por tierra en tanto que nosotros nos apoderábamos de la playa, pero esos cabrones nunca aparecieron. ¡Perdí a veintitrés de los míos! Malditos sean esos irlandeses. Dijeron que los presagios no auguraban nada bueno —escupió—. ¡No creo que jamás se les pasara por la cabeza la idea de atacar! ¡Nos engañaron!

—Y si no atacaron —dejé caer— fue por culpa de las supuestas prácticas brujeriles de mi hija.

—Eso debió de asustarlos bastante, pero tengo para mí que también pretendían que les hiciésemos el trabajo sucio, de forma que, al llegar, solo tuvieran que acabar con los supervivientes. Luego, pondrían a vuestra hija en manos de... —dejó sin concluir la frase—. Luchamos con coraje —dijo, torciendo el gesto—, y ellos salen ganando. No tienen un pelo de tontos.

Miré a lo alto y, extasiado, me quedé contemplando unas pequeñas nubes blancas que, sin prisa alguna, surcaban el cielo. La luz del sol teñía la tierra de un verde casi luminoso. Y comprendí el porqué de que los hombres ansiaran asentarse en aquellas tierras, aunque también conocía lo bastante a Finan como para saber que no eran un lugar acogedor precisamente.

—No acabo de entenderos —le dije a Orvar—. Os cae bien Sigtryggr y no os fiáis ni un pelo de quienes dicen estar a vuestro lado. ¿Por qué no acordasteis una tregua con él? ¿Por qué no os unisteis a Sigtryggr?

Orvar, que seguía sin apartar la vista del agua, alzó los ojos y me miró a la cara.

—Porque Ragnall mantiene a mi esposa como rehén —sentí un estremecimiento—. Y también a mis hijos —añadió—. Se llevó a mi esposa, y a la mujer de Bjarke también.

—¿Bjarke?

—Bjarke Neilson —dijo—, el patrón del *Nidhogg* —al tiempo que señalaba con la cabeza hacia el norte, y caí en la cuenta de que el *Nidhogg* debía de ser el segundo de los barcos que impedía que nada entrase ni saliese de la fortaleza de Sigtryggr y, por el gesto que hizo Orvar, supuse que andaba por algún lado, al norte de la ensenada. Si Hræsvelgr era el águila que estaba posada en lo alto del árbol de la vida, Nidhogg era la serpiente que anidaba en sus raíces, una criatura perversa que roía los cadáveres de los hombres que morían con deshonor. Un nombre muy extraño para un barco, pensé, pero un nombre, al fin y al cabo, que bastaría para inspirar pavor a sus

enemigos. Orvar frunció el ceño.

—Me imagino que vuestra intención será la de haceros también con su barco.

—¿Qué otra, si no?

—Y que no podéis correr el riesgo de que cualquiera de nosotros empiece a dar gritos y avise a los del *Nidhogg* de lo que pasa —dijo—. Confío en que, al menos, nos permitáis morir empuñando una espada —añadió, mirándome con ojos suplicantes—. Os lo ruego, mi señor, permitid que muramos como guerreros.

Me quedé con la mejor de todas las espadas que les habíamos arrebatado. Una espada de hoja larga y preciosa empuñadura de marfil tallado con losanges en forma de martillo. La sopesé en la mano y me gustó su factura y su manejo.

—¿Era la vuestra?

—Perteneció a mi padre antes que a mí —dijo sin dejar de admirar la hoja.

—Decidme, pues —le propuse—: ¿qué habéis de hacer para recuperar a los vuestros?

—Poner en manos de Ragnall a vuestra hija, claro está. ¿Qué, si no?

Volteé la espada tomándola por la hoja y ofreciéndosela por la empuñadura.

—En ese caso, ¿por qué no lo hacéis?

Se me quedó mirando.

Y le expliqué lo que tenía pensado.



Necesitaba hombres. Necesitaba disponer de un ejército. Aparte de enviar expediciones de castigo contra los hombres del norte y los daneses que robaban ganado o se llevaban como esclavos a hombres de Mercia, durante años, Etelfleda se había negado a adentrarse en Northumbria. Tales incursiones podían ser tan sangrientas como cabría esperar, pero eran solo eso, incursiones que, ni por asomo, tenían nada que ver con una invasión. Todo su afán consistía en establecer los límites de Mercia, construyendo una cadena de fortines a lo largo de la frontera norte de su territorio. Su rechazo a apoderarse de Northumbria tenía mucho que ver con las intenciones de su hermano.

Eduardo de Wessex había demostrado, y con creces, que era un buen rey. Nada que ver con su padre, claro está. Carecía de la clarividente inteligencia y de la obstinada determinación de Alfredo en lo tocante a librar a los sajones, y a la cristiandad de paso, del azote de los paganos del norte, pero había continuado la tarea que aquel iniciara. Al frente de un ejército de sajones del oeste se había adentrado en Anglia Oriental, había recuperado parte de aquel territorio y levantado fortines. Poco a poco, las fronteras de Wessex se extendían hacia el norte, y sajones eran los que se hacían cargo de haciendas que, hasta hacía poco, habían estado en manos de *jarls* daneses. Alfredo había soñado con un solo reino, un reino de cristianos sajones, regido por un rey cristiano y sajón, cuyos habitantes hablasen el idioma de los

sajones. Se había calificado a sí mismo como rey de todas las gentes de habla inglesa, que no era lo mismo que ser el rey de la tierra de los ingleses, pero el caso es que aquel sueño, el sueño de forjar un país unido, poco a poco, se iba haciendo realidad.

Pero, para hacerlo realidad del todo, había que someter a los daneses y a los hombres del norte que se habían asentado en Northumbria, y a eso se oponía Etlfleda. No porque no quisiera afrontar los riesgos de semejante empresa, sino porque temía que eso la colocaría en una situación incómoda de cara a su hermano y la Iglesia. Wessex era un territorio mucho más rico que Mercia, desgarrado por la guerra. Etlfleda pagaba a sus tropas con la plata que recibía de los sajones del oeste y, de esas mismas manos, procedía el oro que anegaba las iglesias de Mercia, porque Eduardo no quería que nadie reconociese a su hermana como mejor gobernante que él. Si alguna vez se tomaba la decisión de invadir Northumbria, sería Eduardo quien se pondría al frente del ejército, y Eduardo también quien se llevaría toda la gloria. Por eso, prohibía a su hermana que invadiese Northumbria sin contar con él, y Etlfleda, consciente de que dependía del oro de su hermano y, por si fuera poco, reacia a enfrentarse con él, se conformaba con recuperar los territorios al norte de Mercia. Hasta que llegase la hora, como tanto gustaba de decirme, en que, unidos por fin, los ejércitos de Mercia y Wessex avanzasen victoriosos hasta la frontera del reino de los escoceses y, cuando eso ocurriera, nacería un nuevo país, que ya no sería ni Wessex, ni Mercia, ni Anglia Oriental, ni Northumbria, sino el país de los ingleses.

Y claro que todo eso bien podría suceder, pero con excesiva lentitud a mi modo de ver. Me estaba haciendo mayor. Me dolían los huesos y tenía la barba canosa, pero aún mantenía vivo el viejo sueño de toda mi vida: quería apoderarme de Bebbanburg. La fortaleza de Bebbanburg era mía por derecho. Era y soy el señor de Bebbanburg. Igual que, en su día, perteneciera a mi padre y, antes de él, al suyo, pasaría a manos de mi hijo y, andando el tiempo, al hijo de este. Pero Bebbanburg se encontraba en el corazón de Northumbria. Para asediarla, para arrebatarla a mi primo, cuyo padre me la había quitado de las manos, tenía que estar en Northumbria. Tenía que asediarla, tarea imposible con una horda de aguerridos hombres del norte y daneses vengativos a mis espaldas. En cierta ocasión, había intentado hacerme con ella atacando desde el mar, pero aquello acabó mal. La próxima vez, me juré a mí mismo, marcharía al frente de un ejército, pero, para llevar a cabo tal empresa, antes tendría que apoderarme de las tierras que rodeaban la fortaleza, es decir, tendría que derrotar a los hombres del norte que estaban al frente de los destinos de aquel territorio. Tenía que invadir Northumbria.

Es decir, necesitaba un ejército.

Semejante idea se me había ocurrido cuando, casi a lo loco, le había dicho a Finan que pondría Eoferwic en manos de Etlfleda para obtener su perdón, o lo que es lo mismo, que de un modo u otro tenía que expulsar a las tropas de Ragnall de aquella ciudad.

Y de pronto, en aquel instante, lo veía todo claro.

Quería recuperar Bebbanburg. Si quería recuperar Bebbanburg, tenía que derrotar a los hombres del norte que se asentaban en Northumbria y, si quería derrotar a esos hombres del norte, necesitaba un ejército.

Y si Eteflada no me permitía echar mano de las tropas de Mercia, recurriría a las fuerzas de Ragnall.



Emplazada en lo alto de un empinado farallón sembrado de rocas que, resguardado de los embates del mar por salientes, islotes y peñascos, se erguía a orillas de la ensenada, la fortaleza de Sigtryggr era casi una isla. El acceso por tierra era más difícil si cabe. El único sendero que conducía a lo alto de aquella peña era una abrupta y angosta lengua de tierra donde apenas cabían seis hombres de frente. Contando con que la sorteasen, aún tendrían que rebasar una escarpada pendiente, similar a la que habrían de salvar quienes se decidiesen a atacar por mar desde la minúscula playa que se extendía a los pies de aquel pico donde se erguía la fortaleza. Para llegar a esa playa, cualquier barco se veía obligado a sortear un enrevesado canal que, en zigzag, discurría desde el sur. Una vez que los tripulantes saltasen a tierra desde la proa del barco, habrían de enfrentarse con accidentados cerros y vertiginosas laderas donde les estarían esperando los defensores. Aquel promontorio era como Bebbanburg, solo que, a diferencia de Bebbanburg, carecía de empalizada defensiva, y ni falta que les hacía: les bastaba con aquellos riscos peñascosos donde humeaban las hogueras en donde preparaban la comida en lo alto de la espaciosa y verde cima.

Siguiendo un rumbo complicado, entre salientes y rocas sumergidos, el *Sæbroga* se aproximó al fuerte desde el sur. Apostado en la proa, sirviéndose de un remo, Gerbruht comprobaba la profundidad del agua, avisándonos a voces cuando la pala chocaba con una roca. Solo doce de mis hombres iban a los remos; no hacían falta más porque no nos atrevíamos a navegar más deprisa. No nos quedaba otra que ir sorteando los peligros que nos salían a cada paso.

La guarnición de Sigtryggr atisbó un barco atestado de hombres portadores de armas relucientes y coronado en la proa por la colosal hacha roja de Ragnall. Sin duda habrían reconocido al *Sæbroga*, y seguro que estarían pensando que era el propio Ragnall quien llegaba dispuesto a acabar con ellos, o que había confiado semejante misión a uno de sus jefes más aguerridos. Vi cómo la guarnición formaba un muro de escudos en la ladera y escuché el áspero estruendo de espadas de guerra aporreando tablones de sauce. El estandarte de Sigtryggr, un hacha roja como la enseña de su hermano, ondeaba en lo más alto de aquel risco, y tuve la sensación de que había alcanzado a ver a Stiorra de pie junto al estandarte. Con aquellos rubios cabellos que resplandecían bajo la luz del sol, su marido se abrió paso entre el muro de escudos y, andando, se llegó a medio camino de la playa.

—¡Venid al encuentro con la muerte! —gritó desde lo alto de uno de los

promontorios rocosos que rodeaban el farallón—. ¡Venid a sumaros a vuestros compañeros! —nos decía blandiendo la espada; me fijé que habían dispuesto unas cuantas cabezas humanas en lo alto de las rocas que bordeaban la costa. Cabezas cortadas, la misma ocurrencia que yo había tenido para dar la bienvenida a Ragnall cuando llegase a Eads Byrig; tal era, pues, la bienvenida que dispensaba Sigtryggr a quienes acudían a su guarida.

—Es una cerca fantasma —dijo Finan.

—¿Una qué?

—¡Esas cabezas! Hay que pensárselo dos veces antes de sortear una cerca fantasma como esa —al tiempo que se santiguaba.

—¡Necesito más cabezas! —gritaba Sigtryggr—. ¡Traedme las vuestras, os lo suplico!

A sus espaldas, las espadas seguían aporreando los escudos. Nadie que fuera con ánimo de atacar podía confiar en salir con vida de aquella roca, nadie a menos que pudiera llevar un ejército hasta la costa, capaz de acabar con sus contados defensores, un empeño casi imposible. En la playa, solo había sitio para tres o cuatro barcos como mucho, y para llegar a ella, los barcos tenían que acercarse de uno en uno, sorteando un montón de peligros. A pesar de que habíamos avanzado palmo a palmo, más de una vez la panza del *Sæbroga* había tropezado con una roca y habíamos tenido que dar marcha atrás para salir del brete e intentarlo de nuevo, mientras Gerbruht, a voces, nos decía por dónde ir.

—¡Para facilitaros las cosas —gritaba Sigtryggr, desde lo alto de una peña, junto a una de aquellas cabezas—, os hemos hecho sitio! —Con una cadena de oro de tres vueltas se recogía aquellos largos cabellos rubios que le caían por debajo de los hombros. Vestía cota de malla, pero no llevaba yelmo ni portaba escudo alguno. Con la hoja al aire, empuñaba su larga espada con la mano derecha. Y sonreía, confiando en que se produjera un enfrentamiento del que sabía que solo podía salir vencedor. Y me acordé de lo que me había dicho el joven Berg, cuando me lo describía como un señor de la guerra, porque, aun acorralado y asediado como estaba, su aspecto era magnífico.

Di un paso adelante y le dije a Gerbruht que me hiciera un hueco; luego, me encaramé al altillo que había justo debajo del hacha que coronaba la proa. Llevaba puesto un yelmo normal, con las baberas cerradas. Con la cabeza así tapada, Sigtryggr me confundió con Orvar.

—¡Sed bienvenido de nuevo, Orvar! ¿Me traéis más hombres para que acabe con ellos? ¿No os bastó con los que perdisteis la última vez?

—¿Acaso me parezco a Orvar, pedazo de necio, engendro de cabrón? —respondí a gritos—. ¿O es que queréis que os prive del otro ojo? —se me quedó mirando—. ¿Acaso no puede un padre venir a ver a su hija sin que le insulte un mierda carente de sesera, un tuerto cagón y hombre del norte por más señas? —grité.

Sin dejar de mirarme, alzó la mano que le quedaba libre para indicar a sus

hombres que dejasen de aporrear los escudos. A sus espaldas, poco a poco, cesó el estruendo de las espadas contra los tablones de sauce.

Me quité el yelmo y se lo arrojé a Gerbruht.

—¿Es esta la bienvenida que dispensáis a vuestro afectuoso suegro? —le pregunté—. ¿Para eso he tenido que pasar mil calamidades con tal de venir a salvaros vuestro culo de mierda, para que me amenacéis con insulsas necesidades? ¿Qué hacéis que no estáis ya colmándome de oro y regalos, tuerta e ingrata cagarruta de sapo?

Comenzó a reír y se puso a bailar. Siguió haciendo cabriolas durante unos segundos hasta que se detuvo y abrió los brazos tanto como podía.

—¡Qué cosa tan rara! —gritó.

—¿Qué os parece tan sorprendente, cagajón de cabrón?

—¡Que un sajón haya podido traer un barco sin sufrir percance alguno desde Britania! ¿Pasasteis mucho miedo durante la travesía?

—Tanto como cuando me enfrentaba con vos —repuse con sorna.

—¿Así que os measteis encima? —me preguntó, sin dejar de sonreír.

Me eché a reír.

—¡El barco se lo tomamos prestado a vuestro hermano!

—¡Ya lo veo, ya! —al tiempo que envainaba la espada—. ¡Ya no corréis peligro! ¡Hay bastante calado hasta que arribéis a la playa!

—¡Remad! —grité a los remeros, que empuñaron las cañas y el *Sæbroga* avanzó unas pocas yardas hasta que la panza rozó contra los guijarros de la playa. Me bajé del altillo y salté por encima de la hilada de proa. Fui a caer al agua, que me llegó hasta los muslos y, a punto estuve de perder el equilibrio, pero Sigtryggr, que ya se había bajado de aquel risco, me tendió una mano y me ayudó a llegar a la orilla. Una vez allí, me dio un abrazo.

Incluso a falta de un ojo, con aquel rostro tan despierto, rubios los cabellos y pronta la sonrisa, seguía siendo un hombre de buen ver, y caí en la cuenta de por qué Stiorra había dejado atrás Britania para irse con él. Tras sondear a unos cuantos guerreros de Mercia y Wessex en busca de un hombre que estuviese a la altura de su inteligencia y de su indómita forma de ser, me había propuesto encontrarle un marido, pero ella había elegido por mí. Se había casado con mi adversario en aquel momento, mi aliado. Me encantó volver a verlo, incluso me sorprendió la honda alegría que experimente.

—Os habéis hecho de rogar para veniros hasta aquí, mi señor —dijo, tan contento que parecía no saber en sí.

—Sabía que no podía ser para tanto —repuse—, así que, ¿para qué las prisas?

—Claro; solo hasta que se os ocurrió que, a lo peor, nos estábamos quedando sin cerveza —se volvió y dio una voz a los que estaban en lo alto de la pendiente—: ¡Enfundad las armas! ¡Estos asquerosos cabrones son amigos! —para añadir, tomándome del codo—: ¡Venid a conocer a vuestra nieta, mi señor!

Stiorra salió a mi encuentro llevando a una niña pequeña de la mano, y he de

confesar que sentí un nudo en la garganta. No se me empañaron los ojos al ver a la niña. Nunca me han gustado los niños, ni siquiera los míos, pero quería con locura a mi hija y entendí que, por ella, Ragnall hubiera sido capaz de iniciar una guerra. Stiorra estaba hecha toda una mujer, hermosa y segura de sí misma, tan parecida a su madre que me costaba hasta mirarla. Se acercó con una sonrisa en los labios, y me saludó con una reverencia.

—Padre —dijo.

—No es que esté llorando —contesté—, es que se me ha metido una mota de polvo en el ojo.

—Lo sé, padre —repuso. La abracé y la estreché con fuerza entre mis brazos. Llevaba una preciosa túnica oscura de lino fino bajo una capa de lana teñida de negro. Una torques de oro al cuello de la que colgaba un martillo de marfil. El pelo recogido en lo alto de la cabeza con unos alfileres de oro y de marfil. Dio un paso atrás para que viera a su hija—. Aquí tenéis a vuestra nieta —me dijo—, Gisela Sigtryggrdottir.

—Menudo trabalenguas.

—Está hecha un diablillo.

Me quedé mirando a aquella niña de piel atezada, ojos grandes y largos cabellos negros, que tanto se parecía a su madre y a su abuela. Muy seria, me sostuvo la mirada, pero ninguno de los dos supimos qué decir, así que nos quedamos callados. Tras reparar en el embarazoso silencio que guardábamos, Stiorra rompió a reír y se acercó a saludar a Finan. Mientras, tendiendo unas largas maromas alrededor de unas peñas, mis hombres amarraron el *Sæbroga* a orillas del mar.

—No estaría mal que apostarais algunos hombres a bordo —me advirtió Sigtryggr—. Hay otros dos barcos de mi hermano, el *Hræsvelgr* y el *Nidhogg*, rondando por aquí.

—El *Hræsvelgr* ya ha caído en nuestras manos, y el *Nidhogg* no tardará en correr la misma suerte. Igual que nos haremos con los otros dos.

—¿Os habéis hecho con el *Hræsvelgr*? —me preguntó, sorprendido al enterarse de lo que habíamos hecho.

—¿No estabais al tanto? —me extrañé, al tiempo que volvía la vista al sur y caía en la cuenta de que las islas les habrían impedido ver el encuentro del *Sæbroga* con el *Hræsvelgr*—. Mañana, deberíamos disponer de cinco barcos —le dije a bote pronto—, pero, entre sus tripulaciones, la mía y los vuestros, ¡irán hasta los topes! Aunque, bien mirado, si el tiempo sigue así de tranquilo, no deberían de surgir contratiempos durante la travesía. A menos que deseéis quedaros aquí.

Vi cómo trataba de asimilar lo que le estaba diciendo.

—¿Sus tripulaciones?

—Las vuestras, en realidad —repuse, para armarle un lío aún mayor con aquel aluvión de buenas noticias. Se me quedó mirando por encima del hombro hasta que me volví en el momento en que el *Hræsvelgr* asomaba por uno de los lados del

promontorio. Orvar iba al frente. Seguí mirando y, como no podía ser de otra manera, un segundo barco seguía su estela—. Ese debe de ser el *Nidhogg* —le dije a Sigtryggr.

—Lo es.

—Orvar Freyrson —continué— está dispuesto a prestaros juramento de fidelidad; supongo que lo mismo hará Bjarke y, por supuesto, los hombres de sus tripulaciones. Si alguno de ellos se niega a hacerlo, os aconsejo que los dejemos en cualquiera de estas islas, a menos que decidáis acabar con ellos.

—¿Que Orvar va a prestarme juramento de fidelidad? —me preguntó extrañado.

—Y me malicio que Bjarke también.

—Si Orvar y Bjarke me prestan juramento de fidelidad —dijo, frunciendo el ceño, mientras trataba de hacerse una idea de lo que suponía todo lo que le estaba diciendo—, sus tripulaciones harán lo mismo. Todos sus hombres.

—Y Orvar cree que podrá convencer a los hombres de los otros dos barcos para que lo hagan también —dije.

—¿Cómo habéis conseguido que...? —empezó a decir, antes de quedarse callado, tratando de comprender cómo había cambiado su suerte aquella mañana. Se había despertado sabiéndose acorralado y atrapado y, en aquel momento, se veía al mando de una pequeña flota.

—¿Que cómo, decís? —repuse—. Pues ofreciéndole tierras, un montón de tierras. Las vuestras, quiero decir, si todo sale como espero, aunque no creo que os importe que...

—¿Mis tierras? —me preguntó; ya no entendía nada.

—Pienso haceros rey de Eoferwic —le expliqué, como si fuera algo que hacía todos los días—, y de Northumbria, de paso. ¡No me lo agradezcáis! —ni además había hecho de que fuera a hacerlo; tan solo me miraba sin salir de su asombro—. ¡Porque habréis de aceptar ciertas condiciones! Por ahora, lo único que tenemos que hacer es procurar que los barcos estén en condiciones de realizar la travesía. Creo que deberíamos aligerar el lastre, porque irán llenos a rebosar. Tengo entendido que, en esta costa, el tiempo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, pero, por ahora, parece que todo está tranquilo, así que deberíamos zarpar cuanto antes. Dudda es de la opinión de que deberíamos partir con el repunte de la marea, así que, ¿qué os parece mañana por la mañana?

—¿Quién es ese Dudda?

—Mi timonel —le puse al tanto—; casi siempre está beodo, pero no parece afectarle en demasía. ¿Mañana por la mañana, pues?

—¿Y adónde tenéis pensado ir? —se interesó Sigtryggr.

—A Cair Ligualid.

Se me quedó mirando como alelado. Estaba claro que nunca había oído hablar de aquel lugar.

—¿Y dónde queda ese Cair lo que sea?

—Por allí, más o menos —dije, señalando al este—. A un día de travesía.

—¿Rey de Northumbria? —insistió, tratando de comprender lo que le estaba diciendo.

—Si os parece bien —le dije—, os haré rey de Northumbria, rey de Jorvik en realidad, aunque todo el mundo sabe que quien ocupa ese trono suele proclamarse a sí mismo rey de Northumbria también. Vuestro hermano piensa que, en este momento, él es el rey de ese territorio, pero, entre vos y yo, haremos que sea su tumba. —El *Hræsvelgr* acababa de arribar. Orvar saltó desde la proa y, a trompicones, echó a andar por aquella costa sembrada de rocas—. O viene con la intención de acabar con vos —le dije, sin perder de vista a Orvar—, o viene dispuesto a arrodillarse ante vos.

Orvar que, al igual que los suyos habían recuperado sus armas, monedas, pedazos de plata y talismanes, volvía a lucir la cadena de oro al cuello, dejó atrás la escueta playa. Azorado, con respeto inclinó la cabeza ante Stiorra, se quedó mirando fijamente a Sigtryggr y dijo:

—¿Mi señor?

—Prestasteis juramento de fidelidad a mi hermano —dijo Sigtryggr, con aspereza.

—Y vuestro hermano se llevó a toda mi familia en calidad de rehenes —dijo Orvar—, algo impropio de un caudillo.

—No os falta razón —repuso Sigtryggr. Miró a lo lejos en el momento en que el *Nidhogg* hundía la proa en la playa de guijarros. El patrón, Bjarke, saltó desde la proa y se quedó mirando a Sigtryggr, que desenvainaba su larga espada. La hoja emitió un siseo al pasar por la garganta de la vaina. Durante cosa de un instante, todo pareció indicar que Sigtryggr amenazaba a Orvar con la larga hoja, pero, al cabo de un segundo, bajó la espada y hundió la punta en los guijarros—. De sobra sabéis lo que tenéis que hacer —le dijo a Orvar. Las tripulaciones del *Hræsvelgr* y del *Nidhogg* vieron cómo Orvar se arrodillaba y cerraba las manos alrededor de las manos de Sigtryggr, que era quien empuñaba la espada. Orvar respiró hondo y, antes de prestar juramento, volvió los ojos hacia mí.

—¿Me prometéis que mi familia saldrá con vida de esta, mi señor?

—Lo único que puedo prometeros es que haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que salgan con vida y sin sufrir daño alguno —le dije, al tiempo que acariciaba el martillo que llevaba al cuello—. Lo juro por Thor y por la vida de los míos.

—¿Y cómo pensáis mantener ese juramento? —se interesó Sigtryggr.

—Entregando a vuestra esposa a Ragnall, como está mandado. Pero, dejad que el *jarl* Orvar os preste juramento de fidelidad.

Y así, en una playa, a orillas de una apacible ensenada, bajo un cielo azul y blanco, se formularon los juramentos.



No es tan difícil ser un gran terrateniente, un *jarl* o, ya puestos, un rey; lo difícil es ser un caudillo.

A cambio de llevar una vida próspera, son muchos los hombres que sueñan con seguir sus pasos. Nosotros somos quienes otorgamos los brazaletes que lucen, quienes dispensamos el oro, repartimos tierras, plata y esclavos. Pero eso no basta. Hay que saber mandar. Dejad a unos cuantos hombres mano sobre mano, sin nada que hacer durante una buena temporada, y no tardaréis en ver lo hastiados que están, y un montón de hombres ociosos es un auténtico quebradero de cabeza. Hay que plantearles retos por sorpresa, imponerles desafíos que se les antojen inalcanzables. Y, claro está, infundirles temor. Un caudillo a quien nadie teme pronto dejará de serlo, pero no basta con eso. Hay que mostrarles afecto también. Cuando un hombre se ve obligado a formar parte de un muro de escudos, cara a cara con un enemigo que brama desafiante, sumido en un entrechocar de espadas contra escudos cuando ve que no tardará en correr la sangre por la tierra que pisa y que ya en círculos vuelan los cuervos al acecho de los despojos, mejor peleará aquel que sienta un cierto afecto por el caudillo a quien sirve que aquel que solo lo tema. Porque, en ese momento, todos somos hermanos, luchando por los que están a nuestro lado, y todo hombre ha de saber que su caudillo está dispuesto a sacrificar su propia vida con tal de salvar la de cualquiera de los suyos.

Fue algo que aprendí de Ragnar, un hombre que sabía mandar con buenos modales, sin que, por eso, dejara de ser temido. Su mayor enemigo, Kjartan, solo sabía mandar infundiendo miedo, y Ragnall era igual que él. Los hombres que todo lo fían al miedo pueden llegar a ser grandes reyes, incluso ponerse al frente de territorios tan extensos que nadie sabe dónde acaban sus confines, pero esos hombres también pueden conocer la derrota, y precisamente a manos de aquellos que luchan como hermanos.

—Mi hermano me propuso —me comentó Sigtryggr aquella noche— que yo fuera rey de las islas, en tanto que él se erigía rey de Britania.

—¿De las islas?

—De todas las islas que hay en el mar, a lo largo de la costa —me explicó, señalando al noroeste. Yo, que había navegado por aquellas aguas, sabía que, al norte del mar de Irlanda, no había sino un marasmo de islas, peñascos y olas enfurecidas.

—A lo mejor a los escoceses no les hacía ninguna gracia la idea —repuse, con sorna—. Y ya sabéis que los escoceses no traen más que dolores de cabeza.

Esbozó una sonrisa.

—Creo que eso era lo que Ragnall tenía en mente: que yo le quitara de en medio a los escoceses que, sin duda, tendría a sus espaldas, mientras él se dedicaba a conquistar el territorio de los sajones —se quedó callado un momento, contemplando

las chispas que se perdían en la oscuridad—. Yo me quedaría con las rocas, las algas, las gaviotas y las cabras, en tanto que él se haría con el oro, el trigo y las mujeres.

—¿Le diríais que no, supongo?

—Le dije que sí.

—¿Por qué?

Se me quedó mirando con su único ojo; el otro no era sino uno de esos frunces que deja una herida ya cicatrizada.

—Asuntos de familia —dijo—. Eso es lo que quería nuestro padre. Aquí, en Irlanda, la vida se pone más cuesta arriba con cada día que pasa y hora es de que vayamos en busca de nuevas tierras —se encogió de hombros—. Además, si yo fuera señor de esas islas, capaz sería de hacer que sus peñas se trocaran en oro.

—¿Peñas, algas, gaviotas y cabras? —le pregunté.

—Sin olvidar los barcos —dejó caer de forma sibilina; estaba pensando en dedicarse a la piratería—. Y no olvidéis que hay quien asegura que hay tierras al otro lado del mar.

—Algo de eso he oído —repuse, dando a entender las reservas que tenía.

—¡Pensadlo un momento! ¡Nuevas tierras para colonizar!

—Donde solo hay hielo y fuego —dijo—. En cierta ocasión, anduve por esos lugares donde el resplandor del hielo lo envuelve todo y las montañas escupen fuego.

—En tal caso, echaremos mano del fuego para derretir el hielo.

—¿Y más allá? —me interesé—. Dicen que hay otros territorios donde habitan monstruos.

—Pues acabaremos con los monstruos —dijo, como si nada. Al ver tanto entusiasmo por su parte, no pude por menos que esbozar una sonrisa.

—¿Así que por eso le dijisteis que sí a vuestro hermano?

—¡Pues claro! Yo sería el rey de los mares y él sería rey de Britania —antes de quedarse callado un momento—. Pero, entonces, salió con lo de Stiorra.

Se produjo un silencio en torno a la fogata. Con aquella cara larga y muy seria, Stiorra, que había seguido toda la conversación, me dirigió una mirada, acompañada de una leve sonrisa, una sonrisa indescifrable. Los hombres se inclinaban y aguzaban el oído tratando de saber de qué hablábamos, repitiendo lo que decíamos a aquellos que estaban más alejados.

—Así que quería quedarse con Stiorra —dije, sin andarme con rodeos.

—Siempre exige rehenes —dejó caer Orvar.

Torcí el gesto.

—Tomamos como rehenes a las familias de quienes consideramos nuestros enemigos, no a las de aquellos que son nuestros amigos.

—Para Ragnall, todos somos enemigos suyos —aseveró Bjarke, el patrón del *Nidhogg*, un delgado y alto hombre del norte, larga barba trenzada y sendos barcos pintarrajeados en ambas mejillas.

—¿También mantiene a vuestra esposa como rehén? —le pregunté.

—A mi esposa, a mis dos hijas y a mi hijo.

De modo que Ragnall se imponía a los suyos por el miedo, y solo por el miedo. Los hombres le temían y hacían bien en tenerle miedo, porque era un hombre aterrador. Pero a un caudillo que ha llegado a serlo solo por el miedo, también han de salirle bien las cosas. Ha de ser capaz de llevar a los suyos de victoria en victoria, porque, desde el momento en que dé muestras de debilidad, se tomará vulnerable; y Ragnall había sufrido una derrota. Le había propinado una buena zurra en los bosques que rodean Eads Byrig, le había expulsado de los alrededores de Ceaster, y no me extrañaba nada, pensé para mis adentros, que los hombres que había dejado en Irlanda se mostrasen tan dispuestos a quebrantar los juramentos que le habían prestado.

Por no hablar de otro asunto. Si un hombre presta un juramento de fidelidad y el señor al que se lo ha prestado toma rehenes para que mantenga dicho juramento, ¿es válido ese juramento? Cuando un hombre apretaba las manos alrededor de las mías, cuando pronunciaba las palabras que unían nuestros destinos, ambos nos convertíamos en algo así como hermanos. Pero, por lo visto, Ragnall no se fiaba de nadie. Aceptaba juramentos y tomaba rehenes. Consideraba a todos como enemigos suyos, y ningún hombre debe lealtad a su enemigo.

Svart, un hombretón que era el segundo de Sigtryggr, rezongo.

—No quería como rehén a la Dama Stiorra —dijo.

—No —asintió Sigtryggr.

—Iba a ser su mujer —intervino Stiorra—, su quinta mujer.

—¿Eso os dijo?

—Me lo dijo Fulla —contestó—, su primera esposa. Igual que me enseñó las cicatrices que tenía —añadió muy serena—. ¿Habéis pegado alguna vez a alguna de vuestras esposas, padre?

Le dirigí una sonrisa del otro lado de las llamas.

—Nunca; en ese sentido, soy un blando.

Me devolvió la sonrisa.

—Recuerdo cuando nos decíais que un hombre jamás ha de pegar a una mujer. Lo decíais muy a menudo.

—Solo los blandos se atreven a pegar a una mujer —dije. Observé que algunos de los presentes se revolvían incómodos, pero ninguno se atrevió a replicar—. A lo mejor esa es la razón que lleva a un hombre fuerte a tener más de una esposa —continué, mirando a Sigtryggr, que se echó a reír.

—Yo no me atrevería me dejaría hecho papilla.

—¿Así que Ragnall os exigió a Stiorra? —apunté.

—¡Se presentó con toda su flota para llevársela! ¡Centenares de hombres! Según él, estaba en su derecho. Por eso vinimos aquí.

—Por eso escapamos y vinimos aquí —añadió Stiorra, cortante.

—Teníamos seis barcos —me aclaró Sigtryggr—; él se presentó con treinta y seis.

—¿Qué fue de esos seis barcos?

—Con ellos compramos a los irlandeses; se los cambiamos por trigo y cerveza.

—¿Los mismos irlandeses a los que pagaron para que acabasen con vosotros? —le pregunté. Sigtryggr asintió—. ¿Y cómo es que no lo han conseguido?

—Porque no quieren morir en estas peñas —contestó—, y por vuestra hija también.

Me la quedé mirando.

—¿Por vuestras artes brujeriles?

Con el rostro medio oculto entre las adustas sombras que proyectaban las llamas, Stiorra asintió y se puso en pie.

—Venid conmigo, padre —me dijo, y observé cómo los hombres de Sigtryggr intercambiaban sonrisas maliciosas, como si todos ellos estuvieran al tanto de algo que solo ellos sabían—. ¿Padre? —haciéndome un gesto para que fuera con ella hacia el oeste—. De todos modos, ya es la hora.

—¿La hora de qué?

—Ahora lo veréis.

La seguí, pues, hacia el oeste. Como la noche estaba oscura y muy empinado el sendero que había que seguir para dejar atrás la cima de aquel farallón, me tomó de la mano y me guio cuesta abajo. Íbamos con tiento, mientras nuestros ojos se iban acomodando a la negrura de la noche.

—Soy yo —dijo en voz baja, cuando llegamos al pie de la colina.

—Mi señora —respondió una voz en medio de la oscuridad. Estaba claro que había centinelas apostados a este lado del rudimentario muro de piedra que habían levantado para cegar la estrecha lengua de tierra que llevaba fuera de la fortaleza. Y reparé en las fogatas, fuegos de campamento en realidad, que se extendían a lo lejos, tierra adentro.

—¿Cuántos hombres hay alrededor de esas hogueras? —le pregunté.

—Cientos —dijo Stiorra, muy serena—. Suficientes para acabar con nosotros, así que necesitamos recurrir a otros métodos para mantenerlos alejados.

Soltándome de la mano, de un salto, se encaramó a lo alto de la muralla. Apenas podía distinguirla. Llevaba una capa tan negra como la noche, tanto como sus cabellos, pero yo sabía que, erguida y dominándolo todo, allí estaba ella, plantando cara a aquellos enemigos lejanos.

Y entonces comenzó a cantar.

O, más bien, a canturrear y a gemir, con una voz inquietante que subía y bajaba de tono, un sollozo en medio de la oscuridad, que, a veces, cesaba hasta convertirse en un gáñido parecido al de una raposa. De repente, callaba y, de no ser por el silbido del viento, todo era silencio en mitad de la noche. Hasta que comenzaba de nuevo, emitiendo gáñidos, penetrantes y escuetos ladridos que dirigía hacia el oeste, antes de que su voz diera paso a un grito desgarrador que, muy poco a poco, se convirtió en un gimoteo, hasta que dejó de oírse.

Y de pronto, como si alguien le respondiera, restalló el fulgor de un rayo por el oeste. Nada que ver con los sobrecogedores fogonazos de los rayos de Thor, ni con esas sacudidas de ira que resquebrajan el cielo, sino más bien con esos resplandores titilantes que traen las tormentas de verano. Distantes y resplandecientes centelleaban antes de desaparecer, dejándonos sumidos de nuevo en la oscuridad y en un silencio preñado de amenazas. Hubo un último resplandor lejano, y vi las calaveras blancas de la cerca fantasma colocadas a lo largo del muro al que Stiorra se había encaramado.

—Ya está, padre —tendiéndome una mano—. Ya están malditos de nuevo.

La tomé de la mano y la ayudé a bajar del muro.

—¿Malditos?

—Piensan que soy una bruja.

—¿Y lo sois?

—Me temen —repuso—. Convoco a los espíritus de los muertos para infundirles pavor y saben que hablo con los dioses.

—Y yo que pensaba que eran cristianos.

—Y lo son, pero temerosos también de los antiguos dioses y, así, los mantengo aterrados —hizo una pausa, clavando los ojos en la oscuridad—. Hay un no sé qué aquí en Irlanda —dijo, como si no acabara de entenderlo—, como si los antiguos conjuros aún surtiesen efecto en esta tierra. Es algo que se siente.

—Yo no siento nada. Sonrió, y vislumbré sus blancos dientes.

—Aprendí a interpretar las runas. Fue Fulla quien me enseñó a hacerlo.

Yo era quien había puesto en sus manos las runas que su madre utilizara; las finas y pulidas varitas de madera que, cuando se dejaban caer al suelo, formaban intrincados dibujos que, al decir de algunos, desvelaban el futuro.

—¿De verdad os dicen algo? —le pregunté.

—Me advirtieron de que vendríais, y también de que Ragnall no saldrá con vida de esta. También me advirtieron de que... —pero, de forma inesperada, guardó silencio.

—¿Qué más os desvelaron?

—Nada —negando con la cabeza—. A veces no resulta fácil interpretar lo que quieren decir —contestó, tratando de restar importancia al asunto, tomándome del brazo y llevándome de nuevo hacia la hoguera que ardía en lo alto de la colina—. Por la mañana, los brujos cristianos tratarán de deshacer mis conjuros, y fracasarán.

—¿Brujos cristianos?

—Curas —respondió con desdén.

—¿Y también os desvelaron las runas que acabarían por castrar a vuestro hermano mayor?

Se detuvo y se me quedó mirando en mitad de la oscuridad.

—¿Castrado?

—Estuvo a las puertas de la muerte.

—¡No es posible —gritó—, no!

—Obra de Brida.

—¿Brida?

—Una puta infernal —dije con rabia—, que se ha unido a Ragnall.

—¡No! —revolviéndose de nuevo—. Pero ¡si Uhtred pasó por aquí y, luego, se fue a ver a Ragnall en son de paz!

—Ahora todo el mundo le llama padre Osvaldo —le dije—, algo que ya nunca podrá ser.

—¿Quién es esa Brida? —se interesó furibunda—. ¿Una hechicera acaso?

—Eso se cree ella, y lo proclama a los cuatro vientos.

Emitió un suspiro de alivio.

—Esa era la otra cosa que me dieron a entender las runas, padre, que una hechicera habría de morir.

—¿Eso os dijeron las runas?

—Tiene que ser ella —dijo con rabia. Hasta ese momento, había temido que las runas hubieran pronosticado su propia muerte—. Ha de ser ella —dijo.

Y la seguí hasta que llegamos a la hoguera.



A la mañana siguiente, tres curas irlandeses se acercaron a la estrecha lengua de tierra que cegaba el raquíptico muro de piedra en el que habían dispuesto las calaveras. Se detuvieron a no menos de cincuenta pasos de donde estaban y, alzando los brazos al aire, recitaron sus oraciones. Uno de ellos, un hombre de pelo encrespado, lo hacía mientras bailaba en círculos.

—¿Qué esperan conseguir con eso? —pregunté.

—Rezan para que Dios acabe con esas calaveras —repuso Finan, al tiempo que se santiguaba.

—O sea, que de verdad les dan miedo —comenté, maravillado.

—¿Acaso vos no lo tendríais?

—Son solo calaveras.

—¡Son los muertos! —dijo, fuera de sí—. ¿Acaso no lo sabíais cuando dispusisteis aquellas calaveras alrededor de Eads Byrig?

—Solo quería que Ragnall se sintiera horrorizado —repuse.

—Y dispusisteis una cerca fantasma para él —continuó Finan—; no os extrañe que abandonase aquel lugar. ¿Y qué me decís de esa? —al tiempo que me señalaba a aquel lugar colina abajo donde Stiorra había dispuesto las calaveras mirando a tierra firme—. ¡Esa cerca fantasma es muy poderosa!

—¿Poderosa?

—Permitidme que os enseñe algo —me llevó al otro lado de la cima del farallón hasta una fosa cercada por unas piedras. No era muy grande, unos seis pies cuadrados quizá, pero estaba repleta de huesos—. Solo Dios sabe cuánto tiempo llevarán ahí —

dijo Finan—; estaban bajo esa losa —señalándome una lápida de piedra que habían dejado a un lado de la fosa. En la cara exterior de la lápida habían esculpido toscamente una cruz, un símbolo cubierto de líquenes para entonces. Habían recolocado los huesos, de forma que todos los huesos largos y amarillentos estaban a un lado, y las costillas, cuidadosamente amontonadas, en otro. Había pelvis, tabas, huesos de brazos, pero ni una sola calavera—. Me imagino que las calaveras estarían encima del todo —dijo Finan.

—¿Quiénes eran? —encorvándome para ver mejor el interior de aquella fosa.

—Monjes probablemente, asesinados quizá por los primeros hombres del norte que se dejaron ver por aquí —se volvió y se quedó mirando hacia el oeste—. Y esos miserables cabrones están aterrorizados. Es un ejército de muertos, ¡de sus propios muertos! Mucho más oro tendrán que darles si quieren que crucen esa cerca fantasma.

—¿Más oro?

Finan esbozó una sonrisa.

—Ragnall pagó en oro a los del clan de los Uí Néill con tal de que Stiorra fuera a parar a sus manos. Pero, si tienen que luchar con los muertos, además de con los vivos, reclamarán mucho más oro del que les han dado hasta ahora.

—Los muertos no pelean —dije. Finan se mofó de mí.

—¡Sajones! ¡A veces pienso que no sabéis nada! No, los muertos no pelean, ¡pero sí se cobran venganza! ¿Queréis que las ubres den leche agria? ¿Que se marchiten las cosechas? ¿Que vuestro ganado empiece a tambalearse? ¿Que vuestros pequeños caigan enfermos?

Oía los gañidos que emitían aquellos curas irlandeses, y me preguntaba si el aire no estaría repleto de espíritus que no podíamos ver librando una batalla de conjuros, y eché mano del martillo que llevaba al cuello. Luego, en cuanto mi hijo nos dio una voz desde más abajo, dejé de pensar en fantasmas.

—¡Padre —gritó—, los barcos!

Y vi cómo los dos barcos que faltaban aparecían por el sur, lo que quería decir que Orvar había convencido a sus tripulaciones para que renegasen de Ragnall. Ya disponía, pues, de una flota y de un embrión de ejército.

—Habrá que rescatar a la familia de Orvar —dije.

—Como le prometimos —asintió Finan.

—Ragnall los mantendrá alejados de sus guerreros —aventuré—. Nadie quiere cargar con mujeres y niños que puedan retrasar la marcha cuando se llevan a cabo profundas incursiones en territorio hostil.

—Pero habrán tenido que dejarlos a salvo en algún sitio —comentó Finan.

Lo que suponía, a mi modo de ver, que estaban en Eoferwic, la ciudad que utilizaba Ragnall como base de operaciones, su fortaleza. Sabíamos que allí había enviado a parte de su ejército, seguramente para defender las murallas romanas, en tanto que el resto de sus hombres se dedicaba a saquear Mercia.

—Menuda faena tener que apoderarnos de esa ciudad de nuevo —dijo Finan.

—Seguro que están en Eoferwic —repuse, rezando para que estuviera en lo cierto.

Y Eoferwic, pensé para mis adentros, era donde habían dado comienzo mis andanzas. Donde mi padre había perdido la vida. Donde me había convertido en señor de Bebbanburg. Donde había conocido a Ragnar y había aprendido a venerar a los antiguos dioses.

Y era hora de volver.

TERCERA PARTE

GUERRA ENTRE HERMANOS

CAPÍTULO XI

He soportado travesías de pesadilla. Como aquellos días en que, tras ser vendido como esclavo, no me había quedado otra que, helado de frío y cubierto de espuma, empuñar un pesado remo en mares bravíos y hacer frente a las olas y al viento, mientras trataba de arrimar la nave a una costa cubierta de hielo y erizada de peñascos. Temblando de miedo y de frío, casi había llegado a implorar que el mar se nos llevara.

Aquello era peor.

Había estado a bordo del barco de Alfredo, el *Heahengel*, cuando toda la flota de Guthrum se fue a pique durante una tormenta repentina que, con furia insólita, se desató sobre el mar que bañaba las costas de Wessex. El viento no era sino un puro alarido; las olas, blancos demonios; entre jirones de velas que se agitaban a lo loco y mástiles que iban a parar al agua, uno tras otro, aquellos enormes barcos naufragaron. Hubieron de pasar unos cuantos días antes de que pudiera olvidar los gritos de los que se ahogaban.

Pero aquello era peor.

Aunque el mar estuviera en calma, sosegadas se mecieran las olas y, por el oeste, soplara una suave y leve brisa, aquello era peor. Ni un solo enemigo a la vista. A pesar de que surcábamos un mar tan sereno como una Charca de patos, cada instante de aquella travesía se me antojó aterrador.

Dejamos atrás la ensenada aprovechando la marea alta cuando, taciturnas y serenas, discurrían las impetuosas corrientes por el canal. Disponíamos de cinco embarcaciones. Todas las tripulaciones que Ragnall había dejado en Loch Cuan habían jurado fidelidad a Sigtryggr, lo que suponía que, además de todos los hombres de Sigtryggr y los míos, a bordo venían también sus familias. De nodo que aquellos barcos, preparados para una tripulación de setenta hombres, cargaban con casi doscientas personas a bordo. Casi a ras del agua, avanzaban lentamente, mientras las olas tranquilas saltaban por encima de la hilada superior, de forma que los hombres que no iban a los remos se veían obligados a achicar sin parar. Nos habíamos deshecho de algunas piedras de lastre arrojándolas por la borda, lo que hacía que los barcos, sobrecargados en cubierta, se balanceasen de forma inquietante cuando, de tanto en tanto, soplabla una racha de viento procedente del norte o del sur; incluso un pequeño oleaje podría hacernos naufragar. Aunque avanzábamos lentamente por aquel mar en calma, en ningún momento me sentí libre de peligro. Porque hasta en las peores tormentas los hombres pueden remar, plantar cara a los dioses, pero, en un mar encalmado, aquellos frágiles cinco barcos eran más que vulnerables. Lo peor

llegaba al caer la noche. Porque no soplaba una gota de aire, que podría haber sido nuestra salvación, sino que, en la oscuridad, ni siquiera veíamos aquellas olas tan sosegadas, solo podíamos sentir las cuando saltaban por los costados de la nave. Sin parar, lentamente remábamos en medio de la oscuridad mientras, con nuestras plegarias, aturdiábamos los oídos de los dioses. Tratando de permanecer cerca de los otros barcos, observábamos con ansiedad el chapoteo de los remos, mientras no dejábamos de rezar a todos los dioses que conocíamos.

Y los dioses debieron de haber atendido a nuestras plegarias, porque, al día siguiente, los barcos arribaron a la costa de Britania sin percance. Había bruma en la playa, lo bastante espesa como para envolver los promontorios que veíamos al norte y al sur, de modo que Dudda, sin saber qué decir, frunció el ceño.

—Solo Dios sabe adónde habremos ido a parar —acabó por reconocer.

—Estemos donde estemos —dije—, vayamos a tierra.

Remamos hasta la playa donde iban a romper aquellas tranquilas olas y, cuando escuché el roce de la quilla contra la arena, se me antojó el sonido más agradable que hubiera oído nunca.

—¡Jesús bendito! —dijo Finan. Tras haber saltado a tierra, postrado de rodillas, se santiguaba—. Solo pido a Dios que no vuelva a ver un barco en mi vida.

—Rezad mejor para que no hayamos ido a parar a Strath Clota —dejé caer. Lo único que sabía en aquel momento era que, remando hacia el este, habíamos cruzado el mar hasta llegar a algún punto de aquellas tierras que marcaban el límite entre Northumbria y Escocia, y que los pobladores de esa parte de Escocia eran unos salvajes que se referían a aquellas tierras como Strath Clota, un lugar inexplorado, salpicado de adustos fortines y despiadadas refriegas, donde, a sus anchas, se movían bandas dedicadas al pillaje. Si hubiéramos arribado a tierras escocesas, disponíamos de hombres más que suficientes para abrirnos paso por la fuerza hacia el sur, pero nada quería menos que verme acosado por unos salvajes desharrapados que solo buscaban venganza, botín y esclavos.

Agucé la vista tratando de penetrar aquella bruma, y vi que había verde en lo alto de las dunas y en las borrosas laderas de una colina que se alzaba más allá, y pensé que así era cómo mi antepasado debía de haberse sentido cuando, tras haber cruzado el mar del Norte en su barco, arribó a una playa desconocida de Britania, sin tener ni idea de dónde estaba ni de qué peligros lo aguardaban allí. Se llamaba Ida, Ida el Portador de la Llama, y él había sido quien se había apoderado del gigantesco peñasco a orillas de aquel mar grisáceo donde, con el tiempo, acabaría por alzarse Bebbanburg. Y sus hombres, como aquellos que, en ese momento, saltaban a tierra desde nuestros cinco barcos, también habrían tenido que sortear olas moribundas antes de llegar con sus armas a una costa desconocida, donde se quedarían mirando y preguntándose cómo serían los enemigos con que iban a encontrarse, enemigos que, con el tiempo, habían llegado a derrotar, de forma que la tierra que los guerreros de Ida conquistaran era entonces nuestro señorío. Los enemigos de Ida el Portador de la

Llama fueron expulsados de sus pastos y de sus valles, perseguidos hasta Gales, Escocia y Cornualles, y nuestra era en aquel momento la tierra que dejaron a sus espaldas, esa tierra que soñábamos que algún día llegara a ser conocida como tierra de los ingleses.

De un salto, Sigtryggr se llegó a tierra.

—Bienvenido a vuestro reino, mi señor —le dije—, o al menos a ese que confío habrá de ser vuestro reino. Se quedó mirando aquellas dunas, cubiertas de un verde pálido.

—¿Estamos en Northumbria?

—Confío en que así sea.

Esbozó una sonrisa.

—¿Y por qué no en vuestro reino, mi señor?

Y he de confesar que me había visto tentado a hacerlo. ¿Por qué no proclamarme rey de Northumbria? ¿Señor de las tierras que un día pertenecieran al reino de mi familia? Porque, en tiempos, los de mi familia habían sido de regia estirpe. Los descendientes de Ida el Portador de la Llama habían sido reyes de Bernicia, un antiguo reino que abarcaba Northumbria y la parte sur de Escocia, y un rey de Bernicia había sido el que levantara Bebbanburg en lo alto de aquel inexpugnable peñasco a orillas del mar. De pie, en aquella playa envuelta por la bruma junto a las olas que iban a morir a ella, por un momento, me imaginé con una corona en la cabeza y, entonces, pensé en Alfredo.

Nunca le había caído bien, tampoco él a mí, pero no era tan necio como para pensar que hubiera sido un mal rey. Había sido un buen rey, pero el oficio de rey impone unos deberes y unas responsabilidades que habían acabado por agobiarlo, por surcarle la cara de arrugas y hacer que le salieran callos en las rodillas de tanto rezar. Aquella tentación respondía más bien a la idea que, de niño, me hacía yo en cuanto al oficio de rey, como si, por el mero hecho de ser rey, pudiera hacer cuanto me viniera en gana y, por alguna razón, me acordé de Mus, aquella criatura de la noche que había visto en Ceaster, y debí de esbozar una sonrisa, que Sigtryggr interpretó como que no parecía mal la idea.

—Deberías ser rey, mi señor —insistió.

—No —repuse con firmeza y, por un momento, tentado estuve de decirle la verdad, pero no me encontré con fuerzas para proclamarlo rey de Northumbria y, al mismo tiempo, decirle que Northumbria no tenía ningún porvenir.

Nada sabemos en cuanto a qué nos deparará el futuro. Quizás haya quienes, como mi hija, capaces sean de interpretar las runas y desvelar profecías en sus intrincados dibujos. Otros, como la bruja astrosa de aquella gruta que, en cierta ocasión, predijo cómo iba a ser mi vida, a quienes los dioses les inducen a soñar cosas, pero, para la mayoría de nosotros, el futuro permanece envuelto en bruma, y solo podemos atisbarlo a medida que esa bruma se levanta. Con todo, estaba seguro de que una fatalidad se cernía sobre el futuro Northumbria. Al norte, Escocia, un país cuyos

pobladores son gentes despiadadas, salvajes y orgullosas. Lo más probable es que estemos condenados a enfrentarnos con ellos por los siglos de los siglos, pero no tenía ninguna gana de llevar un ejército a sus inhóspitas colinas. Asentarse en los valles de Escocia era exponerse a continuas emboscadas, en tanto que ocupar los lugares más elevados de aquel territorio equivalía a morir de hambre. Los escoceses eran muy dueños de sus tierras, pero, si alguna vez se les ocurría invadir las nuestras, acabaríamos con ellos como siempre hicimos, igual que ellos acababan con nosotros cuando nos daba por invadir sus colinas.

Y al sur de Northumbria, estaban los sajones, que perseguían un sueño, el sueño de Alfredo, el sueño por el que había trabajado durante casi toda mi vida, un sueño que pasaba por unir los diferentes reinos donde vivían los sajones y hacer un solo país, y Northumbria era el final de aquel sueño, y Etelfleda quería que, por encima de todo, ese sueño se hiciese realidad. He quebrantado muchos juramentos a lo largo de mi vida, pero jamás ninguno de los que prestara a Etelfleda. Proclamaría rey a Sigtryggr, pero con la condición de que se mantuviera en paz con la Mercia de Etelfleda. Lo haría rey para acabar con su hermano y, de paso, tener una posibilidad de atacar Bebbanburg, y lo haría rey, a pesar de sembrar con ello las semillas que acabarían por destruir su reino, porque, si bien él debería jurar que viviría en paz con Mercia, yo no era quién para pedirle ni exigirle a Etelfleda que viviese en paz con él. De forma que la Northumbria de Sigtryggr se vería atrapada entre las hordas salvajes del norte y las ambiciones del sur.

Nada de eso le dije a Sigtryggr. En vez de eso, le pasé un brazo por el hombro y me fui caminado con él hasta lo alto de una duna, desde donde contemplamos cómo hombres y mujeres bajaban a tierra. La bruma se estaba levantando y, a lo largo de la playa, veía las armas y escudos que desembarcaban en la orilla. Los niños, libres por fin de aquellos barcos atestados, corrían por la arena chillando y tropezando.

—Nos pondremos en marcha bajo vuestro estandarte —le dije a Sigtryggr.

—El del hacha roja.

—Que piensen que estamos a las órdenes de vuestro hermano.

—Así que vamos a Jorvik —dijo.

—A Eoferwic, sí.

Pensativo, frunció el ceño. Del mar se había levantado una brisa que agitaba sus rubios cabellos. Se quedó mirando los barcos, y me di cuenta de que estaba pensando que era una pena tener que abandonarlos, pero no podíamos hacer otra cosa. Un niño pequeño subió a lo alto de la duna y, boquiabierto, se quedó mirando a Sigtryggr. Solté un bufido, el chaval se asustó y salió corriendo.

—¿No os gustan los niños? —se interesó Sigtryggr, con una sonrisa.

—No soporto a esos pequeños y escandalosos cabrones.

—Y eso que vuestra hija asegura que erais un buen padre —dijo, riéndose.

—Porque apenas me veía el pelo —repuse. Y sentí un ligero remordimiento. Había tenido suerte con mis hijos. Todo hombre se sentiría orgulloso de poder decir

que una mujer como Stiorra era hija suya, en tanto que Uhtred, que en aquel momento cargaba con unas lanzas por la arena húmeda y reía con sus compañeros, era un hombre apuesto y un buen guerrero. Pero ¿qué decir de mi hijo mayor, el castrado? Él, pensé para mis adentros, era el más inteligente de los tres, y quizás el mejor de ellos, pero nunca llegaríamos a ser amigos.

—Nunca le caí bien a mi padre —comenté.

—Ni yo al mío —dijo Sigtryggr—, no desde luego hasta que me hice un hombre, en cualquier caso —se volvió y dirigió la vista tierra adentro—. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero de todo, tratar de averiguar dónde estamos. Con un poco de suerte, debemos de estar cerca de Cair Ligualid; así que allí iremos en primer lugar y trataremos de encontrar acomodo para las familias. Luego, marcharemos sobre Eoferwic.

—¿A qué distancia está?

—¿Sin caballos? Cosa de una semana.

—¿Estarán a la defensiva?

—Cuenta con buenas murallas —repuse—, pero la ciudad se encuentra en terreno llano. Hace falta disponer de una enorme guarnición. Asintió, dándose por enterado.

—¿Y si mi hermano está allí?

—Tendremos que enfrentarnos con él con lo que tenemos a mano —contesté—; algo es algo. No estaréis a salvo hasta que no esté muerto.

Albergaba mis dudas en cuanto a que Ragnall hubiera decidido volver a Eoferwic. A pesar de la derrota que había sufrido en Eads Byrig, disponía de un gran ejército y no le quedaba otra que ofrecer un espléndido botín a sus tropas. Me imaginaba que seguiría saqueando Mercia, pero que también habría enviado tropas de refuerzo a Eoferwic para defender la ciudad hasta su vuelta. Aunque podía estar equivocado. Avanzábamos a ciegas, pero, al menos nuestros barcos habían arribado a Northumbria, porque aquella misma mañana, algo más tarde, cuando la bruma ya se había disipado por completo, me llegué a lo alto de una colina cercana y atisé el humo que salía de una ciudad de buen tamaño más al norte. Tenía que tratarse de Cair Ligualid, porque no había otra tan grande en Cumbria.

Cumbria era aquella parte de Northumbria que quedaba al oeste de las montañas, un territorio inhóspito y carente de ley desde siempre. Los reyes que ocupaban el trono de Eoferwic bien podían desgañitarse en proclamarse reyes de Cumbria también, pero solo unos pocos se atreverían a dejarse ver por aquellos parajes a menos que fueran acompañados de un gran ejército, y menos aún pensarían en sacar algo en limpio de semejante desplazamiento. Era una región de hondos valles y espesos bosques, donde abundaban las colinas y los lagos. Allí se habían asentado los daneses y los hombres del norte, levantando caseríos protegidos por recias empalizadas, pero nadie habría podido hacerse rico en aquellas tierras, donde solo había ovejas y cabras, escasos y raquíticos campos de cebada y enemigos por doquier.

De baja estatura y piel atezada, los antiguos pobladores de aquella región seguían viviendo en los valles más elevados, venerando a dioses que habían caído en el olvido más allá de aquellas tierras, bajo la amenaza constante de los escoceses que cruzaban el río Hedene para robarles el ganado y procurarse esclavos. Cair Ligualid guardaba el río y, de no haber sido por los romanos, que la levantaron, la fortificaron y edificaron, de paso, una formidable iglesia en el centro, ni siquiera la ciudad habría existido.

El tiempo no había tratado bien a aquella que, en su día, debía de haber sido una fortaleza tan imponente como Ceaster o Eoferwic. Las murallas de piedra se habían caído en parte, no quedaba en pie casi ninguna de las construcciones romanas y lo único que se veía era un desperdigado puñado de cabañas con techumbres cubiertas de musgo. Aunque la antigua cubierta de tejas había desaparecido mucho tiempo atrás y, si bien sustituidas por maderos, casi todas las paredes se habían venido abajo, la iglesia aún seguía en pie. Sentía un especial cariño por aquella iglesia, porque allí había sido donde, por primera vez, había visto a Gisela. Sentí el dolor de su pérdida cuando entramos en Cair Ligualid y, de reojo, eché un vistazo a Stiorra, que tanto se parecía a su madre.

Aunque en un primer momento pensé que se trataba de mendigos o vagabundos ataviados con unas túnicas de lo más estrafalario, el caso es que aún había monjes en la ciudad. Cubiertos de remiendos y luciendo unos bajos andrajosos, solo las tonsuras y las pesadas cruces de madera me dieron a entender que aquellos seis hombres eran monjes en realidad. El mayor de todos, con una barba rala que le llegaba casi hasta la cintura, dio unos pasos adelante y salió a nuestro encuentro.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Qué queréis? ¿Cuándo pensáis marcharos?

—¿Quién sois vos? —repliqué.

—Soy el abad Hengist —en un tono que hacía pensar que bastaba con que dijera su nombre para que yo lo reconociera.

—¿Quién está al frente de la ciudad? —le pregunté.

—Dios Todopoderoso.

—¿Así que es un *jarl*?

—Él es el *jarl* todopoderoso de toda la tierra y cuanto hay en ella. ¡Es el *jarl* de la creación!

—En ese caso, ¿por qué no se ha ocupado de adecentar las murallas?

El abad Hengist frunció el ceño al oír lo que acababa de decirle; no estaba muy seguro en cuanto a la respuesta que debía darme.

—¿Quién sois vos?

—Aquel que ha de sacaros las tripas por el culo, a menos que me digáis quién manda en Cair Ligualid —le dije, en un tono de lo más afable.

—¡Yo! —contestó Hengist, dando un paso atrás.

—¡Bien! —repuse satisfecho—. Vamos a quedarnos dos noches. Mañana os echaremos una mano para dejar la muralla en condiciones. Me imagino que no

tendréis comida para todos los que somos, pero que nos daréis cerveza. Dejaremos a las mujeres y a los niños aquí, a vuestro cuidado, y los alimentaremos como es debido hasta que enviemos a alguien a buscarlos.

El abad Hengist se quedó boquiabierto al contemplar la multitud que iba a quedarse en su ciudad.

—No puedo dar de comer a tanta...

—¿Sois cristiano?

—¡Por supuesto!

—¿Creéis en los milagros? —le pregunté, y asintió—. En ese caso, más os vale ir en busca de cinco panes y dos peces —continué— y rezar para que vuestro malhadado dios provea el resto. Dejaré aquí a algunos de mis guerreros, a los que también habréis de dar de comer.

—No podemos...

—Claro que sí —rezongué, echando a andar hacia él y sujetándolo por la parte delantera de su mugrienta sotana, haciéndome de paso con un buen puñado de barba blanca—. Les daréis de comer, miserable hombrecillo —dije—, y velaréis por que no les pase nada —sacudiéndolo mientras hablaba—, y si echo en falta a algún niño o que alguno de estos pequeños tiene hambre cuando mande a buscarlos, os arrancaré la carne que recubre vuestros escuálidos huesos y se la arrojaré a los perros. ¿Disponéis de nasas? ¿Tenéis semillas? ¿Tenéis ganado? —aguardé hasta que, de mala gana, asintió a todas mis preguntas—. ¡En ese caso, les daréis de comer! —sacudiéndolo de nuevo, antes de soltarlo. Dando tumbos se alejó hasta que, de culo, se fue al suelo—. ¿Lo veis? —le dije con una sonrisa—. Ya nos hemos puesto de acuerdo —mientras esperaba a que se pusiera en pie—. Necesitaremos también unos cuantos maderos para adecentar las murallas.

—¡No tenemos! —gimoteó.

Me había fijado en los contados y raquíticos árboles que, combados por el viento, había visto cerca de la ciudad. De poco valdrían para cegar las brechas de aquellas antiguas murallas.

—¿Cómo que no disponéis de madera? —le pregunté—. ¿Y con qué habéis levantado vuestro monasterio si puede saberse?

Se me quedó mirando a la cara fijamente durante un momento.

—Con madera —dijo en un susurro.

—¡Ahí lo tenéis! —dije de buen talante—. ¡Acabáis de dar con la solución a todos nuestros problemas!

No podía cargar con las mujeres y los niños hasta Eoferwic. Las mujeres podían caminar tanto como los hombres, claro está, pero los niños nos retrasarían más de la cuenta. Además, no llevábamos víveres, así que comprado, robado o gorroneado habría de ser cuanto nos lleváramos a la boca durante el viaje, y cuantas menos bocas que alimentar, mejor. Me imaginaba que llegaríamos a Eoferwic muertos de hambre, pero también estaba seguro de que, una vez allí, encontraríamos colmados repletos de

trigo, carne ahumada y pescado.

Antes de ponernos en marcha, teníamos que dejar a buen seguro a las familias que nos disponíamos a dejar atrás. Los hombres iban más que dispuestos a pelear, pero, antes, tenían que saber que sus mujeres y sus hijos estaban a salvo; de modo que nos hicimos con unos recios tablones del monasterio y nos pasamos un día entero tapando las brechas de la muralla que rodeaba Cair Ligualid. Los cabrios y los pilares de aquellas edificaciones, que bien habrían podido dar cobijo a setenta personas y donde solo vivían siete monjes y dos niños, nos permitieron levantar unas empalizadas en condiciones. Elegidos entre los hombres de más edad y los heridos, dejé a treinta y seis guerreros al cuidado de la muralla. No serían capaces de hacer frente a un ataque en toda regla por parte de una horda de vociferantes guerreros de Strath Clota, pero no me parecía probable que fuera a pasar algo así. Rara vez eran más de cuarenta o cincuenta los hombres que formaban parte de aquellas partidas de escoceses, todos ellos guerreros despiadados sin duda, que se desplazaban a lomos de caballos de escasa alzada, pero no cruzarían el río para ir a morir a los pies de unas murallas romanas. Su objetivo era procurarse esclavos entre los hombres que trabajaban la tierra y llevarse el ganado de los pastos de las colinas, de modo que los pocos hombres que allí dejamos, sin contar con los habitantes de la ciudad, deberían de ser más que suficientes para repeler cualquier ataque. Para quedarnos más tranquilos, levantamos una lápida que había en la iglesia y dimos con una antigua cripta repleta de huesos. Nos hicimos con sesenta y tres calaveras y, de cara al exterior, las colocamos alrededor de las murallas de la ciudad. Al abad Hengist no le hizo ninguna gracia la idea.

—Son monjes, mi señor —dijo, alterado.

—¿Preferís que vuestros enemigos violen a vuestros dos novicios? —le pregunté.

—¡Santo Dios, no!

—Es una cerca fantasma —le expliqué—. Los muertos defenderán a los vivos.

Toda vestida de negro, Stiorra entonó extraños conjuros ante cada uno de aquellos sesenta y tres guardianes. Luego, con hollín humedecido, les pintarrajeó en la frente un símbolo que no entendí, una especie de torbellino, pero Hengist, al ver aquel signo y oír los cánticos, temió que se tratase de un conjuro pagano, demasiado poderoso para su endeble fe. Casi sentí pena al ver el empeño que ponía en mantener viva su religión en aquel territorio pagano. Los caseríos más cercanos eran propiedad de hombres del norte que veneraban a Thor y Odín, que sacrificaban animales a los antiguos dioses y que no sentían ningún aprecio por aquel redentor que predicaba Hengist.

—Me sorprende que no os hayan matado —le comenté.

—¿Esos paganos? —repuso, encogiéndose de hombros—. Algunos lo han intentado, pero Geir es el *jarl* más poderoso de estos contornos —haciendo una seña con la cabeza hacia el sur, para indicarme dónde quedaba su hacienda—. Su mujer se puso tan enferma que estuvo a las puertas de la muerte, mi señor. Nos la trajo aquí y

nos ordenó que recurriéramos a nuestro Dios con tal de que se la devolviéramos con vida. Y Dios, en su infinita misericordia, la sanó —al tiempo que se santiguaba.

—¿Qué hicisteis? —me interesé—. ¿Rezar?

—Por supuesto que sí, mi señor, pero también le asaetamos las nalgas con una de las flechas de santa Bega.

—¿Que le pinchasteis el culo? —le pregunté sin salir de mi asombro.

Asintió.

—Santa Bega defendió las tierras de su convento con un arco, mi señor, pero no con ánimo de matar a nadie. Lo hacía solo por ver de ahuyentar a aquellos malhechores. Siempre aseguró que era Dios quien guiaba las Hechas que lanzaba, y tenemos la gran suerte de contar con una de esas flechas.

—¿Dios apuntaba al culo de esos cabrones?

—Así es, mi señor.

—¿Y ahora gozáis de la protección de Geir? —me interesé.

—Ya lo veis, mi señor, gracias a la bienaventurada santa Bega y a sus sagradas flechas.

—¿Dónde anda ese tal Geir?

—Se unió a las tropas de Ragnall, mi señor.

—¿Y qué sabéis de Ragnall o de Geir?

—Nada, mi señor.

Tampoco confiaba yo en enterarme de algo. Cumbria era un lugar remoto, pero no dejaba de llamarme la atención que Geir hubiera pensado que merecía la pena atravesar las colinas y sumarse a las tropas de Ragnall.

—¿Por qué se unió al *jarl* Ragnall? —le pregunté al monje.

El abad Hengist se estremeció, retorciéndose las manos como si estuviera a punto de santiguarse.

—Porque tenía miedo, mi señor —mirándome asustado—. El *jarl* Ragnall le mandó recado de que acabaría con todos los hombres de por aquí si no se unían a él —se santiguó y cerró un instante los ojos—. ¡Todos se fueron con él, mi señor! Todos los terratenientes que disponían de armas. Le tienen miedo. ¡Y tengo entendido que el *jarl* Ragnall odia a los cristianos!

—Cierto.

—Que Dios nos ayude —musitó.

De modo que Ragnall solo sabía mandar gracias al miedo, algo que le vendría muy bien mientras consiguiera lo que iba buscando, y, por un momento, se me cayó el alma a los pies al pensar en lo que sus tropas andarían haciendo por Mercia, pasando a cuchillo a sus pobladores, quemando y destruyendo todo y a quienquiera que no hubiese tenido tiempo de llegarse a un fortín, razón de más para que, aun empeñada como estaba en defender Mercia, Eteflada se hubiese decantado por dirigirse al norte y estuviera atacando Northumbria. Nadie puede librarse de una plaga de avispas aplastándolas de una en una, sino dando con el avispero y

quemándolo. Yo descendía de Ida el Portador de la Llama y, al igual que él había traído el fuego desde el otro lado del mar, también yo lo llevaría al otro lado de aquellas colinas.

A la mañana siguiente, nos pusimos en marcha.

Fue un penoso viaje por un territorio inhóspito. Cerca de Cair Ligualid, habíamos encontrado tres ponis y una mula, pero ni un solo caballo. Stiorra y su hija iban a lomos de uno de los ponis mientras, cargados con las cotas de malla, las armas, las provisiones y los escudos, los demás íbamos a pie. Saciábamos la sed en torrentes que bajaban de la montaña, degollábamos ovejas para la cena asando los costillares en aleladas fogatas de helechos y aulagas. Acostumbrados a ir a caballo o empuñar los remos para ir a la guerra, nuestras botas no eran las más adecuadas para emprender aquel viaje. Al segundo día de marcha, a la vista de que aquellos caminos pedregosos amenazaban con dejarnos sin ellas, les dije a los hombres que, si queríamos conservar las botas para cuando llegara el momento de la batalla, habríamos de continuar descalzos, lo que nos retrasó sin duda, porque fue entonces cuando empezaron a cojear y tropezar. Nada de calzadas romanas por donde íbamos; tan solo senderos de cabras y cañadas, altas colinas y ráfagas de un viento del norte que nos azotaba con aviesos chubascos. Casi sin nada que llevarnos a la boca, las dos primeras noches no encontramos ningún lugar donde refugiarnos, pero, al tercer día, llegamos a un valle fértil donde se alzaba un fecundo y prometedor caserío. Una mujer y dos criados entrados en años salieron a recibirnos. Éramos más de trescientos cincuenta hombres armados hasta los dientes, de modo que la mujer dejó la puerta de la empalizada abierta de par en par para que viéramos que no pensaba oponer resistencia. De cabellos grises, muy estirada y de ojos azules, así era el ama de aquel lugar: una casa, dos graneros y un miserable cobertizo para el ganado.

—Mi marido no está —fue el glacial saludo con que nos recibió.

—¿Se ha unido a las tropas de Ragnall? —le pregunté.

—Así es; se fue con el *jarl* Ragnall —contestó, con cara de disgusto.

—¿Con cuántos hombres?

—Dieciséis —repuso—. ¿Quiénes sois?

—Acudimos a una llamada del *jarl* Ragnall —repuse para no pillarme los dedos.

—Por lo que tengo entendido, necesita más hombres —comentó con desdén.

—Señora —le pregunté, intrigado por la forma en que hablaba—, ¿qué ha llegado a vuestros oídos?

—Njall os pondrá al tanto —replicó—. Imagino que venís a robarme.

—Todo lo que nos llevemos os lo pagaré.

—Lo que nos dejará con el estómago igual de vacío. No puedo alimentar a mi gente con vuestros pedazos de plata.

El tal Njall resultó ser uno de los dieciséis guerreros que se habían ido al sur para unirse a las tropas de Ragnall. Había perdido la mano derecha en Eads Byrig y había regresado a aquel valle perdido donde cultivaba unos raquíuticos campos. Se pasó por

la casa aquella noche; era un hombre de carácter agrio, barba pelirroja, un muñón vendado y una esposa tan escuálida como avinagrada. Dando buena cuenta de tres cerdos degollados y dos cabritos, la mayoría de los míos cenaban en el más grande de los dos graneros, pero Lifa, que, en ausencia de su marido, hacía las veces de ama del caserío, insistió en que algunos fuésemos a cenar con ella, donde nos agasajó con carne de vaca, cebada, pan y cerveza.

—Tenemos un arpista —me contó—, pero se fue al sur con mi marido.

—De donde no volverá —concluyó Njall.

—Lo mataron —me aclaró Lifa—. Si se dedican a matar a los arpistas, ¿a qué clase de enemigos nos enfrentamos?

—Yo estaba presente —dijo Njall con voz melancólica—; vi cómo una lanza le traspasaba la espalda.

—Contadnos lo que visteis, Njall —ordenó nuestra anfitriona, muy en su papel—. Contadles a estos hombres la clase de enemigo con que van a enfrentarse.

—Uhtred —gruñó Njall.

—He oído hablar de él —dije.

Njall me dirigió una mirada cargada de resentimiento.

—Pero no os habéis enfrentado con él —replicó.

—No os falta razón —repuse, sirviéndole más cerveza—. ¿Qué pasó?

—Tiene de su parte a una bruja que le echa una mano —dijo Njall, tocando el martillo que llevaba colgado al cuello—, una hechicera.

—No tenía ni idea.

—La bruja de Mercia. Más conocida como Etefleda.

—¿Así que Etefleda es bruja? —se interesó Finan.

—¿Cómo, si no, podría estar al frente de los destinos de Mercia? —se preguntó Njall con voz rencorosa—. ¿Cómo creéis que pueda gobernar una mujer si no es recurriendo a la brujería?

—¿Qué fue lo que pasó? —le preguntó Finan.

Tras hacernos de rogar, conseguimos que nos lo contara. Aunque no fuera capaz de recordar el nombre de la ciudad y solo se acordara de las murallas de piedra que la rodeaban, algo que daba por sentado que solo podía ser obra de aquellos espíritus que estaban a las órdenes de Etefleda, según él, Ragnall nos tenía cercados en Ceaster.

—Con todo y aun teniéndolos cercados en aquella ciudad —continuó—, el *jarl* Ragnall dijo que prefería dejarlos allí encerrados, mientras él se dedicaba a apoderarse del resto de Mercia. Pero la bruja nos envió una tormenta y, a lomos del viento, Uhtred se presentó de buena mañana.

—¿A lomos del viento?

—Llegó con la tormenta. Una horda de hombres lo acompañaba, pero él era quien iba al frente, blandiendo una espada de fuego y un escudo de hielo. Llegó con el trueno.

—¿Y el *jarl* Ragnall?

Njall se encogió de hombros.

—Sigue con vida. Dispone de un ejército, pero también Uhtred.

Poco más sabía, porque, tras haber sido hecho prisionero en Eads Byrig, era uno de los hombres a los que habíamos dejado en libertad tras haberles cercenado una mano. Andando, había vuelto a casa, nos dijo, pero también nos puso al tanto de algo más.

—El *jarl* bien podría estar muerto a mi entender, pero su idea era la de saquear Mercia hasta que su propia bruja obrase sus conjuros.

—¿Su propia bruja? —me interesé.

Se llevó la mano al martillo de nuevo.

—¿Cómo se puede hacer frente a una hechicera? Con otra, claro está. ¡Y el *jarl* ha dado con una de las poderosas! Una vieja bruja, ¡ella es quien procura los muertos!

Me lo quedé mirando fijamente.

—¿Que procura los muertos?

—Fui al norte con ella —dijo, apretando el martillo de nuevo— y, por el camino, me lo contó todo.

—¿Qué os contó? —le preguntó Sigtryggr.

—Los cristianos veneran a los muertos —dijo Njall—. En sus iglesias nunca falta el ídolo de un hombre muerto y conservan restos de personas ya muertas en urnas de plata.

—Las he visto —comenté.

—Reliquias —apuntó Finan.

—Y hablan con esos restos de personas ya muertas —continuó—, y esos muertos hablan con su dios —al tiempo que echaba un vistazo alrededor de la mesa, receloso de que ninguno fuéramos a creerlo que nos estaba contando—. ¡Así lo hacen! —insistió—. ¡Así es como hablan con su dios!

—Me cuadra —comentó Sigtryggr con cautela, lanzándome una mirada.

Asentí.

—No es tarea fácil que los vivos puedan hablar con los dioses —dejé caer.

—No para los cristianos —repuso Njall—. ¡Por eso siempre salen victoriosos! ¡Por eso su bruja es tan poderosa! Porque su dios escucha lo que le dicen los muertos.

Finan, el único cristiano que estaba sentado a aquella mesa, esbozó una sonrisa preñada de ironía.

—¿No será que los cristianos se alzan con la victoria porque cuentan con Uhtred?

—¿Y por qué tienen a Uhtred de su lado? —volvió a la carga Njall—. Los hombres dicen que venera a nuestros dioses; sin embargo, siempre se pone de parte del dios de los cristianos. ¡Esa bruja le ha lanzado un conjuro!

—No os falta razón —comentó Finan, tan seguro de lo que decía que a punto estuve de darle una patada por debajo de la mesa.

—Debe de ser un dios solitario —dijo Lifa, nuestra anfitriona, quedándose

pensativa—. Nuestros dioses tienen compañía. Juntos se corren buenas juergas, pelean juntos, pero ese dios no tiene a nadie.

—Por eso escucha a los muertos —dijo Sigtryggr.

—Pero solo a los muertos cristianos —remachó Njall.

—¿Y qué puede hacer la bruja del *jarl* Ragnall —casi se me escapó el nombre de Brida, pero me contuve en el último momento para cambiar las cosas?

—Está enviando un recado a ese dios —dijo Njall.

—¿Un recado?

—Dice que está dispuesta a procurarle una multitud de muertos para que le digan que, si no acaba con los poderes de la bruja de Mercia, ella acabará con todos los cristianos de Britania.

A punto estuve de soltar una carcajada. ¡Solo Brida, pensé para mis adentros, podía estar lo bastante loca como para atreverse a amenazar a un dios! ¿Acaso quería enviar una infinidad de mensajeros? ¿Y dónde pensaba encontrarlos? Tenían que ser cristianos o, de lo contrario, el dios crucificado no los escucharía, cuando lo cierto era que, en muchas partes de Northumbria, monasterios y conventos habían desaparecido pasto de las llamas, y los monjes y monjas que los ocupaban habían muerto o habían elegido el destierro. Pero había un sitio donde la iglesia todavía se mantenía, un sitio donde aún podía procurarse suficientes cristianos que, a gritos, capaces fuesen de llevar recados desafiantes al dios crucificado hasta el otro mundo.

Había ido a Eoferwic.

Y allá que nos fuimos.



Le había dicho a Sigtryggr que Eoferwic se alzaba en terreno llano, y así era, aunque en un terreno algo más elevado que el resto de la planicie donde se levantaba la ciudad. Si situada en la confluencia de dos ríos, resultaba más difícil de atacar, rodeada como estaba de murallas el doble de altas que las de Ceaster, lo hacían casi imposible. Para cuando mi padre se había puesto al frente de las tropas que se disponían a asaltarla, enormes brechas jalonaban las murallas, pero tales grietas no habían hecho sino las veces de carnada para tenderles una celada, y allí perdió la vida, entre las mandíbulas de aquella trampa. Para entonces y, aunque a la legua se veía que la nueva construcción era mucho más endeble que la antigua, tales brechas ya estaban cegadas. Colgado de las murallas, el estandarte de Ragnall, el del hacha de color rojo carmesí, que, indolente, se alzaba al cabo del alto mástil que coronaba la puerta que daba más al sur.

A pesar de que, tras dejar atrás el caserío de Lifa, habíamos robado o comprado una docena de caballos por las colinas, no éramos sino una partida de andrajosos que llegaba a pie, la mayoría descalzos, cansados y cubiertos de polvo. Habíamos perdido unos treinta hombres por el camino, pero los demás todavía llevábamos cota de

malla, armas y escudos. Al acercarnos a la ciudad, enarbolamos el estandarte de Sigtryggr, idéntico al de su hermano, y les dijimos a Orvar y los suyos que se adelantasen a lomos de los corceles. Ataviada con una túnica blanca, Stiorra, con su hija delante, montaba a horcajadas una pequeña yegua negra. Daba la sensación de que iba custodiada por Finan y por dos de los hombres del norte de Orvar, que no se separaban de ellas. Mezclados con el resto de los hombres que, tras los jinetes, se dirigían a la puerta de la ciudad, Sigtryggr y yo íbamos a pie. La alta muralla se erguía en lo alto de un terraplén.

—Aquí es donde perdió la vida vuestro abuelo —le dije a mi hijo—, y donde yo caí en manos de los daneses —al tiempo que le señalaba una de las descoloridas franjas de la nueva construcción—. Ahí fue donde vuestro abuelo inició el ataque. ¡Pensé que nos alzaríamos con la victoria! Ahí mismo había una brecha en la muralla y, al asalto, se lanzó terraplén arriba y entró en la ciudad.

—¿Y qué pasó?

—Que habían levantado una nueva muralla detrás. Les habían tendido una celada; en cuanto los nuestros se adentraron en la ciudad, los defensores atacaron y acabaron con todos.

Dirigió la mirada a lo alto y reparó en las cruces que remataban las torres de la iglesia.

—Si la ciudad lleva tanto tiempo en manos de los daneses, ¿cómo es posible que aún haya cristianos por aquí?

—Algunos de los daneses se convirtieron —repuse—. Vuestro tío, por ejemplo.

—¿Mi tío?

—El hermano de vuestra madre.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Él era quien mandaba en la ciudad. La mayoría de sus pobladores eran sajones, sajones cristianos. Como quería tenerlos de su lado llegado el momento, cambió de religión. No creo que fuera un buen cristiano, pero, en aquel momento, le venía bien.

—Hay un montón de daneses cristianos por aquí —terció Sigtryggr, abatido—. Se casan con muchachas sajonas y se convierten.

—¿Por qué? —volvió a preguntar mi hijo.

—Paz y tranquilidad —comentó Sigtryggr—. Un buen par de tetas bastan para dar a entender a muchos hombres que más les vale cambiar de religión.

—Misioneros —apuntó Finan muy contento—. ¡Ardo en deseos de ver a vuestros misioneros!

Aunque nuestros jinetes, aquellos que iban delante, aún se encontraban a unos doscientos pasos, la puerta de la ciudad se abrió. Al ver que portaban el enorme estandarte de Sigtryggr, los centinelas bajaron la guardia y, al galope, dos jinetes salieron a nuestro encuentro. Al verlos, Orvar, dando a entender que era quien iba al mando de nuestro pequeño ejército, alzó la mano para que hiciéramos un alto. Yo me

adelanté un poco para oír lo que hablaban.

—¡Orvar! —le dijo a modo de saludo uno de los jinetes que, sin duda, lo había reconocido.

—¡Traigo a la muchacha que quería el *jarl*! —dijo Orvar, señalando a Stiorra con el pulgar, mientras ella, muy erguida, seguía encaramada en la silla de montar, abrazando con gesto protector a Gisela.

—¡Por fin! —dijo uno de los jinetes, abriéndose paso entre los hombres de Orvar para echar un vistazo a Stiorra—. ¿Qué fue de su marido?

—Haciendo de pasto para los peces allá en Irlanda.

—¿Muerto?

—Descuartizado —dijo Orvar.

—Y dejando atrás una preciosa viuda —comentó el hombre, riendo entre dientes, mientras alargaba una mano enguantada para obligar a Stiorra a levantar la barbilla. A mi lado, Sigtryggr no pudo por menos que soltar un bufido; le puse una mano en el brazo a modo de advertencia. Le había dicho que se abrochase las baberas del yelmo para que nadie le viera la cara. Ataviado con una vieja cota de malla, sin brazaletes en los brazos ni aderezo alguno de oro, pasaba por ser uno más de los que llegábamos. Dirigiendo a mi hija una sonrisa poco decorosa, el jinete que había salido de la ciudad, comentó—: ¡Menuda preciosidad! Cuando el *jarl* haya acabado contigo, querida, te daré un revolcón que nunca olvidarás.

Stiorra le escupió en la cara. Al instante, el hombre alzó la mano dispuesto a propinarle un bofetón, pero Finan, que montaba uno de los pocos caballos que teníamos, le sujetó la muñeca.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó, de forma cordial.

—Brynkætil —contestó el hombre, molesto.

—Tocadle un pelo, Brynkætil —añadió Finan, todo afabilidad—, y yo mismo me encargaré de que se zampe vuestras pelotas —al tiempo que esbozaba una sonrisa—; fritas, por cierto, para que mejor le aprovechen.

—¡Basta! —gritó Orvar, espoleando su montura e interponiéndose entre los dos—. ¿Anda por aquí el *jarl*?

—El *jarl* se dedica a saquear Mercia —repuso Brynkætil, todavía encendido—, pero la vieja puta sí está aquí —de pasada, nos dirigió a todos una mirada; al parecer, no le causamos honda impresión.

—¿La vieja puta? —se interesó Orvar.

—Se hace llamar Brida de Dunholm —rezongó—. Pronto tendréis ocasión de presentarle vuestros respetos. Seguidme —al tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Y así fue cómo, al cabo de tantos años, volví a Eoferwic. Había conocido la ciudad de niño y, de joven, muchas veces la había frecuentado, pero el destino me había llevado a Wessex, y Eoferwic, tan al norte, me quedaba a desmano. Si hay que medir una ciudad por su tamaño y su riqueza, modestos en comparación con

Lundene, más grande, más próspera y más sucia con cada año que pasaba, Eoferwic era la segunda ciudad más importante de Britania. Aun así, y gracias a las feraces haciendas que la rodeaban y a los barcos que remontaban ambos ríos hasta un puente que los obligaba a dar media vuelta, un puente romano, claro está, pues romanos eran quienes habían levantado la ciudad, incluidas las imponentes murallas que la rodeaban, Eoferwic no le iba a la zaga en cuanto a prosperidad.

Eché a andar por el pasadizo que discurría bajo la puerta, ¡y fui a dar a una calle bordeada de casas a las que se accedía por unas escaleras! También en Lundene había casas así, algo que nunca deja de sorprenderme. ¡Casas en las que una planta se alza sobre otra! Y me acordé de que Ragnar también vivía en una casa así, solo que contaba con dos de aquellas escaleras, y que su hijo, Rorik, y yo solíamos corretear por ellas, subiendo por una y bajando por la otra, sin dejar de gritar y proferir alaridos con gran alboroto, seguidos por una jauría de perros ladrones, en una alocada persecución que solo concluía cuando Ragnar nos acorralaba, nos propinaba un buen pescozón detrás de las orejas y nos decía que nos fuéramos con la murga a otra parte.

En la mayoría de las casas, había tiendas a pie de calle y, mientras seguíamos a Orvar y sus jinetes, reparé en que estaban bien abastecidas: objetos de cuero, loza, telas, incluso una orfebrería custodiada por dos guerreros con cotas de malla. Pero, al igual que había de todo, no dejaba de extrañarme lo desiertas que estaban las calles. Una ominosa calma reinaba en la ciudad. Al vernos, un mendigo corrió a esconderse en un callejón; una mujer se nos quedó mirando desde una de las plantas superiores y cerró las contraventanas. Atrás dejamos dos iglesias con las puertas cerradas a cal y canto, lo que me dio a entender lo atemorizados que estaban los cristianos de la ciudad, algo que no era de extrañar si era Brida quien estaba al frente de la misma: ella, que tanto odiaba a los cristianos, había ido a recalar a una de las dos únicas plazas de Britania donde había arzobispo. La otra era Contwaraburg. Para los cristianos, un arzobispo es una dignidad importante, porque sabe más de esa brujería que los curas de a pie, incluso más que los obispos; por eso, goza de mayor rango. A lo largo de los años, ocasión había tenido de conocer a unos cuantos, todos igual de taimados, falsos y vengativos, y creo que no falto a la verdad si digo que no me fiaría de ninguno de ellos ni para ponerlo al frente de un puesto de zanahorias. Como era de esperar, Etelfleda los consideraba más santos que nadie: si Plegmund, el arzobispo de Contwaraburg, se tiraba un pedo, ella respondía amén.

Finan debía de ir pensando lo mismo que yo, porque se dio media vuelta en la silla de montar y le preguntó a Brynkætil:

—¿Qué fue del arzobispo que había aquí?

—¿Aquel viejo? —repuso el otro riendo—. Lo quemamos vivo. ¡Nunca creí que nadie pudiera proferir semejantes alaridos!

El palacio que se alzaba en el centro de Eoferwic debía de haber sido la residencia del gobernador romano que estaba al mando de aquellas tierras del norte. Los años no habían pasado en balde por el edificio, pero ¿acaso quedaba alguna de las imponentes

construcciones que nos legaran los romanos que no estuviera en ruinas? Más tarde, se utilizó como palacio de los reyes de Northumbria, y aún me acordaba de cómo, en la estancia principal, unos daneses borrachos acabaron con el rey Osbert, el último sajón que había estado al frente de aquel territorio sin contar con su apoyo. Le abrieron la barriga y le sacaron las tripas. Aún vivo, le echaron los perros para que se las comiesen, pero, tras haberlas catado, el gusto los ahuyentó. «Tuvo que ser por algo que hubiera comido —me comentó Ravn el ciego cuando se lo conté—, o que a nuestros perros no les hace gracia el regusto que dejan los sajones». Así, entre lágrimas y alaridos, había muerto el rey Osbert.

Había una explanada delante del palacio. De niño, y aunque nunca llegué a entender el porqué, allí se alzaban seis imponentes columnas romanas; cuando dejamos atrás la lóbrega oscuridad de la calle, reparé en que cuatro de ellas aún seguían en pie, como otras tantas y descomunales piedras miliare que delimitaran el amplio espacio abierto. Oí cómo a mi hijo se le escapaba un grito entrecortado.

Un grito que no se debía a las altas e historiadas columnas, ni a la fachada de piedra arenisca del palacio con sus estatuas romanas, ni siquiera a las dimensiones de la iglesia que se alzaba a uno de los lados de la explanada. Lo que le había sobresaltado era, más bien, aquello que ocupaba la enorme plaza. Cruces. Y en cada cruz, un cuerpo desnudo.

—Cristianos —nos dijo Brynkætil, sin más explicaciones.

—¿Es Brida quien manda aquí? —le pregunté.

—¿Quién quiere saberlo?

—Alguien que bien merece una respuesta por vuestra parte —rezongó Orvar.

—Gobierna en nombre de Ragnall —repuso Brynkætil, de mal talante.

—Será un placer conocerla —dije, y dio un respingo—. ¿Es guapa? —me interesé.

—Depende de lo desesperado que estéis —repuso; al parecer, le había hecho gracia la pregunta—. Es vieja, reseca y tan retorcida como un gato montés —al tiempo que se me quedaba mirando—. Lo ideal para un viejo como vos. Más vale que le diga que vais a presentaros ante ella para que os reciba como merecéis —espoleó su caballo y entró en el palacio.

—¡Jesús! —dijo Finan, santiguándose, sin apartar los ojos de las crucifixiones. Había treinta y cuatro cruces de las que pendían treinta y cuatro cuerpos desnudos de hombres y mujeres. Con las muñecas cubiertas de sangre negra y reseca, algunos tenían las manos atadas, y caí en la cuenta de que Brida, porque no podía ser otra, había tratado de clavarles las manos a los brazos de las cruces, manos de las que, aun incapaces de soportar semejante peso, colgaban aquellos cuerpos desplomados. Para entonces, y aunque clavados de pies y manos, los treinta y cuatro seguían atados a las cruces con correas de cuero. Uno de ellos, una joven que, a duras penas seguía con vida, se agitaba y gemía. ¿Era así cómo Brida pensaba enviar un recado al dios de los cristianos? Qué locura, pensé para mis adentros. Solitario y vengativo como era,

podía entender el disgusto que le producía el dios de los cristianos, pero nunca me habría mofado de su poder, porque ¿qué hombre, o qué mujer, se atrevería a escupir a un dios a la cara? Me adelanté hasta ponerme a la altura de la yegua de Stiorra.

—¿Estáis preparada para la que se nos viene encima?

—Sí, padre.

—No me separaré de vos —le dije—, igual que Sigtryggr.

—¡Procurad que nos os reconozcan! —me suplicó.

Llevaba un yelmo como el de Sigtryggr, y me abroché las baberas para que no se me viera la cara. Al igual que él, me había despojado de todo aderezo. A ojos de cualquiera, los dos éramos dos guerreros de a pie, guerreros del montón en un muro de escudos, de esos que nunca se harán ricos con la parte del botín que les corresponda. Orvar era quien mejor vestido iba de todos nosotros y, en aquel momento, simulaba ser quien estaba al mando.

—¡Nada de armas en el recinto! —gritó un hombre cuando nos acercábamos al palacio—. ¡Nada de armas!

Tal era la costumbre. Menos los *huscarles*, aquellos que formaban parte de su guardia personal, ningún señor permitía que nadie portase armas en su lugar de residencia, así que, de forma ostentosa y con gran estruendo, arrojamos las lanzas y las espadas que llevábamos a un montón que quedaría al cuidado de nuestros propios guerreros. Me desprendí, pues, de *Hálito-de-serpiente*, pero no por eso me quedé desarmado por completo. Llevaba una amplia capa de color pardo, lo bastante larga como para ocultar mi machete, *Aguijón-de-avispa*.

Todos los guerreros que forman parte de un muro de escudos van provistos de dos espadas. Una larga, aquella que, conocida por un noble nombre, guardamos como un tesoro, y reposa en una vaina con adornos de plata o de oro. En mi caso, *Hálito-de-serpiente*, hasta el día en que esto escribo, jamás me he separado de esa espada. Gracias a su empuñadura, ella será la que me ayude a llegar al Valhalla el día que la muerte me salga al encuentro. Pero también llevamos otra, un machete, de hoja corta y robusta, menos flexible que la espada larga y menos historiada, un arma imprescindible en un muro de escudos, cuando capaces somos de distinguir los piojos de la barba de nuestro adversario y, en las narices, recibimos su aliento hediondo. Un hombre hiere de verdad con el machete. Lo introduce entre los escudos y se lo clava al contrario en las tripas. La hoja de *Hálito-de-serpiente* era de largo alcance, pero demasiado larga para un muro de escudos. Para esa suerte de abrazo mortal que es un muro de escudos, un hombre ha de disponer de un arma más corta, capaz de penetrar en esa aglomeración de hombres sudorosos que tratan de matarse entre sí. *Aguijón-de-avispa* era una de esas; su robusta hoja, no más larga que del codo a la punta de los dedos, resultaba letal en el reducido espacio en que nos movemos a la hora de pelear en un muro de escudos.

Sin sacarla de la vaina, me la guardé en la espalda bajo la capa, porque, una vez dentro del recinto, quién sabe si no tendría que echar mano de ella.

Dado que, una vez en el interior del palacio, podrían ser reconocidos por alguno de los hombres de Ragnall que anduviese por allí, hombres que, por otra parte, ni se fijarían en los que íbamos en último lugar, dejamos que Orvar y los hombres de sus tripulaciones se nos adelantasen, en tanto que Sigtryggr y yo, con las baberas del yelmo abrochadas, nos quedábamos atrás con el resto de los hombres. Dejé a Sihtric con seis de los míos al cuidado de las armas.

—¿Tenéis claro cuál es vuestro cometido? —le musité.

—Lo tengo, mi señor —repuso en un susurro.

—Llevadlo a cabo, pues —le dije y, cuando el último de los hombres de Orvar hubo entrado en el edificio, Sigtryggr y yo fuimos tras ellos.

Aunque gran parte de su esplendor se había echado a perder por culpa del agua que se filtraba por los muros y había acabado por derribar la mayoría de los lienzos de mármol que, en su día, revistieran las finas paredes de ladrillo rojo, me acordaba perfectamente de aquella estancia, más espaciosa y refinada que aquella que, en Ceaster, se utilizaba en tales ocasiones. Aunque había partes en que el agua se había llevado el enlucido, aún quedaban algunos retazos de pinturas al fresco en los que se distinguía a hombres y mujeres ataviados con ropas que se asemejaban a sudarios. Unas gigantescas columnas hacían las veces de soporte del alto techo. Unos gorriones revoloteaban entre las vigas; de vez en cuando, alguno se escapaba por los boquetes que se habían abierto en la cubierta de tejas. Algunos los habían cubierto con cañizo, pero la mayoría seguían al raso y, por ellos, se colaba la luz del sol. Nada quedaba en el piso de aquellas minúsculas teselas, ninguna de mayor tamaño que una uña, que lo revestían con escenas de dioses romanos; en su lugar, solo monótonas losas grises recubiertas de juncos secos. Al otro extremo de la estancia, un estrado de madera de unos tres pies de alto, al que se accedía por unos escalones; en lo alto del estrado, unos guerreros flanqueaban un trono revestido de pañería negra. Debían de ser hombres de la guardia personal de Brida, puesto que llevaban armas, lanzas de larga asta y hoja ancha. Ocho eran los guardias que había en lo alto del estrado, y muchos más en los sombríos laterales de la estancia. El trono estaba vacío.

La cortesía imponía que se nos dispensase una bienvenida con cerveza y con jofainas de agua para lavarnos las manos; éramos tantos, sin embargo, que pocas esperanzas albergaba de que fuéramos a recibir semejante trato. Aun así, algún intendente debería de haberse acercado a nuestros mandos y darles la bienvenida. En vez de eso, por una puerta que daba al estrado y todo vestido de negro, apareció un hombre enjuto, de cabellos negros aceitados, estirados y recogidos en la nuca, gesto altanero y una barba corta perfilada con esmero, que, con un bastón, aporreó el suelo de madera.

—¡La Dama de Dunholm no tardará en llegar! ¡Esperad! —anunció cuando se hizo el silencio en la estancia.

Orvar dio un paso adelante.

—Mis hombres necesitan algo que llevarse a la boca y un lugar donde quedarse.

El hombre enjuto se quedó mirando fijamente a Orvar.

—¿Sois, por casualidad, ese al que llaman Orvar? —preguntó al cabo de un buen rato.

—Soy Orvar Freyrson, y mis hombres...

—Ya lo sé, necesitan algo que llevarse a la boca, como bien habéis dicho —mientras, con cara de disgusto, nos echaba una ojeada—. Cuando salga la Dama de Dunholm, ¡os pondréis de rodillas! —al tiempo que se estremecía—. ¡Hay que ver cuántos sois y qué mal oléis! —y se fue por donde había venido, mientras los guardias que estaban en el estrado intercambiaban unas sonrisas.

Entraron más en la estancia, algunos por la parte de atrás, que llegaban empujando; otros entraron por las puertas que había en los muros laterales. Al final, debimos de congregarnos unos cuatrocientos hombres bajo aquel alto techo. Sigtryggr me miraba como si no entendiese nada; yo me limité a encogerme de hombros. No sabía qué estaba pasando; solo que Brynkætil debía de haber anunciado nuestra llegada y que Brida estaba a punto de aparecer. Avancé con cautela entre los hombres que estaban en primera fila y me abrí paso hasta Stiorra, quien, de pie junto a Orvar, no soltaba a su hija de la mano.

En el instante en que me llegué a su lado, redobló un tambor.

Un redoble, grave, inesperado; los recién llegados, aquellos que habían entrado en la estancia después que nosotros y que sabían lo que tenían que hacer, se pusieron de rodillas.

Otro redoble de tambor. Lentamente, un redoble tras otro. Ominosos, cadenciosos, despiadados, como un aciago latido.

Nos arrodillamos.

CAPÍTULO XII

Solo los guardias permanecieron en pie.

Mientras, no dejaba de oírse el tambor. Debían de aporrearlo en una estancia contigua al recinto donde nos encontrábamos, porque, tal y como sonaba, di por sentado que se trataba de una de esas enormes cubetas revestidas de piel de cabrito, tan pesadas que, para llevarlas al campo de batalla, había que echar mano de carretas, razón por la que, solo en contadas ocasiones, llegaban a oírse, si bien, cuando eso pasaba, el grave y angustioso retumbo que difundían bastaba para meter el miedo en el cuerpo al enemigo. Aquel tambor seguía una cadencia lenta: había que esperar a que se apagara cada uno de aquellos aciagos redobles antes de escuchar el siguiente; tan lenta llegó a antojárseme que más de una vez me dio por pensar que ya habían dejado de tocarlo, cuando, de repente, retumbaba de nuevo y, confiando en que Brida apareciese, todos volvíamos la vista al estrado.

Por fin dejaron de oírse tales redobles; un estremecedor silencio se abatió sobre la sala. Nadie decía nada. Todos de rodillas, casi se mascaba el terror que allí imperaba. Nadie se movía siquiera; tan solo esperábamos.

Al cabo, se oyó el chirrido amortiguado de un gozne mal engrasado. Se abrió la puerta que daba al estrado y, confiando en ver a Brida, alcé los ojos; en su lugar, ataviadas con unas túnicas negras de largos faldones que arrastraban por la tarima, aparecieron dos niñas pequeñas, de unos cinco o seis años, luciendo unos cabellos negros que les llegaban a la cintura. Podrían haber sido gemelas, quizá lo fueran, el caso es que, al verlas, Stiorra profirió un grito entrecortado.

Porque a las dos niñas les habían sacado los ojos. Tardé un poco en darme cuenta de que tan solo dos cavidades vacías y ya cicatrizadas, dos orificios rugosos, marcas de un siniestro horror en aquellos rostros otrora hermosos, ocupaban su lugar. Las dos niñas echaron a andar por el estrado hasta que, sin saber por dónde seguir, parecieron dudar. A sus espaldas, el hombre enjuto las azuzaba con un bastón negro indicándoles por dónde ir. Condujo a cada niña a un lado del trono y, sin dejar de lanzarnos miradas aviesas y desdeñosas, de pie, se colocó detrás de ellas.

Luego, llegó Brida.

Arrastrando los pies, mascullando algo entre jadeos, presurosa, como si llegara tarde a algún sitio, apareció envuelta en una amplia capa negra que se ceñía al cuello con un broche de oro. Se detuvo junto al trono revestido de paño negro y dirigió unas cuantas miradas a aquel recinto donde todos permanecíamos arrodillados. Parecía molesta, como si nuestra presencia le resultara inoportuna.

Me la quedé mirando por debajo del borde del yelmo y, en aquella vieja decrepita,

no advertí rasgo alguno que me recordase a la muchacha que antaño había amado. En cierta ocasión, me había salvado la vida; juntos habíamos intrigado y reído, a mi lado estaba cuando murió Ragnar. Si por entonces me había parecido hermosa, encantadora y llena de vida, aquella belleza se había trocado en rencor, aquel amor en odio. Mientras nos observaba, percibí que un estremecimiento de pavor recorría la sala. Vista al frente, procurando no mirarla, los guardias se mantenían en posición de firmes. Temiendo que me reconociera a pesar de llevar abrochadas las baberas del yelmo, me agaché.

Cuando se acomodó en el trono, se me antojó una enana de rostro inicuo, ojos centelleantes y ralos cabellos blancos. El hombre enjuto le acercó un escabel y, al hacerlo, el chirrido de las patas de madera de aquel mueble retumbó en toda la estancia. Apoyó los pies en el escabel y se colocó una escarcela en el regazo. Las dos niñas a las que habían privado de ojos no se movieron. El hombre enjuto se inclinó y le susurró algo al oído, mientras Brida asentía con impaciencia.

—Onarr Gormson —llamó con voz ronca—, ¿anda por aquí Onarr Gormson?

—Aquí me tenéis, señora —contestó un hombre desde el centro de la sala.

—Acercaos, Onarr Gormson —dijo.

El hombre se puso en pie y echó a andar hacia el estrado. Subió los escalones y se postró de rodillas ante Brida. Era un hombretón de rostro brutalmente estragado y todo pintarrajeado de cuervos. Aunque se lo veía nervioso a la hora inclinar la cabeza ante Brida, daba la impresión de ser un guerrero de esos que habían hecho fortuna peleando en muros de escudos.

De nuevo, el hombre enjuto le dijo algo al oído; Brida asentía.

—Ayer, Onarr Gormson capturó veintinueve cristianos —anunció—, ¡veintinueve nada menos! ¿Dónde disteis con ellos, Onarr?

—En un convento, por la parte de las colinas del norte, mi señora.

—¿Se ocultaban? —preguntó, emitiendo un graznido tan desagradable como el de un cuervo.

—Así es, mi señora.

—Así se hace, Onarr Gormson Habéis servido a los dioses y ellos os lo recompensarán, al igual que yo —rebuscó en la escarcela y sacó una bolsa repleta de monedas que tendió al hombre que se arrodillaba ante ella—. Vamos a dejar limpio este territorio —añadió—, ¡hasta que lo libremos de ese falso dios! —Ya se disponía a despedir a Onarr cuando, de repente, lo obligó a detenerse, alzando una mano que más parecía una garra—. ¿Un convento, decís?

—Así es, mi señora.

—¿Todas, pues, son mujeres?

—Todas, mi señora —contestó; reparé en que ni una vez se había atrevido a alzar la cara para mirar a Brida a los ojos, sino que no apartaba la vista de sus diminutos pies.

—Si vuestros hombres quieren quedarse con las jóvenes —continuó—, vuestras

son. Todas las demás morirán —al tiempo que lo despedía de nuevo—. ¿Anda por aquí Skopti Alsvartson?

—¡Aquí, mi señora! —contestó otro hombre; también él había dado con unos cristianos, tres curas que había conducido a Eoferwic. Arrodillado ante Brida, sin alzar tampoco los ojos para mirarla, recibió la correspondiente bolsa. Todo parecía indicar que aquella asamblea era algo a lo que estaban más que acostumbrados, la ocasión para que Brida recompensase a los hombres que cumplían sus órdenes y, de paso, alentar a aquellos que se mostraban más remisos.

Una de las niñas profirió un gritito y emitió una suerte de maullido conmovedor. Pensé que tal interrupción sacaría a Brida de sus casillas; sin embargo, se inclinó hacia la pequeña, que le musitó algo al oído. Enderezándose, Brida esbozó una mueca que pretendía pasar por una sonrisa.

—¡Los dioses han hablado —proclamó— y nos comunican que el *jarl* Ragnall ha quemado otras tres ciudades de Mercia!

Entonces, la otra niña también le susurró algo, que Brida escuchó con atención.

—Ha hecho un montón de cautivos —como si repitiera lo que la niña acababa de decirle—, y se dispone a enviarnos los tesoros de diez iglesias para que los pongamos a buen recaudo aquí en el norte.

Un murmullo de admiración recorrió la sala. Yo estaba confundido. ¿Qué ciudades? Todas las ciudades importantes de Mercia eran auténticas fortalezas y no acababa de creermelo que tres de esas ciudades hubieran caído en manos de Ragnall.

—¡La infame Eteflæda continúa agazapada en Ceaster —continuó—, bajo la protección de ese traidor de Uhtred!

Casi se me escapó una sonrisa al oír que mencionaba mi nombre. De modo que, simulando que eran cosas que le decían las dos niñas privadas de ojos, todo aquello eran invenciones suyas.

—Ese hombre que se hace llamar a sí mismo rey de Wessex se ha retirado a Lundene —añadió—; pronto el *jarl* Ragnall le arrebatará la ciudad. ¡Muy pronto, toda Britania caerá en nuestras manos!

El hombre enjuto festejó tamaña pretensión aporreando la tarima con el bastón. Los hombres allí reunidos, acostumbrados a semejante ritual, la celebraron dando patadas contra el suelo. Componiendo otra mueca, Brida sonrió o, cuando menos, dejó al descubierto unos dientes amarillentos.

—¡Y tengo entendido que Orvar Freyrson ha vuelto de Irlanda!

—Así es —dijo Orvar; se notaba que estaba nervioso.

—Acercaos, Orvar Freyrson —le ordenó Brida. Orvar se puso en pie y se acercó al estrado. Bolsas en mano, los dos hombres que le habían precedido ya habían vuelto a perderse entre la multitud, y solo Orvar se puso de rodillas ante aquel trono revestido de pañería negra y su desalmada ocupante.

—¿Traéis con vos a esa irlandesa? —le preguntó Brida, que ya sabía la respuesta, pues no dejaba de mirar a Stiorra.

—Así es, señora —dijo Orvar en un susurro.

—¿Y su marido?

—Muerto, señora.

—¿Muerto?

—Cayó bajo nuestras espadas, señora.

—¿Me habéis traído su cabeza? —se interesó Brida.

—No, señora. No se me ocurrió.

—Una pena —dijo, sin dejar de mirar a Stiorra—. Pero habéis hecho un buen trabajo, Orvar Freyrson. Nos habéis traído a Stiorra Uhtredsdottir y a su cría. Habéis cumplido la orden que os dio el *jarl*: vuestro nombre resonará en el Asgard, ¡y gozaréis del afecto de los dioses! ¡Contaréis con sus bendiciones! —al tiempo que le entregaba una bolsa, mucho más pesada que las dos anteriores; luego, se quedó mirando al conjunto de la sala. Por un momento, pensé que sus viejos ojos habían ido a clavarse en los míos y sentí un escalofrío de miedo, pero no tardó en desviar la mirada a otra parte—. ¡Habéis traído hombres, Orvar! —dejó caer—. ¡Demasiados, a mi entender!

—Cinco tripulaciones —musitó. Al igual que los que se habían arrodillado antes que él, no apartaba la vista del escabel.

—Os uniréis a las tropas del *jarl* Ragnall —le ordenó Brida—. Partiréis mañana y os sumaréis a las operaciones de conquista que lleva a cabo. ¡Podéis regresar a vuestro sitio! —al tiempo que lo despedía con un gesto. Se lo veía aliviado al bajar del estrado. Volvió al suelo de piedra y se puso de rodillas junto a Stiorra.

—¡Fritjof! —dijo Frida, volviéndose en el trono. El hombre enjuto acudió con premura al requerimiento de su ama y le presentó un brazo para ayudarla a bajar—. Llevadme junto a la muchacha —ordenó.

Mientras, arrastrando los pies, bajaba del estrado y echaba a andar por las losas cubiertas de junco, en el recinto no se oía ni una mosca. Sonriente, Fritjof le prestaba el brazo, hasta que, al verse a cinco pasos de Stiorra, se desprendió de él.

—Poneos en pie, muchacha —ordenó. Stiorra obedeció—. Vuestra cría también —bramó Brida; Stiorra obligó a Gisela a ponerse en pie—. Iréis al sur con Orvar —le dijo—, donde iniciaréis una nueva vida como esposa del *jarl* Ragnall. Tenéis la gran suerte de que os haya elegido, porque si hubierais caído en mis manos... —calló la boca un momento y se estremeció—. ¡Fritjof!

—¿Mi señora? —musitó el hombre enjuto.

—Despojadla de esa mugrienta vestimenta y buscadle ropas adecuadas para la ocasión: ha de ir aderezada como una novia.

—Algo precioso, mi señora —contestó Fritjof, al tiempo que echaba un vistazo a Stiorra de arriba abajo—, tan hermoso como corresponde a tal dama, mi señora.

—¿Qué sabréis vos? —repuso Brida torciendo el gesto—. Buscadle algo apropiado para una reina de toda Britania —pronunciando con asco las últimas cuatro palabras—. Algo que esté a la altura del *Jarl*. Porque si no complacéis al *Jarl* —

continuó dirigiéndose a Stiorra de nuevo—, acabaréis por caer en mis manos, muchacha, ¿os hacéis cargo?

—No —contestó Stiorra, no porque así fuera, sino porque buscaba cómo importunar a Brida. Y vaya si lo consiguió.

—¡Todavía no sois reina! —graznó Brida—. ¡Todavía no, muchacha! Porque si el *jarl* Ragnall llega a cansarse de vos, dad por hecho que más habríais anhelado ser esclava en el más inmundo burdel de toda Britania —se estremeció—. ¡Pero todo se andará, jovencita, todo se andará! Sois hija de quien sois, y pronto habrá de salir a relucir la infecta sangre de vuestro padre —parlanchina, de repente—. Id a vuestro reino, muchacha, pero sabed que acabaréis por ser una de mis esclavas, y ese día lamentaréis el día en que vuestra madre se abrió de piernas. Entregadme a vuestra hija.

Stiorra no se movió. Tan solo apretó con más fuerza la mano de Gisela. No se oía ni una mosca en la sala. Me dio la sensación de que todo el mundo contenía la respiración.

—¡Entregadme a vuestra hija! —siseó Brida lentamente, haciendo hincapié en todas y cada una de esas palabras.

—No —repuso Stiorra.

Despacio, con cautela, fui moviendo la vaina de *Aguijón-de-avispa*, de forma que la empuñadura me quedase al alcance de la mano derecha. En cuanto la palpé, me quedé quieto de nuevo.

—Vuestra hija es afortunada —dijo Brida con voz melosa, como si pretendiera ganarse a mi hija y obligarla a obedecer—. ¡Vuestro nuevo marido no quiere saber nada de ella! ¡Y no podéis quedárosla! Yo, en cambio, le abriré las puertas a una vida nueva, una Vida de sabiduría. ¡Haré de ella una hechicera! ¡Recibirá el poder de los dioses! —tendiéndole una mano que, testaruda, Stiorra se empeñaba en no apartar de su hija—. Odín —continuó Brida— avino a perder un ojo para alcanzar la sabiduría. ¡Vuestra hija gozará de su misma sabiduría! ¡Aprenderá a predecir el futuro!

—¿Vais a privarla de la vista? —preguntó Stiorra, horrorizada.

Ocultándome a ojos de Brida tras la capa de color pardo de Stiorra, despacio, muy despacio, saqué el machete de la vaina.

—No la privaré de la vista, necia —bramó Brida—, sino que le abriré los ojos para los dioses. ¡Entregádmela!

—¡No! —dijo Stiorra. Sujeté a *Aguijón-de-avispa* por la hoja.

—Fritjof —dijo Brida—, haceos con la niña.

—¿Queréis que le saque los ojos aquí mismo? —le preguntó Fritjof.

—Hacedlo ahora, sí —dijo Brida.

Fritjof dejó el bastón en el suelo y se hizo con una lezna que guardaba en una bolsa que llevaba colgada del cinturón. Era una de esas leznas que utilizan los curtidores para perforar agujeros: un mango de madera en forma de pera del que sobresalía un punzón metálico, corto y grueso.

—Ven conmigo, pequeña —dijo, dando un paso adelante con intención de atraparla, mientras, tratando de proteger a Gisela con su cuerpo, Stiorra daba un paso atrás, momento que aproveché para tomar a la niña de la mano y poner la empuñadura de *Aguijón-de-avispa* en manos de mi hija. Fritjof, que no se había percatado del tejemaneje que nos traíamos, se inclinó con la intención de atrapar a la pequeña por detrás de Stiorra y, en ese momento, mi hija empuñó el machete y se lo clavó.

Brida no se percató de lo que pasaba hasta que Fritjof profirió un alarido. Dio un paso atrás, dejó caer la lezna sobre las losas del pavimento, se llevó la mano a la entrepierna y profirió un gemido mientras la sangre le corría por las piernas. De un empujón, envié a Gisela con la multitud y me puse en pie. A mi alrededor, hombres con machetes y cuchillos en mano. Sigtryggr trataba de abrirse paso a empellones entre la muchedumbre; a su lado, venía Sihtric, con *Hálito-de-serpiente* en las manos.

—Matamos a los dos que había fuera, mi señor —me dijo, cuando me entregó la espada.

Fritjof se fue al suelo. La puñalada que le había asestado Stiorra le había acertado de lleno en las costillas y había seguido bajando hasta rajarle la barriga y la entrepierna. En aquel momento, sin dejar de proferir lastimeros gemidos, agitaba las piernas por debajo de su larga túnica. Espada o machete en mano, todos mis hombres se pusieron en pie. A uno de los guardias no se le ocurrió nada mejor que apuntarnos con la lanza: cayó bajo una lluvia de tajos. De un empujón, obligué a Sigtryggr a dar un paso adelante.

—Subid al estrado —le dije—, ¡vuestro es el trono!

—¡No! —gritó Brida. Con aquel alboroto, había tardado en darse cuenta de lo que estaba pasando, en asimilar que un enemigo muy superior en número había invadido su espacioso salón de respeto. Tras echar un fugaz vistazo a Fritjof, se abalanzó en pos de Stiorra para ir a caer en manos de Sigtryggr, quien la empujó hacia atrás de forma tan violenta que tropezó en las losas y se fue de espaldas al suelo.

—¡Al estrado! —le grité a Sigtryggr—. ¡Olvidaos de ella!

Mis hombres, entre los que contaba a los hombres de las tripulaciones de Orvar, eran muy superiores en número. Reparé en cómo mi hijo recorría uno de los laterales de la sala y, espada en mano, segaba las lanzas de los guardias, que, una a una, iban a cayendo al suelo. Sujetándola donde había caído, Sihtric mantenía la espada a la altura del pescuezo de Brida. Se me quedó mirando sin saber qué hacer; le dije que no con la cabeza. No habría de ser él quien tuviera el honor de acabar con ella. Sigtryggr se había subido al estrado, donde las dos niñas carentes de ojos lloraban a lágrima viva. Los guardias, boquiabiertos y lanza en mano todavía, contemplaban el caos que se desarrollaba a sus pies. Sigtryggr se quedó de pie junto al trono y, de uno en uno, fue echando una mirada a los guardias, que, uno a uno también, inclinaron las lanzas. De un tirón, despojó el trono de la pañería negra que lo revestía, arrojándola tan lejos como pudo; luego, de una patada, se deshizo del escabel, y se sentó en el trono.

Extendió los brazos y se hizo cargo de las dos niñas, estrechándolas contra sus rodillas y tratando de consolarlas.

—Sujetad bien a esa puta —le dije a Sihtric, antes de subir al estrado y ponerme al lado de Sigtryggr—. Vosotros —bramé a los ocho lanceros que custodiaban el trono—, dejad las lanzas aquí y uníos a los demás —al tiempo que les señalaba el centro de la sala; de uno en uno, antes de irse, me presentaron sus respetos. Tan solo uno de los hombres de Brida intentó oponer resistencia; me imaginé que, aun en su caso, más por miedo que por lealtad se había atrevido a empuñar el arma. Brida, al igual que Ragnall, gobernaba gracias al terror que inspiraba, y los apoyos con los que contaba se habían disipado como la niebla bajo un sol esplendoroso. Me llegué a la parte delantera del estrado y grité:

—Soy Uhtred de Bebbanburg.

—¡No! —aulló Brida.

—Hacedla callar —le dije a Sihtric; esperé hasta que vi cómo, tras amenazarla con la punta de la espada, Brida dejaba de chillar. Me quedé mirando a los hombres que se habían congregado en aquel recinto, hombres a los que no había visto en mi vida, y no me pareció que mantuviesen una actitud desafiante—. Tengo el honor de presentaros a vuestro nuevo rey —les dije—, Sigtryggr Ivarson.

Se produjo un silencio. Observé el alivio que experimentaron muchos de los que hasta entonces habían apoyado a Brida, porque proclamar a Sigtryggr como rey no era lo mismo que decir que fuese a ser él quien llevase las riendas, no al menos mientras su hermano siguiese con vida. Todos los partidarios de Brida debían de estar dando vueltas a lo mismo, preguntándose a cuál de los dos hermanos iban a servir.

—Tengo el honor de presentaros a vuestro nuevo rey —dije de nuevo, esta vez en tono amenazador—, Sigtryggr Ivarson.

Mis hombres lo aclamaron; poco a poco, aun reconcomidos todavía por las dudas, los otros acabaron por aclamarlo. Sigtryggr se había despojado del yelmo y sonreía. Dejó que siguieran las aclamaciones durante un rato y alzó una mano para reclamar silencio. Cuando, por fin, todo el mundo hubo callado, le dijo algo a una de las dos niñas a las que les habían sacado los ojos; de forma tan queda se lo dijo que no llegó a oírlo. Se inclinó para escuchar la respuesta de la niña, en tanto que yo volvía la vista a aquella asamblea desasosegada.

—Hora es de prestar juramento —dije.

—¡Un momento! —dijo Sigtryggr, poniéndose en pie—. Este engendro —al tiempo que señalaba al malherido Fritjof— privó de la vista a estas pequeñas y capaz habría sido de sacarle los ojos a mi hija —se dirigió al borde del estrado y desenvainó su larga espada. Sin dejar de sonreír. Era alto, tenía buen porte, seguro de sí mismo, un hombre que parecía destinado a ser rey—. Un hombre que es capaz de sacarles los ojos a unos niños no ha de ser tenido por tal —dijo, mientras bajaba por los escalones de piedra. Se acercó a Fritjof, que, aterrorizado, alzó la vista—. ¿Gritaron mucho estas pequeñas? —le preguntó; más quejumbroso que herido de consideración, Fritjof

calló la boca—. Os he hecho una pregunta: ¿Chillaron estas dos pequeñas cuando les sacasteis los ojos?

—Sí —contestó Fritjof, casi en un susurro.

—¡Escuchad, pues, pequeñas! —gritó Sigtryggr—. ¡Escuchad con atención! Porque ha llegado la hora de que os cobréis vuestra venganza —al tiempo que colocaba la punta de la espada sobre la cara de Fritjof, que, muerto de miedo, empezó a gritar.

Sigtryggr se detuvo un momento mientras el eco de aquellos gritos retumbaba por la estancia; luego, hasta por tres veces hundió la espada. Una vez en cada ojo; la última en el pescuezo. Diluida en sus propios orines, la sangre de Fritjof empapó las losas del suelo. Sigtryggr no se apartó de su lado hasta que exhaló su último aliento.

—Más rápido de lo que se merecía —comentó de mal talante. Se inclinó y limpió la punta de la espada con la capa de Fritjof; luego, la devolvió a la vaina. Se hizo con el machete entonces y, con la cabeza, hizo una seña a Sihtric, que seguía sujetando a Brida—. Dejad que se ponga en pie.

Sihtric se echó a un lado. Si bien desconcertada en un primer momento, de repente, Brida se puso en pie y se abalanzó contra Sigtryggr como si quisiera arrebatarse el machete que llevaba en la mano; con desdeñosa facilidad, él la mantuvo a un brazo de distancia.

—Os disponíais a dejar ciega a mi hija —dijo, con rencor.

—¡Solo quería que accediera a la sabiduría!

Sigtryggr la sujetaba con la mano izquierda mientras, con la derecha, ya alzaba el machete, hasta que intervino Stiorra, sujetándole el brazo derecho.

—Dejádmela a mí —dijo.

Sigtryggr pareció dudar un momento; luego, asintió.

—Vuestra es —convino.

—Entregadle el machete —exigió Stiorra, que aún llevaba a *Aguijón-de-avispa* en la mano.

—¿Que le dé el machete? —se extrañó Sigtryggr, frunciendo el ceño.

—Entregádselo —ordenó Stiorra—. Vamos a comprobar por quién miran los dioses, si por ella o por Uhtredsdottir.

Sigtryggr le entregó el machete a Brida por la empuñadura, al tiempo que convenía:

—Sea. Veamos cuál de las dos goza del afecto de los dioses.

Brida no dejaba de lanzar miradas por la sala en busca de una ayuda que allí no habría de encontrar. Durante un instante, desdeñó el machete que se le ofrecía hasta que, de repente, se lo arrebató a Sigtryggr de la mano y trató de hundírselo en la barriga. Sin embargo, este, con desprecio y dándole un mamporro con la mano derecha, se limitó a apartarlo de sí. Raro es el machete que dispone de un buen filo: es un arma pensada para ensartar al contrario, no para rasgar, de forma que la hoja no le hizo ni un rasguño en la muñeca.

—Vuestra es —le dijo de nuevo a Stiorra.

Y así fue cómo murió mi primera amante. No de la mejor manera, porque mi hija, cegada por la ira, dio rienda suelta a la furia que llevaba dentro. De su madre había heredado esa belleza tan sosegada y distinguida que poseía, belleza que, sin embargo, ocultaba un temple de acero. En cierta ocasión, vi cómo acababa con un cura y reparé en la alegría que se reflejaba en su rostro. La misma satisfacción la animaba entonces, mientras acuchillaba a Brida hasta la muerte. Podría haber acabado con la pobre vieja de forma rápida, pero prefirió hacerlo lentamente, hasta dejarla hecha un gurrúño que, empapado en sus propios orines y cubierto de sangre, no dejaba de gimotear, antes de acabar con ella propinándole un salvaje tajo en el pescuezo.

Y así fue cómo Sigtryggr Ivarson, Sigtryggr el Tuerto, llegó a ser rey de Jorvik.



La mayoría de los hombres de Eoferwic habían prestado juramento de fidelidad a Ragnall, pero, en aquel momento, casi todos se arrodillaban ante su hermano, apretando entre las suyas las manos de Sigtryggr y, una vez más, ocasión tuve de ver lo aliviados que se sentían. Pusimos en libertad a los cristianos que mantenían en cautividad hasta la siguiente carnicería que se le ocurriese a Brida.

—Nada de violaciones —le dije a Onarr Gormson, quien, al igual que casi todos los hombres que había en la ciudad, se había arrodillado ante Sigtryggr; empero, un puñado de guerreros se negaron a quebrantar el juramento que habían prestado a su hermano. Skopti Alsvartson, aquel que había atrapado a tres curas y los había conducido a Eoferwic para satisfacción de Brida, era uno de ellos. Un porfiado y testarudo hombre del norte, de cabellos largos y trenzados que le llegaban a la cintura, un viejo zorro curtido en mil batallas. Al frente de una tripulación de treinta y ocho hombres, Ragnall le había cedido unas tierras al sur de la ciudad.

—Hice un juramento —me dijo, con gesto desafiante.

—A Olaf, el padre de Ragnall.

—Y a su hijo.

—Porque Olaf os lo ordenó —repliqué.

—Lo hice de buen grado —insistió.

Nunca mataría a un hombre por negarse a quebrantar un juramento. Con su muerte, los leales a Brida se habían visto libres de las obligaciones que habían contraído para con ella, pero la mayoría de ellos no acababan de entender aquel inesperado giro del destino que, de forma tan repentina, les había cambiado la vida. En busca, sin duda, de un lugar donde refugiarse, algunos habían huido a la siniestra fortaleza de Dunholm, lugar del que habrían de salir algún día por la fuerza de las armas, pero la mayoría de ellos se habían arrodillado ante Sigtryggr. Tan solo unos pocos, no más de una docena, echaron pestes de nosotros por haberla matado, y esos pocos lo pagaron con su vida. Entre ellos, estaba Brynkætil, aquel que había tratado

de abofetear a mi hija y me había injuriado. Todo lo contrario que Skopti Alsvartson, que ni nos cubrió de maldiciones ni se enfrentó con nosotros; tan solo dijo que él se mantendría fiel al juramento que había prestado a Ragnall.

—Podéis hacer conmigo lo que queráis —rezongó—; solo os pido que me permitáis morir como un hombre.

—¿Acaso os he arrebatado la espada? —le pregunté; negó con la cabeza—. Libre sois de ceñíroslo si así os place —le dije—, pero, antes, habéis de prometerme algo. Se me quedó mirando con gesto receloso.

—¿Qué clase de promesa?

—Que no abandonaréis la ciudad hasta que yo os dé permiso.

—¿Y cuándo será eso?

—Pronto —contesté—, muy pronto.

Asintió.

—¿Y podré unirme a las tropas del *jarl* Ragnall?

—Podréis hacer lo que queráis —le dije—, pero no hasta que contéis con mi venia.

Se lo pensó un momento, y asintió de nuevo.

—Os lo prometo.

Escupí en la mano y se la tendí. Él escupió en la suya, y ambos nos las estrechamos.

Orvar, por fin, había recuperado a su esposa. En lo que otrora fuera un convento, encontramos a todas las rehenes que Ragnall mantenía cautivas. Todas nos dijeron que habían recibido un buen trato, lo que no impidió que algunas respirasen aliviadas cuando Sigtryggr las puso al tanto de que Brida había muerto.

—¿Cuántos de vuestros maridos se han unido a las tropas de mi hermano? —les preguntó. Ocho mujeres levantaron la mano. Según ellas, sus maridos andaban por el sur, cabalgando a las órdenes de Ragnall, saqueando y violando, robando y quemando todo lo que encontraban a su paso—. Iremos al sur —les dijo Sigtryggr—, y vosotras habréis de venir con nosotros.

—Vuestros hijos tendrán que quedarse aquí —tercié—. Estarán a salvo.

—Lo estarán —remachó Sigtryggr. Las ocho se revolvieron, pero Sigtryggr zanjó el asunto con autoridad—. Vendréis con nosotros —afirmó—, pero vuestros hijos habrán de quedarse aquí.

Si bien no podíamos estar seguros de que, a pesar de los juramentos que acababan de prestar, todos fueran a cumplir su palabra, en aquel momento disponíamos de más de setecientos hombres. Tenía para mí que muchos se habían avenido a prestar juramento de fidelidad a Sigtryggr con tal de no verse metidos en líos, y que lo más seguro era que muchos de ellos se volvieran a sus haciendas a la primera de cambio. Los habitantes de la ciudad seguían amedrentados, atemorizados por la posible venganza de Ragnall, o quién sabe si solo temerosos ante la posibilidad de que Brida, una hechicera a fin de cuentas, no hubiera muerto de verdad, razón por la que

decidimos a exhibir su cadáver por las calles. Con su estandarte negro a rastras, colocamos el cadáver en una carretilla y lo llevamos hasta la orilla del río que discurría por la parte sur de la ciudad, donde lo quemamos. Aquella noche lo celebramos por todo lo alto: con las cruces de Brida dispusimos unas enormes hogueras donde asamos tres bueyes enteros. El hecho de que corriera la cerveza provocó una reyerta en la que cuatro hombres perdieron la vida, lo menos que podía haber pasado. La mayoría de ellos, sin embargo, satisfechos con las melodías que escuchaban y la cerveza que trasegaban, se fueron de putas por Eoferwic.

Mientras todo el mundo cantaba, bebía y fornicaba, yo me puse a escribir una carta.

A pesar de que siempre me había negado a hacerlo, Alfredo me había insistido en que aprendiera a leer y a escribir. De niño, solo soñaba con aprender a montar a caballo y a manejar con destreza la espada y el escudo, pero mis tutores me atizaron de lo lindo, hasta que, por fin, fui capaz de leer aquellas tediosas historias que hablaban de hombres insulsos que predicaban a las focas, a los frailecillos y a los salmones. Aunque con letra enrevesada, también sabía escribir. Si bien me imaginaba que cuanto escribía resultaba legible, tampoco me esforcé mucho aquella noche en mejorar mi caligrafía; tan solo garrapateé lo mejor que pude con una pluma de ave despuntada.

Escribí a Etefleda para ponerle al tanto de que estaba en Eoferwic, donde había un nuevo rey que había renunciado a las pretensiones de Northumbria sobre Mercia, un rey que estaba dispuesto a firmar una tregua con ella. Que antes, sin embargo, habría que acabar con Ragnall, y que tal era la razón por la que me disponía a dirigirme hacia el sur en cuestión de una semana. «Dispondré de unos quinientos guerreros», le decía, aunque confiaba en que fueran muchos más. Que casi seguro que las tropas de Ragnall nos superarían en número, pero ni palabra de las dudas que albergaba en cuanto a la fidelidad de muchos de aquellos hombres. Ragnall se había rodeado de *jarls* cuyas esposas habían sido retenidas como rehenes en Eoferwic, y esas mujeres vendrían con nosotros. Ragnall ejercía el mando gracias al terror que imponía, pero, si hacía ver a sus hombres que sus familias estaban en nuestras manos, conseguiría que esa forma de mandar se volviera en su contra. Nada de esto, sin embargo, le dije a Etefleda. «Lo que quisiera pedir os —escribí poniendo mi mejor empeño— es que vuestras tropas vayan tras las hordas de Ragnall cuando vengan a por nosotros, cosa que harán sin duda, y que nos ayudéis a acabar con él, aunque, para ello, tengáis que adentraros en Northumbria». Como sabía que, dada la insistencia de su hermano en que no invadiera aquel territorio del norte sin contar con él, se mostraría reacia a ponerse al frente de un ejército que traspasara los límites fronterizos con Northumbria, solo le pedía que se pusiera al frente de una incursión de envergadura como respuesta a los daños que el ejército de Ragnall había causado en Mercia.

Le pedí a mi hijo que llevase aquella carta, advirtiéndole de que, al cabo de tres o

cuatro días, nos pondríamos en marcha hacia el sur.

—Nos dirigiremos a Lindcolne —le dije, ciudad de la que salían dos calzadas: una en dirección sur, hacia Lundene, y otra que, tras desviarse hacia el suroeste, se dirigía al centro de Mercia—. Probablemente seguiremos la calzada que lleva a Ledecestre —le dije, dándole a entender que tomaríamos la calzada que llevaba al corazón de Mercia.

—De forma que Ragnall se vea obligado a salir a vuestro encuentro —comentó mi hijo.

—¡Eso es lo que quiero que le digáis a Etelfleda! A ella o a quienquiera que esté al frente de su ejército. ¡Decidles que han de ir pisándoles los talones!

—Eso suponiendo que se hayan ido de Ceaster —dijo mi hijo, que no las tenía todas consigo.

—Si no lo han hecho, entonces sí que estamos metidos en un buen lío —repuse, llevándome la mano al martillo.

Dispuse que una escolta de treinta hombres lo acompañase; con él, iba también uno de los curas que habíamos librado del disparatado desafío que Brida había lanzado al dios cristiano. Un cura al que todos se dirigían como el padre Wilfa, un joven de aspecto serio, cuya sinceridad y devoción me inclinaron a pensar que impresionarían a Etelfleda.

—Contadle por lo que habéis pasado —le dije con toda claridad—, ¡y contadle también lo que ha pasado aquí! —le había mostrado los cuerpos que habíamos bajado de las cruces de Brida, había contemplado el gesto de horror que se había dibujado en su cara, y me cercioré de que había entendido con toda claridad que había sido un ejército pagano, un ejército de daneses y hombres del norte, el que había puesto fin a aquella carnicería—. Tampoco olvidéis decirle —añadí— que Uhtred de Bebbanburg ha hecho todo esto en su nombre.

—Así lo haré, mi señor —repuso el padre Wilfa. Me caía bien. Respetuoso, pero no servil—. Por causalidad, mi señor, ¿no sabréis qué ha sido del arzobispo Etelbaldo?

—Que lo quemaron vivo —le dije.

—¡Santo Dios! —comentó, estremecido—. ¿Profanaron la catedral?

—Decidle a la Dama Etelfleda que hemos vengado la muerte del arzobispo, que las iglesias han vuelto a abrir sus puertas y que estamos adecentando la catedral —Brida había convertido en caballerizas aquella iglesia que más parecía un antro. Había echado abajo los altares, hecho jirones de los sagrados estandartes, sacado a los muertos de sus tumbas—. Decidle también que el rey Sigtryggr ha prometido que ofrecerá protección a los cristianos.

Se me hacía raro eso de referirme a él como Rey Sigtryggr. A modo de corona, le dije que se ciñese una diadema de bronce sobredorado que había aparecido en el tesoro que guardaban en el palacio. Tras aquella noche de celebración, a la mañana siguiente, la sala principal se llenó de gentes, hombres en su mayoría, que venían a

reclamar lo que era suyo, hombres a los que Ragnall les había arrebatado las tierras para dárselas a sus secuaces. La mayoría eran portadores de títulos que demostraban que ellos eran los legítimos propietarios. Sentada a una mesa, frente al trono de su marido, Stiorra, que sabía leer, descifraba aquellos documentos antiguos. Entre ellos, había uno firmado por mi padre, cediendo unas tierras que ni siquiera yo sabía que poseía. Muchos de aquellos hombres, no obstante, ni siquiera disponían de tales títulos, sino que, indignados, reclamaban aquellas tierras que habían pertenecido a su padre, a su abuelo, a su bisabuelo, y así desde tiempos inmemoriales.

—¿Qué hago? —me preguntó Sigtryggr—. ¿Cómo saber quién dice la verdad?

—Decidles que, mientras Ragnall no esté muerto, no podéis hacer nada. Luego, ved de encontrar a un cura que sepa leer y decidle que os haga una relación de todas las reclamaciones.

—¿Con qué fin?

—Demorar vuestra decisión —le dije—. Os permitirá ganar tiempo. Una vez hayamos acabado con vuestro hermano, convocáis un Witan.

—¿Un Witan?

—Un consejo. Reunid en esta misma sala a todos esos hombres; pedidles que, de uno en uno, presenten sus reclamaciones, y que sea lo que decida el consejo. De sobra saben ellos quiénes son los dueños de esas tierras. De sobra conocen a sus vecinos. Del mismo modo, seguro que estarán al tanto de qué tierras han pasado a manos de los partidarios de vuestro hermano, tierras de las que podréis disponer a vuestro antojo. En cualquier caso, mejor será que esperéis a que vuestro hermano haya muerto.

Para acabar con él, necesitábamos caballos. Tras haber rebuscado por toda la ciudad y enviado hombres a escudriñar el ancho valle del río Use, Finan había llegado a reunir cuatrocientos sesenta y dos jamelgos. Muchos habían pertenecido a los hombres de Brida; otros los compramos con monedas y pedazos de plata del tesoro que guardaba. No eran buenos caballos; no me hubiera gustado verme a lomos de uno de aquellos jumentos a la hora de guerrear, pero nos vendrían bien para ir al sur más deprisa que a pie; no buscábamos nada más. Elegí una docena de entre aquellos que, a mi modo de ver, se encontraban en peores condiciones y se los entregué a Skopti Alsvartson, quien me había prometido quedarse en la ciudad hasta que yo le diera permiso para marcharse.

—Podéis iros —le dije, dos días después de que mi hijo hubiera partido hacia el sur.

Skopti no era ningún necio. Sabía que lo estaba utilizando. Se dirigiría a Mercia y pondría a Ragnall al tanto de la suerte que había corrido y aquellos de sus secuaces que se habían quedado en Eoferwic, al tiempo que le advertiría de que nos disponíamos a ir a por él. Tal y como yo quería. Sabiendo lo que me hacía, permití que Skopti echara un vistazo a los caballos que habíamos reunido, incluso dejé que los contara, de forma que le dijera a Ragnall que el nuestro era un ejército pequeño,

de menos de quinientos guerreros. A Etelfleda le había dicho que marcharía al frente de más de quinientos hombres, pero mis esperanzas se habían venido abajo y, para entonces, aunque seguía confiando en que las tropas de Mercia nos ayudarían a enmendar el asunto, ya sabía que nuestro ejército, por fuerza, habría de ser mucho más pequeño.

—Decidle —le advertí— que daremos con él y acabaremos con él. Y, si seguís de su parte, también acabaremos con vos.

—Le presté juramento de fidelidad —insistió Skopti, obstinado.

A caballo, pues, se fue al sur. A la mayoría de los hombres de su tripulación no les quedó otra que seguir a pie tras los pasos de Skopti, quien, según mis cálculos, debería encontrarse con las tropas de Ragnall al cabo de tres o cuatro días. Aunque también era posible que Ragnall ya estuviera al tanto de lo que había pasado en Eoferwic, que ya se hubiera enterado de la presencia de su hermano en la ciudad y de la muerte de Brida. Siempre escoltados por guerreros de Ragnall, un lento pero continuo goteo de columnas de esclavos se dirigía al norte. Era, pues, más que posible que algunos de los que habían salido por piernas de la ciudad se hubieran encontrado con uno de tales grupos, y que sus hombres hubieran decidido dar media vuelta y avisar a Ragnall de lo que había pasado. De un modo u otro, si aún no estaba al tanto, no tardaría mucho en estarlo, pero ¿cómo reaccionaría cuando supiera de la presencia de Sigtryggr? Porque tenía que saber que el ejército de Etelfleda iba tras él o, al menos, en eso confiaba yo, en tanto que, por el norte, otro ejército enemigo iba a su encuentro.

—Si tiene dos dedos de frente —me comentó Finan—, se dirigirá al este, se hará con los barcos y zarpará.

—Si tuviera dos dedos de frente —repuse—, atacaría a Etelfleda y acabaría con ella, antes de acabar con nosotros. Pero no lo hará.

—¿Ah, no?

Negué con la cabeza.

—No puede ni ver a su hermano. Antes vendrá a por nosotros.

Dos días después de que Skopti se fuera con la clara intención de avisar a Ragnall, nos pusimos en marcha hacia el sur.



Al final, el nuestro resultó ser un ejército pequeño, de trescientos ochenta y cuatro jinetes tan solo; el resto de los hombres se quedaron en Eoferwic a las órdenes de Orvar. Me habría gustado contar con un ejército más numeroso, mucho más numeroso, pero disponíamos de muy pocos caballos y, aun así, necesitábamos unos cuantos para cargar con nuestros pertrechos. Sigtryggr, por otra parte, no ocultaba su preocupación por si los partidarios de Brida, muchos de los cuales habían huido al norte tras la muerte de su señora, fueran capaces de reunir tropas suficientes para

asaltar Eoferwic. A mi entender, lo más probable era que aquellos fugitivos optasen por quedarse a buen seguro tras las altas murallas de Dunholm, pero preferí plegarme a los deseos de Sigtryggr y dejar una nutrida guarnición en Eoferwic. Al fin y al cabo, él era el rey.

Trescientos ochenta y cuatro jinetes, pues, nos pusimos en marcha; con nosotros, venían nueve mujeres, Stiorra entre ellas. Como Etelfleda, no era de las que aceptan un no por respuesta, y supongo que tampoco le hacía mucha gracia quedarse en la retaguardia y menos en manos de Orvar, quien, hasta hacía muy poco, había sido un hombre de Ragnall. Yo, por el contrario, sí que me fiaba de él, al igual que Sigtryggr, quien había insistido en que su hija, mi nieta, se quedase en la ciudad a su cuidado. Aunque a regañadientes, Stiorra acabó por aceptarlo. Las otras ocho mujeres habían sido rehenes de Ragnall, esposas de algunos de los *jarls* que se habían unido al Rey del Mar, y un arma más en mis manos en aquel momento.

Seguimos la calzada romana que llevaba al sur. Si Ragnall hubiera aprendido algo de la tupida red de calzadas romanas que enlazaban toda Britania, se habría imaginado que, de Eoferwic, iríamos a Lindcolne, la forma más rápida de desplazarnos hacia el sur, aunque yo pensaba que no habría tenido tiempo de llevar su ejército hasta allí y cerrarnos el camino. La última vez que había visto por dónde andaba, aunque de eso hacía ya unos cuantos días, había sido cuando se dirigía al sur de Mercia, por eso confiaba en no ver el humo de los incendios que dejaba a su paso hasta que, más allá de Lindcolne y, siguiendo la calzada, anduviéramos cerca de Ledecestre, una ciudad de Mercia que había estado en manos de los daneses durante toda mi vida. Ledecestre se encontraba en esa franja de tierra situada al norte de Mercia que aún no habían conquistado los sajones; era uno de los territorios que Etelfleda había jurado recuperar. Cuando nos encontrásemos al sur de Ledecestre, nos adentraríamos, pues, en una región que no estaba en manos de los daneses ni de los sajones, una tierra asolada y saqueada, una de esas tierras de nadie que se alzan entre dos tribus y dos religiones.

Habíamos enviado ojeadores por delante. Era posible que aún siguiéramos en Northumbria, por eso enarbolábamos el estandarte del hacha roja de Ragnall; aun así, actuaba como si nos encontráramos en territorio enemigo. Al caer la noche, en vez de encender fogatas, buscábamos un lugar alejado de la calzada para dormir, comer y dar un respiro a los caballos. Si bien estábamos al oeste de Lindcolne, en compañía de una docena de hombres, Sigtryggr y yo cruzamos el puente romano y nos llegamos a lo alto de la empinada colina donde se alzaba la ciudad. Una vez allí, nos salió al encuentro un intendente con una cadena de plata, signo distintivo de su rango. Era un hombre entrado en años y de barba gris, que había perdido un brazo.

—Lo perdí luchando contra los sajones del oeste —nos dijo muy ufano—, ¡pero el cabrón que se lo llevó perdió los dos!

El intendente resultó ser un danés llamado Asmund, que estaba al servicio de un *jarl* que se llamaba Steen Stigson.

—Se unió a las tropas de Ragnall hace un mes —nos dijo Asmund—. ¿Vais a uniros a ellos?

—Así es —contestó Sigtryggr.

—Pero ¿por dónde anda? —me interesé.

—¡A saber! —dijo Asmund, no menos ufano—. Lo último que supimos era que iba camino del sur. Lo único que puedo deciros es que, hace una semana, el *jarl* Steen nos envió cincuenta cabezas de ganado. Los boyeros nos comentaron que habían tardado cuatro días en llegar aquí.

—¿Y las tropas de Mercia?

—¡Ni hemos visto a nadie por aquí, ni hemos oído nada!

Hablábamos al pie de una de las puertas que daban acceso al otro lado de las murallas romanas; desde la altura donde estábamos, podían verse todas las tierras de los alrededores: ni una columna de humo que manchara el cielo. Parajes tranquilos, fértiles y verdes. Resultaba difícil de imaginar que dos ejércitos trataran de enfrentarse en aquella maraña de bosques, pastos y tierras de cultivo.

—Ragnall ha estado enviando esclavos a Eoferwic —comenté. Nos habíamos puesto en camino con la esperanza de encontrarnos con algunos de los hombres que llevaban a esos esclavos lejos de Mercia y preguntarles por dónde andaba Ragnall, pero no nos habíamos cruzado con ninguno.

—¡Hace una semana que no vemos a nadie por aquí! ¿Quién sabe? A lo mejor está reuniendo a esos pobres cabrones en Ledecestre. ¡Traed eso acá! —le gritó a una criada que se acercaba con una bandeja repleta de jarras de cerveza. Asmund se hizo con dos de las jarras y nos las ofreció; luego, le hizo una seña a la muchacha para que llevase el resto a nuestros hombres—. ¡A mi entender, lo mejor que podéis hacer es continuar hacia el sur! —nos apremió Asmund, con un interés que se me antojó excesivo—. ¡Seguro que acabáis por encontraros con alguien!

Tanto entusiasmo no dejó de llamarme la atención.

—¿Habéis visto a Skopti Alsvartson? —le pregunté.

—¿Skopti Alsvartson? —pareció dudar un momento—. No lo conozco, mi señor. Sujeté la jarra de cerveza con la mano izquierda y me llevé la derecha a la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*; con premura, Asmund dio un paso atrás. Hice como que me colocaba la espada para estar más cómodo, acabé la cerveza y devolví la jarra a la muchacha.

—Seguiremos, pues, hacia el sur —dejé caer, para alivio de Asmund.

El intendente nos había mentido. Lo había hecho muy bien, había estado muy convincente, pero Skopti Alsvartson tenía que haber pasado por Lindcolne. Al igual que nosotros, habría tomado el camino más rápido hacia el sur, lo que explicaría por qué no nos habíamos encontrado de frente con ninguno de los hombres de Ragnall, porque ya se habría encargado Skopti de avisarlos. Claro que también era posible, aunque no probable, que Skopti y los suyos hubieran pasado solo de largo por allí, que hubieran llegado hambrientos y, casi con toda seguridad, que hubieran exigido

caballos de refresco en lugar de los maltrechos rocines que yo les había dado. Me quedé mirando fijamente a Asmund y me dio la sensación de que estaba nervioso. Esbocé una sonrisa.

—Gracias por la cerveza.

—No se las merece, mi señor.

—¿De cuántos hombres disponéis aquí? —le pregunté.

—No los suficientes, mi señor —entendí que quería decir que no los suficientes para defender las murallas. Lindcolne era una fortaleza, pero me imaginaba que la mayor parte de la guarnición se había ido al sur con el *jarl* Steen, y me dio por pensar que llegaría el día en que, para forjar el sueño de una sola tierra de los ingleses, muchos serían los hombres que habrían de perder la vida al pie de aquellas murallas.

Eché una última ojeada por el sur desde la posición de privilegio que ofrecía la cima de la colina en la que se alzaba Lindcolne. Mi instinto me decía que Ragnall no andaba por allí. Y que, para entonces, ya estaba al corriente de que Brida había muerto, que Eoferwic ya no estaba en sus manos, y que estaría pensando cómo resarcirse.

Se disponía a acabar con nosotros. Y contemple de nuevo aquella vasta extensión de ricas tierras donde, por encima de sotos y pastos, del resplandeciente verdor de la nueva cosecha, sobre huertas y campos, raudas corrían las sombras de las nubes, y supe que allí, agazapada, se ocultaba la muerte. Porque Ragnall se dirigía al norte.

Y nosotros seguimos cabalgando hacia el sur.



—Dos días —dije, en cuanto pasamos Lindcolne.

—¿Dos días? —se sorprendió Sigtryggr.

—Ragnall dará con nosotros en un par de días.

—Con setecientos hombres.

—Es muy probable, sí.

No habíamos visto nada que nos indicase que el ejército de Ragnall anduviese merodeando por aquellos parajes, ni rastro alguno de la posible presencia de tropas de Mercia. No habíamos atisbado ninguna de esas manchas de humo de hogueras que nos llevan a pensar que allí acampa un ejército. Había humo, claro está; siempre hay humo vagando por el cielo. Prendidos estaban los hogares en las cabañas de los lugareños y había carboneros en los bosques, pero nada que ni por asomo se pareciese a esa masa de humo compacta que delata la presencia de un ejército. En caso de haberlas, las hogueras de las tropas de Mercia se verían mucho más hacia el oeste. Aquella tarde, pues, dejamos atrás la calzada romana y nos dirigimos hacia el oeste. Ya no avanzaba dispuesto a plantar batalla a Ragnall, sino en busca de ayuda. Necesitaba contar con las tropas de Eteflada.

Hubo de pasar un buen rato antes de que, aquella misma tarde, llegáramos a un

claro del bosque donde vimos una choza abandonada y en ruinas. De aquella que, en su día, debía de haber sido el chamizo de algún leñador, no quedaba, para entonces, sino un gigantesco montón de cañizo que tapaba un agujero excavado en el reducido espacio de aquel claro. Nos pasamos una hora cortando ramas y amontonándolas encima del cañizo, y continuamos nuestra marcha hacia el oeste, no sin antes dejar un par de ojeadores a nuestras espaldas. No seguíamos camino alguno, sino que avanzábamos por sendas de esas que se utilizan para llevar el ganado y que, invariablemente, se dirigían a poniente. Hicimos un alto al anochecer y, al volverla vista atrás, hacia la noche que ya se cernía por el este, atisbé el súbito resplandor de una hoguera. Los ojeadores habían prendido fuego al cañizo, y aquel resplandor era como un fanal para nuestros enemigos. Confiaba en que Ragnall viera el humo que ensuciaba aquel cielo del atardecer y se dirigiera al este en nuestra busca, mientras, seguimos avanzando hacia el oeste.

A la mañana siguiente, aún se distinguía aquel humo gris contra el azul del cielo. Procurando dejarlo tan atrás como podíamos, continuamos alejándonos del sol naciente. Nuestros ojeadores se internaron lo más que pudieron hacia el sur, pero no atisbaron la presencia de enemigo alguno. Tampoco de tropas amigas, y recordé entonces la acalorada discusión que habíamos mantenido en la sala principal de Ceaster cuando había planteado la idea de ir a por nuestros enemigos y darles su merecido y, con la honrosa excepción del obispo Leofstan, todos los allí presentes se habían mostrado partidarios de no moverse de Ceaster. ¿Acaso Etelfleda habría reaccionado del mismo modo? Aun suponiendo que siguiera agazapada en aquella fortaleza, mi hijo, si había logrado llegar con vida, ya tendría que haber dado con ella. ¿Tan irritada estaba conmigo que pensaba abandonarnos a nuestra suerte en aquellas suaves colinas?

—¿Se puede saber qué estamos haciendo, padre? —me preguntó Stiorra. ¿La verdad? Que estábamos huyendo. Que me dirigía al oeste, a la lejana Ceaster, con la esperanza de dar con tropas de Mercia. En vez de eso, le dije—: Pretendo que Ragnall vaya al norte, de forma que quede atrapado entre nosotros y el ejército de Mercia —lo que también era cierto. Tal era la razón de que, con ánimo de ir al sur, hubiera salido de Eoferwic al frente de aquella tropa, pero, desde que atrás dejáramos Lindcolne, no se me iba de la cabeza la pavorosa idea de que estábamos solos, de que no había tropas de Mercia al acecho de Ragnall, de que, solos, tendríamos que vérnoslas con él. Haciendo de tripas corazón, añadí—: ¡Solo tenemos que tratar de evitar a Ragnall hasta que estemos seguros de que las tropas de Mercia están lo bastante cerca como para echarnos una mano!

—Y los de Mercia, ¿están al tanto de eso?

Esa era la pregunta en realidad, una pregunta para la que no tenía respuesta.

—Si vuestro hermano ha dado con ellos —contesté—, sí.

—¿Y si no fuera así?

—De no ser así —repliqué, dejándome llevar por el desánimo—, Sigtryggr y vos

deberéis dirigiros al norte tan deprisa como podáis. Volved a Eoferwic y recuperad a vuestra hija; luego, habréis de buscaros un lugar seguro. ¡Volved a cruzar el mar! ¡Huid! —palabras que dejé caer con rabia, no por mi hija, claro está, sino por mí mismo.

—Mi marido no es de los que huyen —repuso Stiorra.

—En ese caso, es un necio —zanjé.

Si bien, el mayor necio de todos era yo. Por no haberlo pensado bien; yo, que tanto le había insistido al joven Etelstano en que no fuera testarudo, en que utilizase la cabeza antes que la espada, había conducido a aquel pequeño ejército al desastre. Había pensado que nos uniríamos al ejército de Mercia, que Ragnall se vería acorralado entre el ejército de Eteflada y mis hombres, cuando el único que habría de quedar atrapado era yo. Sabía que Ragnall venía a por nosotros. No podía verlo ni olerlo, pero no albergaba la menor duda. Con cada hora que pasaba, más crecía en mi fuero interno la sospecha de que estábamos solos en aquellos parajes, tan idílicos a simple vista. Había aprendido a fiarme de mi instinto y mi instinto se rebelaba. Alguien me estaba acechando, y no contaba con ninguna ayuda. No se veía humo de campamentos en el cielo; tampoco esperaba verlo. Ragnall era de los que antes preferirían morir congelados que darnos un indicio de que andaba al acecho. Sabía dónde estábamos, y nosotros no sabíamos a dónde se dirigían sus tropas. Por primera vez, aquella mañana advertí la presencia de ojeadores suyos. Atisbamos unos jinetes a lo lejos y, al frente de una docena de hombres, Eadger, el mejor de mis ojeadores, se lanzó a la persecución de aquellos dos jinetes, hasta que un tropel de hombres a caballo le cerró el paso. Lo único que supo decirme fue que, más al sur, había un grupo mucho más numeroso.

—No pudimos sortear a esos cabrones, mi señor —y eso que lo había intentado por todos los medios para hacerse una mejor idea de las proporciones del ejército de Ragnall, pero el enemigo se lo había impedido—. En todo caso, no pueden andar muy lejos, mi señor —me dijo Eadger, y no se equivocaba. Con la esperanza de despistar a los hombres de Ragnall, pensé en volver al norte y regresar a Eoferwic, pero, incluso si conseguíamos llegar a la ciudad, lo más que podía pasar era que nos quedásemos atrapados detrás de sus murallas. Las tropas de Eteflada nunca se adentrarían tanto en Northumbria, ni siquiera para echarnos una mano, y no nos quedaría otra que oponer resistencia desde lo alto de aquellas murallas, antes de ser objeto de una despiadada carnicería en sus estrechas calles.

¿En qué estaría yo pensando? Había dado por sentado que Eteflada habría enviado tropas con la intención de hostigar a Ragnall, que, no lejos de aquel ejército, habría una tropa de cuatrocientos o quinientos hombres de Mercia dispuestos a sumarse a nosotros. Había pensado que Eteflada se llevaría una grata sorpresa cuando se enterase de que Eoferwic había caído en mis manos, cuando le dijese que había un nuevo rey en Northumbria que había jurado vivir en paz con ella, cuando, como trofeo, le ofreciese el estandarte carmesí de Ragnall. Había pensado en deleitar

a Mercia con una nueva canción a propósito de Uhtred; en cambio, estaba ofreciendo a los bardos de Ragnall la posibilidad de componer una nueva canción...

Por eso no le había dicho la verdad a Stiorra, porque la verdad era que la había conducido al desastre, algo que, para el mediodía, ya tendrían claro todos mis hombres. Cabalgábamos por unos riscos que se asomaban a un ancho valle por el que, entre campos crecidos donde pastaban las ovejas y describiendo amplios meandros, discurría un río que, de forma sosegada, proseguía su camino hacia el mar. Un lugar que representaba todo aquello por lo que luchábamos, por aquellas ricas tierras. Aunque no tenía ni idea de dónde estábamos, siempre hacia el oeste, seguimos cabalgando por aquellos riscos que se cernían sobre el río. Se lo preguntamos a un pastor; lo único que supo decirnos fue que estábamos «en casa», como si semejante respuesta nos aclarase algo. Al cabo de un rato, mientras hacíamos un alto en la cima de un pequeño risco, vi unos jinetes a lo lejos. Solo tres.

—No son de los nuestros —rezongó Finan.

De modo que los ojeadores de Ragnall nos habían tomado la delantera. Andaban por el oeste, por el sur y, sin duda, también a nuestras espaldas. Eché un vistazo al río. Nos encontrábamos en la orilla sur. Pensé que algún sitio habría donde pudiéramos cruzarlo y continuar hacia el norte, pero los caballos que montábamos no eran sino miserables jamelgos, y si Ragnall estaba tan cerca como me maliciaba, nos alcanzaría y nos obligaría a presentar batalla donde mejor le viniera. Hora era, pues, de volver a poner los pies en el suelo. Al frente de un montón de hombres, envié a Finan en busca de un sitio donde pudiéramos defendernos. Como un animal herido, me revolvería contra nuestros perseguidores y elegiría el lugar donde pudiera hacerles el mayor daño posible antes de caer derrotados. Un lugar donde, a no ser que apareciesen las tropas de Mercia, perderíamos la vida.

—Mirad que esté en lo alto de una colina —le dije a Finan, que no necesitaba de tal consejo.

Encontró algo mejor.

—¿Os acordáis de aquel lugar donde Eardwulf nos tenía acorralados? —me preguntó en cuanto estuvo de vuelta.

—Pues claro.

—Lo mismo, solo que mejor.

Eardwulf había encabezado una rebelión contra Etlfleda y nos había acorralado en los restos de una antigua fortaleza romana que se alzaba en la confluencia de dos ríos. Gracias a la intervención de Etlfleda, habíamos salido con bien de aquella encerrona; en aquel momento, sin embargo, no confiaba en que nos fuera a pasar lo mismo.

—Está en un recodo del río —me dijo Finan—. Tendremos que cruzarlo, pero hay un vado. En la otra orilla, se alza una fortaleza.

Estaba en lo cierto. El lugar al que había echado el ojo era tan idóneo como cabía esperar, un lugar donde era posible defenderse; de nuevo una plaza fuerte levantada

por los romanos que, como Alencestre, que así se llamaba el sitio donde Eardwulf nos tenía acorralados, también se alzaba en la confluencia de dos ríos, demasiado profundos como para cruzarlos a pie; entre ambos, un terraplén cuadrado, construido por los romanos en lo alto de la orilla más elevada. Tras sortear el vado, solo se podía acceder a aquel lugar por el norte, por donde habíamos llegado, lo que obligaría a Ragnall a rodear la fortaleza si quería cruzar el vado, maniobra que los mantendría ocupados un buen rato, un tiempo precioso para que un ejército de Mercia acudiese en nuestra ayuda. De no ser así, dispondríamos de una plaza fuerte donde defendernos y de una muralla desde la que acabar con nuestros enemigos.

Ya era casi de noche cuando, a lomos de nuestras monturas, enfilamos la entrada norte de la fortaleza que, carente de puertas, no era sino un sendero que discurría entre los restos de aquel terraplén que, como las antiguas murallas de Eads Byrig, acusaba los estragos de la lluvia y del paso del tiempo. En su interior, ni rastro de edificaciones romanas, tan solo una hacienda donde, aparte de un granero y un cobertizo para el ganado, se alzaba una casona de madera oscura y gruesa techumbre de cañizo, pero ni rastro del ganado ni de los habitantes del lugar; tan solo un viejo que vivía en una de las casuchas adosadas a la parte exterior de la muralla. Berg lo trajo a mi presencia.

—Dice que todo esto es propiedad de un danés, un tal Egill —me comentó.

—Antes perteneció a un sajón —dijo el viejo, que también era sajón—. ¡Hrothwulf! ¡Nunca se me olvidará! Un buen hombre.

—¿Cómo se llama este sitio?

Frunció el ceño.

—¿Cómo queréis que se llame? ¡La granja de Hrothwulf, como es natural!

—¿Dónde anda ese tal Hrothwulf?

—Muerto y debidamente enterrado, mi señor. Espero que esté en el cielo. Un danés lo trajo aquí —escupió—. Era tan solo un chiquillo, ¡un chiquillo! El abuelo de Egill lo mató. ¡Lo vi con mis propios ojos! Se deshizo de él como si tal cosa.

—¿Y Egill?

—Se fue, mi señor; arrambló con todo.

—Se ha ido hoy —terció Finan, señalándome una bosta de vaca en el exterior del granero—. Aquí cagó una vaca esta misma mañana —concluyó.

Eché el pie a tierra y me hice con *Hálito-de-serpiente*. Espada en mano, Finan se unió a mí y, juntos, abrimos la puerta de la casona. Aparte de dos toscas mesas, unos bancos, un jergón relleno de paja, una marmita oxidada, una guadaña rota y un montón de raídos y hediondos pellejos, la casa estaba vacía. En el centro, un hogar de piedra; me agaché y acerqué la mano a las cenizas.

—Todavía están calientes —dije, removiéndolas con la punta de *Hálito-de-serpiente*, los rescoldos se avivaron. De modo que aquel danés, Egill, había estado en aquella casa hasta hacía nada y se había marchado llevándose el ganado—. Alguien tuvo que enviarle un aviso —le dije a Sigtryggr cuando se acercó a mi lado junto al

hogar—. Egill estaba al tanto de nuestra llegada.

Y Egill, pensé, había tenido tiempo suficiente para recoger el ganado y todas sus pertenencias, lo que quería decir que lo habían avisado con medio día de antelación cuando menos, que los ojeadores de Ragnall debían de estar siguiendo nuestros pasos desde muy temprano aquella misma mañana. Volví a mirar al norte, a aquella suave serranía que discurría entre los dos ríos.

—Deberíais llevaros a Stiorra al norte —le dije.

—¿Y abandonaros aquí a vos y a vuestros hombres?

—Deberíais poneros en camino —insistí.

—Soy el rey —repuso—; a mí nadie me echa de mi propia tierra.

Por el lado norte, una meseta coronaba aquella serranía que discurría entre los dos ríos que confluían al sur de la plaza fuerte. Abundaban los pastos en aquellas laderas que, suavemente, descendían alejándose de donde estábamos para ascender de nuevo hasta una franja de frondosos bosques, donde, de repente, aparecieron unos jinetes.

—Son nuestros ojeadores —nos advirtió Finan, al ver que los nuestros se llevaban la mano a la empuñadura de la espada.

Eran seis; se lanzaron ladera abajo por aquellos pastos y, a medida que se acercaban, reparé en que dos de ellos venían heridos. Uno, desplomado en la silla de montar; el otro, con la cabeza ensangrentada. A lomos de sus agotadas monturas, los seis se dirigieron a la entrada de la fortaleza.

—Los tenemos encima, mi señor —me dijo Eadger sin desmontar siquiera, volviendo la cabeza hacia el sur.

Me di media vuelta; bañadas por el sol, las tierras que se extendían más allá de ambos ríos permanecían en calma, tranquilas, desiertas.

—¿Qué habéis observado? —se interesó Sigtryggr.

—Detrás de esos bosques, hay una hacienda —repuso Eadger, señalando los árboles que se veían al otro lado del río—. Eran no menos de un centenar, y muchos, muchos más, que llegaban. De todas partes —calló un momento la boca, mientras Folcbald bajaba en volandas a uno de los heridos de la silla de montar—. Media docena de ellos vinieron a por nosotros; a Ceadda lo alancearon en la barriga.

—Aun así, nos deshicimos de dos de ellos —añadió el hombre que traía la cabeza ensangrentada.

—Están por todas partes, mi señor —continuó Eadger—; llegan por el este, por el oeste, por el sur, por todas partes; todos vienen hacia aquí.

En un momento de arrebató, pensé en ponerme al frente de mis hombres y cargar contra la vanguardia de las tropas de Ragnall. Cruzaríamos el río, caeríamos sobre los recién llegados por detrás de aquel bosque que se veía a lo lejos y haríamos una buena escabechina antes de que llegase el resto de su ejército, pero, en ese instante, Finan soltó un gruñido. Me volví y solo acerté a ver a un único jinete que había aparecido en el lindero norte de aquellos árboles. Sin moverse de donde estaba, a lomos de un corcel gris, nos observaba. Luego, aparecieron dos hombres más; al cabo

de un momento, otra media docena.

—Están al otro lado del río —dijo Finan.

Más y más hombres siguieron llegándose hasta aquel lejano lindero. Tan solo nos observaban. Volví los ojos hacia el sur y, en ese momento, vi jinetes, riadas de jinetes que avanzaban por el camino que llevaba al vado.

—Ya los tenemos aquí —dije.

Ragnall había dado con nosotros.

CAPÍTULO XIII

Poco después de la puesta de sol, encendieron la primera fogata. Un resplandor en mitad de la espesura, más allá de los pastos de aquella serranía; temblorosas, las llamas proyectaban espeluznantes sombras.

Una tras otra, encendieron más y más hogueras, hogueras que resplandecían en aquellos bosques que, por el norte, se alzaban entre ambos ríos. Eran tantas y tantas las hogueras que, a veces, daba la impresión de que la franja arbolada estuviera en llamas. Luego, en mitad de aquella noche incandescente, escuchamos un retumbar de cascos en la serranía, y acerté a ver la sombra de un jinete que, tras acercarse al galope a donde estábamos, al cabo volvía grupas.

—Buscan la manera de mantenernos despiertos —dejó caer Sigtryggr. Y apareció un segundo jinete mientras, a lo lejos, oculto en algún lado por el sur de la serranía, uno de nuestros adversarios aporreaba una espada contra un escudo.

—Y lo están consiguiendo —repuse, antes de quedarme mirando a Stiorra—. ¿Cómo es que no os habéis ido al norte?

—Se me pasó —repuso.

Egill se había dejado olvidadas un par de palas en el granero, herramientas que, en aquel momento, nos vinieron de maravilla para ahondar el antiguo foso que se extendía a los pies de la muralla de adobe. No sería un foso muy profundo, pero sí un pequeño obstáculo más a la hora de impedir el avance de un muro de escudos. No disponía de suficientes hombres para entablar batalla a campo abierto en aquellos pastos, así que tendríamos que formar nuestro propio muro de escudos entre los restos de la antigua muralla romana. Hasta donde yo sabía, los romanos habían levantado dos tipos de plazas fuertes. Grandes ciudadelas defendidas por imponentes murallas de piedra, como Eoferwic, Lundene o Ceaster, y también fortines, montones de fortines como aquel donde nos encontrábamos, poco más que un foso y un terraplén rematado por una empalizada de estacas de madera. Aquellos fortines más pequeños servían para vigilar las confluencias de los ríos y las encrucijadas de las calzadas, y, aunque mucho había llovido desde que desaparecieran las estacas defensivas de aquel donde nos habíamos asentado, aun medio desmoronado, el terraplén era lo bastante empinado como para presentar un formidable obstáculo. O eso quería creer yo. Antes de trepar por aquel terraplén y tener que vérselas con nuestras hachas, lanzas y espadas, los hombres de Ragnall tendrían que sortear el foso, y los muertos y los heridos que fueran dejando atrás supondrían una barrera más con la que habrían de toparse quienes los siguieran con ánimo de acabar con nosotros. Nuestro punto más débil era la entrada de aquella plaza fuerte, un sendero llano que

discurría en lo alto del terraplén. Cerca, sin embargo, de donde confluían ambos ríos, crecían unos frondosos zarzales. Mi hijo reunió a un nutrido grupo de hombres que cortaron aquellos matorrales y, a rastras, los trajeron de vuelta para levantar una barricada.

Antes de que el sol se ocultara y la oscuridad de la noche se abatiera sobre nosotros, Sigtryggr ya había dado una vuelta por el fortín.

—Un centenar de hombres más nos hubieran bastado —sentenció con gesto adusto.

—Rezad para que se decida a atacar cuanto antes —dejé caer.

—No es ningún necio.

Contábamos con hombres suficientes como para defender una de las murallas del fortín. Si los hombres de Ragnall se acercaban por el sendero que discurría entre los pastos y nos atacaban de frente, me imaginé que podríamos resistir hasta eso que los cristianos daban en llamar el día del juicio. Pero si, al mismo tiempo, enviaba hombres por ambos lados del fuerte, y asaltaban las murallas que daban al este y al oeste, nos veríamos en muy serios aprietos. Aunque no en forma de pendientes imposibles de escalar, por suerte, el terreno descendía de forma abrupta por ambos lados hasta llegar a los dos ríos, de modo que necesitaría hombres para defender ambos flancos y, si les daba por rodearnos, más hombres en la muralla que daba al sur. Nadie mejor que yo sabía que Ragnall estaba en condiciones de llevársenos por delante. Les plantaríamos cara, acabaríamos con algunos de sus mejores guerreros, pero, aparte de un montón de cadáveres y prisioneros, a eso del mediodía, nada quedaría de nosotros, a menos que Ragnall tuviera el detalle de cargar solo contra la muralla norte.

O que aparecieran las tropas de Mercia.

—Sin olvidar las mujeres que retenía como prenda —dijo Sigtryggr. Estábamos en lo alto de la muralla norte, contemplando aquellas hogueras amenazadoras; de fondo el ruido acompasado de las palas que ahondaban el foso. Las siluetas de un hombre y su montura se recortaron contra el resplandor de las hogueras que ardían en el lejano bosque, y otro de nuestros enemigos se llegó a caballo hasta las proximidades del fortín.

—Cierto —admití. Las ocho mujeres eran las esposas de otros tantos *jarls* que se habían unido a Ragnall. La más joven tendría unos catorce años; la mayor de todas rondaría los treinta. Despechadas y resentidas todas, como es natural. Las habíamos congregado en la casona de Egill y apostado cuatro hombres para que las vigilaran.

—¿A qué tenía tanto miedo? —le pregunté a Sigtryggr.

—¿Miedo?

—¿Por qué tomaba rehenes?

—Deslealtad —repuso, tajante.

—¿Acaso un juramento no basta para que los hombres se mantengan fieles?

—No en el caso de mi hermano —dijo Sigtryggr, suspirando hondo—. Hará cosa

de cinco o seis años, mi padre se puso al frente de un ejército para ir al sur de Irlanda. Las cosas no les salieron como esperaban, y la mitad de aquellas tropas se volvieron a sus barcos y pusieron rumbo a otra parte.

—Suele pasar —comenté.

—Mientras nos adueñemos de tierras, esclavos y ganado —continuó Sigtryggr—, los hombres se mantienen leales, pero, al menor contratiempo, se desvanecen. Los rehenes son la respuesta de Ragnall.

—Pero se toman rehenes de entre aquellos que son nuestros adversarios —repuse—, nunca de entre los nuestros.

—A menos que seáis mi hermano —dijo Sigtryggr mientras, sin parar, pasaba y repasaba una piedra a lo largo del filo de su larga espada. Volví la vista a aquellos bosques lejanos y me dio por pensar que también nuestros enemigos estarían afilando las espadas. Muy seguros tenían que sentirse, sabiendo que el día siguiente habría de depararles una batalla, una victoria, un botín y un gran renombre.

—¿Qué pensáis hacer con las rehenes? —le preguntó Finan.

—Dejaré que las vean —dijo Sigtryggr.

—¿A modo de amenaza? —se interesó Stiorra.

—Son un arma más en nuestras manos —contestó Sigtryggr, desalentado.

—¿Y pensáis matarlas? —insistió su mujer. Sigtryggr calló la boca—. Si acabáis con ellas —continuó mi hija—, perderéis la influencia que ellas puedan ejercer.

—Debería bastar con la amenaza de que podemos hacerlo —repuso Sigtryggr.

—Los hombres que están ahí —dijo Stiorra, volviendo la cabeza hacia las hogueras que ardían en el bosque— os conocen. Os saben incapaz de matar mujeres.

—A lo peor, sí que lo soy —dijo Sigtryggr, desazonado—. Una, cuando menos.

Ninguno de nosotros dijo nada. A nuestras espaldas, en el interior del fortín, los hombres permanecían sentados alrededor de las hogueras. Algunos cantaban; no canciones festivas, sino endechas. Sabían lo que les esperaba; en tanto que yo no dejaba de preguntarme de cuántos de ellos podría fiarme. No albergaba dudas en cuanto a los míos; tampoco en cuanto a los hombres de Sigtryggr; pero el caso era que, tan solo una o dos semanas antes, la cuarta parte de aquellos hombres habían prestado un juramento de fidelidad a Ragnall. ¿Cómo se comportarían durante la batalla? ¿Pensarían en pasarse al otro bando, o el miedo a la cólera de Ragnall sería suficiente para convencerlos de que debían de luchar, con más ahínco si cabe, de mi lado?

—¿Os acordáis de Eardwulf? —me preguntó Finan, cuando menos me lo esperaba.

Esbocé una sonrisa.

—Sé lo que estáis pensando.

—¿Eardwulf? —se interesó Sigtryggr.

—Un hombre ambicioso; nos tenía atrapados, tal y como lo estamos en este momento —le aclaré—. Igual que ahora. Solo que, momentos antes de que empezara

la carnicería, apareció la Dama Etelfleda.

—¿Con un ejército?

—Eso mismo pensó él —repuse—, pero no era así; lo cierto es que llegó sola, pero él pensó que traía un ejército con ella y nos dejó en paz.

—¿Y mañana? —preguntó Sigtryggr.

—Ojalá hubiera un ejército de Mercia hostigando a Ragnall —contesté.

—Ojalá, sí —dijo Sigtryggr, descorazonado.

Aún confiaba en que apareciese el ejército de Mercia; no dejaba de decirme a mí mismo que, quizá, solo estuvieran un poco más hacia el oeste, a tan solo un par de horas de allí. Y si Merewahl iba al frente, tendría la suficiente cabeza como para no encender hogueras y sería lo bastante avisado como para ponerse en marcha y atacar a Ragnall por la retaguardia antes del amanecer. Aunque mi instinto me decía que vanas eran tales esperanzas, no me quedaba otra que agarrarme a un clavo ardiendo. Sabía que, sin su ayuda, no teníamos nada que hacer.

—Hay otros rehenes —aventuró Finan cuando menos nos lo esperábamos. Nos lo quedamos mirando—. Las tropas de mi hermano —añadió.

—¿Creéis que no van a luchar? —le pregunté.

—Por supuesto que sí —repuso—; son irlandeses. Mañana por la mañana, si lo tenéis a bien, mi señor, me prestaréis vuestro yelmo, vuestros brazaletes y todo el oro y la plata de que dispongáis.

—Son mercenarios —le dije—. ¿Acaso estáis pensando en comprarlos?

—Y también vuestro mejor caballo —al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿En qué estáis pensando? —se interesó Sigtryggr.

Finan sonrió.

—En hacer magia —dijo—, un poco de magia irlandesa.

Y esperamos a que amaneciese.



Una ligera neblina dio la bienvenida a esa imprecisa luz que antecede al amanecer. Aunque menguadas y mortecinas entre los árboles envueltos en niebla, allí seguían las hogueras, en aquel lejano bosque. Finan trató de contarlas, pero eran demasiadas. Todos lo hacíamos. Disponíamos de poco más de trescientos ochenta hombres en condiciones de pelear, en tanto que nuestros enemigos, si no nos cuadruplicaban, debían de triplicarnos en número. Todos echábamos la cuenta, pero nadie se atrevió a aventurar una cifra.

Los primeros jinetes se presentaron poco después del amanecer. Hombres jóvenes del ejército de Ragnall, incapaces de no ceder a la tentación de mofarse de nosotros. Salieron de entre los árboles y, a medio galope, se acercaron hasta plantarse delante de la muralla norte. Una vez allí, se limitaron a esperar a unos treinta o cuarenta pasos de distancia, sin dejar de desafiarnos por ver si alguno de nosotros se decidía a

cruzar el foso y entablar singular combate con cualquiera de ellos. Había impartido órdenes de que nadie debía aceptar tales desafíos; en consecuencia, más y más jóvenes llegaron con intención de provocarnos. Aunque el ejército de Ragnall permanecía agazapado entre los árboles, a una media milla de distancia, por lo visto aquellos jóvenes y exaltados guerreros contaban con su beneplácito para desafiarnos.

—¡Sois unos cobardes! —gritaba uno.

—¡Salid y acabad conmigo si os atrevéis! —vociferaba otro, sin dejar de espolear su montura de un lado a otro.

—Si tanto miedo os doy, a lo mejor preferís que os envíe a mi hermana para que os enfrentéis con ella.

Se pavoneaban entre ellos tanto como ante nosotros. De siempre, tales insultos han formado parte de la batalla. Los hombres se lo toman con calma a la hora de formar un muro de escudos y, con mucha más calma si cabe, cuando se trata de reunir el valor suficiente para enfrentarse a otro muro de escudos, de forma que aquel ritual de insultos y desafíos se consideraba parte de los preparativos. Ragnall aún no nos había desvelado de cuántos hombres disponía; los mantenía ocultos entre los árboles, aunque, de vez en cuando, atisbábamos un destello metálico entre las lejanas hojas. Mientras sus jóvenes se mofaban de nosotros, él estaría arengando a sus caudillos, diciéndoles lo que esperaba de ellos, hablándoles de la recompensa que habrían de recibir.

—¡A ver! ¡Dos de vosotros! ¡Bajad aquí y pelead! —gritaba uno—. ¡Acabaré con los dos!

—Cachorro —rezongó Sigtryggr, malhumorado.

—Me recuerda a vos cuando me desafiabais en Ceaster —dije.

—Entonces era insensato y joven.

—No habéis cambiado.

Esbozó una sonrisa. Vestía una cota de malla que, restregada con arena y vinagre, resplandecía bajo la luz del sol del nuevo día. Lucía un tahalí con losanges de oro; al cuello, una cadena de tres vueltas, también de oro, de la que colgaba un martillo del mismo metal. Sin yelmo, se recogía los rubios cabellos con la diadema de bronce sobredorado que habíamos encontrado en Eoferwic.

—Le prestaré la cadena a Finan —dejó caer de pronto.

En aquel momento, Finan ensillaba un imponente corcel negro. Como Sigtryggr, llevaba una cota de malla bien bruñida; se había ceñido mi tahalí de cuero con sus intrincados losanges de plata. Rematándolos con cintas, se había trenzado los cabellos; llevaba los antebrazos cubiertos de brazaletes ganados en batalla. Había restregado el reborde de hierro de su escudo hasta no dejar ni una mota de herrumbre; lo mismo había hecho con la desgastada pintura de los tablones de sauce hasta dibujar una cruz cristiana en la madera recién desbastada. Aunque nada me había dicho en cuanto a su contenido, fuere cual fuere la brujería que tuviera en mente, estaba claro que era cristiana. Me lo quedé mirando mientras ajustaba con firmeza las cinchas.

Luego, se dio media vuelta, se arrimó al dócil caballo y echó un vistazo a la entrada que habíamos cegado con zarzales; más allá, media docena de jóvenes guerreros de Ragnall seguían desafiándonos. Los otros, hartos de tanta espera, se habían vuelto a aquellos lejanos árboles. Aquellos seis, sin embargo, habían espoleado sus monturas hasta llegarse al borde del foso, y allí seguían, mofándose de nosotros.

—¿Tan asustados estáis? —nos azuzaba uno—. ¡Me enfrentaré con dos de vosotros! ¡No seáis niños! ¡Bajad aquí y pelead!

Otros tres jinetes salieron de los bosques que quedaban por el norte y, a medio galope, se unieron a los otros seis.

—Me encantaría salir y acabar con unos cuantos —rezongó Sigtryggr.

—Ni se os ocurra.

—No lo haré —mientras no perdía de vista a los tres jinetes que acababan de desenvainar las espadas—. ¡Tanta impaciencia! —comentó con desdén.

—Propia de los jóvenes.

—¿Vos también erais así?

—Recuerdo el primer muro de escudos en el que participé —le dije—, y el miedo que pasé.

Había sido contra unos galeses, unos ladrones de ganado por más señas, y estaba aterrorizado. Desde aquella fecha, me había enfrentado con los mejores de aquellos hombres del norte: escudo contra escudo, había peleado sin dejar de oler el apestoso aliento de mi adversario en tanto lo mataba; aun así, seguía dándome miedo participar en un muro de escudos. Algún día la muerte me saldría al encuentro en uno de esos muros de escudos. Mordiéndome la lengua por no gritar de dolor, me iría al suelo, mientras la hoja de mi adversario me arrebatava la vida. Quién sabe si no sería aquel mismo día; era lo más probable. Me llevé la mano al martillo.

—¿Qué hacen esos? —se preguntó Sigtryggr, no mirándome a mí, sino a los tres jinetes que se acercaban que, espoleando sus corceles, a todo galope cargaban contra los hombres que nos estaban desafiando. Sin saber muy bien lo que estaba pasando, los tres jóvenes volvieron grupas y aquel momento de indecisión fue su perdición. Los tres recién llegados descabalgaron a uno de nuestros contrincantes. Aquel que iba en el centro se abalanzó sobre la montura del que se interponía en su camino, quien, de resultas del tremendo choque, se fue al suelo; fue después a por otro de nuestros adversarios y le hundió la espada. Vi cómo la larga hoja le rasgaba la cota de malla y cómo, inclinándose sobre el arma que lo había herido, su oponente dejaba caer la espada en la hierba. Reparé luego en cómo el atacante a punto estuvo de verse desalojado de la silla de montar: la hoja de la espada se le había quedado enredada entre las tripas del moribundo. A pesar de la violencia que la hoja adherida a aquel cuerpo ejercía sobre él, se las compuso para extraer limpiamente el arma y lo dejó atrás. Volviendo grupas a toda velocidad, descargó la hoja de nuevo contra la columna vertebral del herido. Uno de los seis hombres que se habían estado mofando de nosotros huía por los riscos como alma que lleva el diablo; los otros cinco estaban

malheridos o muertos. Ninguno, desde luego, era capaz de mantenerse a lomos de su montura.

Los tres enfilaron el camino que llevaba al fortín y caí en la cuenta de que era Uhtred, mi hijo, quien iba al frente, que no dejaba de dirigirme una sonrisa mientras cabalgaba hacia la barricada de zarzas que cegaba la entrada. Retiramos parte de la barricada para que los tres pudieran entrar y los recibimos entre aclamaciones. Reparé en que llevaba un enorme amuleto de hierro en forma de martillo colgado al cuello. Le retuve el caballo mientras echaba el pie a tierra, y lo estreché entre mis brazos.

—¿Os habéis hecho pasar por danés? —le pregunté.

—¡Y vaya si lo conseguí! —repuso—. ¡Nadie nos dijo nada! Llegamos anoche — con él venían dos daneses que me habían prestado juramento de fidelidad. Orgullosos de lo que acababan de hacer, no se les iba la sonrisa de los labios. Me quité dos de los brazaletes que llevaba en los brazos y se los entregué.

—Podíais haberos quedado con Ragnall —les dije, mientras se los daba—, pero no lo hicisteis.

—Os hemos jurado fidelidad a vos, mi señor —dijo uno de ellos.

—A vuestro lado, aún no hemos conocido la derrota, mi señor —añadió el otro, y me sentí culpable, porque lo más seguro era que, por haber cruzado aquellos anchos pastos, hubieran galopado hacia una muerte segura.

—No nos resultó muy difícil encontraros —comentó mi hijo—. Hay tantos hombres del norte por aquí como avispas en torno a un panal de miel.

—¿Cuántos? —se interesó Sigtryggr.

—Muchísimos —poniéndose serio.

—¿Y el ejército de Mercia? —le pregunté.

—¿Qué ejército de Mercia? —al tiempo que negaba con la cabeza.

Empecé a soltar maldiciones, mientras volvía la vista hacia aquellos pastos donde, aparte de tres cadáveres y dos hombres que, malheridos, iban dando tumbos hacia los árboles, no se veía a nadie más.

—¿Acaso la Dama Etelfleda no se decidió a hostigar a Ragnall como le pedí? —le pregunté.

—Y tanto que sí —repuso mi hijo—, claro que fue a por ellos, pero tuvieron que regresar a Ceaster para asistir a las exequias del obispo Leofstan.

—¿Que tuvo que hacer qué? —acerté a decir, sin salir de mi asombro.

—Leofstan ha muerto —dijo Uhtred—. Estaba tan campante y, de repente, cayó muerto. Me dijeron que estaba celebrando misa cuando sucedió. Profirió un grito y se desplomó.

—¡No! —sintiéndolo tanto que casi se me hizo raro. Cuando se presentó en la ciudad, tanto alarde de humildad se me había antojado falso, pero, con el tiempo, había llegado a apreciarlo, a admirarlo incluso—. Era un buen hombre —dije.

—Y tanto que sí.

—¿Y Etelfleda regresó con el ejército para las exequias?

Mi hijo asintió; calló un momento mientras se hacía con un cuenco de agua que le tendía Berg.

—Gracias —le dijo—. Regresó con una veintena de hombres y los curas que siempre van con ella —continuó en cuanto hubo bebido—, y dejó a Cynlæf al frente del ejército.

Cynlæf, su preferido, el hombre destinado a casarse con su hija.

—¿Y dónde anda Cynlæf? —le pregunté, irritado.

—Lo último que supe de él fue que andaba bastante al sur de Ledecestre —repuso mi hijo—, pero que se negaba a adentrarse con las tropas en Northumbria.

—El muy cabrón.

—Fuimos a Ceaster —continuó Uhtred— y le expusimos la situación a la Dama Etelfleda.

—¿Y?

—Envió órdenes a Cynlæf para que se pusiera en camino hacia el norte y diera con vos; lo más seguro es que no haya recibido tales órdenes hasta hoy mismo.

—Así que está a un día de aquí.

—Como poco —dijo mi hijo—; tuvimos que vérnoslas con esos cabrones por nuestra cuenta —sonriendo de nuevo, antes de dejarme boquiabierto de nuevo cuando, dándose media vuelta, se quedó mirando a Finan y dijo—: ¡Vos, irlandés!

Finan se sorprendió de que se dirigiera a él en ese tono, pero no se dio por ofendido.

—¿Lord Uhtred? —repuso, pacientemente.

Mi hijo sonreía como un demente.

—Me debéis dos chelines —le dijo.

—¿Yo, mi señor?

—Dijisteis que la mujer del obispo debía de ser tan fea como un sapo, ¿os acordáis?

Finan asintió.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Pues no es así. Así que me debéis dos chelines.

Finan soltó un bufido.

—¡Solo cuento con vuestra palabra, mi señor! Y de sobra sé lo que vale. También decíais que aquella joven de la taberna de Gleawecestre era preciosa, a pesar de que tenía una cara tan fea como el culo de un buey. Ni Gerbrucht le hubiera puesto un dedo encima, ¡y mirad si no le habré visto retozar con adefesios que ni un perro olisquearía!

—Pues la hermana Gómer es preciosa —replicó a mi hijo—. Preguntádselo a mi padre.

—¿A mí? —me sorprendí—. ¿Cómo habría de saberlo yo?

—Porque la hermana Gómer tiene un antojo con forma de manzana, padre —repuso mi hijo—. Justo aquí —llevándose un dedo enguantado a la frente.

Sin palabras, me lo quedé mirando. Incluso me olvidé de Ragnall por un instante; solo pensaba en aquel cuerpo en sazón que vacía en el heno.

—¿Y bien? —se interesó Finan.

—Que le debéis dos chelines a mi hijo —dije, antes de romper a reír a carcajada limpia.

Y Ragnall se decidió a presentar batalla.



Todo me recordaba aquel momento en que, a modo de venganza por las cabezas que había dispuesto alrededor de lo poco que quedaba en pie del baluarte de Eads Byrig, al frente de sus jinetes, Ragnall había salido de entre los árboles de Ceaster. Lo mismo hizo entonces, obligando a sus hombres a formar en hilera y que todos salieran a la vez. Porque eso fue lo que pasó allá donde, a lo lejos y bajo la luz del sol de la mañana, hasta entonces solo resplandecían las verdes y apacibles hojas de los árboles. Con escudos y armas, hileras de hombres a pie, un muro de escudos perfectamente calculado para amedrentarnos, y vaya si lo consiguieron.

Porque un muro de escudos es algo pavoroso. Una muralla de madera, hierro y acero, con un único propósito: matar.

Y aquel era un muro de escudos sobrecogedor, un muro de escudos redondos y pintados que se extendía a lo largo de la meseta que coronaba el risco y sobre el que ondeaban los estandartes de aquellos *jarls*, caudillos y reyes que se disponían a dar buena cuenta de nosotros. Rodeado de cuarenta o cincuenta estandartes que exhibían cuervos, águilas, lobos, serpientes y criaturas monstruosas, como surgidas de una pesadilla, en el centro, claro está, ondeaba el hacha roja de Ragnall. Tras los estandartes, los guerreros que formaban el muro de escudos abandonaron el bosque, hicieron un alto y, con estruendo, comenzaron a aporrear los escudos sin cesar. Los conté lo mejor que pude y calculé que no debían de bajar de un millar. Los flancos del muro de escudos se desparramaban por las laderas del risco, lo que me llevaba a pensar que pretendían rodear la gran muralla que rodeaba el fortín y atacarnos por tres lados. Mis hombres, que también se habían encaramado a lo alto de la muralla y también sabían contar, al ver el impresionante despliegue de las tropas de Ragnall, guardaban silencio ante tamaño estruendo.

Ragnall aún no se disponía a atacarnos, no de momento al menos; tan solo quería que sus hombres nos vieran y reparasen en lo pocos que éramos. Porque aquellos hombres que, desafiantes, aporreaban los escudos con formidable estruendo, también estarían contemplando las murallas del fortín y, en lo alto, verían un muro de escudos mucho más pequeño que el que ellos formaban. Igual que verían que tan solo dos estandartes ondeaban por encima de nuestras cabezas, el de la cabeza de lobo y el del hacha roja; Ragnall quería que se diesen cuenta de lo fácil que les resultaría alzarse con la victoria. A lomos de un corcel negro, sin dejar de ir de un lado para otro por

detrás de los hombres que formaban el muro de escudos, los arengaba repitiéndoles que suya iba a ser la victoria que acabaría con todos nosotros. Trataba, pues, de inspirarles confianza, y eso solo podía hacerlo, bien lo sabía yo, antes de que se llegara hasta nosotros, nos cubriera de insultos y nos ofreciera la posibilidad de rendirnos para, tras escuchar nuestra negativa, dar la orden de que el muro de escudos se pusiera en marcha.

Antes de que Ragnall hiciera nada de eso, Finan salió al encuentro del enemigo.

A lomos de su corcel, que, con parsimonia, alzaba las patas para sortear los altos pastos, solo y al paso salió. Cargados de oro y resplandecientes de plata, jinete y montura resultaban magníficos. Aunque bien se había cuidado de retirar el martillo, al cuello llevaba la pesada cadena de oro de Sigtryggr, al igual que mi yelmo con el lobo de plata agazapado en la cimera del que había colgado unas cintas de tela negra, remedo del penacho de cola de caballo que remataba el yelmo de su hermano. Y hacia él se dirigió, hacia el estandarte del siniestro barco que navegaba en un mar de color rojo sangre, uno de los estandartes que, al borde mismo de la meseta, se alzaba en el flanco derecho de las tropas de Ragnall. Los irlandeses enarbolaban también estandartes con cruces cristianas pintadas, el mismo símbolo que Finan había dibujado en su escudo, el mismo que llevaba a la izquierda, por encima de la esplendorosa vaina en la que reposaba *Ladrona-de-almas*, una espada de un hombre del norte con la que se había hecho tras una batalla. Aunque del mismo alcance, aquella *Ladrona-de-almas*, dotada de una hoja que siempre me había dado la impresión de que podía quebrarse con facilidad al entrechocar con las pesadas espadas que empuñábamos la mayoría de nosotros, era mucho más ligera. Finan, que era quien le había puesto el nombre a la espada, estaba encantado con ella. De entre las filas de Ragnall, dos hombres salieron dispuestos a plantarle cara. Hasta entonces, debían de haberse mantenido un paso por detrás del muro de escudos, por lo que deduje que Ragnall les había dado permiso para salir a pelear; a mis oídos llegaron los gritos de ánimo de los suyos cuando los dos hombres se abrieron paso. No me cabía duda de que ambos debían de ser guerreros curtidos, diestros en el manejo de la espada y temibles a la hora de pelear; Ragnall y todos sus hombres debían de dar por sentado que Finan aceptaría el desafío; sin embargo, Finan pasó de largo. Entre mofas, los dos lo siguieron, pero sin atreverse a atacarlo. Aquello también formaba parte del ritual de la batalla. Finan había ido solo hasta allí, y él sería quien eligiera a su contrincante. Lento y seguro de sí mismo, siguió cabalgando hasta situarse delante de los irlandeses y sus estandartes.

Y se arrancó a hablar con ellos.

Estaba demasiado lejos para oír lo que decía; por otra parte, y aunque hubiera estado a un paso tan solo, tampoco habría entendido nada de la lengua en que se dirigía a ellos. Al reparar en que todo aquello más tenía que ver con el desafío de un irlandés a sus paisanos, los dos campeones volvieron grupas; mientras, Finan siguió hablando.

Debía de estar desafiándolos. Manteniendo siempre en la cabeza la imagen de una muchacha de ensueño, una joven de cabellos oscuros del clan de los Ó Domhnaill, una joven por la que merecía la pena plantar cara al destino, una muchacha digna de ser amada y venerada, una joven que se había visto arrastrada por el fango para diversión de su hermano, una muchacha que, ni siquiera los muchos años que habían transcurrido desde su muerte, habían conseguido borrar de la mente de Finan.

Y, de entre las filas irlandesas, un hombre dio un paso adelante.

No era Conall. El muro de escudos del enemigo estaba lejos de nosotros; aun así, reparé en que aquel hombretón era mucho más fornido que Conall, que Finan también. Una especie de energúmeno, embutido en una cota de malla, portando un escudo mucho mayor que cualquiera de los que, juntos, formaban aquel muro y empuñando una espada más propia de un dios que de un hombre, una espada tan pesada como un hacha de guerra, una espada capaz de causar estragos. Finan se bajó de la silla de montar.

Los dos ejércitos contuvieron el aliento.

Finan se deshizo del escudo, y me acordé de aquel día lejano en que, mucho tiempo atrás y en singular combate, me enfrentara con Steapa. Aquello ocurrió mucho antes de que nos hiciéramos amigos. En aquel momento, nadie pensaba que pudiera tener la menor posibilidad frente a aquel a quien, por entonces, todos conocían como Steapa Snotor, es decir, Steapa el Listo, un apelativo cruel porque, si bien no era el hombre más listo del mundo, sí era, en cambio, leal, reflexivo e incansable a la hora de pelear. Como el hombre que, en aquel momento, se acercaba a Finan, Steapa era un imponente hombretón, un dispensador de muerte, y yo me había enfrentado con él en un reto a vida o muerte, de modo que, de no haber sido por los daneses, que se decidieron a cruzar la frontera aquella misma mañana, uno de los dos habría resultado muerto. Cara a cara con él, también yo había empezado por deshacerme del escudo, incluso llegué a despojarme de la cota de malla. Imperturbable, Steapa no dejaba de observarme. Sabía lo que me proponía, que trataba de ser más rápido. No sería el peso lo que me refrenara, sino que, tan ágil como el perro que acosa a un toro, evolucionaría alrededor de aquel hombretón.

No obstante, Finan se deshizo del escudo, pero no se despojó de la cota de malla; luego, esperó.

Vimos cómo, sirviéndose del escudo que llevaba, el hombretón trataba de intimidar a Finan. Luego, sucedió todo con tanta rapidez que ninguno de nosotros habría sido capaz de decir qué fue lo que vio. Ambos estaban lejos, demasiado como para poder distinguirlos con claridad, pero los dos se fueron acercando. Vi cómo el hombretón, escudo en mano, se abalanzaba sobre Finan con ánimo de aplastarlo y, pensando que lo había acertado de lleno, comenzó a volverse enarbolando su enorme espadón para acabar con él. Y de repente, se desplomó.

Todo ocurrió en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, pero la verdad es que nunca he conocido a nadie tan rápido como Finan. Se limitaba a llevar a *Ladrona-de-*

almas en la mano, porque, siempre en constante movimiento, rara vez utilizaba la hoja para esquivar una embestida. Muchas veces me había enfrentado con él para practicar; solo en contadas ocasiones, había conseguido sorprenderlo. Me imaginé que el hombre que estaba de rodillas en el suelo era el campeón de Conall. Finan se limitó a pasarle la hoja de *Ladrona-de-almas* por el pescuezo, y concluyó la pelea. Algo más de dos o tres pálpitos de los que Finan salió como si nada. Y cesó el lejano estruendo de los escudos.

Finan se dirigió a sus paisanos de nuevo. Nunca llegué a oír lo que les decía, pero sí que vi cómo se acercaba al muro de escudos hasta ponerse al alcance de sus espadas y sus lanzas; una vez allí, se encaró con su hermano. Supe que era su hermano porque el yelmo de Conall resplandecía más que los de aquellos que lo rodeaban y porque estaba al pie del estandarte de color rojo sangre. Los dos hermanos, frente a frente. Recordé el odio que, entre ellos, se mascaba en Ceaster, y me imaginé que lo mismo debía de estar pasando entonces; Conall no se movió de donde estaba. Acababa de presenciar la muerte de su campeón, y no deseaba seguirle los pasos hasta el infierno.

Finan dio un paso atrás.

Los dos ejércitos contuvieron el aliento.

Finan le volvió la espalda a su hermano y echó a andar hacia su corcel.

Y Conall se lanzó tras él.

Contuvimos la respiración. Creo que todos los que allí estábamos hicimos lo mismo. Espada en mano, Conall lo embistió tratando de partírle el espinazo, y Finan se volvió.

Ladrona-de-almas refulgió. No llegué a oír un entrechocar de espadas; tan solo vi cómo, una vez esquivada, la espada de Conall salía volando por los aires, y cómo *Ladrona-de-almas* estragaba el rostro de Conall; después, Finan le dio la espalda y se alejó. Pero Conall embistió de nuevo, apuntando al cogote de Finan en aquella ocasión, quien se agachó y se volvió, estampándole la empuñadura de *Ladrona-de-almas* en la cara. Tambaleándose, Conall tropezó y se fue de culo al suelo.

Finan se acercó. Haciendo caso omiso de la espada de su hermano, alzó la suya sobre el pescuezo de Conall. Por un momento, dispuesto a clavársela como parecía, me imaginé el chorro de sangre que brotaría a continuación; sin embargo, sin apartar la hoja del cuello de su hermano, Finan se dirigió a los hombres que iban con él. Conall trató de hacerse de nuevo con la espada. Con desdén, de una patada, Finan la puso fuera de su alcance; luego, se inclinó y, sirviéndose de la mano izquierda, le arrebató el yelmo.

Limpiamente, se lo arrebató.

Tan alto como era se irguió ante él. Y, con mayor desprecio si cabe, devolvió a *Ladrona-de-almas* a la vaina. Se quitó mi yelmo y se encasquetó el de su hermano, aderezado con el negro penacho de cola de caballo y la diadema regia. Rey Finan.

Luego, se alejó andando, recogió el escudo que había dejado caer en la hierba y se

encaramó a la silla de montar. Había humillado a su hermano y, en aquel momento, a lomos de su corcel, pasaba por delante de la hilera que formaban los hombres de Ragnall. Sin prisas. Desafiándolos a dar un paso adelante y vérselas con él. Ninguno hizo ni ademán siquiera. Cuánto desprecio en aquella exhibición. Cuando, por fin, picó espuelas y, a medio galope, regresó a nuestro lado, al aire ondeaba la cola de caballo que, a modo de penacho, adornaba aquel yelmo con rebordes de oro.

Se llegó a la barricada de zarzales que cegaba la puerta y me devolvió el yelmo.

—Los hombres de Conall no se enfrentarán con nosotros —fue todo lo que me dijo.

De modo que solo tendríamos que vérselas con un millar de hombres, más o menos.



Si para Ragnall ya éramos un quebradero de cabeza, Finan acababa de empeorar las cosas. Hasta entonces, Ragnall estaba seguro de que podría derrotarnos; en aquel momento, acababa de darse cuenta del alto precio que habría de pagar por semejante victoria. Por deteriorado que estuviera aquel fortín romano, no por eso las murallas que lo rodeaban eran menos empinadas; los hombres que trepasen por ellas quedarían expuestos a un serio peligro. Al final, acabaría con todos nosotros: disponía de muchos hombres, y nosotros de muy pocos; pero muchos de los suyos perderían la vida en el intento. Por eso, si dos son los muros de escudos que se disponen a enfrentarse, tardan tanto en comenzar las batallas. Los hombres tienen que entonarse antes de afrontar semejante horror. Si bien los fosos que rodeaban el fortín no suponían un obstáculo insalvable, durante la noche, nos habíamos encargado de erizarlos con innumerables estacas cortas. Escasa es la visión de los hombres que, protegidos, avanzan tras los escudos, sobre todo si se ven empujados por aquellos que los siguen. Pueden, pues, tropezar, y el hombre que, en un muro de escudos, se va al suelo puede darse por muerto. En Æsc's Hill, hace muchos, muchos años, había visto caer a un victorioso ejército de daneses ante un foso que Alfredo y sus tropas defendían. Tanto empujaban los de atrás a los que encabezaban aquel muro de escudos que los que iban en las primeras filas tropezaron y los guerreros de los sajones del oeste acabaron con ellos dejando el foso cubierto de sangre. Por eso, los hombres Ragnall no las tenían todas consigo a la hora de atacar, menos aún tras el funesto presagio de la humillación a que los había sometido Finan. A Ragnall no le quedaba otra, pues, que enardecerlos de nuevo, inflamarlos de ira y atiborrarlos de cerveza. En un muro de escudos, siempre se huele el aliento a cerveza del adversario. Nosotros, en cambio, no teníamos cerveza. Sobrios, pues, nos disponíamos a pelear.

Ya el sol estaba a medio camino de su cenit, cuando Ragnall se llegó dispuesto a cubrirnos de insultos. Aquello también formaba parte del ritual de la batalla. Primero, unos jóvenes exaltados desafián al adversario a singular combate; luego, las arengas

para enardecer a los hombres hasta que estén sedientos de sangre; por fin, cubrir de insultos al enemigo.

—¡Gusanos! —nos gritaba Ragnall—. ¡Cerdos cagones! ¿Queréis morir aquí? —mientras, de forma acompasada y lúgubre, mis hombres aporreaban los escudos con las hojas de los machetes para amortiguar sus palabras—. Enviadme a mi hermano pequeño —vociferó Ragnall—, ¡y saldréis con vida de esta!

A lomos de un corcel negro y blandiendo una descomunal hacha de guerra, Ragnall, con cota de malla y yelmo, iba dispuesto para la batalla. Con él, una docena de hombres a lomos de enormes corceles, guerreros de gesto adusto, aunque, con las baberas abrochadas, apenas se les viese la cara. Escrutaban el foso y la muralla para contarles a los suyos los obstáculos con los que habrían de encontrarse. Dos de ellos incluso se acercaron a la barricada de zarzales, y solo se alejaron del lugar cuando una de nuestras lanzas fue a clavarse en el espacio que quedaba entre sus monturas. Aún vibraba, cuando uno de ellos se hizo con el asta y se llevó el arma.

—¡Hemos arrasado Mercia! —gritaba Ragnall—. ¡Hemos saqueado haciendas, hecho prisioneros, ya no queda ganado en los campos! ¡La vieja bruja que dice estar al frente de los destinos de Mercia permanece agazapada tras unas murallas de piedra! ¡Nos hemos apoderado de su territorio y soy libre para repartirlo! ¿Queréis buenas tierras? ¡Uníos a mí!

Así que, en lugar de cubrirnos de insultos, trataba de comprarnos. Tras él, más allá del ancho pastizal que llegaba hasta los riscos, pude ver cómo, de mano en mano, iban y venían los pellejos de cerveza entre las filas enemigas. Al sol resplandecían las puntas de las lanzas que mantenían enhiestas, aunque, tras apoyar el reborde superior contra los muslos, los escudos reposaban en tierra. Muchas de aquellas lanzas se concentraban en el centro de aquella hilera, al pie del estandarte de Ragnall, lo que me llevó a pensar que pensaba utilizar las largas lanzas para desbaratar el centro de nuestras líneas. Yo habría hecho lo mismo. Sin duda, allí había reunido a los más fornidos y despiadados de los suyos, hombres que se deleitaban en matar y se jactaban del número de viudas que habían dejado a su paso. Lanzaría a esos hombres contra la entrada del fortín y, tras ellos, un enjambre de hombres que, espada en mano, rebasarían nuestras murallas y, como si de ratas atrapadas se tratase, acabarían con nosotros.

Se cansó de vociferar. No habíamos respondido, ni se había acallado el estruendo que armaban las hojas de los machetes que aporreaban los escudos. Además, sus hombres ya habían visto los obstáculos con los que se iban a encontrar, y no necesitaban ver nada más; de modo que Ragnall, tras escupirnos y afearnos a gritos que hubiéramos preferido morir antes que seguir con vida, a caballo, regresó junto a sus tropas. Al verlo, los hombres recuperaron los escudos, y observé cómo los empuñaban y los juntaban de nuevo. Los lanceros se apartaron para que Ragnall y los que iban con él pasasen al otro lado del muro de escudos, antes de que volviera a cerrarse. Reparé en cómo Ragnall, tras echar el pie a tierra, se abrió paso hasta la

primera fila. Se disponían a atacar.

Pero, antes, salió Sigtryggr.

A lomos de su montura, con ocho guerreros y las ocho rehenes. Las mujeres, con las manos atadas por delante; los ocho guerreros se hacían cargo de los caballos. Ragnall ya tenía que estar al tanto de que, cuando nos apoderamos de Eoferwic, aquellas mujeres habían caído en nuestras manos, pero, verlas allí, tuvo que ser toda una sorpresa. Una sorpresa y un sobresalto. ¿Qué harían los ocho hombres cuyas mujeres estaban en nuestro poder? Recordé entonces las palabras de Orvar: que los hombres apreciaban a Sigtryggr, pero temían a Ragnall; y en aquel momento, un esplendoroso Sigtryggr, con su reluciente cota de malla y la diadema regia por encima del yelmo, se acercaba a ellos. Tras él, las rehenes, cada una escoltada por un hombre que empuñaba una espada. Los hombres de Ragnall debieron de pensar que verían correr la sangre de aquellas mujeres, y oí cómo, desde la otra punta de aquellos pastos, se alzaba un rugido de ira.

Sigtryggr se detuvo a medio camino, entre los dos ejércitos. Las mujeres iban en hilera; cada una con la amenaza de la espada que llevaba al lado. El mensaje no podía ser más claro. Si Ragnall atacaba, las mujeres morirían; no menos claro resultaba, sin embargo, que si Sigtryggr las mataba, él sería el desencadenante del ataque.

—Debería traerlas de vuelta —apuntó Finan.

—¿Por qué?

—¡No puede acabar con ellas a ojos de todos! Si estuvieran ocultas en la casona, nada sabrían de la suerte que fueran a correr.

En vez de eso y a modo de señal para los ocho hombres, Sigtryggr alzó el brazo derecho; luego, lo dejó caer.

—¡Ahora! —gritó.

Y las ocho espadas cortaron las ligaduras que, con holgura, llevaban las mujeres a la altura de las muñecas.

—Podéis iros —les dijo Sigtryggr—; adelante, sois libres de volver al lado de vuestros maridos.

Durante cosa de un momento, las mujeres se quedaron sin saber qué hacer. Luego, con torpeza, espolearon sus monturas y se dirigieron a las filas de Ragnall, que, al ver que Sigtryggr, en lugar de matarlas, las había dejado en libertad, de repente, guardaban silencio. Incapaz de dominar su nervioso caballo, una de las mujeres saltó de la silla y, corriendo, se llegó hasta donde se alzaba el estandarte de su marido. Vi que dos de los hombres hacían lo contrario, es decir, que corriendo salían al encuentro de sus esposas, y Ragnall, dándose cuenta de que había perdido el poder que ejercía sobre aquellos hombres que solo lo temían, comprendió que había llegado la hora de atacar. Vi cómo se daba media vuelta y gritaba algo; vi también cómo, a un gesto suyo, el muro de escudos se ponía en marcha. Bramaron las trompas, enarbolaron los estandartes, bajaron las puntas de las lanzas en posición de ataque y los hombres comenzaron a avanzar. Entre gritos de júbilo.

Aunque no todos parecían estar tan contentos.

El muro de escudos, pues, se puso en marcha. Los hombres que iban en el centro, aquellos que más temía yo, avanzaban de forma acompasada, mientras más y más hombres se llegaban a su lado; en los flancos, sin embargo, las cosas no parecían estar tan claras. Los irlandeses no se habían movido de su sitio, tampoco aquellos que estaban a su lado. Tampoco otros lo hicieron. Vi a un hombre que estrechaba entre sus brazos a su mujer y cómo la tropa que iba con él tampoco se movía de donde estaba. La mitad, más o menos, de los hombres de Ragnall se disponía a atacarnos; la otra mitad le había perdido el miedo.

Sigtryggr ya se volvía a nuestro lado cuando, al oír el bramido de las trompas, se detuvo. Volvió grupas y reparó en que la mitad del muro de escudos de su hermano se mostraba reacio a secundar el ataque. Los jinetes que, al galope, marchaban tras los escudos de Ragnall no dejaban de apremiarlos para que avanzasen. Los irlandeses ni siquiera se habían molestado en hacerse de nuevo con los escudos; porfiados, no se movían de su sitio. Estábamos en presencia de un ejército dotado de dos cabezas, un ejército que ya no estaba seguro de ser tal. Los hombres que habían recuperado a sus mujeres, sopesaban su lealtad, y fuimos testigos de las dudas que los asaltaban.

Sigtryggr se volvió y me miró.

—¡Lord Uhtred! —gritó, con voz premiosa—. ¡Lord Uhtred! —gritó de nuevo.

—¡Ya lo veo! —respondí a gritos.

Se echó a reír. A mi yerno le encantaba guerrear. Era un guerrero nato, un señor de la guerra, un hombre del norte, y se había percatado de lo mismo que yo. Si un hombre ostenta el mando gracias al miedo que inspira, bien han de irle las cosas. Si es capaz de demostrar que nada se le pone por delante, que el destino no le depara sino victorias y riquezas, sumisos se mostrarán quienes lo sigan. *Wyrd bið ful āræd*. El destino es inexorable. El hombre que, solo gracias al miedo, ostenta el poder no puede permitirse ningún revés; que Sigtryggr hubiera dejado libres a las mujeres había bastado para aflojar los vínculos que el miedo estipula. Pero los hombres que aún andaban sumidos en la duda no habrían de estarlo por mucho tiempo. Si veían que los despiadados lanceros de Ragnall se abrían paso, cruzaban la barricada de zarzales y entraban en el fortín; si veían que aquellos que iban a pie trepaban por las murallas y, con sus hachas, astillaban los escudos de quienes las defendíamos en lo alto, no dudarían en sumarse a la batalla. Los hombres siempre quieren estar de parte de quien lleve las de ganar. Al cabo de un momento, no habrían de ver sino hombres de Ragnall trepando por las murallas y, de nuevo, los acogotaría el miedo a que una posible victoria de Ragnall diese pie a que, como remate, se cobrase cumplida venganza sobre aquellos que se habían quedado atrás.

Pero Sigtryggr se había percatado de lo mismo que yo: que ni siquiera llegarían a tener el atisbo de una posible victoria de Ragnall. Aunque tal fuera el propósito con que se construyera, no seríamos capaces de defender el fortín, porque los hombres de Ragnall que se habían puesto en marcha se bastaban y sobraban ellos solos para

acabar con todos nosotros, y la sola posibilidad de que aquellos hombres se abriesen paso hasta el fortín bastaría para que el resto de sus tropas se sumase a la batalla.

No teníamos otra salida, pues, que lanzarles un guiño de que podíamos derrotar a Ragnall.

Teníamos que transmitirles esperanza.

Teníamos que dar la cara.

Teníamos que atacar.



—¡Adelante! —grité—. ¡Adelante, y acabemos con ellos!

—¡Por Cristo bendito! —se sorprendió Finan, que estaba a mi lado.

Mis hombres dudaron un instante, no porque no estuvieran dispuestos a todo, sino porque les pilló por sorpresa. Nos habíamos pasado la noche dándoles instrucciones de cómo defender el fortín cuando, en aquel momento, nos disponíamos a dejarlo atrás y a enfrentarnos cara a cara con el enemigo. De un salto, bajé de la muralla al foso.

—¡Vamos! —grité—. ¡Acabemos con ellos!

Unos cuantos retiraron la barricada de zarzales. Otros bajaron por las murallas del fortín, sortearon el foso y se dispusieron a formar un nuevo muro de escudos al otro lado.

—¡Adelante! —grité—. ¡Adelante, y acabemos con ellos!

Sigtryggr y los jinetes que lo acompañaban se apartaron de nuestro camino. Sin dejar de aporrear los escudos con las espadas, avanzamos por la meseta que coronaba el risco. Sin salir de su asombro, nuestros enemigos hicieron un alto.

Los hombres necesitan un grito de guerra. No podía pedirles que gritasen que luchaban por Mercia, porque la mayoría de los míos no eran de allí, sino hombres del norte. Podría haber vociferado que por Sigtryggr, y seguro que todos mis hombres lo hubieran coreado, puesto que era su trono lo que estaba en juego; algo, sin embargo, me llevó a lanzar un grito diferente.

—¡Por Mus! —grité—. ¡Por la mejor puta de toda Britania! ¡Por Mus!

Tras un momento de silencio, mis hombres rompieron a reír a carcajadas.

—¡Por Mus! —gritaron todos.

¿Qué reacción cabe esperar de un enemigo cuando ve que, muertos de risa, sus adversarios se disponen a atacarlos?

La risa vale más que cualquier insulto. El hombre que, sin dejar de reír, se apresta a luchar es un hombre seguro de sí mismo y, armado de tal confianza, se convierte en un enemigo temible.

—¡Por la puta! —grité—. ¡Por Mus! —y, cuando se enteraron de que, de verdad se trataba de una puta, y de las mejores, el grito cundió entre mis hombres, incluso entre aquellos que jamás habían oído hablar de ella. Encantados con la idea, todos

reían o coreaban el nombre, invocaban el nombre de una puta cuando la muerte les salía al encuentro.

—¡Mus, Mus, Mus!

—Más vale que les dé lo que esperan de ella —dijo Finan, con gesto adusto.

—¡Lo hará! —gritó mi hijo desde el otro lado.

A voces, Ragnall daba órdenes a los lanceros para que avanzasen, pero aquellos guerreros no perdían de vista a Sigtryggr, que, con los jinetes que iban con él, se había situado a su derecha, lejos de su alcance, y que, en aquel momento, estaba gritando a los hombres que no se habían sumado al avance del ejército, a aquellos rezagados que se habían quedado a espaldas del muro de escudos de Ragnall. A gritos, los animaba a que se alzasen contra él.

—¡Acabad con ellos! —grité, avivando el paso. Teníamos que acercarnos al enemigo antes de que los rezagados pensasen que había llegado nuestra hora. Los hombres siempre quieren estar del lado de quien lleva las de ganar, ¡así que no nos quedaba otra que ganar!—. ¡Más deprisa —gritaba—, por la puta! —Bastan treinta pasos, luego veinte tan solo, y ya podemos ver los ojos de aquellos que tratarán de acabar con nosotros, ya distinguimos las puntas de las lanzas, en tanto el instinto reclama que nos detengamos, que hora es de juntar los escudos. Antes de entrar en batalla, nos acobardamos; el miedo nos agarrota, el tiempo parece detenerse. A pesar del griterío de millares de hombres, se hace un silencio y, es en ese momento, cuando el corazón, pobre animal acorralado, se nos encoge de miedo, cuando hay que lanzarse al horror sin dudar.

Porque el enemigo está pasando por lo mismo.

Y estamos allí para acabar con ellos. Somos la bestia que puebla sus pesadillas. El hombre al que me enfrentaba, con la lanza en posición de ataque y el escudo en alto, se había agachado ligeramente. Sabía que, a medida que me acercara, alzaría o bajaría la hoja de la lanza; como quería que la bajase, dejé caer el escudo hasta que me cubrió las piernas. Ni lo pensé siquiera. Sabía lo que iba a pasar. Había participado en demasiadas batallas y estaba seguro de que, apuntándome al pecho o al pescuezo, alzaría la hoja de la lanza al tiempo que tomaba impulso. Levanté entonces el escudo, la lanza rebotó y salió volando por los aires; en ese momento, se produjo el encontronazo.

El encontronazo de dos muros de escudos, el súbito estruendo del entrechocar de madera y acero, de hombres que lanzan sus gritos de guerra. Con *Aguijón-de-avispa* en la mano, introduje la hoja por un resquicio entre dos escudos; el hombre que, con un hacha de guerra, venía detrás de mí había enganchado el escudo de mi adversario y tiraba con fuerza, en tanto que el otro trataba de recuperar la lanza, mientras yo, con el machete, lo rajaba hasta las costillas. Noté cómo le rasgaba los eslabones de la cota de malla, cómo atravesaba el cuero que llevaba debajo hasta tocar hueso. Retorcí la hoja y la retiré, en el preciso instante en que, con formidable fuerza, una espada se estampaba contra mi escudo. Machete en mano, Finan embestía sin parar, al tiempo

que me protegía por el lado derecho. Mi adversario dejó de lado la lanza, un arma demasiado larga en todo caso para un muro de escudos, un arma pensada para otra clase de muros y casi ineficaz a la hora de defenderse. El otro trató de hacerse con el machete, pero, antes de que llegara a sacar la hoja de la vaina, le propiné un tajo en aquella cara pintarrajeada de cuervos, abriéndole una brecha que empezó a sangrar con profusión hasta el punto de cegar lo y teñirle de rojo la corta barba. Otro tajo, esta vez en el gáznate, y el hombre se fue al suelo; mientras caía, aquel que venía detrás, espada en mano, cargó contra mí, lo que me obligó a volver el escudo, propinándole de paso un corte a mi hijo en el brazo. A punto estuve de tropezar con el hombre caído, que aún trataba de clavarme el machete.

—¡Acabad con él! —le grité al hombre que venía detrás de mí, mientras, con el escudo, cargaba contra el hombre que, espada en mano y soltando un bufido, intentaba ensartarme de nuevo, momento en que estampé el escudo contra él al tiempo que, echando mano de *Aguijón-de-avispa*, le rajaba el muslo desde la entepierna hasta la rodilla. Vi que un hacha de guerra se me venía encima y, levantando el escudo, di un paso atrás. El hacha resbaló contra el reborde de hierro, astilló la madera de sauce y me aplastó el escudo contra la cabeza. Aún podía ver, sin embargo, aquel muslo que no dejaba de sangrar, y arremetí de nuevo, rasgando hacia arriba en aquella ocasión, una puñalada traperera que bastó para que aquel hombre, tras proferir un alarido, quedase fuera de combate. Entretanto, Finan, con el machete, se llevaba por delante la mejilla del hombre que portaba el hacha, y lo apuntaba directamente a los ojos. Gerbruht, a mis espaldas, se hizo con el hacha y la volvió contra mi adversario. Al verme agazapado y creyendo que estaba herido, lanzó un grito estremecedor y me dejó atrás, blandiendo su descomunal hacha con su no menos descomunal fuerza. Una espada le acertó en la parte superior del pecho y siguió hacia arriba, mientras él, hacha en mano, cortaba en dos un yelmo y partía en dos el cráneo que protegía; una mezcla de sangre y sesos se deslizó por mi yelmo. Me puse en pie, cubriendo a Gerbruht con el escudo. A mi izquierda, mi hijo seguía adelante, y con el pie aplastaba la cara de uno de nuestros enemigos. Habíamos desbaratado las dos primeras hileras del muro de escudos de Ragnall, y los hombres que venían detrás empezaron a retroceder, tratando de escapar de nuestros escudos teñidos de sangre, de nuestras hojas empapadas, del amoroso gruñido que proferíamos durante la carnicería.

A mis oídos llegó el estruendo de otro encontronazo, oí voces y, aunque no podía ver lo que pasaba, sentí un estremecimiento a mi izquierda y me di cuenta de que más hombres se habían sumado a la pelea.

—¡Por la puta —grité—, por la puta!

¡Un grito propio de un demente! Había llegado el momento de disfrutar de la batalla, de dejarse llevar por la canción de la matanza. Folcbald acababa de llegar y se había situado a la izquierda de mi hijo; tan fuerte como Gerbruht y blandiendo un hacha de mango corto y descomunal cabeza, echaba abajo los escudos de nuestros

adversarios, mientras mi hijo los ensartaba con la espada. Una lanza se coló por debajo de mi escudo y se estrelló contra los refuerzos de hierro de mis botas. Aplasté la hoja con el escudo y me las compuse para introducir a *Aguijón-de-avispa* entre dos escudos hasta sentir su mordedura. Me vi gritando como una plañidera. Machete en mano, Finan arremetía con rápidas y fugaces embestidas, propinando tajos en los antebrazos de nuestros adversarios hasta que dejaban caer el arma que portaban, momento que aprovechaba para rajarles el pecho a la altura de las costillas. Folcbald se había deshecho del escudo astillado que llevaba y atacaba con el hacha sin dejar de lanzar un grito de guerra frisio, aplastando yelmos y cráneos con aquella pesada hoja, dejando a su paso un montón de muertos ensangrentados mientras, a gritos, iba pidiendo más y más hombres dispuestos a morir. Un poco más allá, acerté a ver el estandarte de Ragnall y grité:

—¡Ragnall, malnacido, Ragnall! ¡Pedazo de mierda reseca! Venid aquí y morid como un hombre, ¡pedazo de cabrón! ¡Por la puta!

¡El frenesí de la batalla! Lo tememos y lo celebramos, lo ensalzan los bardos y, cuando nos hierve la sangre, deviene en locura, ¡en delirio! Disipados todos los miedos y sintiéndose invencible, el guerrero llega a tener la sensación de que vivirá para siempre, de que hasta los dioses se arrugarán al ver su espada y su escudo teñido de sangre. Mientras, yo seguía dando gritos como una plañidera, la canción de la batalla, una canción que hacía olvidar los gritos de los moribundos, los lamentos de los heridos. Porque está claro que es el miedo el que aviva semejante locura, el que, una vez liberados de él, nos vuelve despiadados. En un muro de escudos, el vencedor es aquel que se muestra más despiadado que su adversario, el mismo que, más adelante, volverá a sentir miedo.

Quería acabar con Ragnall, pero no lo veía por ningún lado. Tan solo veía rebordes de escudos, caras barbudas, hombres que gruñían, hombres que escupían dientes con la boca llena de sangre; un muchacho llamaba a gritos a su madre; en el suelo, otro lloraba temblando sin parar. Un hombre herido gemía y se retorció por la hierba; pensé que alzaba un machete para clavármelo, y le hundí a *Aguijón-de-avispa* en el gaznate: un chorro de sangre caliente me dio en la cara. Aún estaba echando pestes contra aquel hombre al que le había clavado el arma cuando vi que un hombre bajito se me venía encima por la derecha. Al instante, recupere el machete y, del revés, la hoja le acertó de lleno y se fue al suelo gritando: «¡Padre!». Era un chico, que no un hombre. «¡Padre!», oí por segunda vez; era mi hijo que me sujetaba desde atrás. Con la cara cubierta de sangre, el muchacho gimoteaba sin dejar de temblar y, tratando de respirar, gritaba como si estuviera loco. Lo había derribado y no me había dado ni cuenta. Solo sabía que lo había visto venir por mi derecha y había cargado contra él; no debía de tener más de nueve años, diez a lo sumo, y casi le había arrancado el brazo izquierdo. «Se acabó —me dijo mi hijo, sujetándome el brazo—, se acabó».

Pero aún no había terminado. Escudo contra escudo, todavía había hombres que

seguían peleando, hojas que hendían y ensartaban, pero los hombres de Ragnall se habían vuelto contra él. Lanzando su penetrante grito de guerra, un agudo chillido, los irlandeses, poniéndose de nuestra parte, se habían sumado a la batalla y plantaban cara a los guerreros de Ragnall que aún seguían en la brega. También los maridos de aquellas mujeres a las que habíamos dejado libres se habían alzado contra Ragnall; del millar de hombres que formaran su ejército, tan solo le quedaban unos pocos, unos doscientos, y los teníamos rodeados.

—¡Basta —gritó Sigtryggr—, basta! —de algún modo se había hecho con un caballo y se había encaramado a la silla. Con la espada ensangrentada en la mano, gritaba a los hombres que aún peleaban dispuestos a acabar con su hermano—. ¡Basta! ¡Dejadlos con vida! —Su hermano estaba en el centro de un grupo de hombres que lo defendían, un reducido grupo de hombres que, viéndose rodeados, depusieron las armas cuando ya la batalla tocaba a su fin.

—¡Ocupaos del chico! —le dije a mi hijo. Llorando a lágrima viva, el muchacho permanecía agachado junto al cadáver de su padre. Lo mismo que me había pasado a mí en Eoferwic, pensé. ¡Cuántos años no habían pasado desde entonces! Me quedé mirando a Finan—. ¿Cuántos años tendremos? —le pregunté.

—Demasiados, mi señor —tenía sangre en la cara y unos hilillos de sangre le corrían por la barba gris.

—¿Os han herido? —me interesé; negó con la cabeza. Aún llevaba el yelmo de su hermano con la diadema de oro, a esas alturas mellada por una espada—. ¿Pensáis regresar a casa? —le pregunté.

—¿A casa? —se extrañó.

—A Irlanda —repliqué, sin dejar de mirar la diadema—. Rey Finan.

—Esta es mi casa, mi señor —al tiempo que esbozaba una sonrisa.

—¿Y vuestro hermano?

Finan se encogió de hombros.

—Tendrá que seguir adelante cargando con la vergüenza de este día durante toda su vida. Está acabado. Además —al tiempo que se santiguaba—, un hombre no debe matar a su propio hermano.

Sigtryggr sí que acabó con su propio hermano. Tras dejar con vida a los hombres que lo rodeaban y una vez hubieran renegado de Ragnall, Sigtryggr se enfrentó con él. Aunque no la presencié, por fuerza hubo de ser una pelea justa, porque, una vez concluida, Sigtryggr acabó con un tajo en una cadera y una costilla rota.

—Buen contrincante —dijo con satisfacción—, pero yo fui mejor que él. Me quedé mirando a los hombres que deambulaban por los pastos. Centenares de hombres.

—Vuestros son ahora —le dije.

—Míos, así es —convino.

—Deberíais volver a Eoferwic —le dejé caer—, y repartir las tierras, pero antes aseguraos de que disponéis de hombres suficientes para defender las murallas de la

ciudad. Cuatro hombres por cada cinco pasos. Con tal de que estén intercalados con vuestros guerreros, poco importa que algunos de ellos sean carniceros, panaderos, curtidores o braceros. Y apoderaos de Dunholm.

—Lo haré —me dijo sonriente; nos dimos un abrazo—. Gracias —dijo.

—¿Por qué?

—Por conseguir que vuestra hija sea reina.

A la mañana siguiente, me puse en marcha con mis hombres. A pesar de que en el transcurso de la batalla cuarenta habían resultado tan malheridos que eran incapaces de dar un paso, tan solo habíamos sufrido dieciséis bajas. Estreché a mi hija entre mis brazos y me incliné ante ella porque ya era toda una reina. Sigtryggr trató de regalarme la magnífica cadena de oro que llevaba al cuello, pero se la rechacé.

—Ya dispongo de oro suficiente —le dije—, y ahora que sois el dispensador del oro, procurad ser generoso.

Y nos pusimos en marcha.



Seis días después ocasión tuve de ver a Etelfleda. Me esperaba en la sala principal de Ceaster. Allí estaban Cynlæf, Merewalh, Osferth y Etelstano, el joven príncipe. Allí estaban también los guerreros de Mercia, aquellos que se habían negado a hostigar a Ragnall más al norte de Ledecestre. Entre los curas que iban con ella, no podían faltar Ceolnoth y Ceolberht. Al igual que mi otro hijo, el padre Osvaldo, quien, con ademán protector, se mantenía a un paso de la viuda del obispo Leofstan, la hermana Gómer, Mus, quien me recibió con una sonrisa que se le heló en los labios al ver la aviesa mirada que le dirigí.

No me había molestado en adecentar la cota de malla. La lluvia se había llevado casi toda la sangre, pero aún eran visibles los eslabones rasgados durante el enfrentamiento y los manchones de sangre en el cuero que llevaba debajo. En uno de los lados del yelmo, aún se veía la hendidura de un hachazo del que no me había dado ni cuenta en el fragor de la batalla y que me había levantado un dolor de cabeza que no se me acababa de pasar. Con paso majestuoso, acompañado por mi hijo Uhtred, así como por Finan y Rorik, entré en la sala. Rorik, que así se llamaba el chico al que había herido durante la batalla, igual que el hijo de Ragnar, aquel que fuera mi amigo cuando yo tenía sus años. El brazo del chaval estaba casi curado, lo suficiente como para cargar con un enorme cofre de bronce con santos pintados a los lados y una representación de Cristo en su gloria en la tapa. De cabellos rubios y ojos azules, era un buen chico, aunque con cara de travieso. Nunca había conocido a su madre y yo había matado a su padre.

—Este es Rorik y, para mí, es como un hijo. —Así fue cómo se lo presenté a Etelfleda y a sus acompañantes, al tiempo que acariciaba el martillo de oro que llevaba colgado al cuello. Un martillo que había pertenecido a su padre, al igual que

la espada que, demasiado grande para él, llevaba ceñida a su escurrida cintura—. Rorik —continuó— es lo que vosotros llamáis un pagano, y lo seguirá siendo —al tiempo que echaba una mirada a los curas; tan solo el padre Osvaldo se atrevió a sostenerme la mirada, al tiempo que asentía—. Tengo una hija —dije después, mirando a Eteflada, sentada en el sillón que hacía las veces de trono en Ceaster—, que ahora es la reina de Northumbria. Su marido es el rey, y ha jurado que no piensa atacar Mercia. Además, como gesto de buena voluntad, os cederá parte de las tierras de Mercia que ahora están en manos de los daneses, y está dispuesto a firmar un tratado de paz con vos.

—Gracias, lord Uhtred —repuso Eteflada, con gesto indescifrable, mirándome a los ojos durante un instante antes de volverla vista al chico que estaba a mi lado—. Sed bienvenido, Rorik.

—Puesto que los hombres de Mercia parecen carecer del coraje suficiente para adentrarse en ese territorio, incluso de hostigar a sus enemigos —continuó—, me pareció más prudente, mi señora, sentar a un amigo pagano en el trono de Northumbria —sin apartar los ojos de Cynlæf.

Aquello le molestó.

—Yo... —empezó a decir, y calló la boca.

—¿Vos, qué? —repliqué, con gesto desafiante.

Volvió la vista a Eteflada en busca de ayuda, pero no la encontró.

—Seguí los consejos que me dieron —acabó por decir, con un hilo de voz.

—¿Algún cura quizá? —me interesé, volviendo la vista a Ceolnoth.

—¡Teníamos órdenes de no adentrarnos en Northumbria! —se revolvió Cynlæf.

—Obligación vuestra —dijo Eteflada, sin dejar de mirarme, pero dirigiéndose a Cynlæf— habrá de ser aprender de lord Uhtred que, en ocasiones, es mejor desobedecer las órdenes que hayáis recibido —al tiempo que se volvía hacia él y, con frialdad, le decía—: Tomasteis una decisión equivocada.

—Aunque sin consecuencias —apunté, sin dejar de mirar al padre Ceolnoth—, porque Thor y Odín atendieron mis plegarias.

Eteflada esbozó un atisbo de sonrisa.

—¿Cenaréis esta noche con nosotros, lord Uhtred?

—Y mañana me pondré en camino —repuse—, con mis hombres y sus familias —al tiempo que miraba a aquel lado de la sala donde, de pie y en penumbra, estaba Eadith—. Vos vendréis también —añadí. Vi cómo asentía.

—¿Pensáis ir mañana? —se interesó Eteflada, entre sorprendida e indignada.

—Así es, mi señora, con vuestra venia.

—¿Y adónde tenéis pensado ir?

—Al norte, mi señora, al norte.

—¿Al norte? —al tiempo que fruncía el ceño.

—Pero antes de que me vaya —le dije—, os he traído un regalo.

—¿A qué parte del norte?

—Tengo asuntos que resolver en el norte, mi señora —repuse, al tiempo que le hacía una seña en el hombro a Rorik—. Adelante, muchacho —le dije—; dejadlo a sus pies.

El chico cargó con el pesado cofre de bronce alrededor del hogar que había en el centro de la estancia y, con un tintineo metálico, dejó caer la pesada carga a los pies del trono de Etelfleda. Arrastrando la enorme espada por los ajados juncos que cubrían el suelo de la sala, regresó a mi lado.

—Había pensado poner en vuestras manos Eoferwic, mi señora —le dije—, pero el caso es que preferí dejar la ciudad en manos de Sigtryggr. En vez de eso, os he traído este presente.

Aunque antes de que abrieran el cofre ya sabía cuál sería su contenido, chascó los dedos y, a toda prisa, un criado salió corriendo de entre las sombras, se arrodilló y levantó la pesada tapa. Los hombres estiraron el cuello para ver lo que había dentro y llegué a escuchar los cuchicheos de desagrado de algunos curas; empero, Etelfleda se limitó a esbozar una sonrisa, al ver la mueca que, desde el interior del cofre, le dirigía la cabeza ensangrentada de Ragnall.

—Gracias, lord Uhtred —dijo con parsimonia—. Este regalo es una simpar muestra de vuestra generosidad.

—Tal y como lo queríais —repuse.

—Así es.

—Con vuestra venia, mi señora —al tiempo que hacía una reverencia—, he concluido mi tarea y me gustaría retirarme a descansar.

Asintió. Hice una seña a Eadith y me dirigí hacia los portones situados a la entrada de la sala.

—Lord Uhtred —me requirió Etelfleda; me di media vuelta—. ¿Qué asuntos son esos que reclaman vuestra presencia en el norte? —me preguntó.

Tras vacilar un momento, acabé por decirle la verdad.

—Que soy el señor de Bebbanburg, mi señora.

Y lo soy. Tengo en mi poder antiguos pergaminos que atestiguan que Uhtred, hijo de Uhtred, es el único y legítimo propietario de esas tierras que, como atestiguan piedras miliare y acequias, robledales y fresnedas, se extienden entre los marjales y el mar. Tierras donde, bajo un cielo azotado por el viento, el mar bate con fuerza. Y esas tierras me las habían arrebatado.

De modo que sí, aún tenía asuntos pendientes por el norte.

NOTA HISTÓRICA

Si bien Chester albergó una efímera sede episcopal en el siglo XI, dicha sede, tal y como hoy la conocemos, no se estableció formalmente hasta 1541, de modo que el obispo Leofstan, al igual que su diócesis, son fruto de mi imaginación. He de admitir, pues, que, aun cuando la trama ancle sus mimbres en una sólida aproximación a la verdad histórica, la mayor parte de esta novela pertenece al terreno de la ficción.

Por más que pueda sorprendernos lo poco que sabemos de aquellos años, las novelas de Uhtred son el reflejo de un trasfondo histórico que no es otro que el relato de cómo se fraguó Inglaterra. Al comienzo de la saga, mucho antes del reinado de Alfredo el Grande, o bien Inglaterra no existía como tal o, como mucho, solo se la conocía como la tierra de los ingleses. Desde el momento en que los romanos, a principios del siglo V, abandonaran la provincia, Britania quedó dividida en multitud de pequeños reinos. En tiempos de Alfredo, ese territorio que más adelante sería conocido como Inglaterra estaba dividido en cuatro reinos, a saber: Wessex, Mercia, Anglia Oriental y Northumbria. Los daneses no solo se habían apoderado de Anglia Oriental y Northumbria, sino que bajo su férula estaba la mayor parte del norte de Mercia. Hubo incluso un momento en que todo parecía apuntar a que los daneses acabarían por hacerse con Wessex también; de ahí, la singular hazaña de Alfredo, que supo cómo evitar que el último de los reinos sajones cayera en sus manos. La historia de los años que más tarde habrían de venir no es otra que la de cómo, poco a poco, los ingleses, avanzando hacia el norte desde Wessex, al sur, reconquistaron el territorio. Etelfleda, hija de Alfredo, fue señora de Mercia; ella fue quien recuperó gran parte de aquellas tierras que, situadas más al norte, estaban en manos de los daneses. Con Etelfleda al frente de Mercia, Ceaster, la actual Chester, pasó a manos sajonas. Ella fue también quien erigió los fortines de Brunanburh y Eads Byrig, si bien este último solo de forma pasajera se utilizó con ese fin.

Porque las fortalezas de Ceaster, Brunanburh y Eads Byrig eran algo más que meras defensas contra las incursiones de los daneses que aún ocupaban Northumbria. A principios del siglo X y tras haberse erigido en señores de gran parte de la costa oriental de Irlanda, los hombres del norte hubieron de hacer frente a la violenta presión a que los sometían los reyes irlandeses. Tras abandonar sus posesiones en Irlanda, muchos fueron los que, por aquel entonces, pusieron los ojos en Britania, en busca de nuevas tierras donde asentarse; de ahí que los fortines de Etelfleda defendieran los ríos frente a tales invasiones, obligándolos a recalar más al norte, sobre todo en Cumbria. Sigtryggr fue uno de ellos. Y, en efecto, llegó a proclamarse rey de Eoferwic.

Aquellos lectores que, como yo, tuvimos que soportar las largas y tediosas horas de catequesis dominical quizá recuerden que Gómer fue la prostituta con la que se desposó el profeta Oseas. En el capítulo segundo del Libro Segundo de los Reyes, se da cuenta del relato de las dos osas que, por mandato divino, devoraron a cuarenta y dos niños.

La historia de cómo se fraguó Inglaterra está teñida de sangre. Con el paso del tiempo, los hombres del norte (daneses y escandinavos) acabaron casándose con mujeres sajonas, pero, en tanto ambas partes sigan peleándose por el dominio del territorio, nada podrá poner fin a la guerra. Tras haber comenzado su peripecia en Wessex, al sur, Uhtred ha llegado a esos territorios fronterizos situados al norte de Mercia. Aún habrá de ir más allá; por eso, se dispone a continuar su andadura.

CÓMO SE FRAGUÓ INGLATERRA

Aproximación histórica a la época en que discurren las andanzas de Uhtred.

Las novelas de Uhtred cuentan la historia de cómo se fraguó Inglaterra. Hay países, como los Estados Unidos por ejemplo, que tienen fecha de nacimiento, es decir, una fecha que establece de forma definitiva cuándo comenzaron a ser una nación. Más enrevesados resultan, en cambio, los albores de Inglaterra, hasta el punto de que se pierden en eso que hemos dado en llamar la noche de los tiempos. Lo mismo cabría decir de Gales, Escocia, Irlanda y, desde luego, de otras muchas naciones europeas.

Tal y como se enseña en las escuelas, la historia de Inglaterra comienza con la invasión de los normandos, en 1066, año en que, como es natural, Inglaterra ya existía. Aparte de dar cuenta de que Julio César llegó, vio y conquistó (o mejor, llegó, vio y se largó) y de que al rey Alfredo no se le daba nada bien lo de hacer tortas, escasa es la atención que se presta a Inglaterra tal y como era antes de la invasión normanda. La imagen que tenemos de los vikingos es la de un pueblo de románticos y despiadados aventureros que, tocados con yelmos adornados con cuernos (si bien todo parece indicar que lo de los cuernos no fue sino una ocurrencia de los figurinistas de los teatros de ópera del siglo XIX) y a bordo de barcos con cabezas de dragón en la proa, arribaron a estas costas con el único propósito de violar y saquear. Rara vez se enseña, sin embargo, y menos aún se da por sobrentendida, la trascendental influencia que ejercieron en la aparición de Inglaterra como nación, cuando lo que debería enseñarse es que su presencia contribuyó en gran manera al alumbramiento de Inglaterra, una maravillosa aventura cuajada de sangre, héroes y batallas. La historia de Uhtred.

En todas las novelas doy por sentado que Uhtred era sajón, algo que irrita a los puristas, porque Uhtred era, en realidad, un anglo, pero, para el desarrollo de la trama, me pareció mucho más sencillo aplicar el calificativo de sajones a todas las tribus que, por aquel entonces, hablaban la lengua de los anglos. Tanto los anglos como los sajones son dos pueblos germanos que invadieron Britania durante los siglos V y VI; lo que no quiere decir que fueran los únicos, que también los jutos, los frisios y los francos cruzaron el mar del Norte hasta Britania en busca de tierras donde asentarse. Que los romanos decidieran irse de Britania, dejándola casi indefensa, no fue sino la ocasión que propició las invasiones germanas. Como los sajones ya merodeaban por aquellas costas antes de que dejasen atrás la provincia, los romanos erigieron fortines a lo largo de la costa oriental de Britania, las conocidas

como «fortalezas de la costa sajona»; pero, tras la marcha de las legiones, llegaron las tribus germanas, más numerosas si cabe.



A grandes rasgos, podría decirse que los anglos se asentaron al norte de lo que, con el tiempo, llegaría a ser Inglaterra, en tanto que los sajones eligieron quedarse en el sur, lo que bien a las claras demuestra de dónde procedían tales pueblos. Los anglos y los jutos llegaron de lo que ahora conocemos como Dinamarca; los sajones, los francos y los frisios procedían de regiones costeras de las actuales Alemania y Holanda. Si bien de muy distinta procedencia, tales tribus compartían una misma lengua (con marcadas diferencias regionales) y una misma religión pagana. Invadieron, pues, un territorio cristiano, y obligaron a los lugareños a emigrar hasta los confines; a saber, a las tierras bajas de Escocia, a Cornualles y Gales, también a Bretaña, al otro lado del mar. Una invasión en toda regla. Durante doscientos años, casi todo aquel territorio que, andando el tiempo, llegaría a convertirse en Inglaterra, permaneció ocupado por tribus germanas que hablaban una lengua que ellos mismos dieron en llamar «la lengua de los anglos». Como casaran con mujeres de aquellas tierras, conservaron algunos nombres de origen britano; de ahí que tantos ríos lleven el nombre de Avon en Inglaterra, porque «afon» era el topónimo con que los nativos designaban a los ríos, y es de suponer que, cuando los recién llegados les preguntasen cómo se llamaba un río cualquiera, la respuesta de los lugareños no fuera otra que «¡pues, río!», lo que llevó a que tantos ríos acabasen por ser solo eso, el río Río. Aunque la ciudad con que se toparan los invasores en la orilla norte del Támesis la hubieran levantado los romanos, es más que probable que Lundene sea otro de esos vocablos de origen britano.

Una vez conquistado el territorio y habida cuenta de que los nativos britanos habían sido incapaces de constituirse como fuerza de resistencia organizada, los invasores lo dividieron en reinos que, belicosos como eran, no dejaban de guerrear entre sí. Uno de esos reinos fue Bernicia, un nombre ha mucho arrumbado en la noche de los tiempos. Bernicia se extendía por gran parte del nordeste de Inglaterra y del sur de Escocia, algo que no deja de tener su importancia en el caso de Uhtred, pues sus antepasados fueron, en tiempos, reyes de Bernicia. Él se proclama descendiente de Ida, el Portador de la Llama, uno de los primeros invasores, que estableció su reino en lo que hoy conocemos como Northumbria. Fue allí, precisamente, en aquella accidentada costa, donde Ida descubrió la gran peña donde se yergue el actual Castillo de Bamburgh. Casi con toda certeza podemos decir que en lo alto de aquel peñasco había un baluarte, un fortín del que Ida se apoderó y que reconstruyó, una fortaleza que su nieto, Etelfrido, distinguió con el nombre de su reina, Bebb. Así fue cómo aquella fortaleza, asentada en tan imponente roca, llegó a ser conocida como Bebbanburg, nombre que, a lo largo de los siglos, fue alterándose

hasta convertirse en Bamburgh. Etelfrido fue un gran rey de Bernicia, al menos al decir de Beda, uno de los primeros historiadores eclesiásticos, quien afirma que «expolió a los britanos más que todos los grandes señores de los ingleses», hasta que encontró la muerte en el curso de una batalla y su reino se integró en Northumbria. Uhtred es, pues, descendiente suyo. Y si bien en el siglo IX nada quedaba ya del reino de Bernicia, los descendientes de Ida aún conservaban Bebbanburg y su señorío. Mantienen, pues, una imponente presencia en el norte.

Los sajones se apoderaron de los territorios que ocupaban los britanos y, aunque no de forma pacífica, supieron conservarlos. Sufrieron al menos una gran derrota (monte Badon), pero también se alzaron con importantes victorias, como la que siguió a la batalla de Catraeth (Caterick, en la actualidad), tal y como se refiere en *Y Gododdin*, un conocido romance galés.

Entre gritos de guerra, hombres se llegaron a Catraeth,
A lomos de veloces corceles, torvas armaduras y escudos,
Lanzas enhiestas y erguidas, de puntas bien afiladas,
Resplandecientes cotas de malla y espadas.

El romance, quizá compuesto hacia el siglo VII, da cuenta de una derrota que sufrieron los galeses a manos de los sajones. No deja de llamar la atención que el ejército galés que participó en la batalla, que tuvo lugar en lo que ahora es Yorkshire, hubiese partido del sur de Escocia, un recordatorio más de que los genuinos britanos habían sido expulsados a aquellos confines por los invasores sajones. Con el paso del tiempo, aquellos colonos galeses acabarían por considerarse escoceses, pero, cuando se dirigían al desastre, aún hablaban galés y se tenían por britanos. Aunque plasme una derrota, el romance no deja de ser un canto heroico, muy parecido a las composiciones poéticas de quienes los derrotaron. Que, reflejo fiel de la época que les tocó vivir a nuestros antepasados, bien servido va de guerras y batallas el romancero anglosajón.

Escudo en mano, arremetió y le quebró el asta de la lanza,
Y, tras sucesivas embestidas, la punta se desprendió.
Fuera de sí, el guerroo traspasó
Al orgulloso vikingo que lo había herido.
Luchador curtido, a empellones apuntó
Con la lanza al cuello del guerrero,
Hasta que, al cabo, le arrebató la vida.

Estos versos corresponden a un fragmento de «La batalla de Maldon», que tuvo lugar mucho tiempo después del desastre de Catraeth. Una vez más, se trata de una derrota. En este caso la que sufrió Brythnoth, un caudillo sajón, en Anglia Oriental, quien recibió una buena tunda a manos de una tropa vikinga que, tras llegar a la parte alta del río Blackwater, se había adentrado en Essex. Este romance, como muchos otros, nos recuerda que Inglaterra no se forjó solo gracias a aquella primera guerra contra

los pobladores britanos, sino en un sinfín de guerras, en repetidos y terribles enfrentamientos contra aquellos invasores que ahora llamamos vikingos.

Porque, allá por el siglo IX, una nueva avalancha de pueblos trató de apoderarse de los reinos sajones. Eran, en muchos aspectos, muy parecidos a los antiguos invasores germanos; de hecho, algunos de aquellos pueblos procedían de los mismos territorios de donde, en su día, partieran los anglos y los jutos. Otros, sin embargo, venían de más al norte, de lo que ahora conocemos como Suecia y Noruega. A todos, no obstante, hemos dado en llamarlos vikingos, y su presencia resulta crucial para la historia de Inglaterra. En el siglo IX, los antiguos invasores sajones eran los pobladores de los cuatro reinos sajones que había en Britania y (en su mayoría) se habían convertido al cristianismo. Por el contrario, los enemigos que acababan de llegar seguían apegados a la antigua religión, veneraban a Thor, Odín y a todos los grandes dioses del panteón germano, de modo que a los horrores de las guerras territoriales vino a sumarse el encarnizamiento del conflicto religioso. Mientras copiaba un manuscrito, un monje escribió una plegaria al margen: «De la furia de los hombres del norte, líbranos señor». Los invasores vikingos arrasaban con todo y, durante un tiempo al menos, con notable éxito.

El territorio que invadieron los vikingos estaba dividido en cuatro reinos. Al norte, Northumbria; más abajo, Mercia (más o menos, los actuales Midlands); Anglia Oriental, al este, y Wessex, al sur del Támesis. Las andanzas de Uhtred dan comienzo con *El último reino*, que no es otro que Wessex, que tal era el título de la novela, porque era el último de los reinos sajones. Los otros habían caído en manos de los vikingos, daneses sobre todo, que se habían apoderado de Northumbria, Anglia Oriental y gran parte de Mercia. Más tarde, invadieron Wessex, obligando al rey Alfredo a buscar refugio en los marjales de Somerset; en aquellas húmedas tierras comenzó, pues, la reconquista por parte de los sajones. La historia de cómo se fraguó Inglaterra no es otra que la historia de cómo los sajones recuperaron aquellos reinos que habían perdido, comenzando por el sur y avanzando, de forma inexorable, hacia el norte, hasta que, en el año 937, un ejército de sajones del oeste, a las órdenes de Etelstano, nieto del rey Alfredo, infligió una severa derrota a un ejército conjunto de tropas vikingas, escocesas e irlandesas en Brunanburh. Victoria que, como es de suponer, también quedó plasmada en un romance.

Entonces Etelstano, rey, caudillo de caudillos...
Irrumpió en la batalla, espada en mano,
En Brunanburh. Desbarató el muro de escudos,
Y, astillando escudos a mandobles...
Aplastó a esos pueblos odiados, y
Escoceses y corsarios de ultramar cayeron.
Cubierta de sangre quedó la campa.
Pasados a espada, hacinados los hombres yacían.
Del alba hasta la noche, pelearon los sajones del oeste,
Los guerreros a caballo no dieron tregua al enemigo
Y, con espadas recién afiladas,
Por la retaguardia acabaron con aquellos que huían.

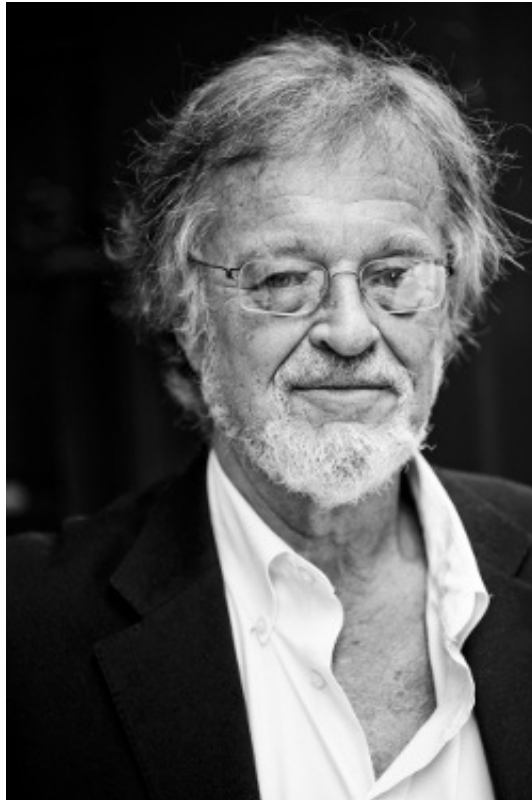
Tras la batalla de Brunanburh, todos los pueblos sajones reconocieron a Etelstano como rey y, por fin, uno solo fue rey de un solo pueblo en aquellas tierras en las que se hablaba la lengua de los anglos. Acababa de ver la luz la tierra de los ingleses, como dieron en llamarla. Que el nuevo reino saliera adelante habría de costar lo suyo. El norte del territorio tardó más en asimilarlo. Volvió a caer en manos de los hombres del norte y, una vez más, fue reconquistado y, durante un tiempo, daneses fueron los reyes de toda Inglaterra, hasta que llegaron los normandos. Pero la gran hazaña de Etelstano no fue otra que la de unir los cuatro reinos, recuperar el territorio que les había sido arrebatado a los sajones y fundar eso que ahora damos por sentado, un reino llamado Inglaterra.

El nuevo reino no era, en puridad, un territorio sajón, ni siquiera un reino en el que convivieran anglos, sajones, jutos y frisios. La lengua que hablaban sus pobladores era, o llegó a ser con el tiempo, el inglés, aunque con fuertes influencias de aquella que hablaban los hombres del norte. Nos imaginamos a los vikingos como saqueadores, hombres despiadados que llevaban el terror allá donde arribaban sus naves alargadas con cabezas de animales en la proa. Pero, como antes lo fueran los sajones, también eran colonos y, de su paso, aún quedan numerosas huellas tanto en Inglaterra como en la lengua inglesa. El norte y el este de Inglaterra están salpicados de topónimos que se remontan a los antiguos vikingos. Así, podemos decir que toda ciudad cuyo nombre acabe en «by» fue, en su día, un asentamiento Vikingo. Lo mismo cabe decir de esos topónimos en los que aparecen partículas como «thorpe, toft o thwaine», que tan solo encontramos en ciudades del norte y del este, y que, en tiempos, también fueron asentamientos vikingos. Aquellos colonos casaron con sajones y adoptaron su religión. También el idioma, aunque salpicado de gran cantidad de términos escandinavos que han llegado a nuestros días. Las tortas quemadas del rey Alfredo quizá llevaran «eyren», pero, gracias a los hombres del norte, en inglés decimos «eggs (huevos)». «Slaughter, sky, window, anger, husband, freckle, leg, trust, dazzle (matanza, cielo, ventana, ira, marido, peca, pierna, fideicomiso o deslumbrar, respectivamente)», la lista podría ser interminable, son todos vocablos ingleses que fueron acuñados gracias a aquellos colonos escandinavos.

A estas alturas, cuando la lengua inglesa llega a, prácticamente, todos los rincones del mundo, resulta poco menos que increíble pensar que, en torno al año 878, la dominación sajona de Britania hubiera estado a punto de desaparecer. Que no otro fue el año en que el rey Alfredo tuvo que huir a Somerset en busca de refugio frente a los invasores daneses. Si lo hubieran derrotado por completo, si no hubiera conducido a sus tropas a la victoria en Ethandun, es muy posible que el último reino, Wessex, también hubiera caído en manos de los daneses. Y que Inglaterra no existiera como tal. Pero el destino, como tanto gusta decir Uhtred, es inexorable, y la historia de cómo se fraguó Inglaterra no es otra que la historia de innumerables hombres y mujeres que, plantando cara a ese destino inexorable, consiguieron levantar una nación. *Wyrð bið ful āræd*, escribió un bardo sajón allá por el siglo x, sirviéndose de un inglés como el que Uhtred debió de utilizar en su día.

*Wyrð bið ful āræd!
Swa ewæð eardstapa,
earfeþa gemyndig,
wraþra wælsleahta,
winemæga hryre.*

«¡El destino es inexorable! Así habló el hombre que vagaba por la tierra (el errante) al ver, con preocupación, tantas miserias y despiadadas carnicerías, la ruina que acechaba a sus semejantes». Carnicerías y miserias, que no otra es la historia de cómo se forjó Inglaterra.



BERNARD CORNWELL (Londres, 1944). Novelista y periodista inglés. Vivió su infancia en el sur de Essex.

Perdió a sus padres a muy corta edad, un soldado de las Reales Fuerzas Aéreas Canadienses y una recluta del Cuerpo Auxiliar Femenino Británico. El apellido Cornwell es el de su madre.

Se graduó en la Universidad de Londres y llegó a ser empleado como maestro tras pasar por la Universidad.

Tras esta experiencia, pasó a trabajar para la cadena inglesa de televisión BBC, donde comenzó como investigador para el programa *Nationwide*, y permaneció en ella durante los siguientes 10 años, llegando a ser Jefe de la sección de *Actualidades* de la cadena en Irlanda del Norte.

Fue trabajando en Belfast cuando conoció a Judy, una turista americana, de la que se enamoró y con la que se trasladó a Estados Unidos, donde comenzó las sagas históricas por las que se ha hecho famoso.

Según Cornwell, la decisión de escribir procede de una necesidad estrictamente económica: al no tener tarjeta de residente (*Green Card*), solo la actividad intelectual le estaba permitida para ganarse la vida dentro de la legalidad.

Como reconocimiento a su labor como escritor, en junio de 2006 fue nombrado Caballero del Imperio Británico dentro de la lista colectiva en honor del 80 cumpleaños de la reina Isabel II.